(Las Grandes Familias 03) Cita en los infiernos

Maurice Druon



calibre 0.9.31

Sinopsis

Maurice Druon se ocupa de un nuevo episodio de la historia de las familias Schoudler y La Monnerie. Esta vez la trama se centra en la tercera generación: los hermanos Marie-Ange y Jean-Noël Schoudler, que debutan en sociedad el mismo día en que muere su abuela, última superviviente de sus familiares directos. La belleza física y el peso de sus apellidos, principal herencia recibida de sus antepasados, serán las armas con las que tendrán que abrirse camino en la sociedad parisina de la Tercera República.

Título Original: *Rendez-vous aux enfers*

Traductor: Albajar de Ortega, Amparo

Colección: Libros del Asteroide, 74

ISBN: 9788492663309

Generado con: QualityEbook v0.64

Maurice Druon

Cita en los infiernos

Las grandes familias III

Traducción de Amparo Albajar

1. El baile de los monstruos

I

La prefectura de policía estaba obligada a suministrar un oficial de la policía municipal y un destacamento de agentes cuando se esperaba a un ministro en una recepción; de ahí que, durante toda la segunda mitad de la primavera, no pasase día sin que un servicio especial de orden canalizase la circulación o hiciese aparcar los coches en batería a la puerta de un académico, del director de un periódico, de una duquesa, de un magistrado o de un gran banquero.

Los castaños de las avenidas lucían sus últimos tirsos blancos; los tulipanes estallaban en los macizos de las Tullerías, al pie de las estatuas de mármol y de las jóvenes parejas de los bancos petrificadas en ademán de darse un beso inmóvil.

Mientras tanto, todas las tardes, entre las cinco y las ocho, en las angosturas de los portillos del Louvre o en las aglomeraciones de la Ópera, detrás de los grandes autobuses verdes que llevaban su carga de trabajo y de cansancio, se amontonaba la marea de coches particulares, en cuyo interior se impacientaban personas importantes, o que creían serlo, o que querían serlo, y para quienes cada minuto perdido era como un nervio arrancado.

París estaba en plena «temporada».

A medida que les llegaba el turno, trescientas amas de casa hacían cambiar de sitio el mobiliario y bruñir la cubertería de plata, empleaban a los mismos sirvientes horas extras, desvalijaban los mismos floristas, encargaban los mismos canapés, las mismas pirámides de emparedados de pan de miga o de pan de centeno, rellenos con las mismas verduras y las mismas anchoas, y, tras la partida de los invitados, se encontraban el apartamento arrasado como un campo de batalla, los muebles cubiertos de copas vacías y de vajilla sucia, las alfombras chamuscadas por los cigarrillos, los manteles sembrados de manchas, la marquetería repleta de círculos pegajosos, las flores asfixiadas por los efluvios de la multitud, y entonces se

dejaban caer, reventadas, en un sillón, pronunciando todas la misma frase: —En conjunto, ha ido muy bien…

Y todas ellas, al día siguiente, si no la misma noche, venciendo su fatiga fingida o real, se precipitaban a recepciones idénticas.

Porque siempre se veía gravitar, empujarse, amontonarse, abrazarse, adularse, juzgarse u odiarse a los mismos centenares escasos de individuos, que pertenecían a lo más notorio del Parlamento, las letras, las artes, la medicina o los tribunales, a los más poderosos de las finanzas y los negocios, a los más sobresalientes de entre los extranjeros de paso, a los más prometedores o los más hábiles de la juventud, a los más ricos de entre los ricos, a los más ociosos de entre los ociosos, a los más granados de la aristocracia, a los más mundanos del mundo.

La aparición de un libro, el estreno de una película, la centésima representación de una obra de teatro, el regreso de un explorador, la partida de un diplomático, la inauguración de una galería de arte, el récord de un piloto; todo era un pretexto para un festejo.

Cada semana, alguna camarilla, con tal de que la prensa la apoyase, daba a conocer a un genio que no duraría ni dos meses, ahogado en su éxito como una antorcha en el humo.

París desplegaba tantos vestidos, joyas y adornos como sus oficios de arte y de moda podían producir. La invención y el buen gusto, así como el dinero, se derrochaban a manos llenas en la ropa, la apariencia y la decoración.

¡Prodigiosa feria de vanidades, como tal vez no haya existido otra jamás! ¿Qué impulso interior, qué necesidad movía a esa gente a recibirse, a invitarse, a responder a las invitaciones, a fingir placer en lugares donde se aburrían, a bailar por cortesía con compañeros que los disgustaban, a ofenderse si no figuraban en una lista de invitados, pero a quejarse cada vez que recibían otra invitación, a aplaudir obras o autores que despreciaban, a ser despreciados por los mismos a quienes aplaudían, a deshacerse en sonrisas a indiferentes, a declarar su misantropía, su cansancio del mundo, y a desbaratar en esos juegos curiosos su tiempo, sus fuerzas y su fortuna?

La verdad era que en esa feria en la que todos eran a la vez subastador y licitador, comprador y vendedor ambulante, se practicaba el trueque más sutil del mundo, el del poder y la fama.

El éxito y el poder no se venden, como se suele creer, sino que se

cambian. Existen infinitamente menos prevaricadores, concusionarios, prebendados, turiferarios pagados y francas prostitutas de lo que se dice. La partida se rige por reglas mucho más sutiles: es el juego de la reciprocidad, una labor de arañas humanas en que cada cual, para lograr fabricar su tela, debe dejarse aprisionar en las telas de los demás. La feria de vanidades era, además, la feria de mujeres y chicos, porque, a fin de cuentas, el poder y el éxito no tienen otro fin que otorgar derechos en el amor, a no ser que se conviertan en su sucedáneo. Los hombres del Gobierno conferían a aquel desfile de falsos y verdaderos valores un aura de consagración oficial.

De noche, los frontones de los grandes monumentos estaban iluminados por enormes proyectores, que daban una realidad feérica a las masas arquitectónicas, los bajorrelieves, las columnatas y los balaustres. Las fuentes de la Concordia estaban envueltas en una polvareda húmeda y luminosa, y los primeros dignatarios de la República, entre guardias con calzones de piel blanca y tocados con cascos de crines, subían las escaleras de los teatros subvencionados para presidir fiestas cuya excusa era la caridad.

Además, aquel año se iba a inaugurar la Exposición Universal, la última de una sucesión que se remontaba a 1867 y que ya había producido cinco generaciones de pabellones de estuco, de propaganda y de medallas de oro. Así que habría dos «temporadas», y a la segunda, como conviene hacer de vez en cuando, se invitaría al pueblo.

II

Simon Lachaume llegó un poco antes de medianoche a la velada de Inès Sandoval. Doce días atrás había recibido la siguiente invitación:

LA CONDESA SANDOVAL

le espera en su casa,

entre algunos amigos elegidos, para su

(*A su llegada encontrará una máscara imaginada y dibujada especialmente para usted por Anet Brayat.*)

«¡Vaya! —se había dicho Simon—; ésta es la temporada durante la cual es condesa. Hay tantos extranjeros en París, en esta época...»

En invierno, envuelta en la elevada simplicidad de la gloria literaria, la poetisa no utilizaba su título nobiliario.

El amplio apartamento de Inès Sandoval, situado, o más bien anclado, en el segundo piso de un antiguo hotel particular del muelle de Orleans, se asemejaba al interior del castillo de un navío corsario. A la poetisa le encantaban las piedras preciosas a granel colocadas en copones, las pesadas sedas antiguas de bordes deshilados, las cruces ortodoxas, las vírgenes españolas con perlas muertas al cuello, las guitarras, los laúdes, las violas de manivela y los grandes cofres Renacimiento color humo. En lugar de puertas había cortinas bordadas en oro y abiertas por la mitad.

En la antesala, una inmensa pajarera repleta de cotorras azules, de canarios rizados y de bengalíes colmaba el ambiente de chillidos exóticos y de un olor pesado a alas cálidas. Varios gatos persas, de tupido pelaje beis, huían en silencio por las crujías, con la reencarnación de no se sabía qué remordimiento en sus ojos dorados, o simplemente la tristeza de la emasculación.

Animales disecados, pájaros embalsamados debajo de globos, loros de Sajonia o de Sèvres con el grito estrangulado en su garganta de porcelana, dogos de Shaftesbury sentados sobre las moquetas, tortugas labradas en su concha, dibujos aguados de inquietantes figuras felinas colgados en las paredes y muñecos de peluche que podrían haber estado en cualquier habitación infantil, acababan de sobrecargar la decoración.

Su tendencia animalista le había dictado a Inès Sandoval el tema del baile.

—Buenas noches, señor ministro. Creo que hay una máscara reservada para Su Excelencia —le dijo a Simon un sirviente vestido de negro.

«¿De qué me conoce este chico?», se preguntó Simon. Luego se dijo que aquel criado le habría dado de beber seis veces esa misma semana, y que le habría tendido su sombrero y sus guantes frente a seis puertas diferentes.

Una vez hubo explorado los restos de la decapitación de un parque zoológico, esparcidos por una gran mesa, el extra tendió al ministro un pulpo de cartón y tul. Simon se sonrió por sus recuerdos. En la época de su breve aventura con Inès, varios años antes, la poetisa acostumbraba a decirle: —Eres mi pulpo adorado. Tus brazos me estrechan y me arrastran hacia las profundidades submarinas de la alegría.

Aquella máscara de cefalópodo era un delicado recuerdo de lejanos abrazos.

«¡Ojalá que no haya fotógrafos! —se dijo Simon—. Y si los hay, más vale llevar una máscara».

Una multitud de seres, medio hombres, medio animales, o más bien medio hombres, medio monstruos, se apretujaba en un desorden de pesadilla. Los «algunos amigos elegidos» eran casi doscientos, y a ratos el griterío no dejaba oír la música. Para el baile de Inès Sandoval, el pintor vanguardista Anet Brayat había rehecho la Creación; las máscaras, nacidas de su imaginación, recomponían de forma insólita la obra del quinto día de Jehová. Búhos desgreñados de caras violeta y picos dorados, enormes cabezas de moscas cuyos ojos emitían relámpagos de hilos de latón, conejos de piel de leopardo, serpientes con varias lenguas en las que había escrito: «francés, inglés, alemán, español», felinos de terciopelo granate, corderos de vellón cobrizo, asnos amarillos, pescados glaucos con una sierra de mano o un martillo de niño en la frente, morsas tatuadas con signos telegráficos y con aislantes de porcelana a cada lado de la frente, esqueletos de caballos, abejorros con plumas, batracios índigos y pelícanos verdes se movían con sus fracs y sus largos vestidos de noche. Un comandante de la Legión de Honor enarbolaba una cabeza de león rosa adornada con bigotes de gendarme; unas trompas de elefante de gutapercha pendían delante de pecheras brillantes; brazos desnudos cargados de brazaletes de diamantes se alzaban no para agitar una borla de polvos, sino para colocar en su sitio una cresta de pintada o una aleta de raya.

Los invitados parecían complacidos del espectáculo que se daban los unos a los otros, y se divertían entrando en el personaje de su máscara. Se los oía cloquear, rebuznar, mugir, croar… Un cerdo malva se abría paso entre la multitud fingiendo hozar los senos de las mujeres.

En uno de los salones, aquel extraño mundo bípedo, particularmente amontonado, se contoneaba sin avanzar al ritmo, a veces ensordecido, otras ensordecedor, de la orquesta, cuyos músicos estaban disfrazados de monos. La estancia parecía una caldera infernal donde se hubieran volcado y hecho hervir todas las criaturas frustradas que inventan los enfermos en el delirio de la fiebre.

La anfitriona iba de grupo en grupo, con el rostro medio oculto bajo una máscara de pájaro de la que salían, a la altura de las orejas, dos grandes alas verdes que a su paso abofeteaban a las otras máscaras. Su vestido, del mismo color que las alas de la máscara, mostraba unos hombros muy hermosos.

Inès Sandoval sufría una ligera cojera de la pierna derecha, ya que tenía la cadera torcida, pero le sacaba un gran partido. Avanzaba trazando cuartos de círculo, girando ligeramente en torno a sí misma, como si echara hacia atrás sin cesar una cola invisible y a cada paso iniciase una reverencia.

Todas sus frases parecían querer crear la ilusión de que sufría un exceso de espontaneidad. Cuando la felicitaban por el éxito de la fiesta, respondía: —Pero ¡si no es mérito mío, en absoluto! Todo es cosa del talento de Brayat y de vuestra amistad.

Anet Brayat, un hombrecillo gordo, de pies redondos y levantados por la punta, se inclinaba, cortés, a sus cumplidos. Su abundante cabellera hirsuta y su barba rojiza surgían de un esmoquin tan sucio que parecía que hubiera estrechado la paleta contra el pecho antes de salir. Ante su rostro sostenía, con ayuda de un mango de madera, una máscara de macho cabrío, acuartelada por la risa de la comedia antigua, que daba a entender a los invitados algo así como: «Me he burlado bastante de ustedes, ¿verdad?».

Cabía preguntarse cómo Inès Sandoval, que siempre se lamentaba de no tener dinero, había podido permitirse montar aquella fiesta tan cara, y cómo Brayat, de costumbre abrumado de encargos y sin un céntimo, había encontrado tiempo para dibujar aquellas cabezas.

El compositor Auguérenc, disfrazado de tritón («Es para que Orfeo al fin lleve el delfín», le había musitado Inès), arrastró a Lachaume a un rincón, agarrándolo por las condecoraciones del ojal, y se lo explicó en un susurro. Bastaba con saber que la enorme, vieja y riquísima señora de Worms-Parnell, que aquella noche iba de paloma, había encargado otro juego completo de aquella serie de máscaras, para dar una fiesta idéntica en su casa, en América. Por otra parte, a fin de inmortalizar la velada, iba a nacer muy espontáneamente la idea de hacer una edición de tirada limitada de las acuarelas de Brayat, realzadas por un cuarteto de Inès, una edición a cuya suscripción los «amigos elegidos» no podrían negarse, y que en principio daría un beneficio de doscientos mil francos.

Un fotógrafo cegó a quemarropa al compositor y al ministro de Educación Nacional, ocupados en sus perfidias. Simon esbozó un gesto de impaciencia. En ese mismo instante, a través del deslumbramiento del magnesio, vio a Sylvaine Dual, que se dirigía hacia él tocada con un caparazón de langosta. Por los andares falsamente desdeñosos de la comedianta, por la tensión de sus hombros, por la manera de manosear una polvera de orfebrería, Simon comprendió que se avecinaba una escena conyugal, y se separó a toda prisa de Auguérenc.

Tomó la mano de Sylvaine como si no se hubieran visto aquel mismo día, como si la comedianta no fuera su amante declarada, oficial, y maquinalmente llevó aquella mano a su máscara. Sintió que a su alrededor algunos monstruos, desde el fondo de sus ojos de sombra, los observaban.

—Ya ves que podrías haberme recogido perfectamente, o por lo menos mandarme a tu chófer —dijo Sylvaine—. En cualquier caso, observo que cuando una fiesta te divierte, las obligaciones del poder no te retienen tanto como de costumbre. Por supuesto, no podías perderte por mí ni cinco minutos de este encantador baile, que es lo más ridículo del mundo.

Llevaba un vestido que le moldeaba el cuerpo como un chorreo marino de lentejuelas, que le trababa las piernas y se ensanchaba en las rodillas en un vago movimiento de aletas, y que acentuaba la sensualidad de su cuerpo y de su ademán, desde el busto a los tobillos.

A todas luces, Sylvaine estaba furiosa porque no la habían fotografiado y no aparecería en las revistas mundanas junto a «su» ministro, estaba furiosa porque la máscara de langosta parecía encerrar una intención injuriosa por parte de Inès, y porque Simon la

había dejado ir sola. Enredado en los tentáculos de tul que se le esparcían sobre el pecho, Simon contestó que el consejo de gabinete había terminado antes de lo previsto y que si había acudido a aquel baile era por puro deber de amistad.

—Porque hace diez años te acostabas con la señora, ya lo sabemos —replicó Sylvaine—. Y cuando el señor ministro va a casa de sus antiguas amantes, no quiere, sobre todo, llegar conmigo; no quiere, por nada del mundo, llegar conmigo, ni que parezca que viene con su pareja. ¡Qué cobarde eres con esas mujeres, mi pobre Simon! En fin, esta noche puedes estar contento; están todas aquí. Está tu querida Marthe Bonnefoy, que podría ser tu madre; está…

—Y tú no tienes a nadie, no tienes ningún recuerdo, ¿verdad? Tú eres pura, tú eres virgen. Wilner, por ejemplo, no está ahí —dijo Simon, señalando con discreción al ilustre dramaturgo, cuya altura y gravidez se reconocían bajo una cabeza de buey Apis con cuernos de oro—. Y si este encantador baile, como tú dices, fuera en casa de cualquiera de tus amigos, lo encontrarías perfecto.

A través de los agujeros de sus máscaras, la langosta y el pulpo se miraban con odio. Con todo, se esforzaban por hablar en voz baja, por fingir que se trataba de un sencillo aparte de salón, pero la cólera, encerrada en las cabezas de cartón, les zumbaba en los oídos.

—Sea como sea, yo no me avergüenzo de mostrarme contigo —siguió Sylvaine.

—Naturalmente; ¡tú sólo has salido ganando! —replicó Simon.

Tras largos meses de insistencia, de presiones y de intrigas, había logrado que Sylvaine entrase en la Comedia Francesa, y pensaba que ello le daba derecho a varias semanas de paz.

—¡Sinvergüenza! Serás sinvergüenza y grosero… —dijo Sylvaine. Pues si es así, que te diviertas mucho, querido; yo intentaré hacer lo mismo.

Les separó un camarero que presentaba una bandeja.

«Siempre tendrá un alma de mantenida», pensó Simon, alejándose. Se dijo que su romance iba a terminar de forma inmediata e inevitable, pero hacía cinco años que albergaba la misma certeza; nunca había roto con ninguna mujer con tanta frecuencia como con Sylvaine. Algún día tendría que ocurrir.

«¿Cómo se puede amar a un ser a quien se desprecia sin volverse uno mismo despreciable?» Ésa era la pregunta que aquel amor le había planteado sin cesar.

Y Simon se preguntaba qué mujer conseguiría separarlo de Sylvaine. En los últimos tiempos, ningún encuentro ni ninguna aventura de las que callaba o fingía callar le había inspirado un sentimiento verdadero.

¿Quién le había dicho tiempo atrás...? Debía de ser Jean de La Monnerie, sí, fue el viejo poeta quien le dijo un día: «Ya lo verá; a partir de cierta edad, sólo se empieza a amar a una mujer para liberarse de otra. Y es entonces cuando los amores se vuelven infernales».

III

En una fiesta de disfraces, especialmente de esta clase, todo el mundo identifica a los demás de inmediato, y los únicos que no se reconocen suelen ser los que nunca se han visto antes. Varias máscaras se mostraron intrigadas por una pareja que acababa de entrar; búfalos, búhos, conejos y rinocerontes inclinaron la cabeza para preguntarse de pico a oreja: «¿Quiénes son ésos?».

Los recién llegados eran muy jóvenes y, en apariencia, muy hermosos. El muchacho, alto y muy esbelto, de talle alargado por el frac, tenía unas manos finas y pálidas, muy bonitas, que asomaban por los puños de la camisa, y, no sin nobleza, alzaba hacia el estuco de los techos una cabeza de ciervo blanco con una larga cornamenta de plata. Su acompañante llevaba una máscara de cierva negra encima de un vestido blanco drapeado. Su cuerpo arqueado era de proporciones perfectas; tal vez tenía menos finura que el joven, pero en cada uno de sus gestos revelaba una gracia luminosa.

Mientras Inès Sandoval daba la bienvenida a la joven pareja, Simon Lachaume, curioso, se les acercó.

—Mi querido amigo, baile con esta preciosa personita, con quien, sin que ella lo sospeche, tiene usted muchos recuerdos comunes —le dijo Inès a Simon.

—¿Quién es? —murmuró éste.

—¡Ah!, querido —exclamó la poetisa—; ya se lo dirá ella si quiere. Ésta es la noche del misterio.

Y se alejó arrastrando al joven de la máscara de ciervo.

Los monos-músicos tocaban un tango y los bailarines se contoneaban lentamente bajo sus cabezas delirantes. Simon tomó en sus brazos a la desconocida. Sabía que bailaba mal, pero era tal el gentío que le daba igual. Le bastaba con dejarse llevar por la multitud. Aquel cuerpo joven, ni audaz ni gastado, cuyas curvas y cuya gracilidad sentía contra él, aquella mano ligera y sosegada posada en la suya, daban a Simon un placer verdadero.

—Vamos a ver, ¿quién es usted? —preguntó.

Esperaba que la máscara de cierva, para intrigarlo, recurriera al juego habitual y fácil: «Adivínelo... ¿Francesa...? No... ¿Casada? No... Caliente, caliente... Frío, frío...». La desconocida, mirando a los bailarines que la rodeaban, dijo: —¿No cree usted que se parece a los cuadros de El Bosco? Tenía la voz clara y bien timbrada. Luego agregó simplemente—: Soy Marie-Ange Schoudler.

—¡No! exclamó Simon—. ¿Es usted la hija de Jacqueline y de François? ¡Qué extraño! Ahora entiendo por qué Inès...

El asombro le hizo perder el compás durante dos pasos, y se levantó mecánicamente la máscara, como si así pudiera ver el rostro de la muchacha. Los ojos cavernosos del pulpo encima de su frente y los tentáculos que le chorreaban sobre el cuello postizo le daban una apariencia de divinidad marina secundaria y venenosa, surgida de los abismos.

—Yo soy Simon Lachaume —dijo.

—¡Ah, sí! Es cierto, usted conoció muy bien a toda mi familia —dijo Marie-Ange Schoudler, sin un atisbo de sorpresa. Y al cabo de un rato, sin que Simon pudiera discernir si su intención era ligeramente irónica o si de verdad lo decía por deferencia, añadió—: Es un gran honor bailar con usted, señor ministro.

Pero no se levantó la máscara.

—Hace un instante —prosiguió Simon— pensaba precisamente en su abuelo de La Monnerie... ¿Sabe?, la recuerdo de muy pequeña, y ahora... ¡ya ve! ¡La vida es asombrosa! Aunque, en el fondo, todo esto es muy normal, sólo nos sorprende a nosotros. ¡Marie-Ange! —

murmuró como para convencerse de algo increíble. Se le abalanzaban los recuerdos, recuerdos de hacía diez, quince, diecisiete años. Quince años no parecían demasiado tiempo, y de repente eran una avalancha —. ¿Qué edad tiene usted?

—Veintidós años.

—Sí, claro… —dijo Simon.

Así que la niña a quien un aya llevaba de la mano a los grandes entierros, la chiquilla de calcetines blancos que jugaba en los jardines de la avenida de Messina, se había convertido en aquel ser adulto, en aquel cuerpo de mujer tan cercano y misterioso… El asombro ante el crecimiento de las generaciones que nos siguen embargaba a Simon.

«¿Será virgen todavía?», se preguntó. Por la precisa desenvoltura de aquel cuerpo, cuyo hombro, pecho y cadera sentía pegarse a él sin descaro ni timidez, se inclinaba a responderse que no. Marie-Ange seguía callada tras su máscara. «En el fondo —pensó Simon—, no le debe de hacer mucha gracia que la gente le diga: "Conocí mucho a su padre, a su madre, a sus abuelos". Seguro que prefiere llamar la atención por sí misma. Y, a menos que uno quiera ser tratado como un anciano, no es muy hábil recordarle a una mujer que tiempo atrás la tuvo en las rodillas».

—¿Y el joven con quien ha llegado? —preguntó Simon.

—Es mi hermano, Jean-Noël.

«¡Ah!, ya lo entiendo…», pensó Simon. En los últimos tiempos había oído decir que el pequeño Schoudler solía ir con Inès Sandoval…

Una gran máscara de mariposa pasó bailando junto a Simon y Marie-Ange.

—¿Ha pensado alguna vez —dijo ella— en las mariposas que sólo viven cuarenta y ocho horas, y que nacen en un periodo de mal tiempo? Pasan sus cuarenta y ocho horas en medio de la niebla y no conocen nada más en el mundo.

Su tono de voz seguía siendo neutro.

—Parece una frase de Inès Sandoval —dijo.

—Vaya… ¡Qué se le va a hacer! —dijo ella.

—¿Por qué? ¿No le gusta Inès?

Sí, ¿por qué? contestó Marie-Ange con la misma indiferencia fría.

Los cuadros de El Bosco, las mariposas nacidas con mal tiempo… Su voz hermosa pero demasiado sosegada, su máscara negra que seguía sin alzarse, su brazo luminoso… Simon estaba sorprendido, intrigado, divertido.

—Vayamos a tomar una copa de champán —dijo Simon.

Tenía la intención de interrogar a Marie-Ange a fin de saber cómo vivía, qué hacía, si estaba prometida… Sólo logró saber que trabajaba en una casa de modas.

IV

Entretanto, Inès Sandoval había arrastrado a Jean-Noël Schoudler a la antesala, frente a la pajarera. Los cortinajes de brocado atenuaban el ruido; las cotorras entrecerraban los párpados y se apretaban, cansadas, las unas contra las otras.

Engalanada con su máscara verde, Inès Sandoval parecía una especie de ogresa de los pájaros.

—¿Por qué has llegado tan tarde, querido? —preguntó.

—Por culpa de Granny. Esto es el fin. Llegamos a creer que ni siquiera podríamos venir —contestó Jean-Noël—. Espero que no se muera esta noche.

—¡Oh!, mi pobre amado, qué atroz… ¿Querías mucho a tu abuela?

—No —respondió el joven.

Y se echaron a reír tras el cartón y las plumas.

—Es la primera vez que te veo de frac, mi maravilloso ciervo —prosiguió Inès Sandoval. Y agarrándolo por los hombros, le hizo dar la vuelta, para contemplarlo de espaldas. «¿Se verá que no ha sido hecho para mí?», se preguntaba con angustia Jean-Noël, que como no tenía

dinero para encargar un frac a medida en un sastre, llevaba uno arreglado, que había pertenecido a su ex padrastro, Gabriel de Voos, y que había encontrado, casi nuevo y preservado de la polilla, en el fondo de un armario. Jean-Noël tenía la edad en que todavía no se sabe bromear con las preocupaciones económicas y en que la seguridad en uno mismo depende de la apariencia física. El joven se sentía tan incómodo en su traje arreglado como si llevara un traje de alquiler. «En fin —se dijo—, en cuanto se muera Granny, todo esto va a cambiar un poco».

—La verdad es que estás muy, muy guapo, mi ángel —dijo Inès.

Se levantó la máscara y, con la cadera ligeramente de través, se colocó frente a un espejo para mirar si se le había corrido el maquillaje. Tenía grandes ojos negros ensombrecidos por reflejos violáceos, como los lagos de montaña; la cabellera abundante y oscura, que se peinaba de una manera particular, ligeramente pegada a la nuca; la tez morena y mate, los dientes regulares y juntos, pero todo ello parecía un poco gastado. Había empezado a perder las sustancias secretas que dan a la epidermis su dúctil suavidad y al pelo su lustre y su riqueza profunda; tres arrugas secas se le dibujaban en la frente; el esmalte de los dientes, sin estar todavía opaco, había perdido su brillo perfecto, y su mirada era a veces de un ardor violento, otras de una vaga atonía, una extraña alternancia de fulgores y ausencias. Estaba en ese instante de la vida en que las gracias corporales iban a abandonarla. Como había superado los cuarenta hacía tiempo, muchas mujeres consideraban que no tenía de qué quejarse.

Para Jean-Noël, Inès poseía los atributos de una divinidad. Sólo tenía ojos para ella y, a fuerza de mirarla, ya no la veía. Acababa de cumplir veintiún años. Inès no era su primera aventura, pero sí su primer amor digno de este nombre. Un aura, que sólo él percibía, coronaba, como las láminas de un ostensorio, la cabeza y los hombros de Inès.

Como sólo sabía lo que ella había querido revelarle, es decir, sus matrimonios y sus duelos, la tenía por un ser que había sufrido infinitamente y sentía que a su lado tenía una misión de consuelo redentor. De ahí que perdiera, gozoso, días enteros por las dos horas que ella le concedía o le exigía, en el poético desorden de su vida. Jean-Noël sabía que tiempo atrás un joven escritor se había suicidado por ella. Aquella muerte se sumaba a las dos viudeces y a la pérdida de un hijo. Con todo, Jean-Noël aún ignoraba que Inès tenía la vaga

reputación de traer desgracia.

Le tomó la mano y le apretó los dedos delgados y finos entre sus palmas claras.

—Te amo, Inès —dijo en voz muy baja.

—Sí, mi amor. Tienes que amarme, amarme infinitamente. Lo necesito tanto para existir... —contestó ella—. Pero ahora ven; no nos aislemos demasiado tiempo.

V

Era la hora en que la gente comenzaba a quitarse la máscara. Algunos invitados se la habían colocado sobre la frente, como un casco antiguo; otros se abanicaban con ella, otros se divertían cambiándosela y mirándose al espejo. La gente que sólo había ido a «echar un vistazo» se disponía a partir.

Inès Sandoval divisó a un personaje de unos sesenta años, alto y flexible, que calzaba escarpines y sostenía, muy turbado, una cabeza del legendario unicornio.

—*Pem, you're not going, I hope*! —exclamó Inès. Y, tendiendo la mano hacia Jean-Noël, añadió—: *I'd like to introduce Baron Schoudler, this is Lord Pemrose... Jean-Noël Schoudler is the great-son of a famous French poet...*[1] Pero no sé por qué hablo inglés —concluyó riendo—, porque Lord Pemrose habla francés de maravilla.

—¡Oh!, puedo expresarme un poco —contestó sonriendo y casi sin acento Lord Pemrose.

Jean-Noël se quitó la máscara mecánicamente, como si se quitara el sombrero, por cortesía. Su rostro tenía una extraordinaria claridad y sólo los ojos azules brillaban con un resplandor sombrío; el pelo, de color paja, se le rizaba ligeramente alrededor de las orejas, y sus facciones, por encima del cuello de la camisa, aún mostraban las redondeces de la infancia.

Al encontrarse con aquel rubio extremo y aquella belleza de adolescente, la mirada de Lord Pemrose, una mirada gris entre párpados abotagados, vaciló unos instantes como ante una luz

demasiado intensa, y el inglés pareció buscar a su alrededor cualquier objeto menos turbador.

Dos hombres de edad, el académico Émile Lartois y el dramaturgo Édouard Wilner, que charlaban acodados al balcón a unos pasos de distancia, se volvieron en el mismo instante. Ellos también se habían quitado la máscara, pero el rostro de Wilner, incluso sin el disfraz de buey Apis, seguía asemejándose al del minotauro.

—Cada vez que oigo a nuestra querida Inès presentar con tanta pompa al «barón Schoudler» —dijo el profesor Lartois—, sigo teniendo la impresión de que aparecerá nuestro viejo amigo Noël, con su estatura de gigante, su mirada negra y su barba de rufián. Y luego veo a ese rubito, a ese Ariel...

Se sonrió de soslayo, mientras se mordisqueaba el labio. En otros tiempos, Wilner y él habían sido amantes de la poetisa; formaban parte de lo que solía llamarse «el viejo capital» del salón de Inès.

Nuestra querida amiga cambia de registro —prosiguió Lartois —. La encantadora de serpientes se ha vuelto encantadora de pollitos.

Es el relevo, amigo mío —respondió el dramaturgo con su voz profunda y sorda, inclinando su morro micénico—. Estos muchachos aprenden de nuestras amantes lo que ellas aprendieron en nuestras camas. Así es como se transmite la ciencia del amor desde la noche de los tiempos. Algún día ellos enseñarán a mujeres que ni siquiera han nacido caricias que creíamos haber inventado nosotros. Y nosotros ya estaremos disueltos en la tierra... —Aspiró una gran bocanada de aire, y preguntó—: ¿Cuántos años tiene usted, Émile?

—Setenta y cuatro —contestó el célebre médico—. No los siento, pero los tengo.

Había encanecido por completo, pero su tez seguía siendo tersa, su voz precisa, un poco sibilante, y aún iba muy erguido. Sólo se le habían arrugado los párpados y las manos.

—Yo cumpliré setenta y seis dentro de cuatro días —confesó Wilner con su boca de gárgola—. Pronto llegará el fin... —El ruido ronco de su respiración puntuaba sus frases, como si tuviera un agujero en el fuelle del órgano—. Por supuesto —prosiguió—, aún puedo ser amado..., y lo soy, y por criaturas exquisitas... Y sigo siendo capaz de hacer feliz a una mujer. Usted también, ¿verdad, Émile? Sigue asombrando a su médico, como dirían sus pacientes... Somos

viejos monstruos conservados en el alcohol de la gloria...

Pensativo y monumental, se volvió hacia la noche, hacia la ciudad que, desde hacía medio siglo, le inspiraba el incienso, los amores, los temas de sus obras y la sensación de poder. El aire era suave y el cielo estaba cuajado de astros. En las fachadas de las casas a orillas del río brillaban las ventanas iluminadas. Un vago resplandor rosa, surgido de miles de ventanas, falsa aurora de las capitales, envolvía hasta el infinito los tejados de la ciudad. De vez en cuando, la brusquedad de los faros de algún coche horadaba aquel resplandor, hundía en las oscuras alturas una espada de luz que se extinguía de inmediato.

La música de la orquesta confería cierta irrealidad al paisaje. Los grandes álamos de la proa de la isla San Luis se balanceaban lentamente, como mástiles. En la sombra, los arbotantes de Notre-Dame tenían forma de carena.

Los coches de los invitados se hallaban estacionados debajo del balcón en fila. Acodados en el parapeto, los chóferes miraban como fluía el agua oscura y, de vez en cuando, uno de ellos lanzaba la colilla del cigarrillo, que describía una curva rojiza antes de extinguirse en las ondas.

—Pero llega un momento —dijo Édouard Wilner— en que la única amante verdadera es la vida. Es todo eso; son las estrellas sobre las que todas las parejas de enamorados han dicho las mismas tonterías; son las hojas, las piedras sobre las que se han abierto nuestros ojos y que seguirán ahí cuando los cerremos; es el espectáculo humano, el ballet incoherente y mágico del que todos formamos parte y en que repetimos los mismos pasos eternos con una inquietud siempre nueva; es la sensación de ser uno mismo, en medio del universo, de tener uñas propias, una cara propia, una manera propia de sostener la pluma, de palpar las telas y las carnes que sólo le pertenecen a uno y que muy pronto ya no pertenecerán a nadie...

Lartois lo escuchaba, lo observaba y se preguntaba: «¿A qué viene este discurso? ¿Acaso siente un deseo tardío de entrar en la Academia? ¿O será que está ensayando un monólogo para su próxima obra? ¿O es que de verdad siente que su carrera ha terminado?».

Y por mucho que hayas amado a la vida con todas tus fuerzas, por mucho que la hayas poseído, explorado, que la hayas mirado a los ojos sin cesar, que la hayas lamido por todos sus poros, el día en que la muy zorra se va sigues teniendo la impresión de no haberla

comprendido. Y se va —concluyó Wilner, agitando su gran mano fofa en dirección a Jean-Noël— con un zascandil como ése, que aún la comprenderá menos que nosotros y le sacará menos partido.

Y en su mirada al joven había una mezcla de envidia y de cólera, como en los ojos de ciertos pobres ante el despliegue de la riqueza. Luego, sin transición, dijo: —Por ejemplo, su hermana, la cervatilla, parece exquisita. Es encantadora esa niña; fina, delicada... Voy a bailar con ella.

—¿Sigue bailando? —preguntó Lartois.

—Me divierte frotarme —contestó Wilner, y se alejó.

Junto a una ventana, Lord Pemrose, mientras hablaba, observaba a hurtadillas a Jean-Noël. Examinaba la forma de las orejas, pequeñas y bien dibujadas, el óvalo un poco alargado del mentón, la delgadez rectilínea de la nariz, el trazado de la boca... Y cada vez que sus ojos se encontraban con los del joven la conversación se interrumpía por unos instantes. Frente a Lord Pemrose, Jean-Noël experimentaba una sensación indefinible, que no era timidez ni turbación, sino una especie de incertidumbre difusa y no del todo desagradable. El personaje de Pemrose, con su elegancia natural y flexible, con su corbata negra un poco floja, con su curiosa manera de retirarse el mechón ondulado que le caía sobre la frente o de hablar con los dos primeros dedos posados contra la sien, le parecía a Jean-Noël curioso y seductor. Y el interés que Lord Pemrose parecía sentir por su conversación lo halagaba. Lord Pemrose había confesado su amor por París y por su gente; para él eran un alimento indispensable. Vivía una parte del año en Francia y la otra en Italia. ¡Cómo! ¿Jean-Noël no conocía Italia? ¡Cuántas alegrías tenía por delante! Jean-Noël tenía que ir a Italia, cuanto antes... *You must, you must*!

—Si alguna vez viaja a Venecia o a Capri estando yo allí —dijo Lord Pemrose—, hágamelo saber, sobre todo. No existe mayor placer que el de mostrar los lugares que amo a los seres... que amo.

Inclinaba ligeramente la cabeza y sonreía. Una mujer delgada, de silueta bastante joven pero con las manos arrugadas y cargadas de anillos, de hombros esqueléticos y con cuatro hileras de perlas en tomo a un cuello descarnado, se acercó, el rostro oculto por una máscara de pantera, y dijo con ironía: —¡Basil! *Caro! Tu sei incorreggibile.*[2]

Lord Pemrose se sobresaltó, reconoció la voz, los hombros y las

perlas, y exclamó: —¡Oh!, Lydia... *How are you, my dear?*[3]

Y presentó a Jean-Noël a la máscara de pantera, que se llamaba duquesa de Salvimonte.

—Queridísimo —prosiguió ella, dirigiéndose a Pemrose—, no deberías impedir a los hermosos jóvenes que bailen. ¡Es lo natural a su edad! ¿Bailamos? —le preguntó a Jean-Noël.

Tenía un marcado acento eslavo que imprimía a todas las lenguas, dando a las palabras entonaciones desacostumbradas. Jean-Noël se inclinó a la par que murmuraba algo parecido a una invitación.

—Entonces, vamos —dijo ella, tomando del brazo a Jean-Noël.

—*Anche tu, sei incorreggibile*![4] —dijo a media voz Lord Pemrose.

Al bailar con la duquesa, Jean-Noël tuvo la impresión de sostener un haz de leños, pero de leños retorcidos por el fuego. Por los agujeros de la máscara percibía dos ojos ardientes. No sabía qué decir.

—Lord Pemrose parece encantador —dijo.

—¿Basil? Un tesoro. Es amigo mío de toda la vida y lo adoro —dijo la duquesa.

—¿Qué hace?

—¿Que qué hace, querido? Es muy rico y gasta mucho; eso es todo. También escribió un libro sobre mística, del que yo no comprendí nada, la verdad. Yo no creo que exista el amor de Dios, el amor de los ángeles, ni el amor que transcurre en el cielo. Yo soy pagana. Para mí, el único dios es el amor tal y como se hace en la tierra...

Justo entonces se le soltó el cordón que sostenía la máscara y Jean-Noël se estremeció al descubrir el rostro de su pareja de baile. Era mucho más vieja de lo que había supuesto. Debía de tener unos setenta años, pero setenta años extraños, agresivos, desconcertantes. Se había hecho estirar la cara unos años antes, en los comienzos titubeantes de la cirugía estética. Un surco de piel fina, malsana y amarillenta, como la cicatriz de una quemadura, le bordeaba el rostro de oreja a oreja, por debajo del mentón. Con todo, el bisturí no le había retocado los párpados ni la boca, ni las arrugas del cuello. Era como si la máscara de pantera, al caer, hubiese revelado otra máscara,

la de la falsa juventud, que parecía haberle sido aplicada con ayuda de una tira de papel engomado, entre el pelo corto, teñido de color caoba, y sus cuatro hileras de perlas.

—Y, naturalmente, ya lo ha invitado a Italia —dijo—. Sí, yo no sé si podré ir antes del invierno; tengo que ir a tantos lugares... Además, yo no puedo soportar estar más de quince días en el mismo sitio, y nunca me decido hasta el último minuto. Siempre espero lo imprevisto... Sólo lo imprevisto vale la pena...

Jean-Noël ya no la escuchaba. Miraba a Inès, en medio de un grupo de invitados que se despedían, soñaba con las caricias de esa misma tarde de aquella fina mano sobre la que se inclinaban con tanto respeto un embajador escandinavo, el gobernador del Banco de Francia y otros hombres poderosos, y experimentaba un orgullo gozoso, juvenil. La duquesa de Salvimonte, que había advertido la mirada del joven, entrecerró los ojos y dijo: —¡Inès es tan encantadora! ¡Qué criatura tan celestial! Es como si no tuviera un pie en la tierra...

Entretanto, Sylvaine Dual, con un abandono espectacular cuyo único propósito era irritar a Simon Lachaume, giraba en brazos de un secretario de la legación del Perú. Lachaume, tras una breve conversación con Marthe Bonnefoy, buscaba a la joven cierva mientras se decía: «¡A mi edad...! ¡Seré ridículo!». Descubrió a Marie-Ange, que bailaba con Wilner, e imaginó las frases que el viejo dramaturgo debía de verter en los oídos de la muchacha. Y también vio a la vieja duquesa que tenía entre las garras a Jean-Noël. Lartois, que no se hallaba muy lejos y observaba la escena, se le acercó: —Creo que pensamos lo mismo, mi querido Simon —dijo—. Ojalá tuviéramos el arrojo de decir a esos dos chiquillos: «¡Marchaos, huid! Rehuid estos seres que tienen el triple de edad que vosotros y que buscan vuestra savia como se busca la resina en el tronco de los abetos jóvenes. Rehuid este cinismo, esta falsedad, estos vicios que persiguen neófitos... Rehuid estos erotómanos, rehuid estas plantas venenosas, como Inès... Dejad de danzar con la muerte. Rehuidnos...». Porque todos los hombres que están aquí, usted, yo, todos, deseamos a esa muchacha. Y todas las mujeres de más de cuarenta años desean al joven Schoudler, y algunos hombres también... Y somos inmundos.

—Este arrebato de buenos sentimientos no es muy propio de nosotros —dijo Lachaume.

—Son sentimientos que nos resultarían habituales de haber tenido hijos... El caso es que se trata de los nietos de viejos amigos...

Pero, de todas formas, estas consideraciones son más normales en mí que en usted, que tiene casi treinta años menos que yo.

—Pero tengo casi treinta más que ellos. Y el tiempo que me separa de ellos es mucho más largo, mucho más denso que el que me separa de usted.

La música se acalló mientras la orquesta se tomaba un instante de descanso. Un criado se acercó a Jean-Noël para avisarle que lo llamaban por teléfono. Cuando Jean-Noël volvió, con una expresión inquieta, se dirigió a su hermana y tan sólo le dijo al oído: —Granny...

Se encaminaron hacia la puerta.

VI

Hasta el fin de su vida, la señora de La Monnerie había continuado jugando al *bridge*. Cuando le fue imposible levantarse, sus compañeros de juego habituales —su prima Laubrières, seca y barbuda como una planta de herbario, otra dama vieja y enorme y un ex relator del Consejo de Estado, cuyo mentón con marmellas le caía sobre un inmenso cuello postizo— se instalaron junto a su cama.

Aquel grupito practicaba la tasa de un cuarto de céntimo, se trataba con una mezcla de cortesía pasada de moda y de intimidad escrupulosa, repetía las mismas bromas y llamaba a su reunión cotidiana «nuestro gran torneo». Los cuatro ancianos eran viudos y ya nadie pensaba ni en recibirlos ni en visitarlos. Encerrados en la misma celda de una longevidad inútil, el *bridge*, última pasión que aún podían satisfacer, los unía tanto como las fatalidades de un gran amor. A veces creían odiarse de tanto verse, pero no podían pasar los unos sin los otros. Cultivaban cierta tolerancia a fin de soportar sus fealdades, sus manías y sus achaques, aunque cada uno de ellos, en su fuero interno, quisiera convencerse de que le hacía un caritativo favor a sus compañeros.

El ex relator tenía que ausentarse cada media hora, y cuando se olvidaba, retenido por el interés de la partida, mojaba su asiento. A veces no se daba cuenta, pero otras se abandonaba a las exigencias de la naturaleza con una alegría pérfida. Entonces tenía la impresión de ejercer su último privilegio de macho entre aquellas tres mujeres decrépitas a las que llamaba su «harén». Ellas no decían palabra sobre

aquella miseria física y, cuando cambiaban de sitio, se resignaban a apartar discretamente la silla que había ocupado.

La señora de La Monnerie era tan sorda que a menudo tenían que escribirle las cosas en un papel, para que las comprendiera. Más adelante se puso tan débil que ni siquiera podía sostener las cartas en la mano, y su doncella tenía que aguantárselas. Sus amigos del «gran torneo» asistían día tras día a su declive. Sentían que tenían por compañera a un cadáver que tan sólo era un poco mayor que ellos. Y a última hora de la tarde, cuando salían a pasitos cortos del hotel particular de la calle de Lübeck, con el corazón en un puño, meneaban la cabeza y murmuraban: «Nuestra pobre Juliette…», y se preguntaban si la partida que acababan de jugar no sería la última. La señora de La Monnerie moría de la misma tuberculosis que sus antepasados. La enfermedad se había instalado en sus pulmones de anciana. La vieja dama apenas comía y no pegaba ojo. Tampoco podía tenderse sin sentir que se ahogaba. Sentada en un cojín neumático y con la espina dorsal calzada por seis almohadas, se pasaba las noches en un vago embotamiento, viendo desfilar sin cesar diferentes combinaciones de cartas. Pero aquella última noche, tras permanecer casi en coma durante doce horas, recordó bruscamente una cosa importante que debía llevar a cabo sin tardanza, un depósito que tenía que entregar antes de desaparecer. Por la urgencia imperiosa, la señora de La Monnerie supo que iba a morir de inmediato, así que recuperó su tono autoritario de toda la vida para pedir que avisaran al sacerdote y llamasen a sus nietos.

—El sacerdote ha venido esta mañana —le dijeron al oído, articulando las palabras poco a poco.

La señora de La Monnerie abrió los ojos de par en par.

—¡Vaya! —dijo—. Entonces sólo mis nietos.

Pensó: «Creo que no se lo he dicho al sacerdote. ¿Me habré equivocado? No, pues no eran mis propios pecados…». Y volvió a sumirse en aquel torpor febril en el que se mezclaban las bazas de pique, la comparecencia ante el tribunal divino, los dramas antiguos y el agotamiento de la fiebre.

Jean-Noël y Marie-Ange entraron en su habitación con el paso amortiguado y prudente con que uno se acerca a quienes agonizan. La señora de La Monnerie no se movió. La religiosa de guardia les hizo una señal con la cabeza que significaba: «Sigue igual… Está descansando». La lámpara de la cabecera apenas iluminaba el

dormitorio, de mobiliario Luis XVI. La mesa de *bridge*, con las anotaciones de los tantos y las dos barajas colocadas encima, había sido retirada a un rincón. Sobre otra mesa, al fondo de la habitación, empañados y polvorientos, reposaban los potes de pintura y los papeles multicolores con que, tiempo atrás, la señora de La Monnerie decoraba los muñecos de miga de pan que fabricaba. Aunque había abandonado ese pasatiempo hacía muchos años, nunca había consentido desprenderse del material.

Durante varios minutos, los dos jóvenes contemplaron a su abuela, incorporada entre las almohadas. Sus hombros, bajo el camisón arrugado, eran menudos como los de una niña; tenía los ojos cerrados y, a cada respiración, emitía un sonido sibilante y breve. Sobre su rostro consumido, descarnado y ligeramente cianótico por el comienzo de asfixia, su abundante pelo blanco la coronaba como un sombrero demasiado holgado. Jean-Noël y Marie-Ange experimentaban el malestar ansioso que provoca instintivamente el espectáculo de la muerte, pero por mucho que se dijeran «Es la abuela, la abuela se muere…»; por mucho que se forzaran a pensar que del vientre de aquel cuerpo agotado y jadeante había nacido su propia madre, que a su vez les había dado a luz a ellos, la pena no los rozaba. Una especie de pantalla translúcida e infranqueable separaba su existencia de aquella agonizante, que ni siquiera se asemejaba a sus recuerdos de infancia. La señora de La Monnerie abrió los párpados y vio a sus nietos. ¿Cuánto tiempo hacía que estaban allí? ¿O acababan de llegar? Pensó que eran como una aparición maravillosa a los pies de la cama; Marie-Ange con su vestido blanco, Jean-Noël con un frac negro. A través de la niebla de la muerte, parecían una pareja de jóvenes príncipes prometidos con la dicha. «Son mis nietos…, son mis nietos…», se dijo la moribunda.

—¿Venís del baile? —murmuró.

—Sí, Granny contestó Marie-Ange. E hizo un ademán de acercarse y besarla.

La vieja dama la detuvo con la mano.

—No, no; no tienes que besarme; estoy demasiado enferma; no es bueno para vosotros. —Luego repitió—: Venís del baile…

Eran sus nietos y, sin embargo, a ella también le parecían extrañamente lejanos, como situados fuera del tiempo. La misma pantalla, el mismo muro translúcido la separaba de ellos. Se parecían a su padre y a su madre dispuestos para salir; se parecían a ella y a su

marido, Jean de La Monnerie, mirándose en un espejo antes de dirigirse a una velada; se parecían a su hija Jacqueline y a su yerno François... Eran la aparición de la juventud, de la juventud que jamás se acaba, y que es bella y que danza, y que prosigue y se perpetúa, siempre semejante a sí misma.

—¿Por qué no estáis en el baile? —dijo la señora de La Monnerie.

Jean-Noël miró a su hermana.

—Tú nos mandaste llamar, Granny —contestó.

La señora de La Monnerie no oyó la respuesta, pero salió de su torpor. Su mirada se volvió más brillante.

—¡Ah! Estáis aquí —dijo—; tengo que hablar con vosotros.

Se había acordado del secreto que debía transmitirles. Movió un poco su dolorida columna vertebral, agitó la mano y volvió la cabeza hacia la religiosa de guardia.

—Váyase usted un momento —le dijo.

Aunque su voz era muy débil, había recuperado su autoridad. La religiosa salió. La señora de La Monnerie miró a los jóvenes unos segundos más, preguntándose de repente si lo que iba a revelarles había sucedido de verdad; tenía la sensación de acabar un sueño comenzado otra noche.

—Bueno; debo contaros dos cosas —dijo—. La primera, que sabe mucha gente, pero que a vosotros se os había ocultado, es que vuestro padre se suicidó... Sí, os contaron que fue un accidente, pero en realidad se metió una bala en la cabeza...

Jean-Noël no comprendió qué mano le tocó la nuca en ese mismo instante. Era la suya, que acababa de llevarse a ese lugar tan frágil.

—La segunda, que nadie sabe, salvo el montero Laverdure y yo... —prosiguió la moribunda. Olía a medicamentos, o ésa era, al menos, la única percepción exterior que tuvieron Jean-Noël y Marie-Ange en aquel momento—. La segunda cosa —continuó la señora de La Monnerie— es que vuestra madre fue asesinada por su segundo marido, vuestro ex padrastro..., De Voos... Estaba borracho y celoso..., la fiebre colonial. Laverdure estuvo perfecto; nos ahorró el escándalo.

Agradecédselo siempre... Yo quería que estuvierais al corriente por si alguna vez vuelve a aparecer el granuja de De Voos... Bueno; ya lo sabéis. He esperado tanto como he podido para contároslo... No se lo digáis jamás... a nadie. Son secretos de familia.

Para los dos jóvenes, el aire ya ni siquiera olía a farmacia. La muerte, agazapada en aquel cuarto, enrarecía en extremo la atmósfera. Jean-Noël y Marie-Ange se miraron y se quedaron atónitos ante la palidez del otro. Con todo, no sufrían. Las finas aletas de la nariz de Marie-Ange se habían vuelto completamente transparentes. «¿No se pondrá enferma Marie-Ange?», se preguntó Jean-Noël, y tendió la mano para estrechar la de su hermana. Querían preguntar muchas cosas, pero no sabían cómo formularlas.

La señora de La Monnerie no experimentaba la liberación que había esperado; por el contrario, la opresión había aumentado por el esfuerzo. Ya no era el peso de los secretos lo que le causaba aquella pena angustiosa; debía decidirse y aceptar la muerte. «Ya que tiene que suceder, ya que sucederá ahora... Dios mío, ¡haz que no grite!», rogó. Y los niños la oyeron murmurar: —Dios mío, ¡haz que muera de forma digna! —Sentía que el terror la cubría como un paño negro—. Vamos, pequeños, marchaos —dijo con dificultad—. ¡Que Dios os bendiga! Volveremos a encontrarnos todos allá arriba. —Un temblor incontenible se había apoderado de sus miembros—. Por lo menos cerraré los ojos frente a algo bello —murmuró aún—. Marchaos, os lo ruego.

—Buenas noches, Granny; que descanses —dijo, grave, Jean-Noël, consciente de que aquella noche era la eternidad.

La moribunda hizo un gesto con la mano para repetirles una vez más que se fueran. Quería ocultar su muerte como si fuera una cosa vergonzosa.

Jean-Noël y Marie-Ange obedecieron y se dirigieron a la puerta. No se volvieron. La última imagen que retuvo de ellos fue la de sus espaldas, los hermosos hombros desnudos de Marie-Ange, la nuca frágil y rubia de Jean-Noël. Se adentraban en su porvenir. No esperó a que la puerta se hubiera cerrado, aquella puerta que había marcado el ritmo de las idas y venidas de su propia existencia durante tantos años. Cerró los párpados, decidida a no volver a ver ningún rostro de este mundo, hasta que el gran terror hubiera finalizado.

VII

En el salón de la planta baja esperaban los compañeros del «gran torneo». Eran como tres animales viejos perdidos en un bosque de sillones. Aquel día no habían podido jugar su partida de *bridge*. Seguían ahí, como si fueran de la familia, dándose vagas justificaciones. «Si la pobre Juliette quiere vernos... Ojalá pudiéramos hacer algo...» Y cada veinte minutos, el ex relator se ausentaba discretamente.

Isabelle Meignerais, la sobrina de la señora de La Monnerie, no sabía cómo librarse de ellos. Baja y demasiado robusta, con el pelo salpicado de hilos plateados, se paseaba por la habitación, con la frente nublada, quitándose y poniéndose las gafas una y otra vez, y ofreciendo naranjada a los ancianos. «Tía Isabelle», como la llamaban Jean-Noël y Marie-Ange, había engordado al llegar a la cincuentena, sin que ningún régimen ni ningún tratamiento hubieran podido remediarlo. Casi estallaba en el corsé que le apretaba las caderas, el vestido la ahogaba por el pecho. Además, la menopausia había agravado su indecisión enfermiza. Isabelle pensaba en las participaciones y echaba de menos a la difunta señora Polant, antaño tan irrenunciable en las actividades funerarias de la familia.

Jean-Noël y Marie-Ange entraron en el salón.

—¿Y...? —preguntó a media voz la vieja vizcondesa de Laubrières.

Jean-Noël se encogió levemente de hombros, separó sus bellas manos finas y no contestó nada. Marie-Ange se desconchaba maquinalmente el barniz incoloro del pulgar y no apartaba los ojos de su hermano. Los tres ancianos se miraron, como diciendo: «¡Pobres pequeños, están conmocionados! Es atroz».

—¿No queréis tomar un poco de naranjada o comer algo? —dijo Isabelle.

—No, gracias, tía Isabelle —dijo Marie-Ange—. Yo no, al menos.

Jean-Noël dijo que no con la cabeza.

«Nuestro padre se suicidó..., nuestra madre fue asesinada... —se repetían—, y hemos vivido tantos años sin saberlo». ¡Conque no bastaba que se hubieran arruinado, ni que fuesen huérfanos! ¿Era

necesario que el dolor hundiera sus raíces en esa clase de dramas que sólo parece que puedan suceder a los demás, a gente desconocida...? Era como si acabasen de descubrirles que en su herencia había alguna enfermedad terrible.

Se les agolpaban los recuerdos, revueltos de repente: el recuerdo muy lejano del entierro de su padre y el gran silencio hostil en el hotel de la avenida de Messina... «¿Por qué ha muerto papá, miss Mabel?» «Un accidente, un horrible accidente, hijos míos. Tenéis que portaros muy bien; las personas mayores están tristes...» Y luego el recuerdo más próximo de aquellas vacaciones de Navidad en la montaña, con tía Isabelle, y el telegrama que anunciaba la muerte de su madre... Y el balcón que se había desprendido de la fachada de Mauglaives. «Allí cayó la señora condesa. ¡Qué desgracia...!»

«Estaba borracho, era celoso...» ¿Qué razones tenía Gabriel de Voos para estar celoso de su madre? Los niños no recordaban ninguna figura masculina que la rondase. Para ellos, siempre había sido, frágil y luminosa, la imagen de la rectitud, de la piedad sonriente, y el objeto de su veneración. ¿Acaso se había comportado como tantas otras mujeres, como casi todas las demás mujeres..., a las que, por otra parte, no se mata por ello? ¿O era culpa de su padrastro, de aquel hombre a quien nunca habían querido, ora fanfarrón, ora taciturno, ora brutal y delirante bajo los efectos del alcohol? Si era culpable, ¿por qué no lo habían detenido ni condenado? ¿Y cómo aquel asesino había tenido el descaro de vivir con ellos durante los dos años posteriores al crimen, fingiendo ocuparse de su educación y de sus intereses?

Jean-Noël recordó de repente que llevaba el frac de aquel hombre... ¡Ni hablar! Se levantó bruscamente, tropezó con las miradas de los viejos y volvió a sentarse.

Decidió que al día siguiente se marcharía a África, a buscar a Gabriel de Voos, para hacerle confesar, llevarlo ante la justicia o matarlo con sus propias manos. Y Jean-Noël intuyó de inmediato que no haría nada de todo aquello, que no era sino un último arrebato de infancia, uno de esos papeles de melodrama que uno se inventa a los once años, diciéndose: «Cuando sea mayor...». Pero ya era mayor y permanecería allí, de piernas cruzadas, en un sillón Luis XVI, manteniendo la apariencia de tranquilidad, de reserva y de indiferencia que le habían inculcado a través de la palabra y del ejemplo desde su nacimiento... No mostrar los sentimientos..., conservar siempre la dignidad, el autodominio... «En *nuestras* familias, llevamos una máscara; en *nuestras* familias, morimos bajo la máscara,

nos suicidamos, nos asesinamos, pero no se lo decimos a nadie, ni siquiera a los hijos…; en *nuestras* familias, a veces tenemos la impresión de volvernos locos…, pero nos quedamos quietos, sentados en un triste salón, entre ancianos, esperando la muerte de nuestra abuela, con *Le Fígaro* en la mano…» Jean-Noël se preguntó de dónde había sacado aquel periódico que no leía… Lo estrujó bruscamente y lo tiró a la alfombra. Los viejos se interrogaron con la mirada, pero no dijeron nada.

«No; todo esto es demasiado absurdo», pensó Jean-Noël. Se sentía invadido por una gran furia contra el destino. Su hermana y él habían nacido y se habían criado en un mundo de riqueza, habían sido los niños más afortunados de París, fueron educados para recibir las mayores herencias y ocupar su lugar en el mundo del lujo y del poder, pero llegado el momento de empezar a vivir de verdad se encontraban sin padres, sin familia, sin sostén, sin dinero; por todo haber, un castillo histórico inhabitable cuyos techos hacían aguas, y el hotel de la calle de Lübeck hipotecado, cuyos muebles se afanarían por malvender una vez falleciera la vieja dama.

«Si Dios quería que fuésemos pobres, sólo tenía que hacernos nacer pobres. Hubiera sido más fácil». Jean-Noël, que hacía años que no pensaba en Dios, se puso a odiarlo de repente, al no hallar otros responsables. También odiaba todo lo que lo rodeaba: aquel salón, aquellos viejos…, y la cercanía de la muerte en el primer piso, la presencia de la muerte que le resultaba cada vez más insoportable.

—¿Sabéis dónde están las últimas participaciones, las del tío Urbain y la tía Valleroy? —les preguntó la tía Isabelle.

Jean-Noël la miró sin responder, se levantó de un salto y salió de la habitación. Marie-Ange lo siguió al vestíbulo.

—Jean-Noël, ¿qué tienes? —preguntó.

—No puedo más, no puedo más. Tengo que salir un momento.

—Voy contigo.

—No, prefiero estar solo —dijo él.

Marie-Ange abrazó a su hermano y dejó caer la cabeza sobre la brillante pechera.

—Yo también sufro, ¿sabes? —dijo. Luego, levantando la frente, preguntó—: Vas a casa de Inès, ¿verdad?

Él se ruborizó e intentó zafarse de sus brazos.

—Sólo entraré y saldré, te lo aseguro —dijo intentando que no le temblase la voz—. Antes tenía que decirle una cosa.

—¿No puedes telefonear?

Se ruborizó todavía más y no contestó. Hubiera querido explicárselo pero no encontraba las palabras. Marie-Ange lo miró.

—Ve, Jean, ve con ella —dijo—, ya que es a ella a quien necesitas. —Bajó los ojos y sus facciones adquirieron una dureza que no era sino contención de las ganas de llorar. Tu bufanda —dijo tendiéndole una blanca.

—Vuelvo enseguida —murmuró él.

Ella lo agarró por la muñeca.

—Jean-Noël, no vas a contarle...

—¡Estás loca! —exclamó él.

«Como si fuese capaz de ocultarle algo y como si no fuera precisamente para eso», pensó su hermana dándole la espalda. Volvió a abrir la puerta del salón.

—Tía Isabelle —dijo—, si me necesitas, estoy en mi habitación.

—¿Y tu hermano?

En aquel momento se oyó golpear la puerta de la calle. Marie-Ange no contestó y subió las escaleras con los ojos llenos de lágrimas, pensando: «Él no está solo..., él no está solo..., él no está completamente solo...».

Entre su bosque de sillones, los ancianos del «gran torneo» se miraban, reprobadores.

—Todos sabemos cómo son los muchachos de veinte años —acabó por decir la vieja señora de Laubrières—, pero, de todas formas, ese pequeño habría podido quedarse la noche de la muerte de su abuela, aunque sólo fuera por usted, mi querida Isabelle, ¿no cree?

Isabelle se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

—La verdad es que a esta generación le falta algo: el corazón

—declaró la otra anciana golpeándose el enorme pecho con un dedo.

Isabelle estuvo tentada de asentir, pero se acordó de la muerte de Jean de La Monnerie y de que la señora de La Monnerie se negó a ir a ver a su marido agonizante, que la reclamaba, mientras seguía fabricando sus muñecos de miga de pan.

—Si están cansados, les aseguro… —dijo Isabelle, que se preguntaba cuándo se marcharían los tres ancianos.

—En absoluto; no vamos a dejarla sola, queridísima niña. Ya sabemos lo que son estas cosas —contestó la señora de Laubrières.

Aquella vigilia inusitada, pese a su carácter dramático, era como una pequeña fiesta para los viejos. Se hizo el silencio.

—¿Juega usted al *bridge*, Isabelle? —preguntó el ex relator al tiempo que enjugaba la lágrima que le empañaba el monóculo.

—Un poco, de vez en cuando —respondió Isabelle.

—Bueno, ¿y si jugáramos una partida de *bridge*? —propuso suavemente la señora de Laubrières—. Eso le haría bien, querida pequeña, y el tiempo no le parecería tan largo.

—Sí, así no pensaría tanto —dijo la otra dama.

Isabelle vaciló, se quitó las gafas, se las volvió a poner, se retiró un mechón canoso que le caía sobre la sien. Tenía la frente arrugada; redactaba mentalmente las participaciones. Los tres ancianos estaban inmóviles, atentos; en sus rostros se esbozaba un atisbo de pasión mientras espiaban a la más joven como a una presa.

—Sí, en el fondo… ¿Por qué no? Juguemos una partida de *bridge* —dijo maquinalmente Isabelle.

«Tía Isabelle» se sentó y se puso a barajar las cartas. Sin darse cuenta, acababa de entrar en la vejez.

VIII

Los grandes insomnes de París se habían instalado en casa de Inès Sandoval como militares en un vivac. Aún eran unos quince, que se

acababan los pastelillos, se servían champán y se esforzaban por retrasar el instante de hallarse cara a cara con su fatiga, con su soledad, con sus preocupaciones. Sólo deseaban que llegase el alba y dormirse en el embrutecimiento del amanecer, a la hora en que la inmensa mayoría de la gente se levanta para ir a trabajar; era una necesidad de su naturaleza.

Las máscaras estaban esparcidas por encima de los muebles. El baile había llegado a su fin. Los íntimos comentaban aquella velada en la que todo el mundo había visto a todo el mundo, en la que nadie había escuchado a nadie, en la que todos habían pronunciado «una frase» con la esperanza de que fuera repetida en los salones durante ocho días. Se explayaban con los vestidos, las llegadas, las despedidas… «y quién había salido con quién…».

El compositor Auguérenc, con los pliegues del vientre desparramados sobre el sofá, acababa de negarse a sentarse al piano y se deleitaba con golosinas y maldades.

La duquesa de Salvimonte estaba borracha y le decía a Inès:

—Querida mía, querida mía, ¡Pemrose ha cortejado mucho a tu amiguito!

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y tú crees, Lydia, que ha sido el único? —dijo Inès.

Édouard Wilner había arrastrado a un sofá a la alta, bonita, cándida y pálida señora de Boitel y le amasaba largamente la mano.

—Mi querida amiga —le decía en un murmullo ronco—, debería usted ayudarme a morir.

—Pero ¡Édouard! ¡Si hace cinco años que me dice lo mismo! —respondió ella.

—Sí, pero ahora es verdad.

Desde hacía dos horas, Simon Lachaume quería marcharse, pero se quedaba; seguía allí por Sylvaine, que con el único fin de exasperarlo, se obstinaba en no irse, fingiéndose seducida por el diplomático peruano, un presumido de pelo engominado, de sonrisa luminosa y de mejillas caídas. «Y todo —pensaba Simon— porque ese imbécil quiere obtener algo de mí y se imagina que haciéndole la corte a Sylvaine…» Se despreciaba por perder el tiempo de aquella manera. «Mañana será un día larguísimo. Voy a estar muerto de

cansancio y tengo que preparar mi discurso para el congreso del partido... Me da igual que la acompañe ese idiota de dientes blancos y que se acueste con ella, si ella quiere; a mí me importa un comino; hay cosas más importantes...» Y sin embargo se quedaba; sabía que Sylvaine y él, como de costumbre, volverían juntos para enzarzarse en una escena aún más violenta, más atroz, más sórdida, más absurda que las precedentes, que terminaría con el par de bofetadas y la crisis de llanto sin los que ya casi no podían acostarse. «Ya no la quiero y todavía tengo celos de ella... Las secuelas de la pasión son más perniciosas que la enfermedad misma». Entretanto, Simon escuchaba a Lartois, que disertaba sobre su paradoja favorita: —Nuestro siglo de los Antonins, amigo mío, terminó en 1914, y nuestro Marco Aurelio se llamó Armand Fallieres. Estamos en plena decadencia del bajo imperio...

Al irse, unos invitados habían dejado entreabierta la puerta del rellano. Jean-Noël no tuvo que llamar. Atravesó la antesala de las cotorras, oyó las voces en el salón, se acercó a la cortina y por una abertura vio a aquella gente reunida y coronada por una humareda azul. No se atrevió a entrar. ¿Qué diría? ¿Qué excusa daría por haber regresado? «No tengo derecho a comprometer a Inès», se decía. Inès reía y llenaba las copas de champán. Jean-Noël permaneció quieto un instante, esperando que, misteriosamente, ella advirtiera su presencia. Ella iba a *sentir* que él estaba allí. «Ven, ven, ven, Inès», suplicaba interiormente. Pero ella no oyó su llamada secreta y desapareció hacia el fondo del salón.

Jean-Noël se alejó de la cortina, cruzó el pasillo y se adentró en el dormitorio de Inès. «La esperaré aquí —se dijo—. No van a quedarse infinitamente...» Una lámpara de pie plateado, colocada sobre una mesa baja, proyectaba una tenue iluminación sobre un sabio desorden de copas de jade, de iconos, de abrecartas de marfil y de ricas encuadernaciones modernas. Allí el ruido de la fiesta era amortiguado por el terciopelo negro azabache. La cama, ancha y baja, desaparecía bajo una inmensa colcha de piel de chinchilla argéntea que relucía, provocadora, en la penumbra parda. En un rincón había un pequeño pupitre de ébano y carey, muy bajo, en el que solía escribir Inès. A veces, cuando Jean-Noël estaba allí, ella se dirigía de repente al pequeño pupitre y llenaba hojas y hojas con su enorme caligrafía, mientras él permanecía tendido, silencioso y desnudo sobre la cama. «Jamás —se decía a menudo—, jamás olvidaré esta habitación. Ningún lugar del mundo podrá jamás contener tanta dicha». Y aquella noche aún sentía con más intensidad que aquel dormitorio era su único asilo, su único abrigo. Jean-Noël se dejó caer sobre la manta de piel y hundió el rostro en la almohada. La funda de

seda naranja estaba impregnada del olor de Inès, un penetrante olor de morena, de almizcle. Jean-Noël se echó a llorar al sentir aquel perfume, aquella seda, porque tenía los nervios a flor de piel. «Pero ¿cuándo vendrá? —se decía—; ¿cuándo se marchará toda esa gente…? No debería llorar, no debería mostrarme así ante ella…» Sucumbía a la piedad de sí mismo y seguía mojando la almohada.

De repente oyó pasos, los pasos de Inès, y se irguió, suspendido el llanto, medio liberado de la opresión del pecho. Los pasos entraron en el cuarto de baño contiguo, seguidos por otros pasos de suelas masculinas, que crujían sobre el mosaico del suelo. Jean-Noël se enjugó los ojos y contuvo el aliento. A través de la puerta le llegaban murmullos, risas ahogadas; había dos o tres personas con Inès. Al principio, Jean-Noël estuvo a punto de obedecer a un reflejo de prudencia, de buena educación, e irse, salir al pasillo de puntillas… De repente oyó la voz de Inès, que decía: —¿Así que ni siquiera puedo empolvarme en paz?

Queridísima mía, queríamos felicitarte con toda nuestra alma, y bien sabe Dios que nuestra alma es profunda…

Jean-Noël reconoció al instante la voz ronca, cavernosa, un tanto sofocada, de Édouard Wilner, así como la voz precisa y sibilante del profesor Lartois, que dijo: —Sí, tu nuevo paje de amor es un encanto. Esbelto, gracioso, grácil…

—Es un tesoro —contestó Inès.

—No lo ponemos en duda —prosiguió Lartois—. Hace un rato lo comentábamos y decíamos: «Lo cierto es que Inès siempre ha tenido buen gusto», lo cual era una manera implícita de rendirnos homenaje a nosotros mismos.

—¿Y hace bien el amor? ¿Hace bien el amor un chiquillo de esa edad? —preguntó Wilner.

—Algún día llegará a hacerlo de maravilla, suntuosamente —dijo Inès.

—¡Claro! Los balbuceos del genio, más conmovedores que el genio mismo —dijo la tercera voz—. Pero sólo una vez que haya pasado por tus manos, Inès.

—Y sobre todo por tu boca… —agregó Wilner—. ¡Qué boca! ¡Cuánto bien ha hecho a su alrededor! Ése es uno de los grandes recuerdos de la vida, ¿verdad, Simon?

Y Jean-Noël comprendió que el otro, el tercero, era el ministro Lachaume.

Oyó más risas y luego frases en voz baja, incomprensibles; a continuación, el ruido de una palmada sobre una mano, e Inès que decía: —¡Vamos, Édouard, no seas ridículo!

—¡Cómo! ¿Encima le eres fiel? —dijo la voz del viejo ogro.

—Nunca he sido fiel más que a mí misma, tesoros míos.

Jean-Noël ya no lloraba. Estaba en pie, atónito, con las mejillas arreboladas y el corazón en un puño. ¡Así que Lartois, Wilner y Lachaume habían sido amantes de Inès! Ella no se lo había contado nunca, ni se lo había dado a entender. Cuando se refería a ellos, decía: «Son viejos amigos». ¡Así que los «viejos amigos» eran eso! Jean-Noël calculaba: los dos maridos, el joven poeta que se había suicidado, los tres individuos del cuarto de baño..., *¿y* quiénes más? No había ninguna razón para detener el cálculo ahí. ¿Qué número le correspondía a él, «el nuevo paje de amor», al final de la lista? Y pensar que Inès había concedido a aquellos hombres las mismas caricias, los mismos placeres que a él... A Lachaume, tan feo, con su cabeza de gran batracio y sus gafas... Y hablaban de ello todos juntos, abiertamente, con cinismo, mientras que él, Jean-Noël, se esforzaba por ocultar su amor, por respeto a Inès, e incluso sufría porque su hermana estaba al corriente.

Tampoco podía admitir que Inès hubiera sido amante de hombres que ya pasaban de los setenta años. ¡Le parecía escandaloso y contranatura! Wilner..., Lartois..., dos hombres ilustres que admiraba desde la infancia, a quienes se acercaba con respeto y que identificaba con la gloria, también podían ser los viejos verdes que habían invadido el baño de Inès y que tendían sus manos seniles hacia su vestido y su corpiño...

Y ella... ¡Cómo podía hablar de él delante de ellos, con ellos, y evaluar su presencia, sus riñones, sus sentimientos, como si se tratase de un caballo de tres años o de un coche nuevo, y mezclar todos los recuerdos en el mismo cuarto de baño en que aquellos hombres se habían lavado y se habían vuelto a vestir antes que él! La asombrosa falta de pudor de los viejos, es decir, de seres maduros a los que, en teoría, ya se parecía, acababa de infligir al adolescente una herida inmerecida. No sabía si iba a huir, avergonzado para siempre, o a abrir bruscamente la puerta del baño, gritar e insultar..., no sabía si se atrevería a rebelarse. Al moverse tiró un cenicero, que cayó sobre la

alfombra con un ruido sordo. En el cuarto de baño, las voces se acallaron. Luego Inès dijo: —No sé. Debe de ser la doncella que prepara la cama. Creí que ya se había acostado... Bueno, vosotros tres marchaos...

Los pasos masculinos se alejaron. Una puerta se cerró y luego se abrió la del dormitorio y apareció Inès.

—¡Cómo! ¿Eres tú? —exclamó—. ¿Qué haces aquí? ¡Y en semejante estado!

Estaba frente a ella, despeinado, con la cara aún brillante de lágrimas y el frac cubierto de pelos de chinchilla. La miraba de una manera extraña.

—Te esperaba —dijo.

—¿Cómo? ¿Qué tienes? ¿Qué ha sucedido? Cuéntamelo, querido...

Jean-Noël seguía mirándola de hito en hito. No osaba hablar. De repente, no con un tono de confesión ni de angustia, sino de reproche, como si ella debiera avergonzarse al escucharlo, dijo: —Acabo de enterarme de que mi padre se suicidó.

Una leve sorpresa, ni dolorosa ni compasiva, se perfiló en las facciones de Inès.

—¡Cómo! —contestó—, ¿no lo sabías? Pero si todo el mundo se enteró. Recuerdo perfectamente cuándo sucedió... Fue por un asunto de Bolsa, creo, entre su padre y él. ¿Nunca te lo habían dicho? No comprendo por qué se ocultan las cosas a los niños. ¿Y por eso estás así? ¡Es absurdo, cervatillo mío! La vida sigue siendo igual.

Jean-Noël volvió a quedarse estupefacto. Aquella mujer que se había creado una reputación legendaria por su sensibilidad, que podía llorar horas y horas por la pata rota de un canario, que había escrito de sí misma que era «una cítara que vibraba con todos los dolores del mundo», no tenía otra cosa que decir. La cítara no resonaba. A Inès la palabra «suicidio» sólo le evocaba el recuerdo —objeto de elegías aguadas— del joven escritor que se había matado por ella. «Gracias a él tal vez compuse mi mejor poemario», confesaba a veces.

—Y además, mi madre..., y además, mi madre... —siguió diciendo Jean-Noël, ahogado por los sollozos.

—¿Qué pasa con tu madre?

—Nada —dijo Jean-Noël, sacudiendo la cabeza.

Los lazos impalpables que les unían, tales como la confianza, la costumbre de compartir las cosas, la franqueza absoluta, que constituyen la riqueza y la nobleza del amor, se habían desvanecido por completo. Inès se había vuelto una extraña para Jean-Noël. A él no le costaba ningún trabajo imaginar que si le entregaba sus secretos, al instante iría a desembalarlos, como si fueran mercancías, frente a sus amantes de antaño, frente al consejo de los ancianos.

—No, nada —repitió.

—Deberías irte a tu casa, ángel mío —dijo Inès—. Estás muy nervioso, muy fatigado. Mañana todo andará mejor. ¿Quieres que te dé un somnífero para que lo tomes al acostarte? Acuérdate de que siempre pienso en ti... Telefonéame mañana; en fin, dentro de un rato, cuando tú quieras... A las once, si quieres. Y ahora vete, te lo suplico; no puedo abandonar más tiempo a mis invitados.

Así que aquello era todo de lo que era capaz: un somnífero, una llamada telefónica..., sus invitados...

—Eso es —dijo Jean-Noël con una voz malévola—; ve a reunirte con Lartois, con Wilner...

Entonces ella comprendió que Jean-Noël había oído toda la conversación del cuarto de baño.

—¡Oh! Émile y Édouard, ya lo sabes... —Hizo un gesto para dar a entender que aquello no tenía ninguna importancia—. Para mí ¡son como hermanos!

—Pues bien, quédate en familia —dijo Jean-Noël.

—Vamos, vamos —contestó ella—. No vas a estar celoso de mi pasado, y menos de ese pasado. ¡Qué niño eres a veces! Por otra parte, yo no te he ocultado nada; fuiste tú, que no me lo preguntaste. Yo creía que sabías...

Jean-Noël dijo entonces su primera frase grosera, su primera frase de hombre: —¡Cómo iba a saber que conocías de memoria todas las braguetas de tu salón!

Y se ruborizó al instante, por haberse atrevido a decir aquello,

mientras esperaba que lo abofeteasen. Un resplandor violáceo apareció en los ojos de Inès.

—Vamos, pequeño —dijo—; no trates de ser estúpidamente insultante. —Y su rostro adquirió una singular expresión de ironía turbia y casi de placer—. Es a ti a quien amo, ya lo sabes, joven y maravilloso idiota —agregó.

Se le acercó y le tendió la boca, pero para Jean-Noël, aquella boca ya no resultaba un objeto de placer. Se volvió, sin decir palabra, y se marchó. El pasillo silencioso, el vestíbulo y la pajarera, voces y risas, entre ellas la voz sofocada del dramaturgo, del otro lado de la cortina... Jean-Noël cerró la puerta de entrada tras de sí, con el menor ruido posible.

De repente, entre dos pisos, se aferró al pasamano. Sentía un dolor difuso, incomprensible y atroz. Le dolía el amor, casi como a un amputado puede dolerle un miembro que le han cercenado.

IX

Las avenidas estaban desiertas; de vez en cuando pasaba algún taxi, en cuyo interior, a través del cristal posterior, se entreveían dos cabezas juntas. Pronto despuntaría el día. Los traperos ya revolvían la basura.

Jean-Noël caminaba sin saber adónde iba. Atravesaba París como un despojo arrastrado por el río. Avanzaba a la deriva, siguiendo un itinerario inconsciente. Detrás de él, la casa de Inès, una casa muerta. Delante, más allá, hacia Trocadéro, la casa de la calle de Lübeck donde la señora de La Monnerie no debía de ser más que un cadáver. Y ninguna puerta a la que llamar, por la que entrar. Las farolas alumbraban el silencio.

El pavimento resonaba bajo sus pasos. Jean-Noël tenía la sensación de recorrer un mundo muerto e irreal. Estaba solo, para toda la eternidad. Toda percepción le parecía incierta. Se palpó los brazos y la frente, pero sus nervios, destrozados por la emoción, la tristeza y el insomnio, ya no respondían; su carne se negaba a darle la sensación de estar vivo. Ya no tenía tórax, ya no tenía esqueleto; no era sino un gran vacío frío que adoptaba vagamente la forma interior de su ropa y al que sólo animaba una cólera contra el universo sin precisión ni pesantez.

Corrió hacia un gran castaño, golpeó el tronco rugoso con los puños, se lastimó las manos y el hombro, y le consoló sentir dolor, así que siguió golpeando. Jean-Noël ya respiraba mejor. Aquel árbol le devolvía la realidad de las cosas y de su propio cuerpo. Así que su padre se había suicidado, su madre había sido asesinada e Inès se había acostado con media ciudad... Ya no le quedaba más remedio que admitir todo aquello o bien seguir el ejemplo de su padre...; porque, al fin y al cabo, el suicidio, como la demencia, no es sino una forma de sustraerse de la realidad. Y la demencia no está al alcance de todo el mundo... Agotado, Jean-Noël se apoyó contra el tronco oscuro y grueso.

De repente, dos chicas surgieron de detrás del árbol, de las sombras, y durante unos instantes observaron al joven. Llevaban la falda demasiado corta, ceñida en las caderas, las medias demasiado claras, los tacones demasiado altos y el bolso de charol. Al verlas, Jean-Noël se echó a reír. Ellas lo tomaron por un fiestero un poco borracho.

—¿Qué tiene? ¿Se siente mal, ha bebido demasiado? —preguntó una de ellas. Él siguió riéndose.

—¿Somos nosotras las que le damos risa? ¿Qué tenemos de cómico? —dijo la segunda.

—Nada, nada, no es por ustedes... Es por... No es por nada —dijo Jean-Noël al tiempo que recobraba la calma.

—Estás borracho, querido; has bebido demasiado —siguió la primera muchacha.

Tenía la voz ronca y provocativa. Jean-Noël la miró mejor. Llevaba el pelo teñido, de un tono pálido de falso latón, tenía la cara hundida y grande, partida por una boca muy pintada, y sobre los hombros llevaba un mantón de zorro plateado. La otra muchacha, más entrada en carnes, parecía, pese a su pelo escaso y rizado, una pequeña burguesa.

Jean-Noël intentó reconocer dónde se hallaba. Estaba en los Campos Elíseos, en la parte de los jardines, y las farolas iluminaban el follaje.

—Entonces, ¿qué haces ahí? ¿Vuelves solo a casa? —dijo la chica del mantón de zorro—. Nosotras también volvíamos a casa... ¿No te apetece hacer el amor?

Hacer el amor. «¿Y hace bien el amor?... Algún día llegará a hacerlo de maravilla... Pero sólo una vez que haya pasado por tus manos..., por tu boca...» Hacer el amor... Las mismas palabras de Lachaume, de Lartois y de Inès.

—Si quieres, vamos a divertirnos los tres; porque nosotras dos, mi amiga y yo, no nos separamos nunca. Somos unas cochinas...

Acercó su cara hundida a la de Jean-Noël, abrió sus labios oscuros, dejando entrever unos dientes largos y espaciados, e hizo castañetear las mandíbulas. A lo sumo debía de tener veinticinco años, pero parecía la muerte tocada con un casco para una retreta de antorchas.

«Vamos a divertirnos los tres...» Los tres..., los cuatro, como Inès, Wilner, Lartois y Lachaume en el cuarto de baño.

La más entrada en carnes, con cara de pequeña burguesa, le hizo una señal con la cabeza a la otra muchacha, como diciendo: «¡Vámonos, no perdamos el tiempo! No se decidirá».

Jean-Noël continuaba mirándolas...

—¿Cuánto? —preguntó, sintiendo que le zumbaban los oídos.

Entonces pensó en Marie-Ange, a quien había prometido que volvería enseguida; Marie-Ange, que debía de imaginarlo apaciguado, consolado en brazos de Inès; Marie-Ange, que era el único ser a quien podía traicionar verdaderamente; Marie-Ange, que también tenía carne, caderas y un corazón para sufrir como él... Todavía estaba a tiempo de volver hacia aquel único afecto, para darle consuelo y pedirle socorro a un tiempo.

Las chicas se ponían de acuerdo.

—Cien francos cada una —dijo la muchacha del pelo de color latón—, porque eres guapo y nos caes simpático, ¿verdad, Minnie?

La muchacha entrada en carnes asintió.

Jean-Noël rió entre dientes al pensar que las flores que le hubiera enviado a Inès al día siguiente le habrían costado más o menos igual, lo que acabó de decidirlo.

X

En el techo había un espejo... Pasado el Rond-Point, Jean-Noël no sabría decir qué camino le hicieron tomar las dos prostitutas para llegar a aquella habitación de paso que olía a encierro, a crema mala, a perfume barato y a pecado enfriado. Un camarero soñoliento, con la camisa sin cuello, les había traído toallas y una minúscula pastilla de jabón.

—¿No tienes sed, precioso? Yo sí tengo sed —había dicho la muchacha rubia con cara de muerte.

Y el camarero soñoliento, arrastrando los zapatos, había vuelto con un coñac imbebible en unos vasitos metálicos que habían perdido el brillo, parecidos a los juegos de seis vasitos que suele haber sobre los aparadores de las garitas de los porteros. Jean-Noël pagó al camarero y a las mujeres, que querían su «regalo» por anticipado... «Así es más agradable... Y ya no volveremos a hablar de ello...»

—De todas formas, no acostumbramos a tener un tipo de frac —dijo la rubia—. La verdad es que eres muy guapo. —Y de pronto, al ver los pelos de la piel de que estaba sembrada la ropa del joven, exclamó—: ¡Caray! ¿No será mi mantón de zorro el que se despluma así? —Despegó uno de los hilos plateados y lo miró a la luz tenue—. No, no es lo mismo. ¿Has hecho el amor sobre una manta de piel esta noche? ¿No quieres contestar? ¡Vamos!, no soy curiosa, ¿sabes?

Y las dos muchachas dejaron caer su ropa y sus cuerpos con indiferencia ante la mirada del consumidor desconocido. Sólo se dejaron puestos los zapatos y las medias de seda, enrolladas en los tobillos.

El frac de Jean-Noël, el frac arreglado del asesino de su madre, yacía sobre la silla de un hotelucho sospechoso, con los faldones tirados por una alfombra raída, con el vago movimiento de un cuerpo apuñalado, dislocado. Jean-Noël estaba tendido desnudo en medio de la cama, entre las dos prostitutas, incapaz de apartar los ojos del techo.

—Te hemos traído aquí —dijo la muchacha que se llamaba Minnie— porque es el único barrio donde hay espejos como éste. Para tres es más divertido.

Era muy fea; de muslos cortos, cadera ancha y grumosa. La otra, la falsa rubia, había sufrido una cesárea, y Jean-Noël veía

reflejada en el techo la larga cicatriz que dividía su vientre flaco. Tenía las caderas puntiagudas, los senos pobres y vagabundos, y la piel blanquecina, marcada por varias equimosis verduscas; se parecía cada vez más a un cadáver.

Lo cierto es que los tres, vistos desde aquellas profundidades invertidas, parecían yacentes en el fondo de una cripta, repentina y monstruosamente animados; o tres muertos encerrados en la misma tumba, cuya lápida acabara de levantarse en el instante de la resurrección de la carne, para su condena infernal y el cumplimiento de su eterna maldición.

Jean-Noël observaba aquel enredo de nucas, de piernas y de melenas, cuyo centro y pretexto era su propio cuerpo, pálido y largo, mucho más bello que el de las dos mujeres. Dos demonios aferrados a un ángel para arrastrarlo en una caída que no tendría fin. Y el ángel pálido veía sus propias manos que recorrían y palpaban aquellos cuerpos alquilados para todas las depravaciones, y que aquella noche le permitían una extraña venganza de la que era ejecutor y víctima a la vez.

Jean-Noël no contestaba a las preguntas obscenas de las dos mujeres. No tenía deseos que formular; se contentaba con seguir a través del espejo aquella misa negra de amor y con el aprendizaje de la lucidez. No dejaba que las bocas de las mujeres se le acercasen a la cara, pero les entregaba toda su carne con una mezcla de desapego, de horror y de alegría, con la satisfacción de lo horrible. Se asombraba de que aquellas manos, aquellos labios, le despertasen los mismos deseos y los mismos estremecimientos que las caricias de Inès. Consumaba la profanación.

—¿Por qué hacéis este oficio? —se oyó preguntar a aquellas dos criaturas, que se le habían pegado como dos sanguijuelas.

Se arrepintió al instante de haber pronunciado aquella tontería. «Por cien francos», le contestarían las mujeres.

La cabeza de la pequeña burguesa salió del techo y pareció colgar fuera del espejo, con la nuca retorcida.

—Porque me gusta —dijo convencida.

—Lo más asombroso es que dice la verdad —terció la cabeza de cadáver, despegándose a su vez y agitando sus mechas de latón—. Y esta noche, se entrega... Yo no soy como ella; yo estoy jodida, y así todo acabará antes... Y tú —le preguntó a Jean-Noël—, siendo como

eres, y además rico, no deben de faltarte las mujeres… ¿No crees que es un vicio venir a hacer esto con nosotras?

Las voces resonaban junto al chico, le desfloraban las orejas, y las bocas se abrían tres metros más arriba. Las dimensiones del mundo habían sido modificadas, las proporciones invertidas, las relaciones disociadas.

De repente, Jean-Noël vio cómo atraía hacia su propio cuerpo el cuerpo enjuto atravesado por la cicatriz de la cesárea.

—¿Lo ves?; ya te había dicho que te quería a ti —espetó Minnie con una especie de despecho profesional.

A Jean-Noël se le nublaron los ojos. En la turbia claridad del espejo, las imágenes temblaban y se multiplicaban; ya no sólo veía la grupa de la muchacha flaca o los brazos cortos de la otra prostituta, que caían hacia él, sino que Inès acababa de aparecer allí arriba con las medias enrolladas sobre los zapatos; Inès estaba en el espejo con Lartois, con Wilner; Inès desdoblada, ávida, horrorosa, inclinada sobre varios amantes cambiantes. De repente, Jean-Noël vio surgir a su abuelo, al terrorífico Noël Schoudler, de mentón barbudo; luego vio emerger a su madre, desnuda, dos veces, como situada al lado de sí misma, y bajo uno de los cuerpos de su madre estaba su padre y bajo el otro, su segundo marido, el asesino. Allí arriba también estaba la vieja señora de La Monnerie agonizante, que también había parido y, como las demás mujeres, había sido fecundada. Los vivos y los muertos, la familia, los sueños, la poesía y la gloria se empujaban y se confundían, salpicados y manchados por un mismo movimiento. A cada corcovo de la muchacha flaca aparecía otra presencia; cada gesto de las dos ayudantes, cada movimiento, traía nuevos cómplices. Marthe Bonnefoy y la Salvimonte, Lachaume y Auguérenc; todos los invitados del baile de Inès acababan de entrar en el espejo, enarbolando sus cabezas de monstruo sobre sus cuerpos desnudos; y junto a todos ellos, los mendigos de la puerta de la avenida de Messina, que volvían desde el fondo de la memoria con el bisabuelo Siegfried, que les daba limosna, todos los varicosos, los miserables, los hambrientos; y unos y otros, en una ronda infinita, podían cambiar tanto de máscara como de rostro…

El espejo se había convertido en el escenario de un sueño maléfico, en un fresco infame del Juicio Final que al dar vueltas cubría por completo el techo del universo.

Al fin, Jean-Noël cerró los ojos.

2. Ruptura

I

Simon pegó la frente, que le ardía, contra el cristal, contra la noche. Desde hacía una hora, dictaba un discurso. Como de costumbre, había esperado al último momento para prepararlo.

El apartamento de Simon Lachaume estaba situado en las alturas del Trocadéro, en un edificio de construcción reciente. Justo bajo las ventanas se hallaban las obras de la Exposición Universal, en las que trabajaban equipos nocturnos, alumbrados por proyectores. El ministro observó un instante aquel ejército de homúnculos que se agitaban en el interior de las empalizadas en una luz de aurora boreal, que plantaban mástiles, sacaban escombros, empujaban cuévanos, tiraban de las cuerdas, izaban las estatuas de bronce sobre los pedestales. A la izquierda, el nuevo palacio del Trocadéro —que se llamaría palacio de Chaillot para no herir la susceptibilidad española — se elevaba con su hermosa masa blanca, de la que raspaban los últimos revoques y colocaban los últimos mármoles. En los jardines, los fontaneros emplazaban las lanzas de las fuentes y los electricistas arreglaban los surtidores luminosos.

Los pabellones de la Unión Soviética y de la Alemania nazi, levantados frente a frente junto al puente de Jena, constituían, en contraste con el fondo negro del cielo, un desafío arquitectónico que no se podía sino interpretar como un presagio. Sobre la cubierta de otros pabellones desfilaban techadores; más allá del río se distinguía un hormiguero entre las patas gigantes de la Torre Eiffel; más lejos, se hacían ensayos de iluminación en la falsa aldea de Francia, y hasta el extremo del Campo de Marte se afanaban por terminar a toda prisa aquella Babel horizontal e ilusoria, construida con ladrillos de yeso y chapado, en la que todos los días quinientas mil personas podrían circular, beber, comer, empujarse, sorprenderse, perderse, aturdirse, comprar muñecas de los Cárpatos, incienso de Oriente, turrón de Montélimar, y volver a casa formando largas columnas, a paso forzado, levantando nubes de polvo gris y de prospectos.

Simon Lachaume pensó que él también habría podido ser uno de aquellos obreros que veía bajo los focos, dedicados a una tarea ingente pero friable. Como ellos, había nacido en el escalafón más humilde de la sociedad; sus padres se confundían con los padres de aquellos hombres en la enorme masa popular, y hubiera sido de prever que el destino lo convirtiera en artesano rural u obrero especializado. Con todo, había logrado erigirse como el personaje prominente a quien se habían sometido los planos y el presupuesto de aquella gigantesca feria, el que había tenido voz decisiva en la elección de los arquitectos y en el encargo de las obras de arte, y cuyo nombre estaría grabado en algún peristilo, en una placa de mármol.

Simon Lachaume se volvió y divisó en el espejo de la chimenea su figura rechoncha, cuya fotografía o caricatura aparecía casi cada mañana en los periódicos. El reloj daría la medianoche y él seguía volcado en los problemas de gobierno, pero el hecho de que los jornaleros también trabajaran en las obras le dio una sensación de justicia.

La secretaria esperaba, con el lápiz en una mano y el cuaderno de taquigrafía sobre las rodillas. La señora Désesquelles ejercía de secretaria particular de Simon desde hacía tres años. Era una mujer de unos treinta, morena, de carne insulsa, ni bonita ni fea, como desdibujada, puntual y con una extraordinaria velocidad en los dedos. La memoria jamás le fallaba. Era de esas colaboradoras enamoradas del hombre a cuyas órdenes trabajan. Simon podía pedirle que se saltase las comidas, que pasase noches en vela o que postergase indefinidamente las vacaciones; para ella, Simon era un hombre de genio, casi Dios. Lo adoraba en silencio, y en el secreto de su corazón se contentaba con odiar a Sylvaine. Simon se daba perfecta cuenta de todo ello.

En algún momento de hambre podría haber aprovechado aquella mujer que, a todas luces, se le ofrecía, ni más ni menos comestible que cualquier otra; pero nunca había sucumbido a aquella tentación fácil, jamás había rozado siquiera la mejilla de la señora Désesquelles. Era demasiado consciente del provecho que sacaba de la pasión insaciada que ella sentía.

—La obligó a acostarse muy tarde, mi pobre Désesquelles —dijo.

—¡Oh, no, señor ministro! Da igual; tengo tiempo de sobra hasta el último metro.

Vivía cerca del puente de Boulogne.

«El último metro», pensó Simon. Y recordó que hacía diez años largos que no cogía el metro. Tenía que hacer un esfuerzo para rememorar el olor soso y cálido del metro... No; en esta estación, de noche, el olor era más bien soso y fresco, o tal vez dependiese de las líneas... La verdad es que ya no lo sabía... Ya no sabía nada de las multitudes sacudidas a diario en los trenes subterráneos, a diez metros bajo las ruedas de su coche oficial. Simon se dijo que debería ir en metro algún día, para darse cuenta.

La señora Désesquelles observaba con preocupada ternura los síntomas de cansancio en la gran frente desnuda del ministro y en sus ojos sin brillo detrás de las gafas.

—Si esta noche está cansado, señor ministro —dijo—, puedo volver mañana por la mañana para terminar, a la hora que usted quiera, a las siete, incluso a las seis...

En realidad, abrigaba la loca esperanza de que él respondiera: «Pues sí, voy a descansar unas horas. En lugar de hacer todo ese camino, túmbese usted un rato aquí, en algún sofá».

Simon pensaba en la jornada del día siguiente. Tenía que recibir al sindicato de pasantes de colegios y al director del museo del Luxemburgo para discutir sobre unas nuevas adquisiciones; tenía concertadas otras diez citas, y el entierro de la señora de La Monnerie, al cual debería asistir. Tenía que dictaminar sobre el caso de un inspector de enseñanza primaria acusado de violar a una indígena en Indochina; tenía que almorzar con los representantes de la federación del Cher; tenía el congreso del partido toda la tarde, en el que debía pronunciar su discurso; tenía el papeleo, todo el papeleo, una hora de firma, treinta expedientes que revisar, treinta cartas que dictar a propósito de todo, de subvenciones, de condecoraciones, de reparaciones de monumentos, de los teatros nacionales, de la Escuela de Bellas Artes, de la Villa Médicis, de las expediciones arqueológicas en Oriente Próximo y de las guarderías de Drancy.

—El drama de los ministros —dijo— es que tenemos veinte horas de administración por cada diez minutos de gobierno. Ni siquiera nos queda tiempo para pensar. —Era estrictamente necesario que terminara el discurso aquella noche—. Bueno, ¿por dónde iba? —preguntó—. ¿Podría usted releer el discurso?

La señora Désesquelles se inclinó sobre las cuartillas y leyó:

—Desde que las ideas generales y generosas de 1919 fracasaron en sus propósitos...

—... desde que —encadenó Lachaume— la idea misma de sacrificarse por la paz parece haber sido la mortaja del presidente Aristide Briand, desde que apenas reconstruidas sus ruinas ciertos pueblos vuelven a invertir gran parte de su energía en la fabricación de nuevos medios de destrucción...

—... destrucción... —repitió a media voz la secretaria, sin levantar la cabeza.

—...y desde que —prosiguió Lachaume más despacio— recurrir a la violencia vuelve a ser admitido, si no deseado, por tales pueblos...

Se detuvo en seco, consciente de que se había metido en un callejón sin salida, porque la conclusión que le venía al encuentro le parecía impronunciable, informulable. «Ya entiendo por qué esta noche no consigo concentrarme; no estoy seguro de lo que quiero decir, o, más bien, no puedo decir aquello de lo que estoy seguro».

Se sentó tras la gran mesa escritorio de palisandro, se limpió las gafas con los pulgares, dio vueltas a un cigarrillo entre los dedos, sin llegar a encenderlo. Durante un instante su cerebro giró en el vacío, como un motor que no le funciona el embrague. Luego, se preguntó: «¿Creo verdaderamente que la guerra, a plazo más o menos breve, es inevitable?». De esta pregunta, la más grave que pudiera formularse como hombre de gobierno, dependía toda su actitud ante su conciencia, ante sus electores y ante el Parlamento.

Simon Lachaume ocupaba la vicepresidencia de su partido; tenía derecho a esperar, e incluso a exigir, a la primera crisis ministerial, una de las tres grandes carteras, la de Guerra, la de Interior o la de Asuntos Exteriores; de hecho, ya era considerado como presidente del Consejo en potencia, y aquel discurso de política general era un acto de candidatura implícita a los últimos puestos que le quedaban por conquistar.

«Una cosa semejante, una cosa semejante... —se dijo—. ¿Es eso lo que de verdad pienso? Pues si lo pienso, debo decirlo». Se sintió atrapado por el vértigo de las responsabilidades, lo cual le sucedía con bastante frecuencia en aquella época. «En otros tiempos —pensó mientras echaba a andar por la estancia—, no me planteaba todos estos problemas. ¿Por qué estoy menos seguro de mí mismo? ¿Será que envejezco?»

Repasó mentalmente las principales etapas de su carrera ministerial. «Sí, siempre he sido afortunado —se dijo—. La quiebra de Strinberg, el asesinato de Doumer, los motines del 6 de febrero, el atentado contra Barthou y el rey Alejandro I, el asunto Stavisky… Siempre he salido airoso, y sin vacilar. De cada accidente político, desde mi primera elección, en 1928, he salido cada vez más fortalecido. Sólo que…, llega un momento, en el triunfo de un hombre público, en que su destino se confunde con el de su país, con el de su nación… Y yo ya he alcanzado ese momento… Mañana, o dentro de dos meses, o de seis, puedo estar en la calle Saint-Dominique o en el Quai d'Orsay. Y entonces… Si llega a estallar una guerra, yo seré el asesino; si resulta victoriosa, yo seré el vencedor; si es una derrota, yo seré el incapaz, el proscrito, sobre quien recaiga la vergüenza. En fin, no sólo yo, pero sí seré uno de los primeros… A partir de ahora, cuando pronuncio un discurso sobre política general, mi suerte se eclipsa tras la suerte de toda la nación. ¿Podía imaginar que tendría que enfrentarme con tales angustias cuando soñaba con llegar a ministro?»

A partir de entonces, ya no se trataba de su aventura individual, impulsándose con las caídas de ministerios, los atentados, los motines abortados y los escándalos financieros, sino que debía trabajar cara a cara con la historia. Y Simon presenciaba el desarrollo de la historia, cómo ésta se había formado en torno a la nación y al imperio mientras él construía su ambición.

La historia presente, al otro extremo del planeta, era la de los mariscales chinos que tras la muerte de Sun-Yat-Sen luchaban entre sí como los sucesores de Alejandro; era el Japón que pisoteaba Manchuria, las ametralladoras que disparaban en los arrozales y el incendio de las barriadas de bambú. Era la guerra de Abisinia, una guerra cuya única razón era la guerra misma, que reventaba, como si se tratara de un gran absceso negro, el flanco de África, sobre hombres semidesnudos, armados con lanzas, que entre el estallido de los obuses y de las bombas se obstinaban en poner trampas a los tanques como si se tratara de rinocerontes. ¿Acaso Simon podía olvidar que había formado parte de ministerios sucesivos, uno de los cuales estaba en contra y otro a favor de las sanciones a Italia, y el tercero, de la no-aplicación de las sanciones votadas?

La historia presente era la de la bancarrota de la Sociedad de las Naciones, la salida del delegado de Alemania, que había abandonado la sala de plenos en un silencio que presagiaba lo más atroz, y el concilio del Leman, cada vez más desierto de sesión en sesión, contentándose con proferir tímidas e inocuas excomuniones.

Era la historia del matadero de España y la intervención de Alemania y de Italia, que apoyaban una sedición militar con el único fin de transformar un país entero en un campo de maniobras con objetivos reales.

Era, a las puertas de Francia, la historia de las voces de hierro que, encaramadas a un balcón de Milán o desde lo alto de un estrado de Núremberg, desde la tribuna de un estadio, de un vagón, de un tractor agrícola, de un coche blindado, desde cualquier tarima, invitaban a la violencia y al orgullo gregario de las hordas disfrazadas.

Era, en las dos Américas, la historia de las locomotoras impulsadas por el trigo quemado, el trigo sobrante de la superproducción, mientras en Asia las hambrunas mataban millones de seres humanos todos los años.

Era la historia del paro y la fabricación de armas para reducirlo..., la fabricación de armas para defender el espacio vital, para apoyar a las minorías, para proteger las zonas de influencia comercial..., y el tráfico de armas a través de los continentes, por medio de tratados oficiales o por contrabando, como si una parte de la humanidad fuera incapaz de subsistir sin traficar con el asesinato de los demás.

Por todas partes se imponía la guerra, real o prometida; por todas partes reinaba la amenaza, el explosivo en estudio, la máquina de destrucción perfeccionada.

—Cuando los pueblos se agotan fabricando armas —dijo Simon, reflexionando en voz alta—, siempre acarician la ilusión absurda de que no tendrán que utilizarlas, mientras que el peso mismo de esas armas los arrastra a la muerte.

La secretaria taquigrafió la frase.

—¿Es la continuación del discurso, señor ministro? —preguntó.

Él levantó la cabeza, sorprendido, y miró a la señora Désesquelles. Estaba construyendo el discurso de la oposición, se acusaba a sí mismo.

¿Qué había hecho él, Simon, el elegido de la nación victoriosa del 1918, para oponerse a la guerra, a «esa plaga que no deberíamos volver a presenciar», pero que en realidad no había cesado de devastar un lugar u otro del planeta ni un instante, y cuyo cerco se estrechaba cada vez más alrededor de su país, alrededor del imperio? ¿Acaso

había alzado la voz en alguna ocasión, acaso había recurrido alguna vez a su audiencia, a su prestigio, acaso alguna vez había tenido el valor de presentar su dimisión de un puesto para rechazar la complicidad con la desdicha? Por un instante estuvo tentado de decir todo aquello al día siguiente, de lanzar aquella bomba en pleno congreso nacional, pero ¿tenía sentido, para aliviar su conciencia, para aliviar un momento su conciencia, renegar de diez años de vida pública? ¿Y para llegar a qué conclusión? ¿Para proponer qué solución? Sumido en la inquietud, ¿a quién podía pedir consejo? Ya no tenía mayores a quienes acudir en busca de consejo, sino tan sólo rivales.

—Señora Désesquelles —dijo—, si estallase la guerra, ¿qué pensaría usted de mí?

—Pensaría, señor ministro, que ha hecho todo lo posible por evitarla —contestó ella, y palideció—. ¿Cree usted verdaderamente...? —preguntó.

—No, no; en principio, no. Sólo reflexionaba —dijo Simon enseguida.

«¡Qué gran hombre —pensó la señora Désesquelles—, que se interroga sobre cosas tan graves antes de hablar! Quienes lo escuchan ni siquiera lo sospechan...» Y, entretanto, Simon se decía: «¡Ahí está! O desesperarlos o mentirles para que no sufran...». En ese preciso momento sonó el teléfono. La señora Désesquelles descolgó.

—Es la señorita Dual —dijo cubriendo el aparato con la mano.

Simon, con un gesto de impaciencia, tomó el receptor cuya membrana metálica crepitaba por la voz de Sylvaine.

—¡Hola, Simon! ¿Eres tú, querido? Sucede algo horrible... Es una trama armada contra mí, contra ti —gritaba Sylvaine—, para que fracase mi debut en la Comedia Francesa y cubrirnos de ridículo.

—Pero ¿qué sucede? —preguntó Simon.

—No me puedo poner el vestido del segundo acto.

Simon se encogió de hombros, mientras Sylvaine continuaba dando explicaciones confusas e indignadas acerca de los ensayos, de los proveedores del teatro, de la mentalidad de los socios y del odio del que se creía objeto.

—No me quito de la cabeza que todo esto en realidad es un asunto político —gritó.

—Pero todo esto puede arreglarse perfectamente; todavía faltan seis días para el ensayo general —dijo él.

Sylvaine no lo entendía así. Quería que Simon fuese con ella al día siguiente a elegir otro vestido a casa de una modista.

—¡Ni se te ocurra, pequeña! —exclamó Simon—. Parece que seas tú quien quiere ponerme en ridículo. Te juro que tengo cosas más importantes de las que ocuparme.

Entonces Simon tuvo que escuchar la cantinela sobre el amor, que era lo más importante del mundo; los grandes hombres lo habían demostrado a lo largo de la historia. Y si no tenía el valor de defender a la mujer que quería...

—Si te parece bien, hablaremos de eso más tarde. Mi secretaria está aquí, estoy trabajando —dijo Simon.

—También lo mío es una cuestión de trabajo —contestó Sylvaine—. Y es a ti a quien quieren ofender, a través de mí.

Poco faltaba para que ella le reprochase que fuese ministro, porque perjudicaba su carrera de actriz. Simon sintió que no aguantaría mucho más. La presencia de la señora Désesquelles le impedía decir las groserías que quería espetarle a Sylvaine, y colgarle el teléfono hubiera sido peor. Con la mandíbula apretada y golpeando la alfombra con el pie dejó que el teléfono siguiera transmitiendo, durante varios minutos, acusaciones, sollozos y la predicción de las peores catástrofes. Sylvaine atribuía un significado supersticioso a la elección de aquel vestido.

—Bueno, vale, de acuerdo —dijo él, agotado—. Mañana a las once y media. Sí, sé puntual; es la única media hora que tengo libre. Sí..., prometido... Sí, también cenaremos juntos... Claro que te quiero... Sí, que descanses.

Al fin pudo colgar. La señora Désesquelles, impasible, sufría en silencio por la dignidad de Simon, y Simon sufría al sentirse juzgado.

—Bueno, terminemos —dijo volcando en el discurso la irritación que le había causado el incidente—. Tache usted todo el último párrafo, a partir de «desde que», y continuemos.

Encendió un cigarrillo. «A fin de cuentas —se decía mientras daba largas zancadas—, no es sino un discurso como los demás, destinado a demostrar que mi partido ha actuado como era debido y a endilgar a los demás la responsabilidad de los errores cometidos. Hago lo que puedo. Yo solo no puedo cambiar el curso del mundo. *¿Y* para salvar a quién, a qué? Las pequeñas intrigas de la Comedia Francesa, los bailes de Inès Sandoval, las musiquitas de Auguérenc...» Se detuvo en medio de la alfombra, aspiró una larga bocanada de aire echando los hombros hacia atrás, y dictó: —Es cierto que el horizonte internacional puede parecer sombrío, pero perder la esperanza, exagerar los acontecimientos para sumir el país, como quisieran algunos, en aventuras que sólo podrían resultar provechosas para los enemigos de la democracia, sería un crimen contra la República, contra la patria, contra la civilización misma... Ciudadanos; jamás se escribirá la historia de las catástrofes evitadas. En caso contrario, estoy seguro de que nos daría la razón. Ahora más que nunca, debemos permanecer fieles a los principios generales y generosos...

Para expresar lo contrario de lo que pensaba de verdad, había adoptado una dicción cortante, fuerte, enérgica: su tono en la tribuna.

—¡Mucho mejor así! —murmuró la señora Désesquelles, sin poder contenerse.

—... Pero esta actitud también nos obliga a estar más alerta que nunca...

Simon se golpeó la palma derecha con el puño izquierdo. Ya tenía el discurso, que concluyó con una bella exhortación a la vigilancia: vigilancia republicana en el interior y acercamiento de todos los partidos democráticos para la defensa de las instituciones; vigilancia en la defensa nacional, para proteger las fronteras, y vigilancia en la diplomacia, para salvaguardar la paz del mundo. Todo ello significaba, a las claras, para quien supiera interpretarlo, que a fin de ejercer aquella vigilancia, Simon reclamaba una de las tres grandes carteras ministeriales...

Bajo las ventanas, los obreros de la Exposición Universal seguían soldando el plomo y pasando la raedera al cemento.

II

Jean-Noël volvió a ponerse el frac, que le habían cepillado a conciencia, para presidir el duelo de la señora de La Monnerie. El entierro tuvo lugar en Saint-Honoré d'Eylau, en el mismo lugar donde antaño se habían celebrado las exequias del poeta.

—¿Te acuerdas? —le dijo Marie-Ange—. Aquella mañana hiciste una escena porque yo iba al entierro y tú no... Eras demasiado pequeño.

Al comparar aquel funeral suntuoso, cuyos cirios aún brillaban en el fondo de sus recuerdos de niña, con la ceremonia de hoy, Marie-Ange podía medir la mengua, la decadencia de la familia. Treinta personas, a lo sumo, se habían tomado la molestia de ir a inclinarse sobre los despojos de la viuda de un hombre ilustre. La misa fue despachada como si todo el mundo —el sacerdote, el diácono, los asistentes y los empleados de las pompas fúnebres— tuviera prisa por terminar con aquellas formalidades de aduana. El féretro no transportaba nada importante. Apoyado en su alabarda, el pertiguero se aburría.

El joven duque de Valleroy, que andaba en la cuarentena, orondo y calvo, con un aspecto autoritario de hombre de negocios atareado, había acudido al funeral, no porque sintiera un afecto particular por su vieja tía de La Monnerie, sino tan sólo para cumplir con lo que consideraba una obligación de su cargo. Se creía el jefe de tribu de la antigua Francia. Del mismo modo, asistía todos los años a la misa del aniversario de la muerte de Luis XVI.

Mientras los d'Huisnes y los de La Monnerie se extinguían y sus fortunas se desvanecían —y hasta su alianza con los Schoudler había precipitado su ruina—, los Valleroy, por el contrario, se habían perpetuado y mantenido, y las herencias habían acrecentado su riqueza. Charles de Valleroy —al que continuaban llamando «el joven duque» por costumbre, porque heredó el título al cumplir la mayoría de edad— poseía una docena de castillos desperdigados por cuatro provincias, millares de hectáreas explotadas, intereses mineros fuera de Francia, y tenía asiento en los consejos de administración de varias industrias importantes, entre ellas la manufactura de espejos de Saint-Gobain. «Yo soy vidriero», se complacía en declarar, recordando así que ejercía uno de los dos únicos oficios que el rey autorizaba ejercer a la nobleza de Lorena: el del carbón y el de la vidriería. Administraba todas sus propiedades y sus negocios con precisión, impaciencia, lúcida decisión y un sentido de superioridad bastante difícil de soportar para el prójimo.

Un joven de pelo liso se le dirigió con voz de circunstancias:

—El ministro presenta sus excusas por no haber podido venir en persona, y me ha encargado que le haga llegar sus conmovidas condolencias.

—¿Qué ministro? —preguntó el duque.

—El ministro de Educación Nacional.

—Tenga la bondad de darle las gracias, señor. —Y Valleroy estrechó la mano del agregado al gabinete con un gesto protocolario, como un poder en relaciones de cortesía con otro poder. Luego dijo al oído de Jean-Noël, cortante—: Lachaume ha mandado un representante. Es correcto.

Los ancianos del «gran torneo» desfilaron, seguidos por otros viejos que lloraban por ellos mismos y que creyeron necesario rozar con sus rostros bañados en lágrimas y sus labios mojados las mejillas de Jean-Noël.

Marie-Ange estaba más protegida bajo un velo de crespón que le había prestado la tía Isabelle. «Tengo tantos sombreros de luto...», le había dicho Isabelle. Estaba en pie al lado de Marie-Ange y era la única que parecía sufrir verdaderamente por la muerte de la señora de La Monnerie.

Inès Sandoval apareció tocada con un turbante marrón y se abrió paso entre los religiosos. Tomó las dos manos de Jean-Noël y le murmuró: —No sabes el esfuerzo que he hecho por ti. La maquinaria de la muerte siempre me trastorna. ¿Por qué visten a los muertos con esas horrorosas colgaduras negras...?

Jean-Noël la observó con frialdad y la vio tal cual era, a sus cuarenta y cinco años, con sus finas arrugas en la frente, su piel morena y un poco seca, su cojera y su emotividad falaz y elaborada.

—¿Te veré esta noche? —susurró ella, más bajo aún.

—Te llamaré por teléfono —contestó él, sabiendo que no lo haría.

Y sintió qué vuelco había dado la situación y qué ventaja repentina se adquiere sobre una mujer cuando uno ha cesado de amarla y ella todavía no lo sabe. Inès se alejó, ondulante, del brazo del profesor Lartois.

Entre las personas que formaban el escaso cortejo, Jean-Noël vio una cabeza que creyó reconocer de inmediato, sin poder ponerle un nombre. Aquel rostro masculino de cierta edad, pero tan cuidado, tan joven de expresión, aquel mechón ondulado que caía un poco sobre la frente, aquel andar flexible y ligeramente vacilante, aquella elegancia a la vez rebuscada y discreta en el vestir, ¿dónde los había visto? ¿Y cuándo? ¿Había sido en fecha reciente o lejana? El hombre de edad con el mechón ondulado no se detuvo ante ningún otro miembro de la familia, sino que fue directamente hacia Jean-Noël y dijo: *—I saw in the papers, this morning…*[5]

Sólo entonces Jean-Noël comprendió que el personaje que le hablaba era Lord Pemrose. Su presencia era tan inesperada, tan imprevisible, que Jean-Noël se quedó medio atontado y apenas entendió las frases que le decía. Lord Pemrose hablaba con la cabeza inclinada sobre un hombro, con una reserva singular, con una turbación inexplicable, pero su rostro mostraba simpatía, interés real, compasión. En dos ocasiones miró a los ojos de Jean-Noël y éste leyó en su mirada tanta amistad que se emocionó. «Apenas me vio unos instantes la otra noche, y está aquí por mí… ¿O tal vez cree complacer a Inès? No, está aquí por mí. ¡Qué amabilidad!», se dijo Jean-Noël. Y casi se avergonzó de no sentir un dolor verdadero que justificase la molestia que se había tomado Lord Pemrose y merecer tanta solicitud. Era la única persona a quien le apetecía abrazar. Un impulso de afecto y de gratitud lo empujaba hacia aquel hombre, pero, al mismo tiempo, paralizado por la sorpresa, era incapaz de un gesto o de una palabra.

—*If you ever feel lonely, and bave ten minutes to spare, do telephone me…*6

Y Lord Pemrose, volviendo la cabeza, se fue bruscamente, como si la frase que acababa de pronunciar fuese una audacia tal que debiera avergonzarse. Jean-Noël lo observó mientras se alejaba, al tiempo que pensaba que ni siquiera le había agradecido su presencia. Cuando Pemrose hubo desaparecido, tras hundir los dedos en una pila de agua bendita, Jean-Noël se sintió presa de la soledad y aquel rostro sensible y fatigado le pareció un recurso: «*If you ever feel lonely…*».

La ceremonia en el cementerio duró poco. En cuanto salió de allí, Marie-Ange se quitó el sombrero, lo envolvió en el velo y se lo devolvió a su tía, excusándose. Luego se metió en el primer taxi que vio, y le ordenó al conductor: —A la calle Clément-Marot, 7. Rápido.

III

En la calle Clément-Marot, ciento cincuenta personas, instaladas alrededor de la pista, llenaban los salones grises y dorados de la casa Marcel Germain. Acababa de empezar la presentación a la prensa de la colección de media estación, con retraso, como de costumbre. Aristócratas de la profesión, las jefes de redacción de las grandes revistas femeninas ocupaban, por derecho propio, la primera fila. Detrás de ellas, siguiendo una jerarquía sutil pero rigurosa, estaban las cronistas de moda de los periódicos de París y de provincias; todas ellas tomaban notas en cuadernos Moleskine de hule negro. Asimismo, estaban presentes las compradoras de grandes tiendas norteamericanas y también un reducido número de hombres —ilustradores, pintores, decoradores de teatros y fabricantes de telas—, que no parecían nada incómodos en aquella pajarera. Anet Brayat, cuya barba rojiza le caía sobre el pecho, mientras hacía girar sus pulgares sucios sobre sus gordas rodillas, formaba parte de los ídolos de la primera fila.

Pese al miedo escénico que les oprimía el corazón, las maniquíes avanzaban con una mirada falsamente indiferente, con andares artificiosos, con una indolencia vigilada, con actitudes extravagantes y la sonrisa forzada de los trapecistas al final de su número.

Una pregonera anunciaba el nombre de los modelos. Para bautizar sus

vestidos, la temporada anterior Marcel Germain había recurrido a nombres de volcanes y montañas. Esta vez se había decantado por los pastelillos. Los trajes sastre se llamaban Bocadito, Polvorón y Almendrado, y el vestido de novia de bordado inglés, Pozo de Amor. Germain también se había inventado el color de la estación: el azul «eternidad».

El mismísimo Marcel Germain, con una chaqueta de color azul violáceo, una pajarita de color llama, los ojos ligeramente saltones y el pelo rubio peinado en un tupé ondulado, se paseaba por los pasillos nervioso, agitado, ansioso, y acechaba los aplausos como un dramaturgo durante un ensayo general.

—¡Ay!, niñas mías, Bollito no gusta... Que sí, que yo ya sé lo que digo. Escuchen, este abrigo es un fracaso decía a las bocetistas y a las vendedoras que lo rodeaban—. Ya lo sabía yo; no deberíamos haberlo mostrado. ¿Y mamá? ¿Podéis ver a mamá? ¿No está desesperada mamá? ¡Pobre mamá!

La señora Germain, la madre del creador, prudente y rosada bajo su pelo blanco, permanecía entre las altas autoridades norteamericanas y distribuía dulces sonrisas y frases amables.

Sus subordinados más allegados se afanaban por tranquilizar al modisto, y la directora comercial, la señora Merlier, de hermoso perfil y el pelo peinado hacia atrás, se esforzaba por darle un poco de consuelo. Con todo, Germain seguía retorciéndose las manos. Parecía un drama. El modisto y su estado mayor habían trabajado hasta las tres de la madrugada, en el estudio, a fin de rectificar y añadir algunos detalles, y los talleres los habían llevado a cabo desde primerísima hora de la mañana.

—¿Y Milhojas? ¿Ya ha bajado Milhojas? —preguntaba Marcel Germain—. ¡Vamos, es espantoso! ¿Qué hace el taller de Marguerite? Milhojas es la clave de la colección; todo depende de eso. Merlier, hija mía, se lo suplico; vaya usted misma a ver qué pasa. —Era la tercera persona que mandaba en diez minutos en busca de Milhojas—. Si no podemos pasar ese vestido, hijas mías, les aseguro que cierro la casa esta noche —declaró Germain— y echo a todo el mundo de patitas a la calle... Un cigarrillo, quisiera un cigarrillo. No, de ésos no; de los míos. ¿Dónde están...? ¡Y aquélla, aquélla, Chantal, sí! ¡Mírenla —gimió señalando a una maniquí que desfilaba—; se ha olvidado los pendientes! Les aseguro que me va a dar algo...

En ese instante trágico le anunciaron que la señorita Dual estaba allí

para elegir urgentemente un vestido de escena.

—¡Ah, no! ¡Ah, no! —exclamó el modisto—; que vuelva más tarde, que venga mañana. Me importan un comino las señoritas de la Comedia Francesa. No puedo ocuparme de nadie, bajo ningún pretexto. —Pero entonces le murmuraron unas palabras al oído—. ¡Vaya! ¡Sólo faltaba esto! —exclamó Germain retorciéndose los dedos. Y acto seguido se precipitó al encuentro de Simon Lachaume, diciendo —: ¡Estimado ministro! ¡Qué honor, qué placer...! Señora Merlier, señora Merlier; que hagan un hueco de inmediato para el ministro, en la primera fila, al lado de mamá...

—No, no; de ninguna manera —dijo Lachaume, negándose a entrar en el gran salón—. Sólo tengo un minuto y no quiero molestar a nadie.

Simon estaba tan incómodo e irritado por el hecho de encontrarse allí como Germain al ver aparecer al ministro justo entonces. «Como si no fuera bastante absurdo acompañar a mi amante a casa de un modisto... —pensaba Simon—. Tenía que elegir un día de desfile, con todos esos periodistas. ¡Vaya repercusión va a tener mañana en los periódicos...!» Para tratar de dar un sentido a su presencia, mientras Sylvaine pasaba a uno de los saloncitos de pruebas, dijo: —Hace mucho tiempo que deseaba visitar una gran casa de modas; así que he aprovechado un instante libre y como la señorita Dual venía a su casa... Vamos, mi querido amigo, acompáñeme a recorrer su establecimiento y explíquemelo todo.

Marcel Germain se sintió desfallecer. O más bien hubiera querido desfallecer verdaderamente, pues le habría servido de pretexto para escaquearse, pero no le quedó más remedio que decidirse.

—¿Dónde están sus oficinas...? ¿Dónde trabajan las dibujantes? ¿Cuántos empleados tiene? —preguntaba Lachaume.

Por deformación profesional había adoptado el paso de visita oficial y el tono de inauguración de un edificio público. Germain, aguzando el oído en vano para captar cualquier eco de los aplausos del gran salón, abría puertas, daba breves explicaciones.

—¿Y los talleres? ¿Cuántas obreras tiene por taller? ¿Y esto? ¿Qué es? —preguntó mientras señalaba unos cincuenta maniquíes de lienzo grueso, amontonados al fondo de un pasillo.

—Son los maniquíes a medida de mis principales clientes —contestó Germain—. Así se les pueden hacer los vestidos aunque no tengan tiempo para probárselos, o aunque estén en el extranjero...

—¡Qué curioso! —dijo Simon, acercándose.

Sobre el vientre de cada maniquí había una etiqueta cosida, con el nombre de la dienta en rotulador. Simon Lachaume leyó: duquesa de Valleroy, Lady Coxram, señora Boitel, señora Bonnefoy... Allí estaba la flacura de la vieja duquesa de Salvimonte, los enormes michelines de Mrs. Worms-Parnell... Qué cementerio tan extraño, qué fosa común del lujo... Las formas de las mujeres más ricas y célebres estaban alineadas unas contra otras, estatuas sin brazos ni cabeza, moldeadas en dril y rellenas de crin, con sus hombros encogidos o demasiado robustos, con sus pechos mal colocados, con sus cinturas gruesas o sus costillas descarnadas, semejantes a los desechos de malas excavaciones. Simon conocía el cuerpo desnudo de algunas de esas mujeres, y se divertía buscando en los maniquíes algunos de sus recuerdos. «¡Caramba! —se decía—; ahí está el vientre abultado de Marthe..., la cadera deformada de Inès...»

—Sí, así son —dijo Marcel Germain—, y ya ve usted lo que consigo hacer de ellas todos los días. Ochocientas personas tengo dedicadas a eso.

A lo largo del pasillo se veían los talleres, de un enlucido opaco, como las aulas de los colegios. Y en cada taller, cuarenta mujeres con una blusa bullían como gambas grises en el fondo de una red, mujeres que fabricaban los vestidos más caros del mundo y que, a última hora de la tarde, para volver a su arrabal, se pondrían, encima de las enaguas de seda artificial, un viejo jersey de lana y una falda raída. Pero en ese momento, Germain no pensaba en los talleres. Sólo tenía una idea en la cabeza: acercarse al desfile de modelos.

—Querido ministro, le enseñaré algo que no muestro a nadie: la cabina.

Volvieron a los salones dedicados a la venta. Germain empujó una puerta y Simon Lachaume creyó entrar en el camerino de un cabaret durante un cambio de escena. Una docena de muchachas, morenas, rubias y pelirrojas, las diez maniquíes —pero de carne y hueso— de Germain, se agitaban en una celda sin ventanas, violentamente iluminada con luz eléctrica. Todas ellas se vestían y se desvestían en un enredo inimaginable de brazos, piernas, cabelleras y telas; todas ellas hablaban a la vez. Cuando una muchacha volvía del salón, con los últimos aplausos crepitando a sus espaldas, empezaba a desnudarse, mientras la maniquí siguiente salía, adoptando el paso y la actitud que exigía el desfile. Aparecían y desaparecían ombligos, sobresalían espinas dorsales en cuerpos flexibles y pálidos que se

curvaban para anudar la cinta de un zapato. Las primeras oficialas del taller estaban arrodilladas como camareras de teatro al pie de aquellas hermosas criaturas que iban a llevar sus colores, y sacaban un hilván olvidado, se aseguraban de la caída de un pliegue o volvían a coser un botón en el lugar que le correspondía. Las maniquíes que estaban preparadas para desfilar se pasaban el peine frente a un tocador en el que cada una de ellas tenía una silla y un cajón con candado. Porque aquellas diez muchachas que vivían constantemente desnudas entre ellas necesitaban un cajón con candado para encerrar sus cosas, su pintalabios, el dinero suelto y sus secretos.

El aire estaba cargado de perfumes raros y también de olores humanos que sólo eran tolerables porque emanaban de epidermis jóvenes. Tantos cuerpos en movimiento, tantas telas agitadas producían una singular electricidad, y la temperatura de la cabina era varios grados superior a la de las habitaciones contiguas. Simon trataba, en vano, de diferenciar aquellas muchachas seleccionadas por su belleza; todas tenían en común la longitud de las piernas, la delgadez de las caderas, la chatura del vientre. El ministro fue empujado por alguien que gritaba: —¡Aquí está Milhojas!

Una masa de tela crepitante le pasó por debajo de la nariz, como el vagoncito de una montaña rusa en una feria. A continuación se oyó una tela que se rasgaba y Marcel Germain profirió un grito, al tiempo que se llevaba las manos al tupé. Milhojas acababa de engancharse en el pomo de un ropero.

—No es nada, no es nada —gritaban—. Lo coseremos encima. ¡Marie-Ange, Marie-Ange; ven, deprisa!

Estaba al fondo de la cabina. En aquel torbellino, Simon no la había visto, y de no haberla llamado por su nombre, lo más probable es que no la hubiera reconocido. Por un instante, dudó de que fuera ella, porque podía haber otras Marie-Ange. Con todo, aquellos brazos, aquellos hombros, aquella manera de mantener la cabeza erguida... De pronto, recordó que ella le había dicho: «Trabajo en una casa de modas». Sus miradas se cruzaron; ella también parecía reconocerlo. Se sonrieron, turbados, por lo insólito de su reencuentro y por lo absurdo del lugar. Simon sólo la había visto enmascarada; de repente se le aparecía no sólo con la cara descubierta, sino vestida únicamente con un ligero sostén y unas braguitas. Aunque hasta aquel momento no la había reconocido, le pareció más bella, más viva que las demás maniquíes. A su alrededor, tres personas se afanaban poniéndole el vestido. Simon salió para no prolongar lo que le parecía una especie de robo con premeditación y alevosía.

IV

Cuando Simon entró en el salón del probador, Sylvaine le dijo, ofendida: —La verdad es que para desentenderte por completo de mí, no hacía falta que vinieras.

Al volver a encontrarse con Sylvaine, Simon experimentó el mismo mal humor de la víspera y calculó el tiempo que perdía.

—Bueno, ¿has encontrado el vestido que buscabas? —preguntó.

—No; es espantoso, ninguno me va bien, ninguno me sirve. No sé qué voy a hacer.

—Pues entonces tendrás que resignarte y aceptar el del teatro —dijo Simon, mirando el reloj.

Había perdido un cuarto de hora visitando la casa de modas, y necesitaba cinco minutos para llegar al ministerio...

La señora Merlier, que acababa de mostrar seis vestidos a Sylvaine y que intuía la tormenta que se avecinaba, se apresuró a decir: —Espere, le mostraré el modelo Milhojas. Estoy segura de que es lo que necesita; no me cabe ninguna duda. Germain está loco por ese vestido; es su obra maestra.

La señora Merlier tenía una sonrisa estereotipada y unos dientes blancos y bien alineados; una sonrisa instantánea, que se abría y se cerraba a voluntad, que podía permanecer en su sitio durante diez minutos y desaparecer en un segundo sin cambiar en absoluto la expresión del resto de la cara.

Se oyeron aplausos prolongados procedentes del salón del desfile.

—Ahí está; en el desfile —dijo la señora Merlier. A continuación su sonrisa desapareció como si le hubieran pasado una goma de borrar, y gritó por la puerta entreabierta—: ¡Que Marie-Ange no se quite el vestido! ¡Que venga aquí de inmediato!

Al cabo de un momento, entró Marie-Ange, cubierta de volantes de organdí superpuestos, que reproducían en tonos pastel todos los colores del prisma.

—Germain ha querido crear una prenda de *garden-party*, el vestido ideal para las fiestas de la Exposición, ¿sabe? —explicaba la señora Merlier, sonriente de nuevo—. Es el vestido del año. Y la verdad es que es muy, muy bonito, rico y ligero a la vez, perfecto para que una gran actriz como usted pueda hacer una entrada en escena triunfal. Es digno de usted. Sylvaine la escuchó, reflexionó y se imaginó en su papel.

—¿Qué te parece, Simon? —preguntó.

—Muy bonito, sinceramente —contestó Simon, mirando a los ojos a Marie-Ange, que se ruborizó un poco.

Desgraciadamente, resultaba imposible hacer otro vestido igual en cuarenta y ocho horas. A menos que Germain consintiese en prestar el modelo...

—Voy a probármelo enseguida —dijo Sylvaine—. ¿Tienes un momento, querido?

—Sí, un minuto —dijo Simon, sin dejar de mirar a Marie-Ange, como si quisiera darle a entender que se quedaba por ella.

Por decencia, pasó al otro lado de la cortina de terciopelo, mientras Sylvaine y Marie-Ange se desnudaban y la señora Merlier llamaba a una primera oficiala. Y de repente, Sylvaine vio en el espejo la mirada de Simon, que por la cortina entreabierta, que habían olvidado cerrar del todo, iba de su espalda a la de la maniquí, parecía juzgar, comparar ambos cuerpos, y seguir con complacencia a la más joven.

Una oleada de celos se apoderó de Sylvaine, le hizo agitar la cabellera flameante, y no pudo dejar de pensar en sus propias imperfecciones, en el sinfín de pecas que le cubría los hombros, en los michelines que le habían aparecido recientemente sobre los riñones y que ningún masaje conseguía hacer desaparecer, en el pecho que se le empezaba a debilitar, en las caderas que se le ensanchaban... Con los dientes apretados, entró en Milhojas. Faltaban diez centímetros de tela para que pudiera abrocharse el vestido. Sylvaine, crispada, luchaba, entraba la barriga, pero era en vano. «Lo conseguiré, lo conseguiré...»

—Le falta muy poco, muy poco —decía la señora Merlier, que había observado toda la escena—. Ya lo ve usted, Marguerite —continuaba, dirigiéndose a la primera oficiala—; el largo es perfecto. Sólo habría que soltar un poco la cintura y apretarle un pelín la espalda...

—Pero ¿cómo están estas muchachas para caber ahí? —exclamó

Sylvaine—. ¡Es casi enfermizo estar tan delgada! —Miraba a Marie-Ange con odio y, dirigiéndose a ella, agregó—: Lo cierto es que, ahora que lo pienso, pequeña, a su edad yo era tan flaca como usted. Sólo que en aquella época me moría de hambre.

Marie-Ange fingió no percibir la perfidia de las últimas palabras, ni el desprecio que había en el «pequeña», y una vez se hubo puesto un albornoz que le habían traído, salió diciendo: «Hasta la vista, señora». Aquella dignidad sosegada, opuesta a la grosería de Sylvaine, aumentó todavía más el interés de Simon por la joven. Iba a pasar por delante de él haciendo una simple inclinación de cabeza, pero Simon la detuvo tendiéndole la mano, y le dijo con una sonrisa franca: —¡Así que al fin la veo desenmascarada!

—Pues sí —contestó con sencillez Marie-Ange, sonriendo también.

—¿Hace mucho tiempo que trabaja aquí?

—Tres meses —dijo ella—. No siempre resulta divertido, pero en fin…, cuando hay que hacerlo…

—Ya lo veo —dijo Simon, dando a entender que reprobaba la actitud de su amante. «¡La nieta de los Schoudler, en este oficio!», pensó. Y sin tener en cuenta las circunstancias, o más bien teniéndolas en cuenta demasiado tarde, dijo—: Siento mucho no haber podido ir al entierro de su abuela. Le vuelvo a expresar todo mi pesar.

—Lo comprendo —dijo Marie-Ange—. Además, ha enviado a otra persona; nos sentimos muy conmovidos.

Y los dos se sintieron turbados por lo falso de la situación.

—Es usted muy valiente, lo cual es de admirar —siguió diciendo Simon, por decir algo.

Cuando Sylvaine vio a Simon tan enfrascado en la conversación con la maniquí, experimentó tanto furor que casi le dio vértigo. Ya no entendía lo que le decían, contestaba sin pensar. Sí, se quedaba con el vestido. Aquél, otro, le daba igual. Lo único que quería era encontrarse con Simon en el coche y cantarle las cuarenta. ¿Cómo podía comportarse de forma tan estúpida y grosera, ponerla en ridículo hasta tal extremo?

—En cuanto a las condiciones económicas —decía la señora Merlier con su perpetua sonrisa—, no tengo la menor idea de lo que Marcel Germain decidirá. El inconveniente es que ya deben de haber impreso

los programas de la obra con el nombre de otra casa de modas, indicada como su proveedora, ¿verdad?

En el otro extremo del salón de los probadores, Simon había sacado su cuaderno y anotaba el número de teléfono de Marie-Ange.

—Trocadéro 67-48. ¿Cómo? ¡El mismo número de su abuelo La Monnerie!

—El mismo —dijo Marie-Ange—, pero no por mucho tiempo. Tendremos que vender la casa.

«¡Esto ya es demasiado! Es una provocación», pensó Sylvaine. Estaba a punto de armar un escándalo. «Voy a darle una bofetada a esa chiquilla insolente...» Con la mirada, la señora Merlier indicaba a Marie-Ange que se fuera y se dijo que le echaría una buena reprimenda: «En el trabajo no, pequeña, y menos con los amantes de las clientes», pero Marie-Ange no la veía.

—La llamaré pronto; tengo muchas ganas de volver a verla —dijo Simon.

Y Marie-Ange pensó que no era verdad, lo cual, por otra parte, le daba casi igual. Luego gritaron desde la cabina: «¡Marie-Ange!», y se fue corriendo.

Acababa de terminar el desfile y la gente empezaba a salir. Simon, que no quería verse atrapado por la multitud, le dijo a Sylvaine: —Entonces, ¿todo está arreglado? Vas a estar perfecta, seguro. Yo tengo que irme; hasta la noche.

Y Sylvaine se quedó allí, blanca, llena de odio, herida, obligada a conservar la cólera en el corazón hasta la cena.

V

Las escaleras de los pintores estaban alineadas en el pequeño comedor contiguo a la cocina. Un olor a albayalde y trementina se deslizaba por debajo de las puertas e invadía las habitaciones.

Sylvaine se había decidido a abandonar el entresuelo de la calle de Nápoles, donde había vivido quince años, y acababa de alquilar un

apartamento en la avenida Kléber, en el barrio de Simon, al tiempo que se incorporaba a la Comedia Francesa. «Es una nueva etapa de mi vida; un cambio de piel», decía Sylvaine. El apartamento era demasiado grande para una persona, pero Sylvaine abrigaba la secreta esperanza de casarse con Simon, tarde o temprano. Aunque pretendiera lo contrario y proclamara la necesidad de ser independiente en tanto que actriz, todos sus esfuerzos se encaminaban al cumplimiento de su propósito, que constituía el último escalón que conquistar en los peldaños de la consideración pública. Simon seguía casado con aquella mujer insignificante, ignorada por todos, a la cual se había unido a la ligera al comienzo de su vida y a quien no veía desde hacía mucho tiempo. A veces declaraba que se divorciaría cuando quisiera, y Sylvaine esperaba que tomase esa decisión. Había elegido aquel apartamento, dotado de un enorme recibidor, pensando que pronto Simon iría a vivir con ella.

Creía que todo estaría listo en quince días y había dejado demasiado pronto el apartamento de la calle de Nápoles. Los trabajos iniciados seis semanas atrás aún no estaban terminados, y Sylvaine tuvo que instalarse en una casa en obras. Tres muebles de una suntuosidad ridicula flotaban en un desierto blanco, bajo una iluminación mural provisional que dolía en los ojos. Sylvaine había agotado sus recursos, no sabía cómo pagar las facturas ni terminar la decoración. Su nueva piel le estaba saliendo muy cara... Y aquel olor a pintura, mareante, le irritaba los ojos, le daba náuseas... Si, antes de ir al modisto, Sylvaine había insistido en que Simon fuese a cenar a su casa aquella noche —«una cena de enamorados, los dos solitos»—, era para que viera lo bonito que quedaría el apartamento una vez terminadas las obras, y lo digno de él, de ellos, que sería, y para pedirle a Simon que le ayudase a resolver sus dificultades. Al fin y al cabo, ya que ella se encargaba de todo por él...

Simon le había prometido que llegaría hacia las ocho, pero no apareció hasta las diez pasadas. Había pronunciado el discurso muy tarde, tras una sesión agitada, de la que, sin embargo, había salido airoso, e incluso había sido aclamado. Mientras lo esperaba, Sylvaine había vaciado la tercera parte de una botella de whisky, que no había sino acrecentado su indignación, sus celos y su cólera. Simon, henchido del éxito en la tribuna, no escuchaba nada, no veía nada, y con el mentón alzado y la voz timbrada repetía su discurso, aparentemente para Sylvaine, pero en realidad para sí mismo.

—Y cuando dije: «jamás se escribirá la historia de las catástrofes evitadas», creía que el auditorio permanecería impasible, pero ¡fue una verdadera lluvia de aplausos!

«¡Qué egoísta! ¡Qué egoísta tan monstruoso!», pensaba Sylvaine.

Cenaron en el dormitorio, sobre una mesa de *bridge*, sin mantel, porque los manteles estaban en el fondo de una maleta cuya llave se había perdido. La doncella se había ido al cine, y Sylvaine, mientras traía de la cocina las fuentes que se habían secado en el horno, se decía: «¡Y pensar que podría estar cenando en Maxim’s con un hombre que me cortejara, con el diplomático peruano que lleva tres días llamándome...!». Los platos sucios se quedaban en el parqué. A Simon le apetecía comer caviar y beber champán, porque a medida que envejecía, la comida más exquisita se iba convirtiendo en su comida diaria. Sin embargo, no había caviar, y el champán estaba caliente, porque la nevera aún no funcionaba. Y de repente, a causa de la tibieza del vino, Simon se dio cuenta de todo lo que se le había escapado desde su llegada; la desnudez de las paredes, los platos en el suelo, la comida demasiado cocida, las dimensiones excesivas del apartamento y el olor a pintura que le oprimía las sienes. «Y podría estar en Maxim’s cenando cómodamente con alguna muchacha a quien no conociera y que me divertiría; por ejemplo, Marie-Ange Schoudler —se dijo—. No tengo tantas noches de asueto como para echarlas a perder de esta manera». Fue entonces cuando Sylvaine dio rienda suelta al resentimiento que había rumiado durante todo el día, irritada por la ausencia y la vaga reprobación de Simon. Con la falsa calma de un hombre que ansía el descanso, Simon explicó con el mayor sosiego posible quién era la joven con quien había hablado y por qué, dado que conocía a toda su familia, se interesaba por ella.

—¿Y qué significa esa crisis de generosidad? —exclamó Sylvaine—. Todo el mundo sabe que hiciste carrera traicionando a los Schoudler. Me tomas por imbécil.

—He hecho carrera con mi talento —replicó secamente Simon.

—Si esa muchacha tuviera la nariz como una patata, me gustaría ver si tendrías la misma bondad. ¡Eres falso, vil y ridículo! Toda la vida te has acostado con mujeres viejas...

—Con mujeres que tal vez te parezcan viejas, pero que en su mayoría, cuando yo me acostaba con ellas, tenían la edad que tú tienes ahora —contestó Simon, conservando una calma que exasperaba a Sylvaine.

Entretanto, pensaba: «Va a conseguir lo que busca; tendrá su escena, ya que la quiere. ¡Qué ruin y qué inútil es todo esto!».

—Y ahora —gritó Sylvaine— les pides la dirección a las maniquíes en

las casas de modas. ¡Qué elegante, el ministro! ¡Tiene mucha dignidad! Eres repugnante.

—Porque salir con una maniquí es degradante, ¿no?

—Exacto; es vulgar.

—Mientras que ser amante tuyo, que empezaste como animadora en un bar nocturno...

Aunque intentara contenerse, la cólera comenzaba a apoderarse de Simon y a endurecerle las facciones.

—Lo que acabas de decir es una cobardía, una cobardía —contestó Sylvaine—. No tenía qué llevarme a la boca, estaba en la calle...

—Hay otras maneras de ganarse el pan que no son hacer la calle.

Simon detuvo al vuelo la bofetada y, retorciéndole la muñeca a Sylvaine, la lanzó sobre la cama. Se le caían las lágrimas, pero no le atenuaban la cólera. Su hermosa cabellera roja estaba despeinada, esparcida alrededor de su rostro, y la emoción febril que la agitaba desprendía un intenso perfume que se mezclaba con el olor de la pintura.

—Entonces, si soy una puta —gritó—, ¿por qué vives conmigo? Si soy una puta, ¿por qué me hiciste entrar en la Comedia Francesa?

—Es exactamente lo que me estoy preguntando —contestó Simon con lentitud.

Y la pelea prosiguió, parecida a otras tantas, mientras Sylvaine, como de costumbre, empezaba a desnudarse. El pasado y el presente se mezclaban en sus reproches y en sus insultos, en un combate sórdido en que Simon llevaba la ventaja de una falsa calma y de un manejo más pérfido del lenguaje, y Sylvaine tenía a su favor el encarnizamiento. Luego ella interpretó su papel predilecto, su personaje de gran enamorada mártir.

—Nunca me has comprendido —dijo—, y nunca me comprenderás. Por otra parte, ningún hombre puede comprenderlo. Yo soy un ser que da.

—Pero ¿qué es lo que das? —exclamó Simon—. Dar, dar, la mujer da, nosotras damos; ¡eso es lo único que dices todo el tiempo, toda la noche! Algunas mujeres, tan sólo porque tenéis la suerte de sentir un

poco más de placer que las demás al hacer el amor, pretendéis que dais. Pero ¿qué es lo que dais, al fin y al cabo? ¡Follones, eso es todo! Tengo casi cincuenta años y hace más de treinta que me acuesto con mujeres, y todavía no he descubierto en qué consiste este famoso don. Es algo que debe de sucederos tan en el fondo que nunca llega a la superficie. Y en nombre de ese don misterioso lo exigís todo: nuestro tiempo, nuestro dinero y nuestros nervios. Decid sencillamente que gozáis, y dejad de pedirnos encima que os paguemos por el placer que experimentáis y del cual somos nosotros los responsables.

Se dio cuenta de que él también se había desnudado maquinalmente. Entonces, para no hacer el ridículo, se metió en la cama.

VI

Junto a él, Sylvaine proseguía su monólogo. La tormenta remitía poco a poco, pero Simon no contestaba y ni siquiera escuchaba las últimas ráfagas. Tendido de espaldas, con las gafas colocadas en la mesilla de noche y los ojos abiertos puestos en el techo nuevo, Simon pensaba en lo degradante y nocivo que le resultaba aquel romance, y en que corroía sus fuerzas de hombre de Estado.

«Una de dos; o nadie, o una compañera —se decía—. Pero ella no, no esta clase de mujer. Y aún cree que algún día me casaré con ella... Ya ni siquiera nos amamos. Por lo menos, yo ya no la quiero. Estamos encerrados en un amor muerto, como dos cómplices en su crimen. Uno de los dos tiene que decidirse a denunciar al otro al destino». El instinto de conservación se revolvía en su interior. Desde que, recurriendo a su influencia, había hecho entrar a Sylvaine en el primer teatro subvencionado, ella tenía muchos delirios de grandeza. Tras aquel apartamento desmesurado, Simon adivinaba las dificultades financieras de las que tarde o temprano tendría que hacerse cargo, como sucedía a menudo con las deudas de Sylvaine.

«Llega un momento en que es preciso saber dejar de perder, porque se haga lo que se haga, uno no podrá resarcirse jamás. Ya he jugado bastante con Sylvaine, y ya he perdido demasiado». Pensó que no le quedaban tantos años de vida plena y que debía administrar sus fuerzas para su propia dicha. Imaginó a su lado a un ser joven, un ser que empezase a descubrir la vida y al que pudiera moldear, un ser que tuviera un cuerpo fresco, un cuerpo nuevo..., y aquel ser tomó las

facciones de Marie-Ange.

Por fin Sylvaine se había calmado. Alargó la mano para apagar la lámpara, pero Simon volvió a encenderla de inmediato y se puso las gafas.

—Bueno, ¿ya está?, ¿te sientes mejor? —preguntó.

—¡Oh!, te lo suplico... ¡No te aproveches de que soy incapaz de guardarte rencor durante mucho tiempo...!

—Bueno... —continuó Simon—, pues yo me voy. Y saltó de la cama.

—¡Cómo! ¿Te vas? ¡Podías haberlo dicho antes! ¿Qué bicho te ha picado?

—Me voy. ¿No lo entiendes? Me voy —repitió Simon—. Se acabó. Supongo que podrás prestarme una maleta para que me lleve todo lo que tengo aquí. Mi chófer te la devolverá mañana.

Sylvaine se había incorporado en la cama. El camisón se le deslizaba de los hombros.

—Simon, no hagas el imbécil —dijo—; conmigo no sirve ese jueguecito, no me asusta nada. Si crees que voy a suplicarte que te quedes...

—¡Oh, no, por favor! —contestó él.

—Bueno, querido, como tú quieras. La responsabilidad es tuya, ¿no? —siguió ella, fingiendo indiferencia y dignidad.

Él se vestía con calma, metódicamente, se anudaba los cordones de los zapatos. La idea de que dentro de unos minutos, él, el ministro de Educación Nacional, iba a partir en plena noche, a través de las calles, con una maleta en la mano como un estudiante, lo llenaba de alegría, de una alegría íntima y reconfortante. «En el fondo, los mejores placeres de la vida están al alcance de todo el mundo. Dejar plantada a una mujer, por ejemplo; cualquiera puede darse esta satisfacción». Aunque no intentara demostrar su alegría, era visible; emanaba de él por todos los poros de su piel.

Cuando Sylvaine cobró conciencia de aquello, cuando se dio cuenta de que Simon no pretendía herirla, cuando oyó que Simon se dirigía al armario para sacar una maleta, cuando comprendió que no se trataba ni de una broma malévola ni de cólera pasajera, sino de una decisión

meditada, sintió que palidecía y que el corazón se le desbocaba. Su primer pensamiento fue: «Si de verdad me deja, ¿qué voy a hacer con este apartamento y con todas las facturas que tengo que pagar? ¡Es horroroso…!». Luego se dijo: «¡Y la Comedia Francesa…! Faltan cuatro días para el ensayo general… Si se enteran de que Simon me ha dejado plantada, si toda esa gente que me envidia, que me detesta, ya no tiene una razón para temerme…». A continuación pensó que Simon era lo más precioso que poseía, lo más importante del mundo para ella, que su cuerpo panzudo, su calvicie, su cinta roja, su coche oficial, su tono cortante cuando hablaba por teléfono, eran la única protección que tenía en el universo… y que aquel cuerpo pesado, sin gracia, era el más próximo al suyo. Sí, amaba sus cortas muñecas, su pecho cubierto de vello encanecido, los pliegues que se le formaban en el vientre cuando se inclinaba…

Por su parte, Simon iba de un lugar a otro, del cuarto de baño al dormitorio, recogía su máquina de afeitar de repuesto, los pijamas, el batín, los libros —algunos de ellos dedicados— que había traído a casa de Sylvaine, un aparato de radio norteamericano… No le dejaría nada a aquella mujer que le había costado tan cara. Y a cada uno de sus gestos, ella sentía de cuánto estaba siendo desposeída.

Entre los libros se hallaba un monigote de bronce que se usaba como pebetero, una de esas falsas piezas chinas que se ganan en las ferias y que no valía ni veinte francos, pero que era un objeto fetiche de su amor y databa de los primeros tiempos de su romance. ¿Cómo había llegado a manos de Simon? Él ya no se acordaba. Sin duda porque Simon había comprado cincuenta números de una tómbola de beneficencia que estaría bajo su patronazgo. «¡Oh, dámelo!», había dicho Sylvaine. «No, te lo presto». «¡Oh, sí, es mío; se te parece!» «Bueno, entonces es *nuestro.*» «Delante de él nunca podré hacer nada malo». El monigote había dado pie a otras cien tonterías por el estilo. Si el monigote no estaba contento, lo ponían de espaldas; luego lo volvían a colocar de cara, o sólo de perfil. Se reconciliaban a través del monigote. En cinco años de vida compartida, aquel espantoso cachivache era la única cosa que poseían en común. Sylvaine espiaba a Simon, para ver qué hacía con el monigote. Sabía que era su mejor oportunidad, la ocasión para hacer resurgir la disputa, el enternecimiento, la crisis de llanto…, y de risa a la mañana siguiente frente a la maleta a medio llenar, abierta en el suelo. Simon cogió los libros y ni siquiera tocó el pebetero. Sylvaine estaba preparada para fingir un alarido si él se lo hubiera llevado, pero estuvo a punto de gritar porque lo dejaba. «¡Qué estúpida soy! ¡Qué estúpida soy!», se decía. Y, a modo de insulto, le espetó: —Puedes llevártelo; ya no quiero volver a verlo.

Él no contestó, ni siquiera se encogió de hombros; cerró la maleta y la llevó al recibidor. Sylvaine saltó de la cama y corrió descalza a través del apartamento, gritando: —¡Simon, Simon! ¡Así no! ¡No puedes marcharte así! —Lo alcanzó y se colgó de él—. Así no —repetía.

—¿Y cómo quieres que me vaya? ¿Por la ventana, deslizándome por una cuerda?

—No, Simon, no. Piensa en todo lo que hubo entre nosotros.

—Lo que hubo entre nosotros no tiene nada que ver con lo que ya no puede haber —contestó.

Sylvaine lloraba, gemía, se aferraba a él, fingía una crisis nerviosa con tal convicción que la crisis se tornaba real.

—Vamos, vamos; un poco de dignidad..., por una vez —dijo Simon.

La condujo de vuelta al dormitorio.

—No tienes derecho... Está mal hecho..., es una cobardía... Justo cuando me tomo esta molestia por ti —decía Sylvaine entre sollozos, señalando con un gesto vago el apartamento desnudo—. Ya no podré vivir aquí.

—Jamás te he pedido que alquilases el vestíbulo de una estación —dijo Simon—; vamos, vuelve a la cama.

—¡Y todo por culpa de una maniquí! ¡Porque todo esto empezó por culpa de una maniquí!

—No, no es por culpa de una maniquí. No te escudes en falsos pretextos —dijo él.

Estaba sentada en un extremo de la cama, con el camisón arrugado en torno a las rodillas y las manos hundidas en su melena leonina.

—Es porque hemos cometido la estupidez de no casarnos —continuó—; si nos hubiéramos casado, me importaría un bledo que te acostases con todas las maniquíes del mundo; estaría segura de ser la primera, de contar siempre en tu vida.

—Yo estoy casado, y ya ves lo que cuenta mi mujer —contestó Simon, irónico.

—¡Por ti estaba dispuesta a renunciar a todo!

—Eres demasiado buena —dijo él.

Hiciera lo que hiciera, por mucho que buscase adónde agarrarse, Sylvaine se deslizaba por una pared lisa y volvía a caer al suelo.

—No, no puedes irte, no puedes irte así —insistió ella—. Vas a matarme. Al menos dame tiempo para que me acostumbre. No puedes negármelo. Una semana, dame una semana.

—Eso es —dijo Simon, sarcástico—; hasta que pase el ensayo general, para tener que soportar tu miedo escénico, como en todas las vísperas de estreno.

—Pero ¡si ya no habrá estreno, si no podré actuar dentro de cuatro días! ¡Mírame, mira qué cara tengo! ¿Cómo quieres que reúna fuerzas, que me acuerde de una sola frase? ¡Mi carrera está echada a perder, mi vida está arruinada! Me haces pedazos, me destruyes. Esto es un asesinato, un crimen. Debería haber leyes que castigasen estos crímenes.

Entonces era sincera; estaba segura de no poder trabajar, de que iba camino del desastre.

—Te voy a dar un consejo —dijo Simon—. Pon más voz en escena y menos en la vida. Y todo te saldrá bien.

—No necesito tus consejos —gritó ella, irguiéndose.

Buscó un objeto para arrojárselo a la cabeza; iba a lanzarse sobre él sacando las uñas, pero lo vio tan alerta y distinguió tanto odio en su mirada que se asustó. Él era más fuerte, ella no tenía ningún recurso; fue entonces cuando se sintió realmente abandonada por todo.

—¿Tan desgraciado te he hecho como para que me odies tanto? —preguntó con espanto.

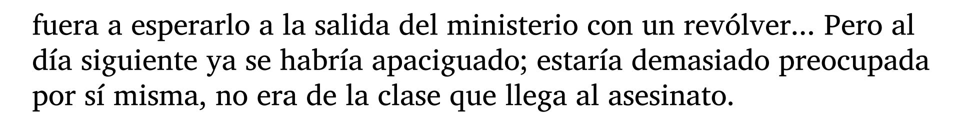
Por primera vez en la noche, lo había emocionado. Tuvo un instante de debilidad interior, pero luego el instinto de conservación le ordenó que no respondiera.

—Simon, te vas a arrepentir —profirió ella con voz trágica.

—Me asombraría mucho —dijo él.

—Tú no sabes de lo que soy capaz.

Él sabía que en su casa no tenía armas... A menos que al día siguiente


fuera a esperarlo a la salida del ministerio con un revólver… Pero al día siguiente ya se habría apaciguado; estaría demasiado preocupada por sí misma, no era de la clase que llega al asesinato.

—Simon, si me dejas esta noche, me suicido.

—Sería el único favor que podrías hacerme —replicó él.

—¿No me crees? ¿No me crees capaz de suicidarme?

—La verdad es que no —dijo Simon.

Sentirse odiada ya era demasiado, pero que además la despreciase hasta tal punto…

—Bueno, ya lo verás —dijo.

Se fue al cuarto de baño, sacó un tubo de veronal del botiquín y volvió para mostrárselo a Simon.

—Pues sí, ya lo veo —dijo él—. No vas a vencerme por medio del chantaje.

—No es un chantaje.

—¿De veras?

La desafiaba con la mirada, cruel, cínico, y ella se la sostenía. Simon cogió el tubo, se dirigió al cuarto de baño, llenó el vaso de lavarse los dientes y vertió en él el contenido del tubo, que estaba lleno, y esperó a que se disolviera. Luego regresó, con el vaso que contenía la solución blanquecina.

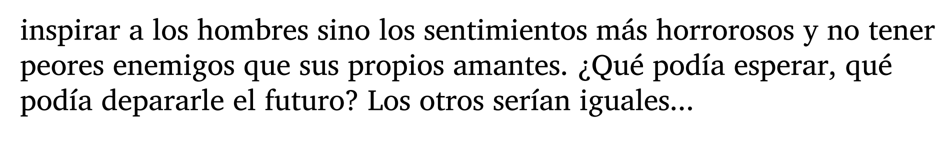
—¡Cerdo! ¡Eres un cerdo! —murmuró Sylvaine.

Se dijo que había pronunciado la misma palabra a propósito de De Voos, Wilner… Todos ellos eran unos cerdos. Todos los hombres la dejaban de una manera infame; parecía que, para ella, se inventasen una perfidia especial, una ignominia particular, pero los superaba a todos, y con creces.

Simon colocó el vaso en la mesilla de noche.

—Aquí lo tienes —dijo.

Ella no se movió. Con los ojos fijos pensaba en su destino, en aquel horrible destino de atraer siempre el odio y la venganza, de no


inspirar a los hombres sino los sentimientos más horrorosos y no tener peores enemigos que sus propios amantes. ¿Qué podía esperar, qué podía depararle el futuro? Los otros serían iguales...

—Ya lo ves —dijo Simon.

—¿Ya veo qué? —murmuró ella.

—Que eres cobarde.

—¿Por qué soy cobarde? ¿Porque no me suicido?

—No, porque siempre anuncias cosas de las que no eres capaz... ¡Vaya!, me había olvidado de este cenicero dijo al ver encima de la chimenea una copita de plata que le pertenecía. Atravesó la habitación y se metió el cenicero en el bolsillo.

—¡Simon! —gritó ella a sus espaldas.

Se volvió. Ella estaba de pie, con los ojos dilatados; el vaso, en la mano, estaba vacío. Simon se preguntó dónde habría tirado el contenido, si debajo de la cama o en el jarrón de flores. Sylvaine dejó caer el vaso sobre la alfombra, agarró por el brazo a Simon y lo sacudió.

—Estoy loca —gritó—. Lo he bebido. Estoy loca. ¡Lo he bebido, te digo! ¿Cuántas habías echado? —Corrió al cuarto de baño y volvió de inmediato—. Simon, Simon; pronto, un médico. Estoy loca; pero ¡qué he hecho! Llama a Lartois o a Morand, enseguida. El número de Morand es Carnot...

Simon dejó caer su mano sobre el teléfono y lo mantuvo bloqueado. Sentía una extraña lucidez, una fría determinación. Ya que parecía que iba a librarse de Sylvaine, que ella había caído en su trampa, tenía que continuar hasta el final.

—¡Simon, Simon! —gritó ella—; no vas a dejarme morir. Era para ponerte a prueba...

—Bueno, pues sigue poniéndome a prueba.

—Pero si tú lo has visto...; ya ves que puedo... Simon, yo quiero vivir, yo quiero vivir, yo quiero vivir. Sí, soy cobarde... Me abandonarás, harás todo lo que quieras, pero ¡esto no, esto no! ¿No ves que me estoy muriendo, no lo ves? —Creía que la angustia atroz que le enfriaba las venas era un efecto de la droga. Jadeaba—: El teléfono...

El teléfono… El teléfono… —repetía sin cesar—. ¡Socorro!

Simon le cubrió la boca con la mano. Ella quiso correr hacia la puerta, pero las piernas, presas del pánico, no la sostuvieron. Regresó junto al aparato y volvió a suplicar: —El teléfono… El teléfono… El teléfono…

Entonces el veneno empezó a hacer efecto, a relajarle los nervios. De pronto, vacilante, como si le hubieran dado un golpe en la nuca, se metió en la cama. Miraba a Simon de una manera extraña.

—Has sido tú, has sido tú… —murmuró.

Se puso a pronunciar palabras pastosas, sin ilación, en las que reaparecía el pavor, las desdichas de su vida, su preocupación por el ensayo general y, de nuevo, el pavor. La tez se le puso gris.

—Tengo frío anunció. Y un instante después—: Tengo sueño.

Luego ya no habló más. Su respiración era débil y muy lenta, apenas perceptible. Parecía una ahogada. Simon la contempló unos cuantos minutos, sin experimentar ni emoción ni piedad.

Simon se imaginó cómo iban a desarrollarse los acontecimientos. Sylvaine ya estaría fría cuando llegase la doncella al día siguiente. A Sylvaine nunca la despertaban antes de las diez. Resultaría imposible determinar cuándo se había ido él y en qué momento exacto se había envenenado ella. Los periódicos vespertinos publicarían en grandes titulares, a media página: «En vísperas de su debut en la Comedia Francesa, Sylvaine Dual se suicida con veronal». Se hablaría de agotamiento, de depresión nerviosa, pero también de talento. Y en París se murmuraría que se había suicidado por él, porque él la había abandonado. Tendría que aguantar el pésame incómodo de sus amigos y fingir cierto arrepentimiento, el peso de haber desencadenado, con una ruptura necesaria, meditada, aquella muerte inimaginable, imprevisible. «¿No me arrepentiré?», se preguntó Simon, y se contestó que no, con absoluta sinceridad.

Sylvaine se sumía poco a poco en la nada; la cabeza se le deslizó de la almohada, y la parte inferior de su rostro tenía la misma expresión descompuesta que cuando había dicho, un rato antes: «¿Tan desgraciado te he hecho…?». Frente a aquel rostro, Simon pensó: «A fin de cuentas, yo soy tan responsable como ella. Si le he permitido que convirtiera mi existencia en algo tan execrable, es porque he querido. La prueba es que cuando me he hartado… Tal vez se lo haga pagar un poco caro, y un poco sola…». Una de las leyes del código personal de Simon era no sucumbir jamás a la tentación de ponerse en

el lugar del adversario, a la que añadió: «Más vale dejar tras de sí un enemigo muerto que un enemigo indultado». Pero en aquella ocasión, el enemigo ¿era Sylvaine o acaso el amor que había sentido por ella? El amor parecía muerto y sólo un médico, tal vez, podría resucitarlo. Simon descolgó el teléfono y llamó al doctor Morand-Laumier. «¿No seré un cobarde, yo también? —se preguntó Simon—. No, es que ya estoy curado». Se quedó allí, esperando al médico, como si se hubiera detenido en una carretera junto a un herido desconocido.

El debut de la señorita Dual en la Comedia Francesa fue postergado diez días, a causa de una indisposición de la actriz. La noche del estreno, el palco del ministro de Educación Nacional permaneció vacío, lo cual no pasó inadvertido. Sylvaine se impuso por su talento, por su voluntad, y la prensa fue magnánima con ella.

Sylvaine jamás intentó volver a ver a Simon. Todo lo contrario; cuando lo veía en algún lugar público, huía. Le tenía miedo, verdadero pánico. Y cuando se enteró de que habían visto a Simon en un restaurante, cenando con Marie-Ange Schoudler, casi se sintió aliviada.

3. La edad de sufrir

I

Marie-Ange y Jean-Noël jamás hubieran imaginado que aparecerían tantos seres abnegados, tantos parientes lejanos y viejos consejeros de la familia dispuestos a prestarles ayuda cuando hubo que liquidar la sucesión de la señora de La Monnerie. Dos corzos jóvenes que se paseaban por el bosque y, de pronto, fueron acosados, perseguidos, asfixiados, desgarrados por una jauría; ésa fue, a grandes rasgos, la metáfora de aquella sucesión. Los bienes que iban a heredar los jóvenes eran, en realidad, muy poca cosa comparados con lo que poseían quienes los despojaron, pero tan poca cosa bastó para despertar codicias y vanidades. Ni siquiera puede decirse que fuera

una operación organizada. Los perros no se organizan para un encarne, sino que obedecen a su instinto y a su educación.

Charles de Valleroy fue quien dio la señal de partida. Al salir del notario, adonde se había invitado él mismo, siempre como jefe de tribu, para la apertura del testamento, el duque le dijo a Jean-Noël: —Tu abuela me había prometido que me dejaría el Lancret pequeño que está en el salón, y que por otra parte proviene de una herencia Valleroy. Me sorprende que no lo haya mencionado. En fin, no tiene ninguna importancia.

—Sí, sí, claro que la tiene. Si la abuela te lo había prometido, es tuyo —respondió Jean-Noël con generosa candidez.

Valleroy no sostuvo largo rato aquel asalto de delicadeza. Además actuaba de absoluta buena fe; la señora de La Monnerie nunca había manifestado su negativa al decirle él repetidas veces, en broma: «Tía Juliette; si el día que redactes tu última voluntad no sabes a quién dejarle el pequeño Lancret, acuérdate de mí».

—Mañana mandaré a mi chófer a recogerlo —dijo—. No es necesario que figure en el inventario y que tengamos que pagar impuestos por él.

Así empezaron las cosas. El sitio vacío del Lancret sobre la descolorida tapicería del salón fue como el lugar marcado por el primer golpe de pico de una demolición.

La señora de La Monnerie había legado sus joyas a su sobrina Isabelle. Ésta no pareció tener en cuenta que cuando la vieja dama hizo su testamento, quince años atrás, sus alhajas no representaban sino una pequeña parte de su fortuna, mientras que tras su muerte valían tanto, o más, que la escasa cartera desvalorizada que dejaba. Isabelle reclamó su parte del legado sin culpabilidad alguna, diciéndole a Marie-Ange: —A tu edad no se necesitan joyas. Además, de todos modos, ya te llegarán algún día. Por otra parte, en tu oficio sólo se usa bisutería barata... Y debemos respetar la voluntad de los muertos.

Cuando dio comienzo la venta del hotel, del mobiliario y de la biblioteca del poeta, aparecieron intermediarios inmobiliarios, consejeros abnegados, viejas damas que compraban y vendían muebles antiguos, marchantes de arte, especialistas en libros raros, todos ellos compinchados para apropiarse de la herencia de los dos jóvenes, como si pasara una y otra vez una garlopa sobre un listón de álamo. Desde la tasación de la casa a la del menor objeto, esquilmaron

a los chicos, mientras ellos fingían que reflexionaban y se creían hábiles al dar a entender que se consultaban el uno al otro.

Una vez pagados los gastos de las exequias y los derechos de sucesión, una vez amortizada la hipoteca que gravaba tres cuartas partes del inmueble de la calle de Lübeck, una vez liquidadas las tasaciones y las comisiones de los intermediarios, apenas les quedaron a Jean-Noël y a Marie-Ange unos quince mil francos de renta a cada uno. Al menos podían comerse el capital. Y mantenían la posesión indivisa del enorme castillo de Mauglaives, por el que pagaban impuestos aunque no produjera nada, cuyos techos habría que rehacer, que no tenía electricidad, cuyas ciento quince habitaciones estaban cerradas desde hacía casi cuatro años, adonde no iban jamás y que también se habrían resignado a vender, pero que no interesaba a nadie.

II

Jean-Noël volvió a ver varias veces a Lord Pemrose. Fue a tomar el té en los salones de artesonado dorado y tapizados de damasco color grosella del hotel Saint-James y del Albany. Al viejo inglés le gustaba residir en aquella antigua morada de la familia de Noailles, que se conservaba en todo su esplendor, con sus tres patios interiores entre la calle de Rivoli y la de Saint-Honoré y con sus escaleras complicadas, sus ascensores lentos, sus volutas de estuco alrededor de los techos, sus grandes espejos marchitos, que parecían reflejar el tiempo. Allí, el estilo de 1900 casaba a la perfección con el Luis XV. Pemrose ocupaba, en el centro de aquel enorme nido de piedra, un antiguo salón transformado en dormitorio, cuyos techos tenían seis metros de altura, las cortinas de terciopelo estaban sujetas por alzapaños, había una mesa florentina con un mosaico y un teléfono de pared. A veces Basil Pemrose se burlaba de aquel decorado pasado de moda, pero el hecho de ironizar acerca de las cosas que amaba, o de no amar sino las cosas que se prestaban a la ironía, era un rasgo muy característico de su carácter.

En ocasiones Jean-Noël acompañaba a su nuevo amigo a dar largos paseos por París, porque Basil Pemrose no se cansaba nunca de recorrer y admirar la ciudad, y la conocía con tanta profundidad e intimidad que maravillaba a Jean-Noël. Era Basil quien descubría al joven la capital en la que éste había nacido.

Sucedía lo mismo con la literatura francesa. Jean-Noël, que apenas había estudiado los manuales de Lanson, quedaba admirado al oír a Lord Pemrose hablar con tanta naturalidad de Montaigne, Pascal, Jodelle, Guez de Balzac, Apollinaire, Cocteau o André Breton.

—Supongo que habrá leído los *Cuentos crueles*... Y el *Manifiesto surrealista*... Naturalmente, habrá estado en la calle Vieille-du-Temple...

No; Jean-Noël no conocía nada de todo aquello, ni siquiera la plaza de Vosges, y muy poco de la obra de Valéry, y todavía no había tenido tiempo de leer a Proust.

—Ya ve —decía Pemrose—, Antoine de Baïf escribió varios ensayos de métrica cuyas ideas se encuentran también en la prosodia de Valéry...

Recorrían el barrio del Marais, y Lord Pemrose se enternecía ante el nombre de las calles Sainte-Croix-de-la-Bretonnerie, Geoffroy-l'Asnier, y se extasiaba frente a las viejas casas, frente a las aldabas de las puertas, frente a una ventana, vestigio del Renacimiento que seguía colgado de una fachada como una prenda de ropa olvidada.

El hombre viejo de pelo gris y ondulado, de manos ágiles, y el muchachito rubio de facciones puras, de ojos azules, de estrechas caderas, iban juntos de vez en cuando; tenían la misma altura y la misma esbeltez, uno en su adolescencia, el otro en su declive. Recorrían las paredes leprosas y las aceras sembradas de desperdicios; se aventuraban, con sus finas suelas, sus trajes de franela gris y los claveles rojos de sus ojales, por patios donde los cobertizos habían brotado como verrugas y que apestaban a moho, incluso en pleno verano. A su alrededor, los zapateros arreglaban las suelas de los pobres; los tapiceros, con la boca llena de clavos, reparaban muebles viejos destinados a los barrios residenciales; los merceros vendían la cinta de gro por centímetros; los niños jugaban a la pata coja sobre empedrados desiguales o se contaban historias maravillosas de niños felices; la criada del panadero soñaba frente a un cartel de cine; viejos judíos iban cuchicheando bajo sus negros sombreros; las amas de casa acarreaban su capazo; las prostitutas gordas y afeadas, en las esquinas de la calle Quincampoix, se lanzaban pullas para matar el aburrimiento; un jorobado de ochenta años chupaba una pipa; docenas de familias vivían amontonadas entre escaleras de caracol; tendederos de andrajos que lloraban el agua del enjuague durante toda la semana y fregaderos de piedra que eructaban su olor infecto; el orín roía el hierro, el salitre roía la piedra, la miseria roía al ser humano; en los callejones sin salida donde cinco siglos antes, de

noche, los borgoñones asesinaron a los duques de Orleans, hoy los pequeños oficios asesinaban poco a poco a la gente humilde, dibujaban escoliosis en la espalda de los aprendices, abrían cavidades en los pulmones de las obreras de veinte años, causaban cirrosis al tabernero y flebitis a la mujer de la limpieza; un relojero, con la frente pegada al cristal y una lupa negra en el ojo, se afanaba por volver a juntar todas las ruedecitas del mundo; y Lord Pemrose y Jean-Noël, en aquel barrio, buscaban las antiguas moradas nobles: el hotel de Sens, el hotel de los embajadores de Holanda, el hotel de Lamoignon…, al tiempo que seguían carrozas fantasmas.

Una tarde, en el patio del hotel de Lamoignon, Basil Pemrose se detuvo, con los ojos fijos en el suelo. Alguien acababa de tirar, desde una puerta de la planta baja, el contenido de una tina de lavar los platos, y el agua gris y grasienta corría por el suelo formando delgados hilillos.

—Ahí está —dijo Basil Pemrose— la imagen de nuestro destino. Usted y yo nos parecemos a esos arroyuelos, y no a arroyuelos de agua clara; arroyos de agua vieja que arrastra los detritus de los siglos y del mundo, y que serpentean entre el polvo sin mezclarse siquiera con él, que dibujan su pequeña geografía estéril y que van a terminar no se sabe dónde, sin utilidad para nadie. En mí no tiene importancia, yo soy un viejo; pero usted… —Alzó su mirada interrogante y triste hacia Jean-Noël, y éste se sintió conmovido—. ¿Acaso… cómo decirlo… *siente* usted a toda esta gente que nos rodea —siguió Lord Pemrose—, a toda esta gentecilla que trabaja, que sufre y que sólo conoce esta miseria? La decadencia de esta vieja morada nos conmueve más que la decadencia humana. Veo la miseria de los hombres, pero sé que no puedo hacer nada contra ella, sino compadecerles un poco y alejarme cuanto antes. Tal vez la compasión no sea sino una excusa para divertirnos con lo pintoresco. Un mundo feliz no sería pintoresco. Lo pintoresco casi siempre está hecho de suciedad, de harapos y de pobreza.

—¿Por qué buscar excusas por cosas de las que no somos responsables? —dijo Jean-Noël.

—Piensa así porque tiene veinte años, querido Jean-Noël —respondió Pemrose—. Después, ya lo verá, se necesitan excusas. De todas formas, seguimos siendo arroyuelos aislados que arrastran su deterioro sin mezclarse con el resto del polvo del universo. Y además…, además…, nada de eso tiene importancia —agregó Pemrose, como si de repente se avergonzase de su arrebato de sensibilidad—. Nada de lo que nos sucede tiene bastante importancia como para confesárselo a otro. *Let's*

go!

Cogió del brazo a Jean-Noël pero lo soltó al instante, con un movimiento de incomodidad, como un hombre que acaba de atreverse a esbozar un gesto demasiado familiar con una mujer a la que apenas conoce.

—Me gustaría que viniese a pasar un fin de semana en la Abadía —dijo Pemrose—. Es un lugar encantador, que poseemos dos amigos míos y yo. Y también me gustaría que mis amigos lo conociesen...

III

—«Normandía pastosa, deslumbrante y mojada» —dijo el ayuda de cámara desde el asiento de delante, volviéndose y presentando el paisaje a Jean-Noël. Y agregó—: Es un verso de Delarue-Mardrus que los señores citan con frecuencia.

Tenía un leve acento extranjero.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Jean-Noël.

—Gugliemo... Gugliemo Bisanti, para servir al señor barón. A veces los señores también me llaman William. Pero no soy italiano, soy suizo italiano, de Lugano.

Jean-Noël había bajado del tren en Bernay; sorprendido de que hubieran mandado dos criados y un coche para recogerlo, un chófer de librea y un ayuda de cámara de chaqueta negra, sombrero hongo y cuello postizo de puntas dobladas. Todo ello le recordaba los tiempos de su infancia y las costumbres de sus abuelos. El chófer, muy joven —veinticinco años a lo sumo—, era atractivo, mudo y misterioso, y llevaba en la muñeca una cadena de oro. Gugliemo, cuya edad era más difícil de determinar, debía de andar por los cincuenta; hablaba con los párpados bajados, las manos cruzadas bajo las mangas, como un cura, y cuando se quitaba el sombrero hongo descubría un cráneo imponente, excesivo, una especie de cúpula bizantina a la que llevaba pegados, peinados de izquierda a derecha, algunos cabellos grises.

La campiña, llena de setos, de sauces y de manzanos inclinados por el peso de manzanitas rojas, estaba sembrada de casitas de techo de bálago. El coche había dejado atrás el asfalto y circulaba por estrechos

caminos de guijarros amarillentos, hasta que franquearon una vieja verja, de goznes cubiertos de musgo. El castillo era una inmensa abadía de la época de Luis XIII, de elegante estilo francés, entre la megalomanía de Francisco I y la de Luis XIV. Por el jardín paseaban en libertad ponis de Shetland y tres ciervas y un cervato. A cincuenta metros de la casa se divisaban las ruinas de la antigua basílica; un muro cubierto por la hiedra, arcos ojivales derruidos y una inmensa ojiva abierta en el cielo, a diez metros de altura. Las ruinas escondían en su interior un jardín asombroso. Setos de boj, rosales de los que se cortan con cizalla y clavellinas dibujaban el crucero, la nave y el ábside; en el lugar del antiguo altar estallaba un fuego de artificio de margaritas doradas; un arbusto sembrado por el viento crecía entre dos piedras de la ojiva; enormes alboholes azules se enroscaban en los fustes de algunas columnas quebradas... Se tomaba el té tendido en grandes sillas de lona, encima de las losas sepulcrales de los antiguos abades cistercienses.

Lord Pemrose, Maxime de Bayos y Benvenuto Galbani, los huéspedes de Jean-Noël, llevaban pantalones de terciopelo de color grosella, verde agua o habano; sandalias de complicadas lazadas, cuyas puntas dejaban al descubierto los dedos blancos y cuidados de sus pies; llevaban medallitas de oro alrededor del cuello y fulares anudados en la abertura de la camisa. Lord Pemrose iba de un sillón a otro, para rehuir el sol.

—*Christian, my dear, will you pour out the tea?*[7] —dijo el príncipe Galbani, dirigiéndose a un adolescente enjuto, de rostro desencajado y sombrío, de pómulos marcados y con un flequillo negro que le cubría la frente.

Aquel joven llevaba un pantalón corto; una pelusa espesa, abundante y oscura cubría sus flacas piernas. Observaba a Jean-Noël con una mirada malévola, parecida al brillo de dos carbones de piedra. Tanta negrura, repartida sobre un cuerpo tan enclenque, resultaba impresionante.

Había bollos, panecillos y magdalenas, una gran tetera de plata vieja, cucharitas minúsculas cuyo mango terminaba en una bolita, mermelada de naranjas dulces, mermelada de naranjas amargas, pasteles de crema, milhojas, pasteles rellenos de frutas confitadas, platos de cristal sobre platos de plata, servilletas de lino fino del tamaño justo para enjugarse la punta de los dedos... Sólo comía el sombrío adolescente; las tostadas calientes, las tartas, las confituras parecían haber sido elaboradas tan sólo para él. Los demás se contentaban con una taza de té, y Maxime de Bayos bebía naranjada.

Acercó el vaso lleno a su camisa de color verde helecho pálido e hizo admirar el armonioso contraste de colores.

—*Too lovely for words*8 —respondió Lord Pemrose, cambiando de silla otra vez.

Jean-Noël, con el abundante apetito de la juventud, aceptó los pasteles, los bollos y las magdalenas que le ofrecían. El príncipe Galbani se protegía la calvicie bajo una sombrilla de seda. Dos palomas colipavas que se arrullaban en el césped se callaron y alzaron el vuelo con un gran batir de alas.

Del lado opuesto a las ruinas, la abadía sólo estaba separada de la iglesia de la aldea por una cortina de árboles por encima de la cual se elevaba el esbelto campanario de pizarra. Voces de niño, repitiendo a coro las respuestas del catecismo de perseverancia, subrayaban sutilmente la paz absoluta de la campiña. Reinaba una placidez dichosa y cálida, una armonía inesperada pero absoluta entre los seres y el lugar, entre los gestos y los colores, un acuerdo secreto de cuarenta componentes que acababan produciendo la calma perfecta, como la fusión de los colores del prisma produce la luz, que no tiene color.

El tiempo, el transcurso del tiempo, el encadenamiento de un segundo con el siguiente, tenía una calidad palpable y benéfica que sorprendía a Jean-Noël. Nunca antes había observado que el *presente* en sí fuese una realidad tan precisa, vivaz y deliciosa. Con todo, Jean-Noël no se sentía del todo en paz, no sólo a causa de las miradas del adolescente sombrío, sino por los demás, por Maxime de Bayos y el príncipe Galbani, éste bajo su sombrilla, que también lo observaban, con muchísima más cortesía, hasta con una sonrisa de buena predisposición, pero que a pesar de todo lo espiaban sin cesar. Estudiaban sus rasgos a hurtadillas, vigilaban su manera de cruzar las piernas, de colocar la taza, de contestar a una pregunta; cuando Jean-Noël estaba de espaldas, sentía aquellas miradas en la nuca; cuando se volvía, descubría aquellas miradas tomando nota de la forma de su pantalón o del color de sus calcetines. Por su parte, Lord Pemrose tampoco parecía del todo sosegado, pues vigilaba las reacciones de sus amigos.

—Basil, querido, enséñale la casa a tu amigo, si quiere verla, y muéstrale su habitación —dijo Maxime de Bayos. A continuación se alejó, como si tuviera que realizar alguna tarea urgente, y se oyó que decía—: ¡Césaire! ¿Quiere usted llevar la regadera giratoria al campo de croquet? Hoy no jugaremos.

Lord Pemrose ya le había explicado a Jean-Noël cómo era, a grandes rasgos, la organización de la Abadía, pero el joven lo comprendió mejor en el curso de la visita. Los tres amigos, Benvenuto Galbani, Basil Pemrose y Maxime de Bayos, a quienes llamaban y que se llamaban a sí mismos «las tres B» —por Ben, Basil y Baba—, un nombre que, con un juego de palabras, se transformaba en inglés en «*Three Bees*», las «Tres Abejas», habían comprado aquella casa para reunir en ella sus objetos preferidos y llevar la vida que deseaban.

—Los monjes de antaño no se equivocaban al elegir los lugares... Nosotros hicimos aquí una especie de monasterio de la amistad —dijo sonriendo Lord Pemrose—. Es nuestro refugio, el lugar donde tratamos de vivir la mejor existencia posible. Al principio, yo era muy amigo de Baba. Es un poco más joven que yo. Hace..., hace casi treinta años que nos conocemos. Y después él conoció a Ben... —Y el rostro de Lord Pemrose se ensombreció ante el recuerdo de antiguos dramas, de sufrimientos que se ha jurado callar para siempre—. Y después nos hicimos muy amigos los tres... Ya lo ve.

Lord Pemrose había donado al National Trust su castillo de Gowen, que ya no habitaba: una enorme fortaleza de la época Tudor representado en un grabado colgado en un pasillo de la Abadía. En aquel mismo corredor, que llevaba a su habitación, Pemrose había puesto varias fotografías, en formato postal, de sus cuadros de familia, unos cincuenta personajes entre los cuales se distinguían cabezas de Barba Azul montadas sobre cuellos alechugados y jubones, señores de grandes fieltros y botas blandas sobre caballos encabritados, y caras de buey bajo pelucas con bucles en martillo, y damas rubias y rosas pintadas en su parque por Gainsborough, y adolescentes de chaleco bordado, apoyados con languidez en una escopeta y con un lebrel echado a sus pies. A través de aquellos retratos se podía seguir toda la evolución de la sociedad inglesa y el triunfo de la civilización sobre los instintos primarios, partiendo simplemente de los rostros sanguíneos, gordos y violentos de comienzos del siglo XVIII, de aquellas jetas de cochero borracho, de aquellos puños de jifero, de aquellos vientres llenos de cerveza, de aquellos muslos gordos de mozancón torpe, mal contenidos en los calzones blancos, para culminar en Basil Pemrose, que se echaba hacia atrás su mechón con un gesto delicado, frente a su galería de tarjetas postales.

—He reducido a mis antepasados a la medida de nuestro siglo —dijo sonriendo.

Jean-Noël pensaba en Mauglaives, con sus mariscales de cordones azules erguidos contra las paredes.

Cada paso por aquella casa era ocasión para admirarse o asombrarse. Todos los objetos eran paradigmáticos del siglo o del artista que los había alumbrado; se trataba de una selección perfecta. No obstante, aquellos muebles raros, aquellas telas de maestros antiguos, aquellos cristales, aquellos careys, aquellos dorados, aquellos mármoles, aquellos candelabros parecían haber sido dispuestos por una mujer de infinito buen gusto. Todo ello habría podido ser pomposo e insoportable, pero, por el contrario, todo era perfecto, precioso, mesurado y habitable a un tiempo. Lo cierto es que debía de ser un verdadero quebradero de cabeza decidir si por la noche se cenaría en la vajilla de diario, en la de la Compañía de las Indias o en el servicio de mesa que había pertenecido a la corte de Múnich.

Pemrose le había recomendado a Jean-Noël que no hablase jamás en presencia de Maxime de Bayos de la locura hereditaria que hacía estragos en la familia de Baviera. Maxime era fruto de los más extraños cruces de sangre. Su ascendencia era una sucesión de misterios; tenía primos en todos los rincones del mundo, desde Brasil a Dinamarca, y desde Irlanda a Hercegovina. Su madre, cuyos retratos veneraba como a iconos sagrados, había muerto loca. Aunque su salud era frágil, él se hacía cargo de gran parte de las tareas de la dueña de la casa; era meticuloso, se pasaba horas enteras alineando unas tras otras las cajitas de plata decoradas con águilas, se sabía de memoria el ceremonial de las cortes y podía recitar el *Gotha*. Su conocimiento de la arquitectura, de los estilos de mobiliario y de porcelana era equivalente al de Lord Pemrose en literatura. En cuanto al hombre de la sombrilla...

—En el fondo, para Ben, todos nosotros somos personas de origen reciente.

Que, como Basil, se tuviera tres siglos de antepasados en Gowen, o que sólo se fuese, como los Schoudler, barón del Santo Imperio desde hacía ochenta años, o bien que sin poseer ningún título nobiliario se dispusiera, como Maxime de Bayos, de alianzas misteriosas, no constituía ninguna diferencia significativa a ojos del príncipe Galbani. Porque el príncipe pertenecía a la nobleza más antigua del mundo, que hundía sus raíces en la antigüedad romana y hasta en la mitología. Los Galbani descendían, o afirmaban descender, del emperador Galba, que a su vez descendía, según Suetonio, de Júpiter y de Pasífae. Y lo afirmaban desde hacía tanto tiempo que habría sido preciso remontarse a la caída de Rávena para hallar a alguien capaz de contradecirlos. Entre los antepasados de Benvenuto había uno de los asesinos de César. En sus escudos de armas figuraban las cuatro nueces: «Galba..., nuez de cáscara lisa», y al referirse a los

emperadores romanos, decía, sin un atisbo de ironía: «Mi tío Tiberio... mi tío Vitelio...». Los Galbani habían luchado durante toda la Edad Media con los Orsini y los Colonna por el dominio de Roma y la posesión de la tiara. Las rentas de Benvenuto procedían, en gran parte, de las minas de Sicilia, y en Italia poseía varios palacios en los cuales podría alojarse todo un gobierno. Era el último vástago de una estirpe ilustre, cuyo nombre se extinguiría con su muerte. Con todo, Benvenuto se resignaba a ser el colofón. «Ya hemos durado bastante», decía. En el curso de su visita a la casa, Jean-Noël encontró al príncipe —inmenso y altísimo, pues medía más de un metro noventa— con los brazos cargados de flores. En la Abadía, el heredero de los césares se ocupaba de los ramos de flores.

—¿Y ese joven? —preguntó Jean-Noël a Lord Pemrose, aludiendo al adolescente.

—Es Christian... Christian Leluc, un joven pianista de enorme talento. Esta noche le pediremos que toque. Lo descubrió Ben. Tiene veinticuatro años. —Ante el gesto de sorpresa de Jean-Noël, Pemrose agregó—: Sí, ya lo sé; parece que tenga diecisiete. Es encantador, ya lo verá. Al principio asombra un poco...

Jean-Noël pensó que el hecho de que sus habitantes parecieran más jóvenes de lo que eran constituía una virtud de la Abadía. A pesar de los años, a pesar de los siglos, ¿acaso los *Three Bees* no tenían un aire de eterna adolescencia?

IV

Sobre el velador había un ramillete de flores campestres, recogidas, sin duda, por el descendiente de Júpiter. «El campo, la sencillez misma», le había dicho Pemrose a Jean-Noël al invitarle.

Cuando Gugliemo deshizo la maleta de Jean-Noël, advirtió que éste no había traído un esmoquin, así que al cabo de un rato volvió con un traje de etiqueta recién planchado, una camisa de piqué, una corbata negra y escarpines.

—Creo que al señor barón le irá bien.

Gugliemo dejó correr el agua del baño. Desde su infancia, desde la época en que Miss Mabel lo lavaba, Jean-Noël nunca había dispuesto

de un criado que lo atendiese en la bañera. Se sintió muy incómodo al desnudarse delante del ayuda de cámara, pero como éste parecía encontrarlo todo muy normal y lo esperaba con la esponja en la mano, no se atrevió a decirle que saliera. Gugliemo contempló con un desparpajo deferente el cuerpo desnudo de Jean-Noël. Gugliemo era un ayuda de cámara locuaz; ése parecía su privilegio en la casa. A su manera, era un objeto curioso, único, que se prestaba a los invitados para que tuviesen tiempo de apreciarlo.

—¿Es la primera vez que el señor barón viene a la Abadía? ¡Qué paz!, ¿verdad? ¡Qué recogimiento! —dijo enjabonándole la espalda a Jean-Noël—. Sobre todo las ruinas de la basílica, ¡conmovedoras! El hecho de estar aquí, al servicio de los señores, aquieta un poco mis pesares. El señor me comprenderá si le digo que he tenido una vocación contrariada. —El ayuda de cámara vaciló un poco y exprimió la esponja con ambas manos—. Yo quería ser cartujo, pero la vida nos arrastra… —agregó. Jean-Noël, con la cabeza fuera del agua, lo miró con sorpresa—. Sí, el puño de un buen padre superior, eso es lo que yo hubiera necesitado —siguió Gugliemo—. Sólo que ya ve usted…, un pie en Montmartre, el otro en los monasterios… Si el señor quiere lavarse él solo… Yo siempre voy a pasar las vacaciones en cartujas; suelo ir a Burgos, donde las bibliotecas son paraísos. Me gusta mucho leer; el señor barón, que es de una familia de escritores, me comprenderá. He leído todos los poemas del señor de La Monnerie… Pero también me gustan las malas lecturas. —Había descolgado el albornoz y lo tenía apretado contra él, con las manos juntas bajo la barbilla, la frente inclinada y los párpados bajos. Con su gran cráneo en cúpula se parecía cada vez más a un personaje de un fresco—. La verdad, señor, es que yo soy una mezcla de san Agustín y de Oscar Wilde —declaró, convencido—. Pero hablo y hablo, y aturdo al señor con mis tonterías. —Había envuelto a Jean-Noël en el albornoz; lo frotaba, le daba palmaditas, se inclinaba para secarle las rodillas—. Perdóneme, señor; soy viejo, ya tengo cincuenta y dos años —dijo con voz quejumbrosa. Se irguió y contempló a Jean-Noël envuelto en la tela de toalla—. El señor se parece a un frailecito —dijo sonriendo y ruborizándose.

Los zapatos le quedaban un poco grandes, pero el esmoquin, de una tela preciosa de seda de color verde oscuro, le sentaba de maravilla.

Al salir de su habitación, mientras seguía por el pasillo, Jean-Noël vio por una puerta entreabierta al adolescente sombrío, al falso adolescente, que le hizo señas para que entrase. ¿Había dejado la puerta abierta a propósito? Llevaba una chaqueta blanca, que destacaba todavía más su rostro anguloso y el singular flequillo negro

que le caía casi a ras de las cejas. Christian Leluc se había puesto unos guantes, unos larguísimos guantes de color malva, femeninos, diseñados para lucir con un vestido de noche, que llevaba por encima de los puños de la camisa. Acariciaba suave y lentamente la tela agamuzada, mientras observaba a Jean-Noël.

—Son bonitos, ¿verdad? —dijo.

Por vez primera, Jean-Noël lo vio sonreír y mostrar sus dientes pequeños y separados, sus incisivos puntiagudos como caninos.

La mirada de Jean-Noël se detuvo sobre un cajón de la cómoda, a medio abrir, donde se amontonaban docenas de pares de guantes de mujer, de seda, de cuero, tejidos, guantes de gala adornados con bordados y lentejuelas, mitones de vieja, guantes de algodón rosa festoneados, como los que llevan las criadas a los bailes de aldea. Todos nuevos.

—Sí, creo que tengo la colección más bonita —dijo Christian Leluc. Seguía sonriendo, soñador, hasta que, de repente, volvió a ponerse grave, se arrancó los guantes malva, los tiró al cajón y dijo—: Vamos, bajemos. Los bonzos ya deben de estar abajo y no les gusta esperar. Uno hace carrera como puede, ¿verdad, amigo mío?

Le dio una palmadita en la espalda a Jean-Noël, a quien aquel gesto resultó muy desagradable.

V

Cenaron en la biblioteca, que era el verdadero centro de la vida de la Abadía. Tenía una altura de dos pisos, cuyo techo intermedio se había suprimido, así que contaba con dos series de ventanas, una a la altura acostumbrada y la otra, a seis metros del suelo. La mitad de aquella inmensa estancia estaba tapizada de libros colocados en estantes de maderas preciosas, a los cuales se llegaba por medio de escaleras de caracol. La otra mitad de la pieza estaba cubierta por completo de cuadros: las escuelas italiana, francesa, inglesa, alemana y flamenca se hallaban yuxtapuestas desde el cimacio a las vigas. Era tal la profusión de encuadernaciones, de bustos, de objetos y de muebles que resultaba asombrosa. Con todo, pese a la profusión de cosas hermosas, reinaba un orden perfecto; los cien o ciento cincuenta cuadros estaban colocados siguiendo una simetría perfecta y las correspondencias de

colores; unas medallas antiguas centelleaban sobre las puertas transformadas en altas vitrinas movedizas. Una sección entera de la biblioteca estaba consagrada a los diccionarios de las principales lenguas muertas y vivas, a libros de historia de las ciencias, a léxicos técnicos, mientras otro estante estaba ocupado por las partituras musicales; clasificados en el mueble en que Federico II guardaba sus mapas del Estado Mayor, se hallaban los documentos ornamentales más raros. Además, en la biblioteca había una colección de más de un millar de discos, con las grandes obras de la historia, interpretadas por las mejores orquestas; allí estaba, también, el piano de concierto de Liszt, restaurado por la casa Pleyel, y el aparato de radio más reciente y perfecto. Colocada sobre el antiguo escritorio del cardenal Dubois, estaba la maqueta de la escalera de la Trinidad del Monte; cerca, profundos sillones de cuero rojo, en los que el cuerpo descansaba tanto que el alma ya no tenía de qué preocuparse, y desde allí, al alzar los ojos, se veían, sobre el antepecho de las ventanas superiores, los bustos de ocho emperadores romanos —los retratos de familia de Ben —, que coronaban aquel santuario de la riqueza, del arte y de la rareza. Más familiares, Platón y Aristóteles, colocados sobre dos columnas, encuadraban la chimenea de mármol.

No debía de existir otra sala parecida en todo el mundo; habría sido preciso volver al Renacimiento, a la época de los Médicis y de Marsilio Ficino, para hallar un espíritu comparable al que había inspirado la creación de aquel panteón de la cultura. En sus aledaños, la campiña normanda dormitaba.

De mediana estatura y pelo cuidadosamente separado por una raya al medio, Maxime de Bayos aún tenía facciones de hombre joven, pero el grano de su tez era ligeramente grumoso y tenía la piel estriada por pequeñas arrugas, como trazadas por una mano temblorosa, con una pluma de hierro. Sonreía, con los labios apretados sobre los dientes. «Debe de teñirse el pelo», pensó Jean-Noël.

De una altura extraordinaria, el príncipe Galbani tenía la tez luminosa, los ojos azules y redondos, sin cejas. Los años no lo habían arrugado, pero le habían inflado ligeramente las facciones. Su boca era estrecha y rosada; a ambos lados de su calvicie, el pelo blanco, todavía tupido sobre las sienes, se asemejaba a las alas de una paloma. Cuando estaba sentado, sus piernas constituían una especie de barrera en mitad de las habitaciones.

Jean-Noël nunca había visto a cuatro hombres juntos que, para cenar, llevasen tantos anillos raros, tantos camafeos antiguos, tantas miniaturas con perlas engastadas, tantas argollas de oro con extraños

trenzados. Se sentía un poco tosco con el sencillo anillo de sello que unos años antes habían quitado de la mano fría de su tío el diplomático. «En alguna parte debe de estar el sello grande de cornalina del tío Urbain. Si vuelvo aquí, me lo pondré», pensó.

Tampoco había visto nunca cuatro individuos que, sentados a la mesa, con suma naturalidad, tomasen productos farmacéuticos, ni sacasen de pastilleros antiguos, de cajas de oro cinceladas, una píldora verde, una pastillita de carbón o un gránulo homeopático.

—Christian, *caro*, ¿no te habrás olvidado del calcio? —preguntó el príncipe Galbani.

Christian tomaba un menú especial; le sirvieron una rodaja de *foie-gras* de ternera muy poco cocido, para que se fortaleciera. Por su parte, Maxime de Bayos no comía pastel de coliflores; las suyas estaban preparadas aparte, estofadas, y el mayordomo las roció con jugo de limón.

La conversación era vivaz, ligera; Jean-Noël intuía que las Tres Abejas fabricaban su miel ante él y para él. Al mismo tiempo, abundaban las alusiones a personas o acontecimientos desconocidos, y Jean-Noël sentía unas ganas locas de adentrarse en aquel universo cerrado, a fin de poder compartir la diversión. En cierto momento citaron a Inès Sandoval, y los amigos de Pemrose se miraron y se sonrieron con superioridad, dando a entender que lo *sabían* y lo desaprobaban, indulgentes.

Después sirvieron el Oporto, y Pem se tendió en uno de los grandes sillones de cuero, balanceando poco a poco su emblema bordado con hilo de oro sobre el terciopelo de los escarpines de andar por casa. Maxime de Bayos ofreció a los demás largos cigarros filiformes y suaves. El príncipe Galbani fue a instalarse en un rincón, con sus grandes piernas sobresaliendo de detrás de una pantalla redonda, sobre la cual había un capazo con toda clase de lanas, ya que el sobrino de los césares hacía tapicería *petit point*. Por aquel entonces tejía un respaldo de silla, en el cual tres abejas doradas revoloteaban encima de unas ruinas y de unos alboholes azules.

A continuación, el adolescente sombrío se sentó ante el piano de Liszt. La densidad del aire, la profundidad de los espacios, la intensidad del tiempo dieron un vuelco con el despliegue del talento musical. Las manos de Christian revelaban un gran virtuosismo, y todas las reticencias de Jean-Noël se desvanecieron. En reposo, o en los gestos cotidianos, las manos de Christian no tenían nada extraordinario; eran

manos flacas, de dedos huesudos y uñas un poco cortas, pero en cuanto se posaron en el piano adquirieron una perfección, una gracia, una vida, una pureza sorprendentes. Estaban aisladas del resto del mundo; hasta parecían no pertenecer al cuerpo del que pendían; se perseguían en un extraordinario ballet, deslizándose sobre la escalera de marfil y ébano; dibujaban, borraban, volvían a dibujar formas puras, óvalos alargados, volutas abstractas cuya novedad confundía; tejían sonoros manteles, telas sembradas donde cada flor era una nota; trenzaban canastillas de música; moldeaban, en tornos invisibles, extrañas alfarerías de resonancias; danzaban, con medias blancas, con los ritmos de Mozart, se adaptaban al contorno de las sordas orejas de Beethoven, volvían a trazar los simétricos pasos trenzados de Vivaldi y de Bach; llenaba la estancia de la lluvia que cae tras algunas frases de Berlioz. Las manos de Christian se servían de un instrumento, de un utensilio inventado por el ser humano, para sacar de él goces propios de la imaginación divina. Eran las manos del civilizado en el extremo decorado de la civilización.

Y Jean-Noël lo intuyó en uno de esos instantes en que la música, como el alcohol, como el amor, ensancha las ondas de la meditación o hace aflorar capas profundas de la conciencia. Sin pretender formularlo con precisión, Jean-Noël comprendió por qué sus anfitriones eran seres raros, excepcionales. No era por su fortuna, ya que había gente tan rica como ellos, sino por su forma de emplear su fortuna, por su afán por reunir las hebras más sedosas surgidas de la creación humana, para trenzar con ellas la tela de sus días. De haber poseído menos recursos, habrían intentado vivir del mismo modo, pero a pequeña escala.

Aquellos tres hombres en plena madurez eran la culminación de diez civilizaciones que se resumían en ellos mismos; no creaban nada, sino que representaban una especie de apoteosis estática de todo lo que iba a desaparecer con ellos. En un momento definido y particular del mundo, habían llevado al extremo una perfección estéril, presta a volcarse en la nada. En medio de las praderas normandas, un inglés, un italiano y un francés de sangre mezclada habían hecho una síntesis de los jardines de Academos, de los vergeles de Tusculum, del Cluny de las catedrales, del Arno del *Quattrocento*, del Loira de los Valois, de Versalles, de Ferney, de Montparnasse y de Bloomsbury… ¿Acaso era una ilusión? Entre aquellos hombres, al mismo tiempo que descubría la pobreza de su saber, Jean-Noël se sentía más inteligente.

Aquella asamblea de señores filósofos le hizo comprender que había tantos grados de calidad en los amores homosexuales como en los otros, y que la diferencia no radica tanto en el género de amor que

uno elige como en la forma de comportarse. Jean-Noël pensó también en Gugliemo, en el joven chófer de la cadena de oro… «Bueno —se dijo—; ¿acaso los honorables burgueses no se acuestan con las doncellas? ¿Acaso los embajadores y los presidentes de tribunal no siguen a las modistillas por las calles? ¿Acaso yo no me fui con dos prostitutas de la calle?» Todo aquello era muy frágil, muy difícil de aquilatar; la línea de separación entre lo admirable y lo odioso, lo tolerable y lo intolerable, la dignidad y el ridículo, lo honorable y lo vergonzoso, era delgada y peligrosa como la hoja de un cuchillo.

Por lo menos, las Tres Abejas hacían un esfuerzo natural y constante para alcanzar la perfección de las apariencias y los elevados placeres del espíritu. Aquel piano, la lluvia de Berlioz a lo largo de los libros, los cuadros y los mármoles…

Y de repente, sin que nada presagiara semejante ruptura, Christian se puso a cantar con una voz aguda y desafinada: «Los guantes de mujer / son flores perfuma-a-a-das…». Se reía, con sus dientes malvados y puntiagudos, y sus manos, las mismas manos que el instante anterior poseían tanto genio, arrancaban del teclado una cancioncilla de 1900, idiota y de mal gusto. Jean-Noël se enderezó en el sillón, como si despertara de un sueño. El milagro acababa de quebrarse; la hoja del cuchillo había sido franqueada y todo se deslizaba del lado malo. Miró a su alrededor. El descendiente de Júpiter y Pasífae seguía tejiendo en silencio; Lord Pemrose posaba sobre Jean-Noël unos ojos enternecidos y elocuentes, que apartó al instante; Maxime de Bayos ordenaba. Christian retomó el estribillo: «Los guantes de mujer…», y Jean-Noël reconoció la misma expresión insólita, inquietante, que le había visto antes de la cena, frente al cajón abierto.

El príncipe Galbani abandonó su labor; sus ojos azules cobraron un resplandor cortante. Golpeó con los dedos una mesita que estaba a su lado y en voz alta, que apenas le enmascaraba la cólera, dijo: —¡Christian! ¡Podrías tener un poco más de tacto! *It's going a little bit too far*! 9

—*Yes, my dear* —dijo Pemrose en tono de reproche, volviendo la cabeza hacia el piano—. *I think Ben is perfectly right. You ought to be ashamed of yourself.* 10

Christian se había interrumpido; tenía la mirada burlona y complacida de un niño atrapado en falta, a la vez que orgulloso de su tontería. Y los tres ancianos lo contemplaban como padres tristes, apesadumbrados. Jean-Noël no comprendía el motivo de aquella riña conyugal y se preguntaba hasta qué punto su presencia no era la

verdadera causa.

—Discúlpenos —dijo Pemrose, advirtiendo la incomodidad de Jean-Noël—, pero pensamos que Christian no debe desbaratar su talento en semejantes estupideces, ¿no cree?

Jean-Noël no se dejó engañar por aquella razón inventada para disimular, sino que advirtió las miradas de Basil a Ben, de Ben a Baba, de Baba a Christian, y que significaban: «Ya hablaremos de ello cuando estemos solos». Poco después, Ben se retiró, inmenso, sin decir buenas noches, y el falso adolescente le siguió.

—Siempre nos acostamos bastante temprano —dijo Maxime de Bayos.

Apenas eran las once pasadas; en la casa reinaba un silencio absoluto. Lord Pemrose acompañó a Jean-Noël a su habitación.

—¿Tiene usted todo lo que necesita? ¿Sí? ¿Le han puesto una jarra de agua fresca? —Lord Pemrose daba vueltas por la habitación, fingiendo que se aseguraba de que no faltase nada para la comodidad de su huésped—. ¿Fumamos el último cigarrillo, o quiere irse a dormir enseguida? —preguntó.

Una vaga aprensión hizo vacilar a Jean-Noël, pero aceptó el cigarrillo oriental que Pemrose le tendió en una pitillera cincelada. Cuando la llama se encendió frente a los ojos de Jean-Noël, Basil Pemrose volvió a desviar la mirada. Luego se sentó en el borde de una silla, con las piernas cruzadas.

—Debe de pensar que somos unos personajes bastante extraños, ¿verdad? —dijo.

—No, en absoluto —contestó Jean-Noël—. Creo que son ustedes personas muy felices.

—¿De verdad? —dijo Basil, insistiendo tanto en su pregunta que le tergiversó el sentido. Se hizo un silencio, y luego prosiguió—: Lo cierto es que tenemos *a reasonably happy way of life*,[11] creo yo, lo cual no quiere decir que cada uno de nosotros, interiormente, siempre sea feliz... En fin, ya sabe que es bienvenido en esta casa siempre que quiera, y que me causará una inmensa alegría verle por aquí con frecuencia.

Había levantado los ojos; apoyaba los dos dedos que sostenían el cigarrillo en la sien. Y Jean-Noël reconoció aquella expresión de amistad, de ternura, de bondad, que tanto lo había emocionado en la

iglesia, en el entierro de la señora de La Monnerie, y que reaparecía de vez en cuando. Pero esta vez, Jean-Noël experimentaba una ansiosa turbación. Ya no podía ignorar dónde se hallaba, ni engañarse acerca de las intenciones de Lord Pemrose. A menos que... «A menos que no tenga intenciones precisas respecto a mí..., sino que se trate del hábito de mostrarse gentil y encantador con los hombres...» Se impuso otro silencio, más difícil, más pesado. ¿Por qué Jean-Noël experimentaba una especie de placer entumecedor y morboso al jugar con fuego? Un insecto chocó contra una pantalla. No, aquel silencio ya no podía proseguir, así que se obligó a bostezar y a fingir que contenía el bostezo. Pemrose se levantó.

—Buenas noches, querido Jean-Noël —dijo tomándole las manos, que Jean-Noël abandonó entre las de Pem.

—Buenas noches, querido Basil —contestó, aboliendo con aquel nombre, empleado por vez primera, los cuarenta años largos que lo separaban de Pemrose—. *And sweet dreams*[12] —agregó.

De repente se sentía muy seguro de sí mismo y asistía, divertido, al espectáculo. ¿Acaso Basil dejaba a propósito la pitillera encima de la mesa? ¿Iba a volver a buscarla dentro de unos minutos?

—Tus cigarrillos —dijo Jean-Noël, señalando el estuche con una sonrisa.

—*Keep it*[13] —respondió Basil—. Si le apetece fumar esta noche... —Luego tomó la caja de oro, la puso en las manos de Jean-Noël y dijo en voz más baja—: *Keep it, dearest, it's yours*[14]

—¡Ni hablar! —exclamó Jean-Noël, retrocediendo y ruborizándose.

El juego cesaba de repente y se sentía muy incómodo.

—Sí, sí; en recuerdo de su primera visita a la Abadía. El placer es mío —dijo Basil.

Se volvió bruscamente y salió de la habitación, con los ojos empañados.

Con su andar flexible y oscilante, con los codos puntiagudos y las rodillas juntas, Lord Pemrose se alejó a través de los largos corredores, preguntándose si acababa de dejar pasar una ocasión irrepetible. Maldijo su timidez, la horrorosa e invencible timidez que lo había afligido toda su vida, trocando sus esperanzas en sufrimiento.

VI

Simon Lachaume eligió el restaurante del pabellón de Alemania en la Exposición Universal para invitar a cenar a Marie-Ange. Alrededor resplandecía la enorme feria, alejando la noche de su recinto. La Torre Eiffel se elevaba como un mástil de luz, y desde lo alto de la primera plataforma, voces de escritores célebres, monstruosamente amplificadas, derramaban sobre la multitud palabras que les había encargado el Gobierno. «¡Hola…! ¡Hola…! Les habla Édouard Wilner…» Unos pocos centenares de personas, un ínfimo puñado de aquella multitud, que en su mayoría ignoraba por completo quién era Édouard Wilner, aguzaba el oído. Unos cochecitos eléctricos paseaban cómodamente a los visitantes a través de la barahúnda. «Francia siempre conservará lo que ha sido, el tesoro de las artes, el crisol de invenciones y el lugar de encuentro de grandes amistades… —profería la inmensa voz de Wilner, cuyo ronco aliento transmitían los altavoces —. Visitantes de todos los países que paseáis por aquí, ¡pensad en los hombres de Francia que a lo largo de los siglos han hecho posibles vuestros placeres de hoy…!»

Y la multitud volvía a emprender su movimiento de hormiguero fatigado. Desde el parque de atracciones llegaban los gritos agudos de las mujeres encerradas en el *water-chute* y el *scenic-railway*. Los proyectores iluminaban los mármoles del palacio de Chaillot. Desde toda la feria se oían los sones debilitados de las orquestas de Cuba o de Bucarest, de las músicas árabes o malgaches que los pabellones distribuían como prospectos sonoros. Y en la plaza del Trocadéro, las banderas de todos los países ondeaban a la brisa de la noche, como lanzas que caballeros llegados de los cuatro horizontes del mundo hubiesen plantado ahí, en un alto del camino.

El restaurante del pabellón alemán era uno de los lugares más elegantes y caros de la Exposición Universal. En torno a Simon, que le había pedido a su secretaria que le reservase la mesa, los camareros se afanaban. Simon se preguntaba si la actitud de cortesía prudente y casi distante que mantenía Marie-Ange frente a él no ocultaba cierta hostilidad. Había muchas posibilidades de que en el curso de su infancia hubiera oído hablar de él como de un hombre malvado y temible, culpable en gran medida de la ruina de los Schoudler. Con todo, sabía que no era difícil derrumbar esa clase de prevenciones si el interlocutor tiene veinticinco años menos y uno es ministro. A ello se

dedicó Simon durante la cena. Habló de François Schoudler y de Jacqueline en términos que conmovieron a la muchacha. No esperaba de él semejante sensibilidad. Luego contó la historia de la quiebra a su manera, y como todos los demás protagonistas del asunto ya estaban muertos y nadie podía contradecirlo, descubrió en sí mismo, a posteriori, los sentimientos nobles de los que había carecido en aquella época.

—Es extraño; hay seres, hay familias con quienes parece que el destino de uno está ligado, círculos a los cuales la existencia nos vuelve a llevar siempre...

Al decir aquello pensaba en su aventura con Isabelle. «¿Lo sabrá...? No, probablemente no. Hace más de quince años. Y he aquí que estoy cenando con su sobrina. También en cierto momento se habló de que me casaría con Jacqueline, cuando enviudó. Y aquí está su hija... En el fondo no soy tan viejo, puesto que estas cosas me asombran, puesto que es la primera vez que me suceden...»

—¿Sabía usted que prácticamente comencé mi vida con un libro acerca de su abuelo de La Monnerie? Fue mi tesis doctoral. ¿Lo ha leído?

—No, lo siento mucho —dijo Marie-Ange.

Por mucho que intentara defenderse, Simon se sentía muy viejo frente a la muchacha.

—Parece usted haber conservado mucho afecto por las personas de mi familia —dijo ella—. Debo confesarle que cuando veo adónde han llegado y en qué situación nos encontramos mi hermano y yo, no siento por ellos mucha estima.

Simon comprendió entonces que la reserva un tanto fría de ella no era por las razones que él le había atribuido. «Es sencillamente que no le gusto, o que piensa que un hombre de mi edad carece de interés...» Hacía que le sirviesen manjares raros y llenaran las copas de los mejores vinos del Rhin. Ella comía y bebía, pero conservaba toda su calma.

—¿Está usted enamorada, Marie-Ange, o lo ha estado ya? —le preguntó.

—¡Oh, qué bonito es eso! —exclamó ella señalando el río—. ¡Parecen vestidos de agua que bailan!

Acababan de poner en marcha los órganos luminosos sobre el Sena. A veinte metros de altura, los surtidores de agua lanzaban sus polvaredas multicolores y cambiantes, mientras una música emitida por aparatos eléctricos acompañaba su juego.

—¿Enamorada? —dijo Marie-Ange un momento después—. No, no creo haberlo estado de verdad.

—Debe de haber un montón de muchachos que le hagan la corte..., sobre todo en su oficio.

Ella se encogió de hombros con indiferencia. Simon llegó a la conclusión de que todavía no había tenido ningún amante.

—¿Se divierte usted mucho en la vida? —preguntó.

—No, al menos de momento... Quiero decir en el periodo actual —contestó ella.

Su hermano acababa de partir a Italia y ella se sentía muy sola.

—¿No quiere casarse?

«¡Qué preguntas tan tontas, tan vulgares! Me resulta difícil hablar con alguien tan joven», pensaba él. Marie-Ange señaló un grupo de escoceses de *kilt* que pasaba por el puente de Jena. Luego dijo: —No lo sé. Puede ser que todas las mujeres quieran casarse, aunque crean lo contrario, pero una chica de mi círculo, con las exigencias que le han inculcado y sin dinero para justificarlas, puede estar casi segura de que jamás encontrará al hombre que le convendría.

—¡Qué tontería! —exclamó Lachaume—. Casi siempre se obtiene lo que se desea con un poco de voluntad.

—Entonces creo que nunca tendré nada, porque no deseo nada apasionadamente.

Habían terminado de cenar. Bajaron. Simon llevó a Marie-Ange a dar una vuelta rápida por la gigantesca feria, y le explicó cómo había sido construido todo aquello, las dificultades, las rivalidades, las historias divertidas, los conflictos de vanidad y las implicaciones políticas, con lo que la Exposición adquirió para Marie-Ange un aspecto nuevo. Simon evitaba ser docto, desplegaba todo su ingenio para distraer a Marie-Ange y experimentaba una verdadera alegría cuando la veía reír o sonreír. La acompañó hasta la puerta del hotel de segunda categoría, cerca de los Campos Elíseos, donde vivía desde la venta de la casa de

la calle de Lübeck. Durante el trayecto a Simon ni se le ocurrió acariciar la nuca de la muchacha, ni rozarle la rodilla, ni siquiera tomarle la mano. Marie-Ange, que se mantenía en guardia, estaba sorprendida por aquella reserva. «Tiene mucha más delicadeza que lo que yo creía», pensó.

—Le agradezco muchísimo esta velada. Me he divertido mucho —le dijo.

Simon se sintió conmovido por la sinceridad casi aniñada de Marie-Ange, y tanto más cuanto ella no había demostrado demasiada alegría durante la cena. Y como ella expresaba su reconocimiento, él se sintió lleno de generosidad.

—Marie-Ange Schoudler —dijo, añadiendo el apellido para conferir cierta ironía a la gravedad de sus palabras—; quiero que sepa que en mí tiene un amigo. Creo que en otros tiempos colaboré con su familia tanto como pude, pero las personas de su familia también hicieron mucho por mí, y sin ellas no sería lo que soy. Mi amistad es casi una deuda que traslado a su cuenta; abuse de ella, pues tiene usted un gran crédito.

Un farol iluminaba el interior del coche parado. Los ojos de Simon se encontraron con los de Marie-Ange y leyeron en ellos, por primera vez, una verdadera expresión de confianza.

—Entonces sólo le pido una cosa: volver a verle pronto —dijo ella.

En su voz no había ninguna coquetería. A continuación, tan sólo se dijeron buenas noches.

Al día siguiente por la mañana, Simon buscó en su biblioteca un ejemplar de su tesis y envió el libro, ya amarillento, a Marie-Ange, con una dedicatoria afectuosa. Y en aquella quincena cenó con ella cinco veces. Era el periodo de vacaciones. Simon, aparte de su propio ministerio, se había hecho cargo interinamente de otros dos departamentos, antes de poder gozar, a su vez, de unos días de reposo, pero tenía las noches bastante libres. Incluso en dos ocasiones fue a buscar a Marie-Ange a la salida de la casa de modas, aguardando en el coche, que hacía detener a unos metros de la casa Germain. «Y pensar —se decía— que en otros tiempos me burlaba de los viejos ministros que iban a esperar a maniquíes. Y eso es lo que yo hago ahora... Sólo que con Marie-Ange no es lo mismo, no es una maniquí corriente... Pero ¿acaso cada cual no tiene siempre una razón para creer que su caso no se parece al de los demás?»

Con todo, no hacía ninguna clase de progreso amoroso con Marie-Ange, al contrario. Había tomado un punto de partida falso y dejó que se estableciese entre ellos un género de sentimientos que no correspondía en absoluto con sus intenciones iniciales, cosa que lo paralizaba. Como era la hija de unos amigos de juventud, no podía dejar de considerarla una niña. Por poco le hubiera aconsejado que no leyese ciertos libros, y delante de ella evitaba las historias escabrosas. Como ella había declarado que nunca había estado enamorada, y como a él le gustaba creerlo, la imaginaba virgen. Como ella parecía no pedirle más que amistad, él se sentía obligado a justificar aquella confianza. «Me desenvuelvo muy mal —se decía—. Un hombre como Wilner no actuaría, o no habría actuado a mi edad, de esta manera. Una muchacha es una muchacha... Vamos a ver; a los veintitrés años yo estaba en la guerra, no era más que un chiquillo. Y a los veintitrés años, Marie-Ange es una mujer, y no una colegiala. Y en el ambiente en que vive, con el oficio que tiene... Bueno, pues por eso es más asombroso, es más admirable que sea tan pura. Es el resultado de la educación, es la herencia de las grandes familias...»

Por su parte, Marie-Ange se sentía cada vez más a gusto al lado de Simon. Gracias a él, su soledad, a finales de aquel verano parisino, se había atenuado. Estaba sorprendida y halagada de que un hombre tan importante le consagrase tanto tiempo y pareciese tan complacido con su presencia. Hablaba poco y sabía escuchar con inteligencia, de lo que Simon no se daba cuenta, porque los hombres cuya función social es hablar mucho son incapaces de callarse, ni siquiera en la vida privada.

VII

Chalon-sur-Saône, Aix-en-Provence, San Remo... Las gabarras mugían en la mañana para que les abrieran las esclusas; la iglesia rosa de Tournus, los muelles de Lyon, los afamados restaurantes del valle del Ródano, la polvorienta Provenza, chirriante de cigarras, los plátanos del paseo Mirabeau, los pinares del Var cuyo perfume de resina maduraba al sol, las rocas rojizas de la costa y el mar azul que dormía sobre franjas de arena, las palmeras del camino de los Ingleses y las fachadas estilo Napoleón III de Montecarlo presenciaron, aquel comienzo de otoño, la llegada por la ruta clásica de las ilusiones de un extraño grupo de viajeros. Era la época en que las parejas, las parejas desilusionadas, las parejas aburridas de sí mismas, las parejas

maravilladas de haberse descubierto, las parejas desesperadas por tener que disolverse, regresaban al invierno, a las preocupaciones y las cenas en la ciudad.

El coche de Lord Pemrose se deslizaba en sentido inverso hacia Italia. Era un viejo Rolls-Royce, negro y silencioso, de techo alto y motor montado por relojeros. Lo conducía Roberto, el joven chófer de la cadena de oro, vestido con una librea clara tan bien cortada que cuando se quitaba la gorra chata parecía un traje de viaje. A su lado, en el asiento delantero, con las manos escondidas en el interior de las mangas, Gugliemo, con sombrero hongo, cuello postizo y chaqueta negra, parecía un eclesiástico fuera de su diócesis. No cesaba de comentar el paisaje. Y tras el cristal divisorio, en la espaciosa cabina acolchada de paño beis, entre los porta-cepillos, los estuches, los frascos, los posamanos de pasamanería, las cortinas de seda y los reposabrazos móviles de los asientos, se hallaban Lord Pemrose y Jean-Noël. Desde el primer medio día de viaje, Pem había creado en el fondo del coche un revoltijo íntimo. Reinaba un caos de mapas de carreteras entre los cuales nunca se encontraba el necesario, de libros eruditos, de blocs de papel de carta, de pequeños cojines y guías de viaje.

—La gente se burla de las guías, lo cual es un esnobismo absurdo —declaraba—. Con el pretexto de que las viejas inglesas de hace cincuenta años eran ridículas con sus *Baedeker* en la mano, hoy la gente se pasea entre los monumentos más hermosos sin saber siquiera dónde están. Las *Guías azules*, por ejemplo, son una maravilla. La cuestión es leerlas antes de partir.

Pem había traído una manta escocesa y otra de piel, a todas luces innecesarias en aquella estación, y que había que sacudir a cada etapa, del polvo que acumulaban de la alfombra. Parecía una verdadera hazaña haber logrado colocar todas las maletas en el portaequipajes trasero.

Si Pem divisaba en la cuneta unas flores silvestres de bonito color, hacía detener el coche, arrastraba a Jean-Noël, corría con sus rodillas juntas hasta cincuenta metros atrás, y exclamaba: «*Oh! Lovely! Too lovely for words*!», llamaba a Gugliemo para que le buscase el cortaplumas de nácar y se llevaba a la leonera del Rolls una brazada de margaritas o un ramo de escaramujos, cuyo polen manchaba de amarillo el tapizado o cuyas bayas se aplastaban contra el suelo. Una vez encontraron un trébol de cuatro hojas y Pemrose se lo dio a Jean-Noël, dulcemente, con la mano un poco trémula, sin decir palabra. Luego, durante dos horas, con el rostro un poco sonrosado, vivió en un

estado de exaltación infantil.

A la gente de los pueblos le resultaba difícil no volverse a mirar aquella curiosa carroza, a medio camino entre la ambulancia y la berlina romántica para un viaje de bodas, en la que, conducidos por dos criados atornillados en su banqueta, se veía a un señor viejo que raptaba a un joven príncipe. Al final de cada etapa se sucedía el mismo ceremonial. Gugliemo iba a asegurarse de que las habitaciones reservadas estaban dispuestas y volvía con una cohorte de conserjes y botones, mientras Roberto empezaba a bajar el equipaje. Pemrose podía detenerse hasta tres veces a media escalinata, volver a bajar, pedir tal o cual mapa, tal o cual guía necesaria para la etapa del día siguiente, que precisamente era inencontrable porque se había escurrido detrás del asiento.

—¿Y las flores, *my lord*?[15] —preguntaba Gugliemo.

Gugliemo adoraba decir «*my lord*» ante el personal de los hoteles, pues así subrayaba, de golpe, la importancia de la comitiva. Pemrose hacía un gesto vago y desesperado desde los escalones.

—¡Qué le vamos a hacer! —decía—; mañana estarán marchitas.

Pemrose entraba en el vestíbulo con la nuca oscilante y la nariz al viento, olfateaba los grabados que colgaban en las paredes, subía las escaleras o se dejaba llevar por el ascensor.

Las habitaciones de Basil y de Jean-Noël siempre eran contiguas, si no comunicantes, y a veces compartían el mismo cuarto de baño, aunque se advertían el uno al otro cuando uno de ellos iba a utilizarlo, sin tropezarse jamás. «*There you are, dear; the bathroom's yours*»[16]. Y la puerta se cerraba.

Después de cenar, se retiraban temprano. En el pasillo, en el umbral de las habitaciones, había un instante de incertidumbre. Basil siempre parecía tener algo que decir y ser incapaz de expresarse. A veces, Jean-Noël entraba en la habitación de Basil, consultaba con él los libros de viaje, escuchaba alguna historia, algún comentario, algún recuerdo a propósito de los paisajes que iban a atravesar, y luego se retiraba; mientras Jean-Noël dormía con el sueño de la juventud, en la habitación de Pemrose la luz permanecía encendida largo rato.

La primera mañana, al bajar, Jean-Noël había pedido su cuenta en la administración.

—Ya está arreglada, señor —le contestó el cajero.

—Mi querido Basil, no puede ser —exclamó Jean-Noël al subir al coche—. Yo no puedo aceptar...

—Sí, sí, claro que puede —contestó Pemrose—. Me entristecería mucho si insistiera usted. Además yo no me ocupo de tales cosas; es Gugliemo quien lo arregla todo. ¡Es mucho más sencillo! Haga como yo, no piense en ello... ¡Oh, mire qué preciosa es esa vieja pared, la de las glicinas! *Too lovely*!

VIII

San Remo parecía otro Montecarlo; Portofino, una copia de Saint-Tropez, y, a primera vista, los pueblecitos esparcidos a lo largo de la carretera no se diferenciaban en nada de Saint-Paul-deVence, de Grimaud o del viejo Cagnes. Jean-Noël tuvo que esperar a llegar a Lucca para tener la revelación. Cuando avanzó por aquella carretera bordeada de serbales, cuando llegó frente a aquellas altas murallas rosadas coronadas por inmensos plátanos, cuando entró en aquella pequeña ciudad de mil postigos verdes sobre un revoque amarillo grisáceo, cuando vio surgir ante sus pasos tantas iglesias, tantos pórticos, tantas piedras, todas ellas generadoras de una emoción, comprendió al fin por qué tantas generaciones sucesivas se habían obstinado en descubrir Italia, por qué tras Byron, Stendhal, Musset y otros cien, su abuelo Jean de La Monnerie llevaba allí a cada nueva amante a fin de encontrar la inspiración para su obra, y por qué su madre había hecho allí sus dos viajes de bodas, y por qué Pemrose volvía todos los años, y por qué él mismo, Jean-Noël, se hallaba allí a su vez. Su dicha se leía en su rostro, y Pemrose también se sentía feliz y parecía haber recibido una transfusión de juventud. Una memoria sin falla lo llevaba a través de las callejuelas; Pem no descubría las cosas, sino que las recordaba, las volvía a encontrar. Su único descubrimiento era el de la maravilla en el rostro de Jean-Noël, que constituía otra obra maestra que él tenía la alegría de construir.

Lucca, ciudad de silencio y de paz. Pemrose y Jean-Noël subieron a las murallas, tan anchas que en su corona de plátanos se habría podido asfaltar un camino que rodease la ciudad por completo a la altura de los tejados. Basil y Jean-Noël caminaban por aquella avenida redonda que dominaba la llanura. El Rolls los seguía en silencio, a la velocidad de sus pasos. Los niños jugaban entre las hojas doradas, sobre los promontorios, desde donde antaño se halaban las bombardas. En un

banco, un joven de dieciséis años, de pelo negro y rizado, estaba tumbado encima de una muchacha. Pem y Jean-Noël fingieron no haber visto el beso profundo en que estaba absorta aquella pareja simple, que exponía su amor al cielo, a los árboles y a los paseantes.

Atardecía. El sol, hundiéndose en esplendores de coral, extendía sobre la campiña sus profusiones rosas, del mismo color que los ladrillos de las murallas. De las ventanas del viejo Instituto San Ponciano se elevaba un coro de voces adolescentes; los estudiantes de música litúrgica hacían sus ejercicios de la tarde, y de sus invisibles gargantas surgían, en aquella parte de la ciudad, cantos que no pertenecían del todo a la tierra.

—Mi querido Jean-Noël —dijo Pemrose en voz muy baja, muy contenida—, nunca había visto Lucca tan bella. Acuérdate bien de este instante; cuando hayas viajado mucho recordarás este momento como un instante perfecto. Tal vez porque tú estás aquí todo se vuelve tan maravilloso, y las piedras, los siglos, la luz y las voces de esos pequeños sacerdotes parecen un milagro.

Tomó la mano de Jean-Noël y, mientras caminaban, desviando la mirada, le apretó muy suavemente la punta de los dedos. Jean-Noël sintió el anillo de Pem contra sus falanges; era la primera vez que Pemrose lo tuteaba...

Y la Toscana fue a su encuentro en el esplendor del otoño. La Toscana, donde las sombras no tienen el mismo color que en otras partes, donde no hay que cambiar de sitio ni un solo árbol, donde cualquier rincón parece el templo de un dios menor, la Toscana, que para Occidente es el símbolo del paraíso. Pero para sorpresa de Jean-Noël, Basil decidió evitar Florencia. Jean-Noël no ocultó su decepción. «Es absurdo —se decía—; todo este viaje y perderse Florencia...» E insistió tanto que Basil, de costumbre tan afanoso por complacerlo, se obstinó de una manera incomprensible y estuvo casi seco.

—Florencia es agotadora —dijo—; es el guardamuebles del genio. La belleza no gana nada amontonada así; te lastimas los pies contra la maravilla. Y además, todas esas obras maestras están desgastadas por el exceso de ojos que las contemplan. Entre ellas se cuentan cosas que no son bellas, pero la gente no se atreve a decirlo. En Florencia se pierde el juicio propio y te conviertes en cliente de los Médicis, temeroso de que tu prestigio intelectual sea puesto en tela de juicio si no te extasías lo suficiente.

Jean-Noël se preguntaba qué significaba aquel estallido de mal humor.

—Y, además, Florencia es una ciudad donde fui muy desdichado —agregó Pem.

Aquella noche cenaron en una posada de la carretera, porque Pemrose había decidido seguir el viaje de noche para alejarse de Florencia cuanto antes. Y el inevitable violín y la inevitable guitarra que surgían ante ellos en cuanto se sentaban a la mesa, en cualquier lugar de la península, vertían sobre su comida un chorrito de notas ácidas, como un sirope un poco agrio.

—Es preciso rehuir los lugares donde se ha sufrido y volver a ellos lo menos posible, pues aún encierran algo funesto —dijo Pemrose.

—Mi querido Basil... —empezó Jean-Noël. Sintió que iba a cometer una tontería si hablaba, y que si quería que el viaje prosiguiera de forma plácida debería callar, pero la curiosidad lo arrastró—. ¿Por qué fue tan desdichado en Florencia? —preguntó.

Basil Pemrose dejó caer el cubierto en el plato. Su rostro, cuyas finas arrugas, cuyas depresiones, cuyas ondulaciones desde las aletas de la nariz a los párpados, cuyos estremecimientos desde las orejas a los labios Jean-Noël conocía hasta el mínimo detalle, adoptó una expresión apesadumbrada.

—¡Ay, querido, querido! —dijo Pemrose—. Creo que ya te conté que fui muy amigo de Maxime y que después él conoció a Benvenuto. Pues fue en Florencia donde se conocieron, y luego se fueron juntos..., y mi madre estaba enferma..., y aquello fue muy, muy doloroso, y yo estaba como loco entre todas esas piedras, esos cuadros, esas iglesias, esas estatuas. Ya lo ves, es muy sencillo. Hoy ya da igual, porque no se puede guardar rencor durante mucho tiempo a los seres a quienes se ha amado de verdad... En fin, yo soy así. Sólo que —continuó Pem, con la voz trémula, mientras parecía buscar algo en torno a su oreja y se tocó un mechón con la punta de los dedos, antes de atreverse a mirar a Jean-Noël—, sólo que temo volver a sufrir, querido mío..., por ti.

Ya estaba dicho, y Jean-Noël sintió un ligero frío entre los hombros, aunque sabía que aquel momento iba a llegar por fuerza y no le quedaba más remedio que confesar que había hecho todo lo preciso para... Y la guitarra y el violín tocaban *Sole mio* en honor de los dos extranjeros.

—Escucha, Basil —dijo Jean-Noël.

Basil no tenía nada que escuchar, porque Jean-Noël, en realidad, no

sabía qué decir. Con todo, Basil había escuchado que Jean-Noël también acababa de tutearlo.

—Debo de parecerte —dijo Basil— un viejo ridículo, o tal vez algo peor… En primer lugar, a ti te gustan las mujeres. Yo también amé a una mujer cuando tenía tu edad, pero no fue un desengaño amoroso, sino más bien un amor repugnante.

Jean-Noël pensó de inmediato en Inès. Amor repugnante…, ¿acaso no era lo que él sentía y lo que le acercaba a Pem?

—Vayamos a Asís —exclamó Basil—. Allí, querido, encontraremos la paz, la paz franciscana.

Aquella noche, en el hotel, en el umbral de su habitación, incluso dudaron en darse las buenas noches.

IX

Solo en el coro de la iglesia sombría, bajo el inmenso techo de las cuatro alegorías de Giotto, un monje franciscano tocaba el armonio. Ni siquiera volvió la cabeza entre dos compases cuando oyó resonar unos pasos. Parecía estar allí, en la basílica de los tres santuarios superpuestos, para que la música no se extinguiera, del mismo modo que la lamparilla de vidrio rojo mantenía débilmente el fuego. Desierta, allí arriba estaba la Chiesa Superiore, cerrada a los visitantes, y donde los frescos sobre la vida de san Francisco iban a dormirse sobre las paredes, en su eterno frescor. También estaba desierta la cripta donde, entre los exvotos, yacía el féretro de piedra que había contenido los despojos del santo. La nave también estaba desierta, salvo por aquel monje que parecía tallado en un bloque de sombra y que apoyaba los pies sobre los fuelles del armonio.

Pemrose se dejó caer en un reclinatorio, pero no oraba; se abandonaba a los desgarros de su alma. Sabía que ya no podría vivir sin aquel niño, y también sabía que no podía continuar viviendo a su lado, por lo menos de aquella manera. Si estaba separado de Jean-Noël durante una hora, se sentía presa de una angustia glacial, no conseguía conservar la calma y la razón. Y cuando estaba con el joven, también se le nublaba la razón y le oprimía otra angustia. ¿Qué hacer? ¿Romper o atreverse?, alejarse brutalmente o… Nada apuntaba a que Jean-Noël fuera a negarse, pero para saberlo era preciso un poco de

valor. «Lo amo demasiado para atreverme —se decía Basil—. E incluso si Jean-Noël consintiese, ¿qué sucedería después? ¿Acaso la angustia se disiparía por ello? Él no me ama; nunca podrá amarme como yo lo amo. ¿Qué motivo tendría? Cuando se sufre desde el comienzo por un amor, se sufrirá siempre, como quiera que se desarrolle». Basil se conocía demasiado como para desligar el amor del sufrimiento.

Entonces, ¿qué debía hacer? ¿Conducir a Jean-Noël a la primera estación, comprarle un billete y decirle adiós? No, aquello era infame, no tenía derecho a hacerle aquello a ese niño. ¿Que Jean-Noël continuara solo el viaje, provisto de cartas de recomendación para sus amigos y hasta prestarle el coche y el chófer? Y que se divirtiera y fuera feliz... Pero ¿de dónde iba a sacar la fuerza necesaria? Pem suplicaba esa fuerza en cada oratorio de aquella aldea que cuenta con veinte iglesias y donde cada piedra es una reliquia; se la pedía a Dios, a la Virgen, a san Francisco y santa Clara. Había ido a arrodillarse, a la hora de la comunión, entre las viejas de toquilla negra en el antiguo templo de Minerva; había ido al Duomo; había ido a la capilla de Santo Stefano, que parecía un hórreo minúsculo de piedra rosa; había ido a rogar la paz ante el cuerpo de santa Clara, ante aquel esqueleto pequeñito sobre el cual la piel, desde hacía siete siglos, se le había endurecido, ante aquel exiguo cadáver seco y negro, coronado de oro y conservado en un manto de consagración de donde salían dos pies ínfimos, que parecían dos delgadas hojas de pergamino quemado.

Habían ido, Jean-Noël y él, al claustro de san Damián, donde los monjes seguían adornando el refectorio, en el lugar donde se había sentado Clara, con un ramillete de pobre. Habían visto, delante de la ventana del dormitorio, la pila de piedra donde la santa cultivaba azucenas, violetas y rosas, mientras en el jardín en terraza, Francisco, ciego, componía su himno al sol. San Francisco, santa Clara, presentes en todas partes en aquel pueblo, con su extraordinario amor; aquellos dos prometidos celestes cuya pasión se consumía en cenizas de caridad, aquellos dos amantes de campo, que para protegerse de sus deseos habían fundado dos reglas monásticas... Pemrose se preguntaba si tenía sentido soñar un amor parecido entre él y Jean-Noël, un amor desencarnado en que las exaltaciones del cielo apaciguarían el cuerpo. Estaba dispuesto a contemplar en el rostro del joven la prefiguración del Paraíso y de todas las beatitudes, a tomar el pan que sus dedos hubieran rozado como una eucaristía. Pero de pronto a Pemrose le abrumaba lo sacrílego de su pensamiento. ¡Qué desgracia haber nacido en una familia católica, en un país puritano, y haber tenido fe! Si hubiera sido protestante, ¿no se habría ahorrado todos aquellos tormentos? Se volvía loco. Aquel niño le quitaba la razón; la apariencia de aquel niño era su desdicha y su condena. Ojalá que

Jean-Noël no hubiera nacido, que su cuerpo fuera aplastado en un camino, estrangulado por sus propios dedos. Pero ¿acaso se puede estrangular a un ángel?

El ángel se aburría sentado en una silla de paja, escuchando el armonio. Consideraba que Basil rezaba demasiado. Para distraerse, toqueteaba el encendedor de oro que le había regalado Pem, para que hiciera juego con la cigarrera, y se complacía en el contacto del metal estriado.

Entraron diez monjes y fueron a sentarse a la redonda en las sillas del coro, para el oficio de la tarde. Unas bombillas tenues se encendieron encima de ellos. El armonio calló. Los monjes hablaban a media voz, en un tono indiferente, como sirvientes que, sin fatigarse, fueran a arreglar la casa de Dios. «¡Eso es! Ellos han encontrado la paz, son felices. ¿Por qué yo no?», se dijo Pemrose. Entonces tuvo una iluminación sobre su propia salvación; se hizo en él una gran claridad deslumbrante, que reconoció como la claridad de la gracia... Aún no se atrevía a formular su pensamiento, pero ya sabía su tenor y su propósito. Una fuerza que no era la suya, pero con la cual la suya se fundía, le dictaba la esperada resolución. Refugio..., absolución..., rescate de una vida de pecador, de una vida inútil para los hombres... La paz, la paz al fin, en la contemplación de Dios..., y el plácido transcurso de las horas volcado en las tareas de la regla monástica...; todo ello le daba vueltas en la cabeza en un deslumbramiento liberador, como lenguas de llamas que le lamieran la retina, como soles de fuegos de artificio sobre la gran noche de la renuncia. Allí estaba el buscado desenlace... Iba a confesarse esa tarde y a pedir asilo en aquel convento. Entraría en él pobre y desnudo, sin una camisa de recambio, como un peregrino fatigado que va a mendigar reposo. Se despediría del niño colmándolo de regalos. Las vías de la Providencia... Si la suerte no hubiera colocado a ese niño, guía inconsciente, en su camino, tal vez no habría hallado nunca la gracia. Abandonaría el mundo sin un adiós. Daría instrucciones para que su fortuna se distribuyese entre los pobres. Empezaba a organizarse en el arrepentimiento y la santidad. «Lord Pemrose ha tomado los hábitos...» Allí, o en san Damián... Un humilde rincón al extremo del refectorio, desde donde podría ver el ramillete de santa Clara. Y su cuerpo frágil no anhelaría sino la tosca sopa... La Providencia le allanaba el camino. Volvió a abrir los ojos y se asombró de que la iglesia estuviera tan oscura. «Cuando vuelva a pensar en este instante, haga lo que haga, siempre imaginaré que la iglesia estaba iluminada».

—Vuelve al hotel —le dijo a Jean-Noël—. Me reuniré contigo dentro de un rato...

Hizo una pausa.

Observó al mensajero de cabello rubio y traje de franela gris salir de la basílica por una puerta lateral. «Gracias, Jean-Noël —murmuró Pemrose—; nunca sabrás todo lo que te debo».

Pem lloraba; gruesas lágrimas corrían a lo largo de su rostro fatigado, pero aquellas lágrimas ya no le hacían daño. Fuera, moría el día. Empujadas por el viento ligero que soplaba en los valles de Umbría, las nubes ascendían poco a poco desde el horizonte al asalto del cielo, en largas bandas sucesivas y densas, de un violeta profundo. Se diría que los fantasmas de todos los obispos muertos se habían reunido, en olas celestes, en un supremo concilio o en una inmensa cruzada contra las tinieblas. Los viejos olivos parecían inclinarse a su paso, con el tronco casi pegado a las laderas, las raíces crispadas en el suelo, tal como Giotto los pintaba. En verdad, nada había cambiado en los últimos seis siglos en aquella colina ni en aquella pequeña ciudad perdonada por las guerras.

Jean-Noël regresó al hotel, permaneció un momento asomado a la ventana, contemplando la cruzada nebulosa, tomó un libro y esperó. El tiempo volaba. ¿Dónde estaba Pem? ¿Seguía sumergido en sus oraciones? Había días en que Pem resultaba verdaderamente agotador, pero un viaje tan hermoso lo justificaba, a condición de que no se convirtiese en una peregrinación organizada. Entonces sería lo mismo ir a Lourdes o a Lisieux. Un camarero llamó a la puerta de Jean-Noël y preguntó si los señores bajarían a cenar.

—Espero a mi amigo —dijo Jean-Noël.

Transcurrió otra hora. Jean-Noël empezaba a inquietarse. El temor, que había experimentado varias veces durante su periplo, de que Pem enfermase de pronto iba tomando cuerpo. Iban a encontrarlo desvanecido ante cualquier retablo; o tal vez se había roto la pierna al bajar la escalera de una cripta. Jean-Noël no se imaginaba en Asís, de enfermero. Si a las diez Pem no había vuelto, mandaría al chófer o a Gugliemo en su busca... Gugliemo que, también, en aquel país, se hundía en la santurronería. El camarero volvió a llamar. Iban a cerrar el comedor. Jean-Noël bajó y se sentó a la mesa. No era un lugar para estar solo, y el joven se sintió invadido por la angustia. Cada vez que se abría la puerta, Jean-Noël se sobresaltaba pensando que vería entrar a Pem. Era sólo un camarero que traía una fuente. Al fin, cuando dieron las diez, apareció Lord Pemrose con el semblante pálido, la mirada huidiza y la corbata torcida.

—He tenido una larga conversación con los monjes —dijo—, pero son demasiado sucios. *Revolting*![17]

Nunca contó que había pedido ver al prior, le había confesado a medias su historia, le había dicho que quería retirarse del mundo y había suplicado que le diesen una celda de inmediato, ruego que le fue concedido tras un conciliábulo de los monjes. Pemrose había rechazado el alimento que le ofrecían, se había encerrado en la celda y se había puesto a descansar, pero ¡había chinches, un ejército de chinches!, y Pemrose, derrotado, horrorizado, había huido despertando al hermano tornero, dormido ya.

—¡Un baño, un baño! —gimió Pemrose—. Y le ruego que tire mi ropa, Gugliemo, ¡tírela!

Y estuvo una hora larga chapoteando.

Como de costumbre, las habitaciones de los dos viajeros eran contiguas. En la de Jean-Noël se había extinguido cualquier ruido, pero la luz se filtraba por debajo de la puerta. Durante largo tiempo, Pemrose luchó contra aquella luz, contra aquel rayo amarillo a ras del suelo, en silencio. Se esforzó por compararlo con los grandes resplandores deslumbrantes que habían habitado su frente en la basílica. Invocó el socorro de las iluminaciones de los grandes místicos, suplicó a Pascal, a Rancé, que combatieran con él. El rayito de luz seguía allí, bajo la puerta, como el hilo de Ariadna del demonio. Pemrose se dijo que escribiría una obra sobre los místicos franceses; sería su penitencia a la par que su consuelo. Aquella expiación era lo que más le convenía a su naturaleza…

De puntillas, se dirigió a la puerta y pegó el oído. El joven se habría dormido y habría olvidado apagar la lámpara de la mesilla de noche. Pem dudó, se debatió, regresó al marco de la puerta, apoyó la frente, empujó un poco la cerradura y la puerta, que no chirrió. Jean-Noël dormía, y Pemrose no pudo resistir la tentación de acercarse a la cama y contemplar aquel rostro sin defensa, entregado a su mirada. Tenía los labios un poco hinchados por el sueño, las pestañas proyectaban su sombra sobre la pulpa de las mejillas, y la frente era lisa como el ala de un pájaro; cada rasgo poseía una pureza inmóvil, y la lámpara cubría de oro aquella máscara tan maravillosamente hundida en la ausencia y el sueño. La expresión de un ser que duerme suele ser reveladora de su naturaleza profunda; pero el rostro de Jean-Noël no revelaba nada, aparte de una belleza plácida, vacía e inútil. Pemrose se sentía prisionero de aquel rostro, esclavo de aquella forma admirable y desierta.

Se inclinó, con el corazón palpitante, y rozó con los labios el pelo rubio del durmiente. Jean-Noël hizo como los niños que no quieren despertarse. Separó imperceptiblemente las pestañas y se volvió del otro lado con un débil gruñido. Basil retrocedió, apagó la lámpara, esperó un instante más, dejó caer su batín y se metió en la cama. Si Jean-Noël seguía haciéndose el dormido, es que fingía. El ritmo de su respiración había perdido su profundidad monótona y queda. Y Pemrose oía los latidos del corazón de Jean-Noël. No obstante, el joven no se había sobresaltado, presa del horror, como temía Pemrose. Pem recorrió con los dedos aquel cuerpo voluntariamente inmóvil, que parecía sin repugnancia ni deseo, tan sólo decidido a mantenerse en silencio y sumiso. «Le enseñaré todos los goces», pensaba Pemrose.

El hecho de que Jean-Noël no lo rechazase le deslumbraba, le llenaba de dicha. «A mi edad..., a mi edad todavía soy aceptable para un joven...» Al fin experimentaba lo que había anhelado, deseado y aguardado, con una esperanza que resultaba dolorosa, desde el día del baile de Inès. «¡Cuánto tiempo perdido! ¡Qué tonto he sido! Tal vez desde el primer día, en la Abadía... Pero no, no me arrepiento de nada: Todo ha sido maravilloso. Es, tal vez, el amor más hermoso de mi vida...» Pero entonces Pemrose se dio cuenta de que era incapaz de aprovecharse de aquella sumisión.

Creyó que se trataba de una debilidad pasajera, debida a la exaltación; se esforzó por calmarse, pero los minutos transcurrían sin que nada cambiase. «¿Qué pensará este niño, qué pensará? —se preguntaba Pemrose con una ansiedad y una vergüenza crecientes—. Me gusta, me gusta como pocos seres me han gustado. ¿Y entonces...? ¿Acaso soy demasiado viejo para poder exteriorizar el deseo sin que el otro muestre el suyo?» En vano evocó antiguos recuerdos, imágenes lejanas. «Al lado de él, ¿para qué los necesito? Y él, y él..., que tal vez sólo consiente por no entristecerme, ¿quién sabe si esto no va a asquearlo para siempre? Es posible que esté arruinando su vida... Lo que me sucede es horrible, horrible». Echó cuentas. Habían transcurrido varios meses desde «la última vez», sin que se hubiera inquietado más que en otros periodos de castidad de su existencia. Pero estaba tumbado junto a aquel muchacho y la noche transcurría... La respiración de Jean-Noël recuperó el ritmo quedo y profundo del sueño.

Pemrose pensó en la época en que bromeaba sobre «la bienaventurada edad de la impotencia...» y se vio obligado a reconocer que ya le había llegado aquella edad. «Vaya, vaya; tendré que vivir sin eso...»

Por segunda vez en pocas horas, las lágrimas se le deslizaban desde los

ojos hacia las sienes, por mucho que intentara entrar en razón. Tendido de espaldas al lado de aquel hermoso adolescente dormido, vivía su última noche de amor, una noche blanca.

X

Cuando al fin Simon pudo tomar una semana de descanso, decidió dirigirse a su circunscripción, que se reprochaba haber descuidado en los últimos meses. Le propuso a Marie-Ange que lo acompañara. Para demostrarle que no quería comprometerla, se apresuró a decir que habría algunos amigos en su casa. Lo dijo de buena fe; había invitado a un diputado de su partido y a la mujer del diputado. En la casa de modas de Marcel Germain había disminuido el trabajo; Marie-Ange aceptó la invitación. Y luego, en el último momento, la pareja amiga se desdijo.

La antigua casa Cardinal, en Jeumont, convertida en «el castillo del señor Lachaume» o en «el castillo del diputado», era una mansión bastante triste. La decoración carecía de armonía, porque había sido inspirada por diferentes mujeres: Inès, Marthe Bonnefoy, Sylvaine... El papel de pared, que ya casi tenía diez años, estaba enmohecido en algunos lugares, y aunque los cuidadores se preocupasen de ventilar regularmente las habitaciones, el salitre blanqueaba la parte baja de las paredes. Sólo la biblioteca y el dormitorio de Simon, en la parte más antigua de la casa, resultaban confortables y acogedores. Habían segado el césped al renadío. Las avenidas de tilos proyectaban una sombra espesa, y dos bancos de piedra se desmoronaban bajo el musgo. A Simon le gustaba aquella casa tal y como estaba, con sus encantos y sus inconvenientes. A veces se decía: «Algún día tendré que decidirme a arreglarla», pero no le urgía.

Asignó a Marie-Ange el dormitorio que había sido de Sylvaine, una gran habitación del primer piso, con tres ventanas y la cama con dosel. Encima del tocador aún había una polvera de Sylvaine, y el armario conservaba su perfume.

Cuando Marie-Ange sintió la frialdad hostil de la casa, le preguntó a Simon: —¿Puedo ir a cortar flores al jardín?

—¡Claro! Todas las flores son suyas. ¡Vaya, vaya cuando quiera! —Y a continuación le dijo a la encargada—: Ya lo ve, señora Jarousse; mis

invitados me hacen observar que en mi casa no hay flores. Es usted quien debería encargarse.

—Es que el señor ministro siempre avisa que viene cuando ya está aquí, como quien dice. No da tiempo para todo.

Media hora más tarde había grandes ramos en los jarrones.

—¡Qué bonito, qué bonito! —exclamó Simon.

Y pensó: «En realidad, hace cinco años que no me ocupo de esta casa, porque a Sylvaine no le gustaba. A ella sólo le gustaba Deauville o Cannes... A decir verdad, la presencia de Marie-Ange es maravillosa... Es sencilla, tranquila, tiene buen gusto...».

Simon se había propuesto descansar, permanecer tumbado en el jardín, no ver a nadie, al menos durante cuatro días, pero apenas se había levantado de la mesa y ya se presentaba el alcalde para comentar los asuntos del ayuntamiento, de un puente en reconstrucción, de una subvención provincial que se eternizaba.

—Bueno, voy a telefonear al prefecto —dijo Simon—, y lo invitaré a almorzar mañana o pasado.

Y de inmediato sintió la necesidad de hacer algo, de recorrer su feudo, de ir a visitar la construcción de un silo de trigo, de ir a dar el pésame a uno de sus agentes electorales, cuyo padre acababa de morir. En el campo, Simon se vestía igual que en la ciudad; llevaba los mismos trajes, sus zapatos negros, su sombrero gris. La única diferencia era que él mismo conducía.

El primer día se llevó a Marie-Ange.

—Le ruego que me espere cinco minutos; mientras le digo algo a Vernier, que se le murió el padre. Luego iremos a ver ese silo.

Marie-Ange se admiraba de que aquel hombre que ocupaba los más altos peldaños del poder se preocupase por pequeñeces de interés local, como un simple concejal municipal. En cuanto el coche se detenía, Marie-Ange veía las cabezas que surgían por las puertas; luego, dos o tres hombres se acercaban.

—Buenos días, señor diputado... Buenos días, señor Lachaume... Ya nos estábamos diciendo: «Hace mucho tiempo que no vemos a nuestro ministro. Ojalá venga algún día». Es que nosotros también lo necesitamos. La gente de París puede prescindir un poco de él...

Se quitaban el sombrero o la gorra, se los volvían a poner, se los quitaban de nuevo... Algunos se inclinaban con humildad, otros se erguían, para fingir aplomo. Y todos ellos, en un aparte, le susurraban algo al oído.

—Sí, sí, ya me he ocupado de eso —contestaba Simon—. Bueno, venga a hablar conmigo uno de estos días... Muy bien; mándeme una notita, mi gabinete se encargará... ¡Ah, ahí está el bueno de Masurel! ¡Ahí está el mejor de todos...!

Y le daba una palmadita en la barriga a un enorme carnicero que avanzaba hacia él con el delantal levantado sobre la cadera y enjugándose el bigote con el dorso de la mano.

Marie-Ange, que conocía al Simon de París, oficial o mundano, se asombraba de la facilidad con que, como un gran actor que cambia de papel, adquiría de repente, para complacer a sus electores, aquella jovialidad resuelta, aquel tono a la vez bonachón y superior, lleno de inflexiones del terruño. Al entrar en la aldea de Mureaux, Simon disminuyó la velocidad, casi detuvo el coche, y dijo: Aquí nací yo, ¿lo ve, Marie-Ange? Allí, en aquella casucha.

Simon no pensaba nunca en sus padres. Su recuerdo se había desprendido de su memoria, como las células muertas de la piel que se quedaban, a diario, en el albornoz, al salir del baño. Ni siquiera se acordaba de la fecha de la muerte de su madre. Si recordaba su infancia, era tan sólo para medir el camino recorrido y convencerse de que podía sentirse orgulloso. El tiempo mismo se había encargado de retocar sus primeros paisajes y de alejarlos de él. La casa de Mureaux, vendida a unos comerciantes de París que la habían convertido en una casa de vacaciones, estaba transformada, pintada y florida. En las ventanas había cortinas de volantes; la fachada estaba cubierta por unas rosas trepadoras. Para Simon, aquella casa ya no representaba la granja sórdida, de revoque desconchado, de su juventud miserable, sino la fachada de una sencillez limpia y conmovedora, que sin duda algún día ostentaría una placa que rezase:

Aquí nació, el 12 de octubre de 1887, SIMON LACHAUME

hombre de Estado francés.

Y quizá también en la plaza, frente a la alcaldía-escuela, estaría su busto.

De pronto, Simon lamentó no tener un hijo a quien legar todo aquello, a quien legar su nombre, su notoriedad, su leyenda. «Voy a envejecer solo, sin nadie que me suceda...

Y en el fondo, así debe ser. Un hombre de Estado no debe tener quebraderos de cabeza por la familia». No obstante, se oyó a sí mismo preguntar: —¿No quiere tener hijos, Marie-Ange?

Ella acababa de ver un indicador que decía: «Chantou-Mauglaives: 16 kilómetros».

—¡Oh! —exclamó—; no sabía que Mauglaives estaba tan cerca de su casa. Me gustaría mucho ir algún día que tenga usted tiempo.

—Ahora mismo, si quiere. No conozco Mauglaives, ¿sabe?, por absurdo que parezca. Sólo he visto los tejados, desde la carretera principal. Me encantaría ir.

Llegaron a Mauglaives al anochecer. El inmenso castillo, con todas las ventanas cerradas, se elevaba por encima de la aldea. Una tormenta del otoño anterior había derribado dos olmos gigantescos, cuyos troncos yacían en los antiguos fosos. Laverdure y su mujer salieron de su casa, deslumbrados, y corrieron al encuentro de Marie-Ange.

—¡Señorita! ¡Oh, esto sí que es bueno! ¡La señorita está aquí! ¡Esto sí que es una sorpresa! No nos mire, señorita; ¡hay que ver cómo estamos! Ve a cambiarte de gorra, papá —gritaba Léontine Laverdure.

Tenía la tez ennegrecida y arrugada, y los párpados perlados de lágrimas.

Marie-Ange y Lachaume dieron la vuelta al castillo. El antiguo

montero, que hacía las veces de guardián y de administrador, los acompañó. Todo estaba herrumbroso, podrido, ruinoso; la maleza crecía hasta en el patio de honor y llegaba hasta la escalinata.

—A la fuerza; nosotros dos solos, Léontine y yo, no conseguimos mantenerlo en condiciones; discúlpenos, señorita —dijo Laverdure—. La primavera pasada arranqué todas las malas hierbas, y ¡como si no hubiera hecho nada! Sobre todo, intentamos proteger el interior lo mejor posible… Le escribí al señor Jean-Noël por los dos olmos caídos, que se podrían vender, pero no me ha contestado.

—Es precioso, este lugar es precioso decía Lachaume.

—¿La señorita y el señor Jean-Noël no irán a abrir Mauglaives un día de éstos? —preguntó Laverdure—. ¡Sí, sí, ya lo sé! Hay mucho trabajo que hacer…

—Mi pobre Laverdure —dijo Marie-Ange—, para eso sería preciso que mi hermano o yo nos casáramos con alguien muy rico.

—¡Oh!; puede ser que sí, puede ser que sí. La señorita se lo merece… ¿Es cierto que la señorita trabaja en París?

—Sí, Laverdure.

—¡Es una verdadera lástima! ¿Quiere ver el interior, señorita?

—No, no tengo tiempo. Otro día volveré —contestó Marie-Ange.

Una gran desesperación se había apoderado de ella. «¿Por qué he venido? Me he equivocado. Las perreras vacías, las cocheras vacías, tanto silencio… Poseer un castillo histórico y ser maniquí, ¡qué sarcasmo!»

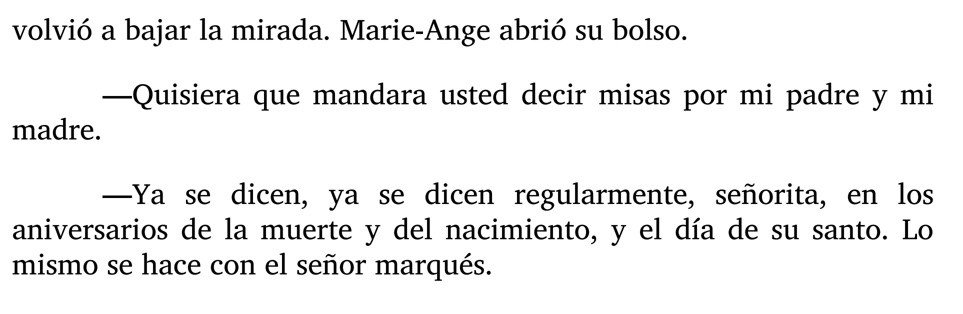
—Entonces, ¿esos dos olmos…? —preguntó Laverdure.

—Véndalos, por supuesto.

—Y está también *Comendador*, el antiguo caballo del señor conde De Voos, que sigue ahí, sin hacer nada. Ahora que ya no hay perros…

—Véndalo, también —dijo Marie-Ange—. Estoy segura de que mi hermano jamás querrá volver a montar ese caballo.

Laverdure miró a Marie-Ange de hito en hito y al instante



volvió a bajar la mirada. Marie-Ange abrió su bolso.

—Quisiera que mandara usted decir misas por mi padre y mi madre.

—Ya se dicen, ya se dicen regularmente, señorita, en los aniversarios de la muerte y del nacimiento, y el día de su santo. Lo mismo se hace con el señor marqués.

—Pero nunca lo ha puesto en las cuentas, Laverdure.

—¡Oh, señorita, no querrá...! —exclamó el antiguo montero.

Marie-Ange le puso un billete en la mano.

En el camino de regreso, Marie-Ange permaneció largo rato en silencio.

—No creo que tenga instinto maternal —dijo de repente.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Simon.

—Porque hace un rato usted me lo ha preguntado.

Simon calló. Al cabo de un rato, dijo:

—¿Por qué no hace que declaren Mauglaives monumento histórico? Si usted quiere, yo puedo ocuparme de ello. Es absurdo dejar que se derrumbe.

Ella no contestó. A Simon le pareció que se secaba los ojos.

—Marie-Ange, mi pequeña Marie-Ange, ¿tan triste está? —exclamó.

Sin dejar el volante, atrajo hacia sí la cabeza de ella y le besó el pelo.

XI

Marie-Ange jamás se había sentido tan sola, tan huérfana como en aquella habitación desangelada, en la que, además, sobre el tocador había una polvera olvidada por otra mujer. Por la noche, los tilos

sombríos y una lechuza que ululaba sin cesar agudizaban la tristeza hostil del lugar. Marie-Ange volvió a encender la lámpara de la mesilla de noche. Por la ventana abierta entró en la habitación un murciélago, que empezó a revolotear por la alcoba. «Si apago la luz se irá», se dijo Marie-Ange. Apretó el interruptor y se encontró de nuevo en la oscuridad. La noche era noche tibia y dulce, y sin embargo ella se estremecía. «¿Por qué habré venido...? ¿Y por qué he ido a Mauglaives...? No tengo felicidad que dar a nadie, ni nadie tiene felicidad que darme... Ni siquiera Jean-Noël me necesita. ¡Qué sola estoy, qué sola estoy! ¿Qué hago en este mundo, si tengo tan poca alegría?» Hubiera querido llorar, poder dormir y tener calor; hubiera querido sentir en torno a ella los brazos de un hombre, los brazos de su padre, de su hermano, sentir entre ella y el mundo el espesor de un cuerpo de la misma familia carnal.

Le parecía que los miembros se le encogían entre las sábanas; la conciencia de su propia existencia se reducía y menguaba; todo su ser le parecía caber en el hueco de una mano. ¿Se había dormido durante un segundo? Separó las mantas y se incorporó en la cama, con el corazón revuelto y las sienes apretadas por un torno. «Me siento mal, me siento muy mal, aquí... Pero no puedo ir a despertar a Lachaume para decirle que quiero irme...»

En la biblioteca, Simon trabajaba con la corbata desabrochada y los pies enfundados en unas pantuflas de cuero azul. Había traído de París varios expedientes importantes y algunas revistas políticas que quería leer, pero aquella noche había abierto la carpeta que contenía sus *Pensamientos sobre el poder*. Componía el libro poquito a poco, vertiendo en él lo que no podía expresar en los discursos. Una carta de triunfo más, por si algún día, no teniendo ya nada que desear, le apetecía entrar en el Instituto.

«Ya me imaginaba que necesitaba descansar —se decía—, pero pocas veces me he sentido tan fresco, tan activo... Esta niña tiene una presencia beatífica; es un hecho. Además, le gusta esta casa, lo demostró enseguida al poner las flores». Miró el ramo de iris y de margaritas colocado encima de su escritorio. «En estos ocho días voy a dejar el libro terminado... Sí, ¿por qué no podría casarme con ella? Naturalmente, la diferencia de edad puede parecer absurda... Pero gracias a ella, aunque no fuera su propósito, rompí al fin con Sylvaine. Sin saberlo, me hizo un favor, así que siempre me hará favores. Con ella no puede sucederme nada que no sea bueno». Corrigió dos máximas sobre las fatalidades de la guerra. Luego, de pronto, casi inconscientemente, apuntó, en una cuartilla en blanco, algunas frases que se habían puesto a cantar en su cabeza:

Tiene los ojos muy azules,y la ironía justa que requiere la luz.Entre nuestras miradas no hay fronteras…Los pueblos podrían ser dichosos.
«¿Cuántos años hacía que no componía versos, que ni siquiera se me ocurría la idea de escribir? —se dijo, asombrado de lo que sentía—. Aunque no tiene los ojos “muy azules”, los tiene de un azul verdoso…»

Llamaron a la puerta y Marie-Ange entró en bata. Instintivamente, Simon escondió la cuartilla.

—¿Qué sucede, Marie-Ange? ¿Busca algo?

—No… No… —contestó ella—. Un libro, si me permite coger uno. Vi luz…

Estaba pálida, con el rostro desencajado.

—¿No se encuentra bien?

—No demasiado, pero no es nada; ya se me pasará.

—¿Puedo hacer algo? ¿Desea alguna cosa?

—Quedarme aquí un instante, si no le molesto… Le pido disculpas…

Se sentó en el sofá con las rodillas juntas, los hombros encogidos y la frente entre las manos; el pelo castaño dorado le caía entre los dedos. Simon la observaba.

—¿Qué le sucede? ¿Algún disgusto que no me ha contado? —preguntó.

Ella no contestó; permaneció largo rato en la misma postura.

—Es horroroso, es horroroso sentirse tan sola —dijo al fin—; pero jamás, jamás, me había sucedido lo de no poder ocultarlo. Es la primera vez, se lo juro, y le pido disculpas…

Simon tuvo una feliz sorpresa. «Entonces es por esto… por esto está aquí… Y yo, tan tímido, que no me atrevía…» Interpretaba la angustia de Marie-Ange como una halagüeña llamada.

—Pero no está sola, querida Marie-Ange, ya lo sabe —dijo con voz un poco sorda, tomándola por los hombros.

Ella levantó los ojos y se dio cuenta de que él se había equivocado por completo acerca de su presencia y de sus palabras,

pero ¿cómo desengañarlo? Todas las apariencias estaban en su contra. Las manos de Simon aún pesaban más sobre sus hombros... Ella misma había salido al encuentro del equívoco. Si oponía un brusco rechazo iba a tomarla por una loca, por una pervertida o por una idiota. Simon estaba en pie delante de ella, pegado a ella. Aquella cercanía abolía, de algún modo, las consideraciones sobre su fealdad y su edad. No era sino una masa opaca y pesada, llena de fuerza... Marie-Ange se dijo que había deseado el socorro de una presencia humana; la presencia de un hombre se paga siempre así. Trató de imaginar lo que podía suceder: una lucha, palabras hirientes, la destrucción de una amistad..., para hallarse luego todavía más sola en aquella siniestra habitación. «Al fin y al cabo, no le debo nada a nadie... Nadie se preocupa por mí... Jamás volveremos a abrir Mauglaives... Jean-Noël está en Italia, ¡y con quién!»

Mientras Simon la derribaba sobre el sofá, se dejó ir a la deriva, como una ahogada. No se rebeló, tal y como temía Simon. Tan sólo se levantó un poco apoyándose en los hombros, para que el pantalón del pijama se le deslizase por las caderas. Como no esperaba nada de aquel abrazo, como tenía los nervios rotos, como no acechaba la aparición de un placer que la misma lucidez de la espera le había impedido hasta entonces, y como Simon poseía una vasta práctica en complacer a otros cuerpos, Marie-Ange encontró aquella noche lo que había buscado en vano con otros hombres. Encontró la satisfacción carnal como se encuentra la muerte, por azar o por descuido, al chocar con un vehículo desconocido o herido por un proyectil invisible. No supo que el largo grito de milagro que atravesó el silencio de la casa salía de ella, hasta que Simon, espantado, le tapó la boca con la mano. Levantó la cabeza, con los ojos muy abiertos, extraviados, y luego volvió a caer, preguntándose si alguna vez se curaría de aquel mal maravilloso y si su corazón enloquecido conseguiría volver a su lugar dentro del pecho. «No soy frígida, ahora sé que no soy frígida... Pero ¿por qué con él?», se decía.

Y Simon, por su parte, pensaba: «No era virgen... ¿Y por qué había de serlo? ¿Por qué increíble fatuidad me imaginaba que una mujer tan joven experimentaba la irresistible necesidad de hacerse desflorar por mí, por el atractivo de mis cincuenta años, de mi vientre abombado y mi cabeza de batracio? Ya es bastante bonito que un cuerpo joven y fresco como éste quiera algo de mí. Y, en parte, es porque soy ministro...». Supo ocultar su decepción, pero al día siguiente por la mañana, cuando se acercó a su escritorio, rasgó la hoja con los cuatro versos de la víspera y los tiró a la papelera, encogiéndose de hombros... «A mi edad no se puede escribir esas tonterías».

Marie-Ange cantaba mientras bajaba las escaleras. Cuando lo vio hizo un ademán de besarlo, pero se detuvo en seco, un poco confusa. Él le frotó la nuca con el índice y dijo.

—¿Cómo está mi niña?

No parecía tan contento como la víspera. «¿No le habré gustado?», se preguntó ella. Por la tarde se fue en coche, solo, por su circunscripción. Volvió a la hora de cenar, de un humor excelente. Había hecho un buen trabajo entre sus electores y durante todo aquel tiempo se había olvidado de Marie-Ange. Sintió una verdadera alegría al encontrarla en el sofá, con las piernas dobladas debajo del cuerpo y un libro en la mano. Los ramos de flores eran el doble de grandes. «¡Qué agradable es tenerla ahí, ser recibido por su sonrisa, por sus gestos armoniosos, su ligereza!»

Por la noche fue a reunirse con ella en el dormitorio que había sido de Inès, de Marthe, de Sylvaine. Marie-Ange ya se encontraba a gusto en ese dormitorio; el follaje de los tilos, las lechuzas y los murciélagos se habían vuelto presencias amicales. Como estaba un poco más preparada, aquella noche su grito no desgarró el espacio, pero de nuevo experimentó, agarrada a los hombros de Simon, aquella explosión de los nervios y aquella felicidad que —como había aprendido— eran el único remedio para la soledad, del mismo modo que la comida y el agua son los remedios para el hambre y la sed. Simon se durmió a su lado y ella acarició dulcemente, sorprendida de hallar en ello dicha, la frente de aquel monstruoso niño calvo, de aquel gordo animal resoplante, amurallado en su sueño. «¿Cómo se puede ser tan feo y estar tan bien dotado para todo? —se preguntaba Marie-Ange con una especie de divertido agradecimiento—; ¡hasta bien dotado para el sueño...!»

Al día siguiente, Simon le encargó que dispusiera el almuerzo para el prefecto y que eligiese entre las muestras que había traído el pintor para las habitaciones que había que empapelar. «Me equivoco, me equivoco al dejarla entrar tan pronto en mi vida —se decía Simon —. Me equivoco si empieza a ocupar más lugar del que yo querría; me equivoco si le tomo apego y ella a mí no. ¿De verdad quiero que siga a mi lado?» Así transcurrió la semana, en un dichoso sosiego, pero Marie-Ange intuía que Simon barruntaba algo. «¿Y si me pide que me case con él? —se decía—. La verdad es que no sé qué le contestaría... No, sería una locura... Nos llevamos veinte años de diferencia...» La última noche, en la biblioteca, dijo Simon de repente: —Marie-Ange, quiero preguntarle una cosa. No sé si tengo derecho a preguntárselo y no quiero obligarle a que me conteste.

Ella sintió que se ruborizaba y mantuvo la cabeza gacha. Simon vacilaba en proseguir. «¿Le diré que sí, o que no? —pensaba Marie-Ange—. Tal vez diga exactamente lo contrario de lo que quisiera decir. La verdad es que no sé qué es lo que deseo… Este momento es muy importante. En el fondo, lo estaba esperando…»

—Marie-Ange, me gustaría saber cuántos amantes ha tenido.

Levantó la cabeza, atónita, y se quedó todavía más asombrada al ver la expresión de Simon. Era la primera vez que tenía ante ella el rostro de los celos, con la falsa calma de las facciones, la atención pesada, desafiante, de la mirada y aquel aspecto de crueldad inmóvil.

—¿Muchos? —preguntó él.

«Era de prever —pensó ella—; era de prever que me preguntara algo así, y no que me hiciera una petición matrimonial». Se levantó, recogió una flor caída de un jarrón y la colocó en su lugar.

—Parece que necesita tiempo para contarlos prosiguió Simon.

—¡En absoluto! —dijo Marie-Ange, encogiéndose de hombros —. Me preguntaba por qué me hace esta pregunta.

—Para saberlo —contestó él.

Lo cierto es que esperaba que le contestase: «Antes que tú sólo ha habido otro hombre». Volvió a la carga con otra pregunta, tuteándola por vez primera.

—¿A qué edad empezaste a hacer el amor?

Marie-Ange hizo un gesto de exasperación. Hasta entonces no se le había ocurrido que tuviera que rendir cuentas a nadie y, de repente, comprendió que iba a verse obligada a rendirlas, sin ninguna razón lógica, tan sólo porque se hallaba frente a alguien más fuerte que ella. En la curiosidad de Simon había una especie de amenaza. «Si me niego a contestarle, va a enfadarse». Sintió que él tenía ventaja, que dependía de él. Era el tributo que se debe pagar a quien nos salva de la soledad.

—A los veinte años —dijo al fin.

—Es decir, hace cuatro años.

—Exacto.

—¿Y quién era?

—¿Quién?

—Tu... compañero.

Ella vaciló, al ver que no escaparía a aquella inquisición.

—A fin de cuentas, si le interesa, ¿por qué ocultarlo? Era uno de mis primos lejanos, François de Laubrières. Me parecía que era ridículo seguir siendo virgen a los veinte años. Quería saber... Él me gustaba bastante, y...

—¿Y esa aventura duró mucho tiempo?

—Cuatro o cinco meses... Nos veíamos de vez en cuando, pero no regularmente.

—¿Y después?

Ya que había empezado a hablar, no tenía por qué detenerse. Con la misma brevedad y frialdad citó a un muchacho que trabajaba en publicidad y que se había marchado al extranjero, a un joven agregado de la embajada norteamericana y a un jugador de tenis que había conocido durante las últimas vacaciones.

—Y lo del campeón de tenis, ¿cuánto duró?

—No duró —contestó ella—; fue sólo una noche.

Hablaba con calma y naturalidad, pese a estar sometida a una tortura. Cuando con aquellos hombres había sentido, de forma imprecisa, que cometía un pecado, no se había imaginado que el castigo se presentaría de aquella forma. Observó que a cada nombre que citaba, Simon desdoblaba un dedo, como si echara cuentas.

—¿Y después?

En los ojos de Marie-Ange había una mirada de cólera y de odio.

—¿Y después? —insistió Simon.

—Después estás tú.

Se produjo un silencio que duró largos segundos, durante los cuales Simon permaneció con los cuatro dedos desplegados sobre la

rodilla. La lechuza seguía gritando en el jardín. En aquel momento, Marie-Ange detestaba a Simon, pero ante todo se detestaba a sí misma, porque ni una sola de las cuatro aventuras que acababa de confesar había sido un amor verdadero. Calló la única cosa que hubiera podido atenuar la desilusión de Simon: la confesión de que había encontrado con él lo que jamás había sentido antes.

—Me desprecia, supongo —dijo.

—No tengo ni motivo ni derecho —dijo Simon—. Porque si la despreciara por haberse acostado con esos hombres, también debería despreciarla por haberse acostado conmigo.

Lo cual era de una lógica indiscutible, pero estrictamente cerebral, que Simon, en su fuero interno, no compartía.

—Es cierto que, en comparación con la moral de mi madre o de mi abuela, soy muy mala niña —dijo Marie-Ange—, pero respecto a ciertas personas de mi generación, que conozco muy bien, todavía soy muy modesta en mi libertinaje.

—Naturalmente, todo es relativo y cada cual vive como puede —dijo Simon. Y postergando para la próxima ocasión otras preguntas más precisas, agregó—: Buenas noches, Marie-Ange. Me ha dado una buena lección. Así aprenderé a seguir siendo un ingenuo casi a los cincuenta años. De todas formas, alabo su franqueza.

Marie-Ange comprendió que su inquisidor sufría. Subió a su dormitorio y, una vez desnuda, permaneció largo rato esperándolo. Cuando se convenció de que él no iría, dejó que fluyeran las lágrimas que estaba conteniendo desde que empezó a hablar. «Debería haberle mentido, debería haberme callado... Yo no sabía que nuestros actos pueden causar sufrimiento a un ser a quien no conocíamos cuando los cometimos. Ni que entonces querríamos borrarlos, y que eso es imposible». Quiso bajar, ir al encuentro de Simon, ponerle la frente sobre las rodillas, y decirle: «No he amado a ninguno. No he sentido placer con ninguno; tú eres el primero...». De repente pensó que aquel hombre por quien lloraba había sido el amante de decenas de mujeres, algunas de ellas célebres, conocidas, y que él no le había contado nada de su vida... y que ni siquiera se había tomado la molestia de quitar la polvera que había en su dormitorio, la polvera que había dejado su última amante, la actriz a quien había acompañado a probarse vestidos. Las lágrimas de Marie-Ange se secaron al instante y, erguida, rígida, con los ojos abiertos de par en par en plena noche, empezó a sentir otra clase de sufrimiento.

Entretanto, Simon, en el gran sillón de la biblioteca, se decía: «El quinto..., soy el quinto... Esperaba una muchacha nueva y pura. Cuatro hombres ya han pasado por ella; más jóvenes y más agraciados que yo... Un campeón de tenis... Y el día en que le guste el sexto, mañana o dentro de una semana, lo tomará. Siente placer conmigo, lo cual es una suerte, pero debe de sentirlo con cualquier otro. Y además..., si realmente quiero una muchacha nueva y pura, sólo tengo que buscar una chiquilla idiota en esta provincia y divorciarme de Yvonne para casarme con ella. Y me aburrirá como la lluvia, y me engañará igual que otra cualquiera en cuanto pueda. Vamos, Simon, tienes que saber lo que quieres. Fuiste a lo fácil. A una muchacha que es maniquí, aunque resulte que pertenece a una buena familia, no se la elige precisamente por su pudor... Y yo, y yo, ¿con qué derecho me erijo en juez? En la cama en que ahora se acuesta se tropieza con medio París...» Pasó revista vagamente a las mujeres que había poseído en los últimos treinta años. ¿Cuáles, de entre aquellas mujeres, no eran despreciables, por una u otra razón?

Se vio obligado a reconocer que si sufría por el hecho de que Marie-Ange hubiera tenido amantes, era porque la amaba, sólo por eso... «Si me hubiera preocupado un poco por los pequeños Schoudler después de la quiebra, si me hubiera dicho que ahí quedaban dos niños sin padre ni madre, que en cierta forma me debían su ruina, mientras yo le debía mi fortuna a su familia, tal vez las cosas hubieran sido diferentes, tal vez hubiera conocido antes a Marie-Ange y ahora yo no estaría aquí, haciendo el ridículo, con los cuatro dedos abiertos como cuatro cuchillos...» Se dijo que era preciso poner fin cuanto antes a aquella aventura en la que se había implicado demasiado. «Se volverá indispensable, y necesitaré que sea feliz... Y el día que me deje seré desgraciado como un perro...» Pero ya sabía que no renunciaría a ella y que aceptaría el compromiso con el destino. Hasta Sylvaine, siempre había tenido ventaja sobre sus amantes, porque no eran sino hitos o herramientas de su ambición. Con Sylvaine, jugaba en igualdad de condiciones. Con Marie-Ange, sería ella quien, con el tiempo, tendría ventaja, por fuerza.

«He llegado a la edad en que el gusto de los amores antiguos envenena los nuevos amores, en que cada uno de nuestros actos lleva la marca y el peso de las elecciones anteriores, la edad en que hiere tanto la dicha vivida como el mal que se ha hecho, la edad en que hasta los triunfos se convierten en una traba, en que el pie se tuerce en los carriles que ha trazado, la edad en que es preciso saber que las alegrías ya nunca más serán nuevas, sino sólo los sufrimientos físicos y las torturas morales que jalonan la lenta marcha hacia la decadencia y la muerte... He alcanzado la edad de sufrir».

XII

Lord Pemrose y Jean-Noël llegaron a Venecia de noche. El coche siguió el largo dique que comienza en Mestre y que une la ciudad a la tierra firme; los faros iluminaban la laguna a la derecha de la calzada. Luego dejaron el coche en un gran garaje cercano a la Piazzale Roma, entre cien vehículos cubiertos por fundas. Jean-Noël y Pemrose subieron a una góndola, mientras Gugliemo y el chófer descargaban el equipaje.

—Al *palazzo* Galbani —dijo Pemrose al gondolero. Y, sentándose en el fondo de la góndola y poniendo la mano sobre la rodilla de Jean-Noël, añadió—: Ahora, querido, ya estás en Venecia.

Por primera vez desde hacía quince días, desde que habían partido de Asís, en la voz de Pem había una leve exaltación. Navegaron por un agua negra que olía un poco a alcantarilla. A ambos lados del Gran Canal se elevaban, en la sombra, arquitecturas extrañas, cuyos detalles se le escapaban a Jean-Noël. Sentía la suave oscilación y el movimiento ligeramente arqueado de la góndola. No había luna, sólo estrellas. La lentitud imprevista de aquella embarcación, tras la velocidad y los traqueteos del coche, aquel olor a podredumbre que saturaba el aire, y aquellos palacios de formas inciertas que se disolvían en el agua, todo ello parecía fruto de un maleficio. Las voces de invisibles gondoleros surcaban la noche.

—Oââo… sia ti… sta lungo…

Se oían los chapoteos de los remos detrás de los muros. Y de repente una delgada estrave, un poco más negra que la noche y coronada por una linterna sorda, surgía de entre dos casas e iba a rozar la góndola de los viajeros. No se podía dejar de pensar en los barqueros de los infiernos. ¿Qué almas llevaban, o qué muertos gigantescos caminaban sobre las aguas, calzados con aquellos fabulosos beques? Aquella impresión de ciudad muerta, de viaje infernal, no iba acompañada por ninguna sensación de angustia. Podía muy bien ser que la luz del día no reapareciese jamás, que fueran camino de hundirse por aquel canal, que parecía llevar petróleo, bajo la corteza terrestre, o bien, por el contrario, que todo el universo fuese abolido y aquella ciudad, cuyo suelo era líquido, fuera a la deriva a través del infinito, en una noche permanente, sin otros puntos de

referencia que las linternas sordas de la proa de las góndolas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuánto amo esta ciudad! —exclamó Basil Pemrose—. En cuanto llego me siento en paz. Una paz…, ¿cómo decirlo?…, una paz un poco superior a la alegría. —Calló un momento y luego agregó—: Creo que pediré que me entierren aquí cuando me muera.

Pasaron bajo un puente de arco alto y cargado de galerías cubiertas. Al pie del puente se veían vidrieras de café iluminadas y un hervidero humano, pero tampoco parecía del todo real.

—El Rialto —murmuró Pemrose. Y siguió señalando tal o cual fachada entre las arquitecturas sombrías que se apuntalaban entre sí, sin interrupción, a ambos lados del agua negra—: Aquí vivía Byron… Aquí, Wagner compuso *Tristán*… Pero ya lo verás todo mañana… Te lo enseñaremos todo… Se necesitan cien, mil días para conocer Venecia, ¿sabes?

Casi al final del Gran Canal, entre el palacio Volkoff y el palacio Dario, en la orilla de la Salute, se alzaba el palacio Galbani, con sus tres pisos de ojivas y columnatas. La góndola se adentró bajo una elevada bóveda y se arrimó a una escalinata de mármol en cuyo peldaño inferior batían, suaves, las olas. El gondolero ofreció el codo a los viajeros para ayudarlos a descender. Otra góndola flotaba bajo la bóveda con las luces apagadas. Dos lacayos de librea azul abrieron una verja de hierro forjado.

Pem y Jean-Noël entraron en una especie de patio iluminado en las esquinas por grandes linternas, que mostraban una profusión de flores y de estatuas, un vuelo de mármoles, de galerías, de columnitas esculpidas por toda la altura de la casa. A continuación subieron por unas escaleras y entraron en una vasta sala oblonga, decorada toda al fresco, techos y paredes, cuyas columnas de estuco que encuadraban las puertas encajaban con la fabulosa arquitectura de trampantojo.

—Es la sala de Tiepolo, de la que tanto te he hablado —dijo Pem.

Los tesoros acumulados en aquella casa eran de un valor incalculable. Allí estaba el mobiliario de un papa y de varios duques; en el salón de juego, entre las paredes de madera, había varias pinturas de Longhi. Los corredores, por sí solos, constituían un museo.

—Ben posee uno de los tres o cuatro palacios más hermosos de Venecia —agregó Pemrose.

El príncipe Galbani, Maxime de Bayos y Christian Leluc esperaban a sus amigos en los apartamentos del segundo piso, tan suntuosos y recargados como los de la planta noble. Se abrazaron, se festejaron.

—Bueno, Jean-Noël, ¿qué tal el viaje? ¿Conquistado por Italia?

—¡Maravilloso, maravilloso! —exclamó Jean-Noël—. Siento que me estalla la cabeza.

—Sí, ha sido un viaje muy hermoso —dijo Pemrose, con los párpados gachos y la mirada vagamente perdida en el suelo.

Ben y Baba observaban discretamente los rostros de los recién llegados, pero sin perder detalle.

—No sabíamos a qué hora llegaríais. Tenéis preparada una cena fría —dijo el príncipe.

Se reunieron en torno a los viajeros, mientras éstos comían bajo los techos artesonados.

—*Here are the Three Bees together again*[18] —dijo Bayos, jovial.

—*Yes, here we are again*[19] —dijo Basil, esforzándose por compartir la alegría.

Luego Benvenuto Galbani les puso al corriente de las noticias importantes. Un trozo del fresco de Tiepolo se había deteriorado durante el invierno, el revoque se separaba de la pared y habría que restaurar aquella parte. Más grave aún, los arquitectos municipales que velaban por la conservación de los monumentos habían anunciado que el pilotaje que sostenía el palacio estaba a punto de hundirse o de pudrirse.

—Pero el *palazzo* Dario, que está al lado, está completamente torcido desde hace dos siglos o más, y no parece haber empeorado —dijo Pem.

—Sí, pero el Dario se apoya en éste —contestó Benvenuto—. Y si mi palacio cede, los dos corren el peligro de hundirse juntos, arrastrando al Volkoff, que se apoya en ellos del otro lado. En fin, la cosa no es tan apremiante... Todavía tenemos diez o veinte años por delante.

—Lo que tiene Venecia de reconfortante para el espíritu —dijo

Maxime de Bayos— es que esta ciudad fue fundada, inventada, por los ricos italianos que huían de las invasiones y que se habían refugiado en las lagunas porque resultaban impracticables para los caballos. Como Atila derribaba los templos y los palacios romanos en tierra firme, aquellos seres perseguidos, temerosos, vinieron a construir sobre el agua lo que había de devenir esta ciudad milagrosa, la más rica, la más civilizada y tal vez la más bella de la tierra.

—Y mi abuelo, ¿dónde vivió? —preguntó Jean-Noël.

—¡En diversos sitios! En los Zattere primero, creo —contestó el príncipe Galbani—. Luego en la Casa di Desdémona, justo frente a nosotros...

Y Pem, que lo sabía todo, recitó a media voz:

Yo he vivido en Venecia,

yo he vivido este otoño

en la estrecha casa gris

que llaman de Desdémona.

—Lo conocí bastante —prosiguió Benvenuto—; un caballero flaco y muy elegante, con un monóculo ahumado, de bigote largo..., que recibía muchas invitaciones de las damas.

Se acostaron temprano, y Pem anunció su intención de levantarse tarde al día siguiente. Apalabraron que por la mañana Christian Leluc le mostraría a Jean-Noël lo que los turistas deben ver el primer día, la plaza y la basílica de San Marco, el palacio ducal...

—Del mismo modo que es preciso ver la columna Vendôme —dijo Maxime de Bayos—, para que luego su existencia no nos fastidie más... Christian ya es un viejo veneciano; será un guía perfecto.

El falso adolescente sonrió, descubriendo sus cortos dientes afilados.

—A Basil le pasa algo, no parece dichoso —le murmuró Ben a Baba al separarse.

Al día siguiente por la mañana, tras dormir en una habitación que le pareció la de una dogaresa, Jean-Noël, recién afeitado, vestido de claro y una vez que hubo desayunado, servido éste a la inglesa por Gugliemo, salió en compañía de Christian. Al fin iba a descubrir, a conocer, a *reconocer* Venecia, porque la había visto en miles de reproducciones y había leído mucho acerca de la ciudad. Como en cualquier lugar demasiado evocado, demasiado pintado, demasiado célebre, en suma, Jean-Noël se preparaba para sufrir una desilusión, por precaución interior. Con todo, Venecia se le ofreció, en la mañana y con el sol, más bella, más suntuosa, más diversa, más asombrosa que todas las prosas, todos los poemas, todos los cuadros. Venecia, donde se agota el epíteto; Venecia, en el límite entre el esplendor y el mal gusto; Venecia, oriental, fabulosa, posada sobre su laguna, ciudad surgida de un espejo; Venecia, de color más pálido y más fresca de lo que cabía esperar, despojada del barniz amarillento que cubre las telas de los museos; Venecia, con sus jardinillos colgantes, con sus musgos murales y su alga solapada, pegajosa, por la que resbalan los zapatos; Venecia, con sus puertas abiertas al agua muerta y sus escaleras planas, que prolonga bajo las ondas su imagen invertida; Venecia, bullente y lenta a la vez, cuya vida sigue el ritmo de los remos; Venecia milagrosa...

—Vayamos a pie —había dicho Christian.

Subieron y bajaron el puente de la Academia. Christian, con el flequillo negro a ras de las cejas y el cuello flaco al que llevaba anudado un fular azul cielo, avanzaba a paso ágil. Bajo la ligera chaqueta se le intuían los omóplatos. Caminaron durante varios minutos por callejuelas estrechas. Jean-Noël hubiera querido detenerse a cada momento, regresar sobre sus pasos, porque todo, el menor balcón, la puerta de una tienda, una barcaza de legumbres y frutas, el barco de verdulero con los colores de los fuegos de artificio, todo era sorprendente y le llamaba la atención. Leluc, sin entusiasmo, desgranaba nombres al pasar: —Esto es San Mauricio… Esto, San Mosè…

Jean-Noël se habría enterado igual por las placas; ojalá estuviera solo y pudiera perder el tiempo a su antojo.

—Esta gente es muy graciosa —dijo Christian—; para tener más santos que los demás, santificaron a todos los profetas de la Biblia: Moisés, Job, Jeremías, Zacarías… Y parece que a su san Marco fueron a desenterrarlo a Egipto, para hacerle la competencia a Roma en la abundancia de reliquias…

XIII

Junto a las Tres Abejas, al mismo tiempo que conocía los encantos de Venecia, Jean-Noël descubrió y frecuentó una de las faunas más extrañas del mundo.

Vio con frecuencia a la vieja Salvimonte, que intentaba colocar sus viejos huesos en brazos de todos los jóvenes que encontraba, y que en cuanto veía a Jean-Noël, le tendía las seducciones de su máscara restaurada.

Conoció a la viuda de un hombre de Estado inglés, Lady Coxram, que unos años antes, en pleno viaje de vuelta al mundo en compañía de su marido, tras la muerte de éste en Panamá, continuó el viaje vestida de negro, seguida por el féretro de Lord Coxram, registrado como parte del equipaje.

Jean-Noël fue a tomar el té al *palazzo* Romer, cuya biblioteca contenía más de cuarenta mil volúmenes, donde vivía la condesa Serveri, «la

última gran volteriana», según Pemrose, una dama de setenta y ocho años que hablaba cinco lenguas con perfecta soltura, que se sabía tan bien la genealogía de los emperadores cantacucenos como las etapas de la composición del Corán, y que a su edad todavía se preocupaba por denunciar a su hija ante los tribunales por un legado que ésta acababa de recibir.

Le presentaron a otra dama anciana, de cabello blanco, que también hablaba cinco lenguas, pero de una tontería encantadora, que durante largo tiempo había paladeado la gloria de ser «la mujer más hermosa de Venecia». Se decía que había sido la amante de Jean de La Monnerie, antes de serlo del káiser, y moría sola, pacientemente, en un palacio gigantesco, entre sus recuerdos de gran seductora.

Fue recibido en casa de Constance Waybach, una novelista norteamericana de casi dos metros de altura, una especie de ogresa, de pelo corto y gris, borracha de whisky desde las diez de la mañana, atiborrada de drogas durante todo el año, que paseaba por encima de sus semejantes su voz de luchador, sus ojos turbios y la reputación de sus dos libros pésimos. Esta mujer monstruosa era aficionada a los monstruos; en esa época, vivía escoltada por un enano de torso de gigante y cara de bulldog, que mostraba, por el escote de su camiseta de deporte, una pelambrera salvaje, que vivía hermanado con los perros y los niños y tenía que izarse a fuerza de puños para sentarse en una silla. «Es el único hombre que ha logrado satisfacerme —decía de él Constance Waybach—. Tiene una constitución de toro».

Jean-Noël también conoció a Davilar, el armador portugués multimillonario que viajaba en un yate suntuoso, donde llevaba por todo el mundo a su hija loca, encerrada en una cabina acolchada de seda rosa; conoció a un viejo sordo riquísimo, que cuando hablaba por teléfono decía, después de cada frase: «Espere, mi secretaria va a oírlo»; conoció a un filósofo alemán que, aquejado de una horrorosa corea, sacaba la lengua espasmódicamente al caminar, como si papase moscas. Y conoció a pintores, a toda clase de pintores, clásicos, cubistas, delirantes.

Departió con un pretendiente a un trono europeo, sexagenario, a quien rendían honores reales y que no tenía más que una distracción, una pasión: tocar el tambor. Con los dedos cargados de anillos y un delantal de búfalo sobre el vientre, su alteza deleitaba a los visitantes con marchas militares.

Jean-Noël también vio a actores norteamericanos que paseaban su gloria de revistas ilustradas; vio parejas legales formadas por un

anciano y una chiquilla, o por una anciana y un pollito; vio muchos *ménages-à-trois*; vio dos gemelos calvos, dos gemelos de setenta años, absolutamente idénticos, que no se separaban ni un instante, y que incluso compartían la misma amante. Vio viejos invertidos que habían sido precursores, en la época en que Oscar Wilde había sido condenado a la cárcel, y que trotaban por la ciudad, menguados, susurrantes, encanecidos, agudos y filiformes, semejantes a ratas fatigadas que sembrasen la discordia bajo sus patas.

Conoció también, y se lo encontró en todas partes —en casa de las Abejas, en casa de la Salvimonte, en casa de Constance Waybach, o en casa de los príncipes y en casa de los histriones—, a un húngaro de buena cuna que se parecía a Luis XVIII, tan ancho y tan gordo que no podía pasar de frente por las puertas, que enternecía a los niños y a las niñas, que llevaba en su gorda mano un junquillo romántico y que tenía fama de gran astrólogo. En todas partes era recibido, festejado y adulado, porque todo el mundo quería saber si iba a ser feliz y si viviría mucho tiempo.

Jean-Noël, así como otros, en los museos, prefieren detenerse ante los bustos y los retratos, se complacía en contemplar aquella galería viviente de todos los desocupados, de todos los maniáticos, los extravagantes, los enfermos, los fuera de serie, los demasiado afortunados, los falsos artistas, los pervertidos, los chiflados y los monomaniacos que campaban a sus anchas, rodeados de comodidades y de consideración. Se constituía, así, una especie de colección particular de las decadencias, una colección, de hecho, que había comenzado en la infancia, frente al hotel Schoudler, viendo desfilar a los mendigos que iban a pedirle una limosna al barón Siegfried. Del agua muerta veneciana, Jean-Noël sacaba a manos llenas las redes de una pesca en completa descomposición. Y al aficionarse al juego, se asemejaba cada vez más a los seres con quienes se codeaba, en el sentido de que acabó por creer, como ellos, que no existía nada más en el mundo digno de interés o de atención. Tanto era así que, cuando en aquella sociedad se hablaba de alguien que tenía una esposa y dos hijos, que no se emborrachaba ni se drogaba, que no se hacía flagelar en los burdeles, que trabajaba ocho horas al día, que se acostaba a las once de la noche, que de vez en cuando iba al teatro, que vivía de su salario mensual y además parecía satisfecho, todo el mundo se miraba con una expresión que venía a decir: «Pero ¿cómo puede existir gente así?».

XIV

Pamela Rocapolli, Sillevis de soltera, heredera de todos los grandes almacenes de Connecticut, era una norteamericana que rondaba la treintena, desprovista de belleza. Incluso se podía afirmar que era francamente fea, pero tenía una presencia sensual casi animal, una manera de estirar sus largas extremidades de mono, de encorvar su espalda arqueada, de llevar faldas ajustadas sobre las nalgas redondas, de levantar, como para morder, sus gruesos labios pintados, un aire de esperar al macho y de provocarlo que no dejaba indiferentes a los hombres.

—¿Te gusta? —le había preguntado su marido, Gigi Rocapolli, cuando ella le habló de Jean-Noël—. Entonces, *darling*,[20] eso es fácil… No, no; no sólo le gustan los hombres, ni siquiera sé si le gustan del todo; te entregaré a ese muchacho cuando tú quieras, aunque a mí también me gusta. Pero ya sabes que yo no soy celoso…

Y organizó las cosas con mucha habilidad. Convocó una cena suntuosa —¿por qué escatimar?; Pamela encontraba extraordinariamente barata la vida en Europa— en el salón de su apartamento en el hotel Danieli. Grandes ramos de rosas rojas y de gladiolos, que se reflejaban y se multiplicaban en los espejos marchitos, damasco carmesí en las paredes, sombras que se perdían en los artesonados dorados del techo, candelabros de plata que iluminaban las cuatro mesitas, caviar gris en abundancia, cócteles de ginebra, langostas flameadas, salsas fuertes cargadas de fuego por la pimienta de Cayena, champán de la mejor añada, cuyos tapones descorchaba en silencio el mayordomo…

Lord Pemrose, entre la duquesa de Salvimonte y Constance Waybach, en la mesa que presidía el conde Rocapolli, estaba un poco embriagado, cosa que no le sucedía desde hacía varios años. La ogresa y la vieja duquesa hablaban a la vez. De hecho, todo el mundo hablaba al mismo tiempo, riendo, gritando, interpelándose.

—Todo esto es feérico, absolutamente feérico —murmuraba Pem entre dos tragos.

En otra mesa, Pamela Rocapolli, con la rodilla pegada a la de Jean-Noël, descubría su dentadura bestial, y su vestido, con un escote hasta el ombligo, desvelaba el sólido perfil de sus senos. Sólo hablaba inglés, con una voz ronca, con bruscos estallidos, como si se produjeran roturas en su garganta. Se diría que de un instante a otro no iba a poder contener la necesidad de desnudarse. Jean-Noël también estaba

borracho. «Esta mujer es monstruosa, y bella —pensaba—. Es bella porque es monstruosa... Es monstruosamente bella...», y se oyó decir en voz demasiado alta: —Es usted bella.

—*No, I'm ugly* —contestó Pamela—. *I was born ugly, and I'll die ugly. But I've been to bed with more men than any beautiful woman has.*21

Y al tiempo que plantaba su garra lacada en el muslo de Jean-Noël, le explicó con una rara técnica del impudor cómo y por qué poseía una naturaleza de particular eficacia. Jean-Noël meneaba la cabeza y asentía, como un muchacho listo, al relato de su experiencia. Le ardían las mejillas y bebía sin cesar, para calmar un calor que no provenía de la sed.

Los camareros sirvieron los licores a quienes habían terminado de comer y retiraron las mesas. Las voces eran fuertes y los espíritus estaban confusos. El enano de Constance Waybach jugaba sobre la alfombra, mientras exponía las teorías de Kierkegaard, y Lord Pemrose, sentado de través en un sillón, con una rodilla casi en el suelo y un enorme vaso de licor amarillento en la mano, discutía, grave, con él. La ogresa, con los ojos a la altura de las lámparas de araña, describía al barón Lutweingel la poesía de los circos ambulantes. Davilar, el armador portugués, con sus grandes ojos llenos de lágrimas, hablaba de su hija loca, que arañaba la cara a los marineros del yate y rasgaba la seda de su dormitorio acolchado.

Lydia Salvimonte detestaba a la Rocapolli porque acaparaba a Jean-Noël. Trató de acercarse al joven, pero éste no le dirigió ni diez palabras y volvió al lado de Pamela.

—Pero ¿qué tiene para atrapar así a un hombre? ¿Usted la encuentra bella? —le preguntó la vieja duquesa al astrólogo húngaro, señalando a Pamela.

—Es una mezcla bastante sorprendente de venusiana y de plutoniana, nacida para ser víctima de los mercurianos —dijo, compungido, el sosias de Luis XVIII.

—Pero sus mandíbulas, querido, ¿ha visto sus mandíbulas? —preguntó la vieja duquesa—. Hay monos encerrados por menos.

Gigi Rocapolli, elegante, gracioso, mantenía una lucidez y una compostura perfectas, al tiempo que vigilaba a los demás, recogía las confidencias imprudentes y se divertía a lo loco. Fue el único en advertir que su mujer arrastraba fuera del salón a Jean-Noël, exaltado y reducido a la esclavitud. Pamela y Gigi se guiñaron el ojo. Unos

minutos después, Basil Pemrose se le acercó, parpadeando, sonriendo sin ninguna razón, y le murmuró unas palabras al oído.

—¡Por supuesto, querido amigo! Venga por aquí, le enseñaré el camino —dijo Gigi Rocapolli, haciéndolo pasar delante de él y guiándolo hacia el cuarto de baño.

A Pem le flaqueaban un poco las piernas. Abrió la puerta que le señaló Gigi, se echó atrás en un brusco sobresalto y volvió a cerrar la puerta. Miró a Rocapolli y comprendió que éste había entrevisto lo mismo que él.

—Se lo suplico, ¡no entre! —exclamó, aterrorizado, apoyado de espaldas en la puerta y con los brazos en cruz, en una actitud caballeresca y ridícula.

Si Rocapolli quería entrar, primero tendría que pasar sobre su cadáver. La única inquietud de Pem era evitar que pegasen a Jean-Noël, salvarlo de la brutalidad y del escándalo.

—Dejemos que esos niños se diviertan; ¡es tan difícil encontrar el placer! —dijo Gigi Rocapolli con un desapego exquisito—. ¿Quiere que lo guíe a otro cuarto de baño?

XV

Los dos días siguientes, Pem declaró que «se le revolvían las tripas» por los excesos de la mesa.

—Creo que fue el licor que tomé al final... ¡Yo que nunca bebo licores! —decía.

No le había dicho una sola palabra a Jean-Noël del incidente del cuarto de baño, pero no cesaba de revivir la escena: aquella «horrorosa mujer» con la espalda apoyada en el lavabo, echada hacia atrás, y Jean-Noël... Jean-Noël que ni siquiera se había dado cuenta de que la puerta se abría, Jean-Noël que ya no veía nada... «¿Y cómo iba a atreverme a reprochárselo? Después de lo que pasó entre nosotros... era de prever. Un día u otro tenía que volver a las mujeres... ¡Dios mío, haz que yo no sufra tanto! ¡Dios mío, te prometo que volveré a tu mansedumbre!» E hizo la promesa de recorrer todas las iglesias de Venecia, a razón de cinco por día, peregrinaje que inventaba para su

uso y disfrute y que le permitiría volver a ver todos los cuadros que amaba, empezando por los Carpaccio de la capilla de San Jorge, los Cima di Conegliano de la Madonna dell'Orto... Pero al día siguiente, al despertarse, sufría unas náuseas secas, como si se tratara de un mareo espantoso. Tenía las palmas de las manos y los globos oculares amarillos, fiebre y le dolían las articulaciones. Llamaron a un médico que le dijo al enfermo que no tomara sino caldo de verduras y le prescribió dosis altas de extracto hepático.

—Una ictericia —dijo Pem—; ¡es ridículo!

—Ictericia clásica; tienes para veintiún días, pobrecillo mío —dijo Maxime de Bayos—. Es una enfermedad tonta, pero no es grave.

Al día siguiente, la tez de Pem era de un color indeterminado entre el aceituna y el de la madera vieja. Se dejaba cuidar con mucha cortesía, pero rogaba a sus amigos que no permaneciesen mucho tiempo en su habitación.

—No, no vengáis a verme, os lo suplico; estoy demasiado feo, no quiero que me vean así.

No obstante, se turnaban para estar en su cabecera y distraerlo. Ya casi no tenía fiebre, pero apenas decía nada y parecía sumido en una profunda postración. Revivía una vez tras otra, en silencio, los acontecimientos de las últimas semanas: su desdichado amor por Jean-Noël, el descubrimiento de su impotencia, la velada de los Rocapolli, todas aquellas catástrofes que se habían abatido sobre su frágil sensibilidad.

—¿No quieres leer? —le preguntó Ben.

—Sí, tal vez...

Pero apenas abiertos, rechazó todos los libros que le llevaron, novelas, antologías poéticas, biografías, e incluso los libros de arte. Sólo se quedó con el volumen que había escrito diez años atrás acerca de los místicos italianos, un libro pequeño, del cual sólo había trescientos ejemplares en todo el mundo. Su única satisfacción, durante la enfermedad, fue la de colmarse de frases que había escrito él mismo y de pensar, a veces: «¡Mira, pues esto no está mal; ya lo había olvidado!», y de anotar algunas cosas en los márgenes, de cara a una edición posterior. Con todo, las líneas se le nublaban ante los ojos; se veía obligado a interrumpir la lectura y caía de nuevo en su melancolía. Adelgazaba de manera inquietante.

—Tenemos que encontrar algo que anime a Basil —dijo Maxime el octavo día—. Temo que sufra una depresión nerviosa al mismo tiempo que la ictericia.

Pensaron qué distracción podían darle al enfermo.

—¿Y si le compráramos un perro? —dijo Jean-Noël.

—¡Oh, no! ¡Animales no! —contestó el príncipe—; propagan los microbios.

—Pero hace tiempo tenía un pequinés al que quería mucho —dijo Maxime.

El príncipe Galbani tuvo una idea.

—Esta noche nos disfrazaremos los cuatro y cenaremos en su habitación; le haremos una fiesta de disfraces para él solo.

—¡Bravo, bravo! —exclamó Maxime—. Así nos pintaremos todos la cara de colores y le diremos: «Ya que te has disfrazado de chino...». Y le haremos un sombrero de mandarín para que tenga la impresión de participar en la fiesta... ¡Genial, mi queridísimo Ben; eres genial!

¿Iban a darle una sorpresa a Pem o lo pondrían al corriente? Discutieron largo rato aquella cuestión delicada y acordaron decírselo a Pem de inmediato; así podría seguir los preparativos de la fiesta y se distraería más tiempo. Mantuvieron una larga conversación en la habitación del enfermo para decidir los disfraces.

—Sí, sí; Baba estará muy bien de marajá —decía Pem, tratando de sonreír.

Y Baba, en un aparte, le susurraba a Ben:

—Ya ves cómo esto le divierte. ¡Qué buena idea has tenido!

Durante todo el día en el palacio reinó la efervescencia, como si hicieran los preparativos para asistir a un verdadero baile. Maxime de Bayos fue al centro de la ciudad para asaltar las tiendas de cosméticos; del desván bajaron cajas que contenían trajes de todo tipo que las Tres Abejas habían traído de sus viajes: blusas bordadas de campesinas eslovacas, saris del Nepal, sarouels saharianos, pantaloncitos abullonados del Tirol, trajes judíos de boda... Christian Leluc experimentaba un placer extraño entre la ropa, los bordados de oro y los encajes. Ben y Baba, exaltados por su pasión por los disfraces,

habían olvidado por completo que Basil estaba enfermo. Entraban a cada momento en su dormitorio, le preguntaban de qué color quería el gorro de mandarín, y al cabo de un rato Maxime volvió gritando: —¡Hemos encontrado la peluca de geisha! Será mucho mejor.

Y después empujaron a Jean-Noël a la habitación en camisa de jareta y medias a rayas de pescadora napolitana.

—¿Qué te parece?

Algunos disfraces les traían viejos, tiernos recuerdos: «¿Te acuerdas, Basil, del baile Tormese…?».

El príncipe Galbani, que había decidido disfrazarse de cortesana del Renacimiento, fue a pedirle a Pem que le prestase un camafeo, indispensable para completar el disfraz.

—Comprenderás que tengo que llevar varios anillos en cada dedo…

—Sí, sí, no faltaba más; ahí están…, en el cajón de la izquierda —murmuró Pem con la voz débil.

—Te estás aclarando, ¿sabes? —le dijo Ben, tras observarlo un instante—. ¡Sí, sí! ¡Te estás aclarando mucho! Ni siquiera te durará las famosas tres semanas, ya lo verás.

Pem pidió un espejo.

—Es cierto —dijo—; creía que lo decías para consolarme. Es verdad; me he aclarado un poco.

Y Ben corrió por la casa para llevar la buena nueva. Entonces Baba se precipitó en la habitación.

—No te aclares demasiado —dijo, en broma—, o no podrás parecer una verdadera geisha.

Por fin, hacia las nueve se sirvió la cena, a los pies de la cama. Con dos almohadones, le habían levantado la cabeza a Pem para sostener la famosa peluca negra adornada con largos alfileres. Christian Leluc, con el flequillo sobre la frente y los guantes más bonitos que tenía, iba vestido de cantante, con un traje de terciopelo negro escotado hasta los riñones. El príncipe Galbani, que en el último minuto había renunciado al disfraz de cortesana, iba de «Enrique III en la intimidad», es decir, con en el mismo traje, pero con una cofia en la cabeza, una mosca en el mentón y muchas más perlas en las orejas y

el cuello. Jean-Noël, de caballista de circo, llevaba las pestañas ennegrecidas por el rímel y, pegados al tul del tutú, un sinfín de pequeños objetos sacados de las cómodas. Bayos, fiel a su primera idea, se había maquillado la cara de ocre y los ojos de kohl, e iba envuelto en un sari del Nepal.

—¡Música! —dijo preparando la entrada de los comensales, dirigiendo con la mano invisibles orquestas.

El enfermo no mostró el entusiasmo que esperaban. Ben casi se ofendió. Con todas las molestias que se habían tomado por él, Pem podría haber hecho un esfuerzo, poner algo de su parte. Y más teniendo en cuenta que estaba aclarándose y, por tanto, ya no había razón para inquietarse.

—Me siento muy fatigado; eso es todo —susurró Lord Pemrose al tiempo que rechazaba el caldo de verduras.

Los cuatro comensales disfrazados se sentaron a la mesa. Y como ya habían agotado todas las distracciones del día, de repente guardaron silencio, al encontrarse tan esperpénticos a la luz de las velas, con sus caras de carnaval, sus penachos, sus cintas, sus perlas y su maquillaje. Un pesado aburrimiento invadía la habitación, mientras los tenedores tintineaban sobre la preciosa vajilla.

De repente, la peluca de geisha se cayó a la alfombra. Los amigos se fijaron en Pem. Tenía la cabeza echada hacia atrás, el mentón en dirección a las vigas y la nuca muy hundida en la almohada. Una mosca acababa de posarse en su frente y él no hacía nada por espantarla. Los cuatro comensales dejaron los cubiertos y se interrogaron con la mirada. Lo que más les inquietaba era la mosca, la mosquita negra que se paseaba tranquilamente por la frente de su amigo.

—Basil, ¿te sientes mal? —preguntó Maxime con una voz queda.

Pem murmuró algo incomprensible, pero no movió la nuca ni ahuyentó a la mosca.

—Tal vez sea conveniente llamar al médico —dijo Jean-Noël.

Llamaron al médico por teléfono y éste llegó unos minutos después y se encontró con aquel carnaval.

—Era para distraerlo —explicó el marajá, un poco turbado.

—¿Quieren hacer el favor de dejarme solo con el enfermo y encender una luz normal? —dijo el médico.

No tuvo que proceder a un largo examen. La mosca había vuelto a posarse sobre la frente de Pem y en las piernas del enfermo habían aparecido las pequeñas hemorragias cutáneas de color púrpura.

El cuarteto disfrazado aguardaba en una estancia contigua. Enrique III daba largas zancadas, inquieto, mientras manoseaba un objeto insignificante; la cantante se alisaba los guantes y el caballista de circo aporreaba con la fusta los cojines del sofá.

—¿Cómo está? —preguntó Enrique III cuando el médico apareció.

—La ictericia simple se ha convertido en ictericia grave —contestó éste.

—Pero ¿cómo es posible? —exclamó Maxime—. ¡Si se había aclarado!

—Precisamente ése es uno de los síntomas.

—¡Dios mío!, ¿y qué hay que hacer?

—Yo creo que habría que llamar a un especialista. Conozco a uno excelente en Milán.

—¿Y no hay otro más cerca? —preguntó Jean-Noël.

—No, señorita... ¡Oh, perdón! No, señor.

—Pues habrá que llamarlo de inmediato, y que tome un tren, un coche, un avión, si es posible... —dijo Ben.

Cuando al día siguiente llegó el profesor Varaïo, de Milán, ya nadie iba disfrazado y Lord Pemrose había muerto.

XVI

Las dos Abejas supervivientes tenían los ojos rojos e hinchados.

—Cuando pienso —gemía Maxime de Bayos— que nunca más podré volver a decirle: «Mira, Basil, qué hermoso»; cuando pienso que tendré que escuchar sin él la música que tanto amábamos... Todo, la pintura,

los libros, los paisajes, todo me resultará insoportable. No sé si podré resistirlo, Ben, no sé si podré sobrevivir en un universo del que esté ausente Basil. No puedo acostumbrarme, no puedo admitirlo. Tengo la sensación de que se levantará de ese espantoso lecho y que entrará aquí, que se sentará con nosotros..., entre nosotros. ¡Cuánto le hicimos sufrir, pobrecillo!; ¿te acuerdas?

El príncipe Galbani sufría casi tanto como Maxime y comprendía aquella tristeza, sin celos. Jean-Noël también había llorado. «He perdido a un gran amigo —se decía—, a un hombre que me enseñó muchas cosas y que me invitó a hacer un hermoso viaje. Ahora volveré a Francia...» Cuando repitió la frase de Pem la noche de su llegada a Venecia: «Es aquí donde querría ser enterrado», desencadenó otro nuevo raudal de lágrimas.

Guardaban como una reliquia, abierto en la página misma en que lo había dejado al morir, el librito de Basil sobre los místicos italianos. Basil había marcado una cita de santa Catalina de Génova, y todos, por turno, cogieron el libro y leyeron el pasaje en voz alta: «... Por lo que puedo entender, las almas del purgatorio no pueden tener otra elección que la de permanecer donde están... En el instante mismo en que el alma se separa del cuerpo, va al lugar que tiene asignado, y no necesita más guía que la naturaleza misma del pecado. Y si el alma se viese impedida de obedecer a este decreto, se hallaría en un infierno más profundo aún, porque estaría fuera del orden divino. Por eso —había escrito la santa—, al no hallar otro lugar mejor apropiado ni en el cual fuere menor la pena, se precipita por sí misma en el que la espera... Es más; veo que el paraíso no tiene puertas, y que puede entrar en él quien quiera...». Y, al margen, Pem había escrito con una caligrafía fatigada: «Los infiernos están sobre la tierra. Aquí todo sucede igual. A fin de cuentas, cada uno de nosotros no ocupa ni puede ocupar en el universo otro lugar que el que le asigna su propia naturaleza y la naturaleza de sus deseos, de sus necesidades, de sus vicios y de sus esperanzas. Cada cual segrega su propio veneno, alimenta su propia hoguera; cada uno de nosotros prefiere la tortura que le inflige su naturaleza particular a una dicha y una paz que constituyesen una renuncia a esa naturaleza y a los deseos que la componen». A continuación, las palabras se entrelazaban y se volvían casi ilegibles: «Cruce de la fatalidad antigua y del libre albedrío cristiano... ¿Acaso la libertad no es sino la facultad ilusoria de elegir lo que no podemos evitar...?». Lo último que había trazado Pem era un signo de interrogación.

El féretro de Lord Pemrose fue sacado de la iglesia de la Salute, donde se había celebrado el servicio fúnebre, y llevado en la góndola

mortuoria ornamentada con plumas de avestruz, incrustaciones de plata y cubierta de flores.

El príncipe Galbani y Maxime de Bayos recibían los pésames. En la misma hilera se hallaba el cónsul de Gran Bretaña. Designados de oficio para los fastidiosos honores, Gigi Rocapolli, el príncipe Dolabella, el barón Tormese y Otto Lutweingel, de frac, agarraron las cintas del féretro en las cuatro esquinas del náutico coche fúnebre. Y los cuatro enterradores-gondoleros, con un sombrero de copa con una gasa plateada, comenzaron a apoyarse sobre los pesados remos, siguiendo a la góndola del arcipreste. Detrás iba otra embarcación que transportaba todas las coronas y los ramos. A continuación iba la góndola del príncipe, en la cual el descendiente de los césares y Maxime de Bayos parecían agonizar. La Salvimonte había aprovechado la ocasión para arrastrar a Jean-Noël a su góndola. El cortejo se internó por el Gran Canal, la vía principal de Venecia, por la cual todo pasa, se cruza y circula en barca: las bodas y las mudanzas.

Fue el entierro más bello que Venecia tuvo ocasión de admirar aquel año. Al menos desfilaron cien góndolas, todas con su castillete negro e impulsadas por remeros que llevaban las libreas más antiguas o más célebres. Toda la provincia internacional, las altezas, los cónsules, los multimillonarios, los actores, los astrólogos de salón, los coleccionistas de arte, los invertidos, los morfinómanos, los estafadores, todas las Constance Waybach, todos los Davilar y todos los Christian, todos esos frutos averiados de una civilización decadente, todos esos consanguíneos del placer de vivir, todos ellos formaban el último cortejo de uno de sus mejores ejemplares, de uno de sus modelos más acabados, más conscientes, de un hipercivilizado, del noveno y último vizconde Pemrose. Los venecianos, desde las ventanas de sus palacios de mármol erigidos sobre pilotes carcomidos, la vieja condesa Serveri entre sus cuarenta mil volúmenes, la vieja marquesa Torvomani entre los recuerdos de sus cuarenta amantes célebres, miraban desfilar aquel maravilloso espectáculo fúnebre. El aire estaba cargado de una pesada bruma de calor.

Y Jean-Noël, sentado al lado de la Salvimonte, tenía la impresión de que detrás de los rostros que divisaba en las ventanas estaban presentes otros rostros que Pem le había nombrado a menudo, que le había enseñado a situar. Su abuelo Jean de La Monnerie, con un monóculo en el ojo y la frente cuajada de ensueños, estaba en las ojivas de la casa de Desdémona. La sombra de la Duse se hallaba en el tercer piso del palacio Volkoff, y la de Henri de Régnier, muerto el año anterior, en el entresuelo del palacio Dario. En los peldaños de Ca'Leoni, los negros de riñones envueltos en piel de pantera de la

duquesa Sanzini mantenían en alto las antorchas de las fiestas extinguidas.

Rilke, Réjane, Wagner moribundo en su jardín, la duquesa de Berry, el papa Rezzonico, Byron y, detrás de él, en las ventanas de sus siete salones, la sombra de bonete dorado de los siete dogos Mocenigo; Proust, Barres, Nietzsche, Ruskin, Dickens, Shelley, Chateaubriand, Goethe..., todos aquellos que habían hecho y rehecho la ciudad en el transcurso de los siglos, todos esos dogos del pensamiento..., y los pintores, el Veronés megalómano, y el Tiziano casi centenario...; todos ellos parecían asomados a las fachadas para contemplar el fin de su descendencia, que se dirigía al cementerio.

—*Sia ti... sta lungo...* —gritaban los gondoleros que desembocaban de los pequeños canales transversales.

Y Jean-Noël no podía dejar de recitarse el principio del soneto de Du Bellay, que su querido Pemrose se complacía en citar:
Cuán grato es ver, Magny, a esos imbéciles excelsos,Su soberbio arsenal, sus bajeles, sus accesos,Su San Marcos, sus palacios, su Rialto, su puerto,Sus cambios y ganancias, su banca y su comercio...
Y el cortejo se adentró en la laguna, cuya agua tenía el color de la eternidad.

4. Los Trianones

I

En cuanto Jean-Noël regresó de Italia tuvo que cumplir el servicio militar. El año anterior se había acogido a la prórroga habitual concedida a los estudiantes, pero como al irse de viaje no se había ocupado de renovar la matrícula académica, la prórroga había expirado, y, al bajar del tren procedente de Venecia, se encontró con la orden de que se presentara a cumplir el periodo legal con el primer contingente. Del ejército, Jean-Noël sólo conocía la junta médica por la cual había pasado diez meses antes, y de la que guardaba un pésimo recuerdo.

Mientras esperaba en una cola, frente a un edificio público del distrito XVI, a Jean-Noël le sorprendió constatar que los jóvenes obreros estaban tan inquietos y pálidos como los hijos de la burguesía parisina. Los fanfarrones tan sólo alardeaban para ocultar su temor. Algunos sinvergüenzas lanzaban chanzas indecentes a las faldas que pasaban, pero también se veían chiquillas embarazadas que habían ido a acompañar a sus maridos o a sus amantes aun menores de edad. Y los ancianos contemplaban con ojos enternecidos y llorosos a la juventud en la cual reconocían su propio pasado. Los vendedores ambulantes, con los canastos colocados entre los castaños, ofrecían piezas de hojalata, cintas y baratijas con inscripciones obscenas.

Tras una hora larga de espera, el rebaño había franqueado el portón, había subido la gran escalera de piedra y desfilado con la cabeza gacha frente a las listas, grabadas en mármol, de los ciudadanos muertos por Francia.

Veinte años de educación del pudor, inculcado a conciencia en las escuelas y las familias, eran abolidos de repente ante una orden de la autoridad militar: «¡Desnúdense!». Jean-Noël no hubiera imaginado nunca que trescientos cuerpos de veinte años, desnudos de pronto, podían ofrecer tal proporción de fealdades, de deformidades, de lacras, de escoliosis, de granos en los hombros, de obesidades precoces. Los muchachos se volvían mecánicamente hacia las paredes para quitarse los pantalones. Entre el ganado desnudo de la futura defensa nacional, Jean-Noël fue de un gendarme con polainas de cuero negro que le tapó un ojo para medirle la vista, a un segundo gendarme que lo pesó, a un tercero que le dio un golpe en la cabeza, y a un cuarto que lo dirigió hacia una gran mesa. Detrás de la mesa había un general de anteojos y su quepis de color hojas de roble frente a él, un coronel amorfo y varios individuos que tomaban notas no se sabía acerca de qué. Un médico militar con tres galones, único personaje de toda aquella asamblea en el cual parecía perdurar un destello de inteligencia, le preguntó a Jean-Noël por su formación universitaria.

—Bachillerato —contestó el joven.

—¿Sabe leer y escribir? —continuó el médico militar, siguiendo los apartados de un cuestionario impreso.

—Sí.

—¿Montar en bicicleta?

—Sí.

—¿A caballo?

—Sí.

—¿Conducir un vehículo automóvil?

—Sí.

Y para terminar le palpó los genitales rogándole que tosiera.

Así que a su vuelta de Venecia, y abatido aún por la muerte de Pem, cuando Jean-Noël tuvo que enfrentarse a la idea de la vida de cuartel, de los dormitorios, de despertarse a las seis de la mañana, de la promiscuidad y del manejo de las armas, fue presa del pánico.

Marie-Ange se había instalado en un apartamentito amueblado del barrio de La Muette, «prestado por Lachaume mientras no encuentro otra cosa», explicaba un tanto turbada; en realidad, era un apartamento alquilado por el ministro para alojar a su joven amante. Marie-Ange había reservado una habitación para su hermano, ya que habían convenido que compartirían la misma dirección, así mantendrían las apariencias. Marie-Ange fue discreta, elusiva, sobre su relación con Simon. Aun así, se había prometido que se lo explicaría todo a Jean-Noël en cuanto llegase, a fin de que comprendiera que no merecía ninguna censura. No obstante, él no le exigió ninguna confidencia ni mostró reprobación. Ni siquiera le preguntó por qué había dejado de trabajar en casa de Germain. Jean-Noël había vivido varios meses a costa de las Tres Abejas; que su hermana fuera mantenida, en parte, por un ministro cincuentón no le inquietaba en absoluto. Observó con indulgente desprecio la habitación que Marie-Ange, con todo su amor, le había preparado, echó un vistazo a los bibelots que le recordaban su infancia y a sus padres, y que ella había colocado encima de los muebles.

—Es encantador; de lo más pequeñoburgués; muy gracioso —dijo. Rectificó la disposición de las flores en los jarrones—. Hay muy pocas mujeres que sepan arreglar un ramo —murmuró. Luego, obsesionado por su partida al ejército, preguntó—: Supongo que Lachaume podrá hacer algo por mí, pedirle al ministro de la Guerra que me destinen a una oficina en París...

—Pero ¡si el ministro de la Guerra es él!

—¡Cómo! ¿Desde cuándo? —exclamó Jean-Noël.

—Desde hace cinco semanas, desde el último cambio de ministerio. Estaba deseando esa cartera, y cuando Simon quiere una cosa, ya sabes… —dijo ella con un tono de voz admirativo, destinada a magnificar a su amante a ojos de su hermano.

—En Venecia vivíamos completamente fuera del mundo —dijo Jean-Noël—. Pero ¡es perfecto, me viene de maravilla! Eres… —Iba a decir «la amante», pero se contuvo—: … estás en muy buenos términos con el ministro de la Guerra, precisamente en el momento en que tu hermano puede necesitarlo más. ¡Eres una hermanita perfecta, admirable! ¿Cuándo verás a esa excelente Excelencia?

—Iba a cenar con él esta noche, pero como tú regresabas…

—No, de ninguna manera, querida; no hay ni un minuto que perder. Ve a cenar con él.

Aquel «querida», aquel brazo en torno a sus hombros, aquel tono mundano, aquella absoluta indiferencia por la suerte de ella, aquella única preocupación por su propia suerte, aquella prisa por aprovecharse de la situación, todo en Jean-Noël asombraba o hería a Marie-Ange. ¿Acaso Jean-Noël podía haber cambiado tanto en unos meses, o es que durante su ausencia ella se había formado una idea de él que él jamás había justificado?

Aquella misma noche, se lo comentó a Simon. Se sentía un poco incómoda, un poco avergonzada, al pedir aquella clase de favor a un hombre que solía recordar que en la guerra había combatido en las trincheras.

—Claro que sí; yo lo arreglaré —dijo Simon, sin demostrar la menor extrañeza.

Al día siguiente, Simon se había informado en las oficinas del ministerio y le contó a Marie-Ange que no podía hacer nada por Jean-Noël hasta que éste no hubiera pasado tres semanas en un cuerpo de tropa.

—Por muy ministro que sea, no puedo ir en contra de la ley, pero tres semanas, al fin y al cabo, no es el fin del mundo, y luego haré que lo destinen al bulevar Saint-Germain, aunque no tengo ni idea de para qué. Estoy tratando de echar a todos los inútiles de mi ministerio, así que tendré que justificar de alguna manera el empleo de tu hermano. De todas maneras, voy a tener que disgustarme con uno o dos coroneles.

Como Jean-Noël le había contestado al médico militar, el día de la junta de revisión, que sabía montar a caballo, fue destinado al 4º Cuerpo de Húsares, en Rambouillet. Se incorporó tomándose aquellas tres semanas obligatorias como una temporada de presidio, pero al cabo de unos días se dio cuenta de que la vida de regimiento no era tan atroz como había imaginado. Los parásitos de los enormes dormitorios no se ensañaron demasiado con él. Por las mañanas, el olor del dormitorio no era peor que el de un compartimiento de tren o el de un vestuario de club deportivo. Después de las sesiones de ejercicio no cogió ningún resfriado mortal.

Con el pelo cortado a cepillo y el talle apretado en una guerrera de dril, almohazando y ensillando los caballos volvió a encontrar el perfume de las caballerizas de Mauglaives. En el patio del cuartel vio oficiales que le recordaban a Gilon, que le recordaban a todos los caballeros y cazadores que habían poblado su infancia. Se dirigió gruñendo a la faena del café, vituperó al sargento, a la jerarquía militar y al sinsentido de los ejercicios con el mismo ánimo y las mismas palabras que los jóvenes campesinos de La Beauce y los mozos de cuadra de Chantilly, que eran sus camaradas de pelotón.

Había creído que no podría soportar la fatiga de aquella existencia. Por las noches caía agotado en la cama de hierro, pero al día siguiente se despertaba tras un sueño de piedra, sorprendido de sentirse más robusto que la víspera. En torno a sus hombros y a su torso comenzó a endurecerse una musculatura que ya no era la de un adolescente. La hora de la apertura de la cantina, las furias del sargento mayor, los defectos de los oficiales del escuadrón y el arreglo de sus polainas se convirtieron en sus preocupaciones principales, en los temas de sus conversaciones y sus risas.

El primer día que los reclutas libraron, Jean-Noël se fue con los demás, con los mozos de cuadra de Chantilly y los campesinos de La Beauce, a beber un coñac pegajoso al burdel situado justo enfrente del cuartel, y a que le dieran palmaditas en los muslos las muchachas de enaguas rosas. Corriendo el riesgo de que le aplicaran cuatro días de calabozo, se arregló con el sastre del regimiento para que le ajustase el uniforme de paseo.

La Abadía, el viaje a Italia, la atmósfera dorada y turbia del *palazzo* Galbani, Pamela Rocapolli, la muerte de Pem, todo se difuminaba. Jean-Noël comenzaba el aprendizaje de la verdadera camaradería de hombre en una promiscuidad brutal, pero sin equívocos, y experimentaba un comienzo de amistad hacia algunos de sus compañeros.

Hacía dos semanas que estaba en Rambouillet cuando, una mañana, el teniente coronel lo mandó llamar para preguntarle si él era hijo de François Schoudler.

—Fuimos camaradas de promoción —dijo el teniente coronel— y estuvimos juntos durante toda la primera parte de la guerra, en los pantanos de Saint-Gond, y después en el Yser. ¿Qué ha sido de su padre?

—Ha muerto, mi coronel.

—¡Vaya, pobre muchacho! —exclamó el teniente coronel. Lo siento mucho... Le aseguro que esto que me dice me aflige de verdad. Su padre era un gran tipo y un magnífico oficial, ¿lo sabía usted? Tenía muy buen recuerdo de él... Descanse, hijo mío, descanse.

El teniente coronel era un hombrecillo flaco, de pelo pegado sobre un cráneo de pájaro, que siempre estaba de pie detrás de su escritorio y tenía la manía de frotarse el torso con las palmas de las manos, lentamente, de arriba abajo, como si quisiera ajustarse todavía más el uniforme sobre el pecho.

Revolvió entre los papeles que tenía encima de la mesa.

—¡Ah, sí! En efecto, figura en su ficha: padre fallecido. No lo había visto —dijo—. Y su madre también. ¿Era hija del general de La Monnerie?

—Sobrina, mi coronel.

—Eso es, eso es. Ahora caigo en la cuenta... Bueno, ¿y usted? —le preguntó el teniente coronel con una simpatía franca—. ¿No tendrá usted el propósito de hacer el servicio militar en la clase de tropa, supongo? Sería absurdo. Vamos a pasarlo al pelotón de alumnos cabos y luego al curso preparatorio de los alumnos oficiales de reserva. Y después irá a Saumur y saldrá de allí siendo subteniente. Tendrá que trabajar un poco, pero será mucho más agradable y, en fin, es su deber. ¿Qué dice usted?

—Sí, mi coronel. Se lo agradezco, mi coronel respondió Jean-Noël.

—No venga a molestarme por un quítame allá esas pajas, me horrorizan esas cosas —dijo el teniente coronel mientras continuaba lustrándose la guerrera—. Pero si realmente me necesita, venga a verme. De todas maneras, voy a ocuparme de usted; quiero que sea digno de su padre.

Aquella noche, en el restaurante de La Biche, donde la juventud dorada de la guarnición celebraba modestos festines sobre manteles de papel, Jean-Noël sopesó largo tiempo si debía telefonear a su hermana para que anulase sus gestiones con Lachaume, pero le venció la cobardía, la indolencia de su carácter. «Dejemos las cosas tal como están —se dijo—. Ya veremos qué pasa. Lachaume pensará que no sé qué quiero, y si lo necesito en otra ocasión... Además, tal vez lo haya olvidado. Entonces todo saldrá bien».

Unos días más tarde, el teniente coronel lo mandó llamar otra vez. El hombrecillo mantenía la misma postura, con las piernas separadas, en pie detrás de su escritorio, frotándose los estrechos pectorales con las manos abiertas, pero observaba a Jean-Noël con una expresión irónica y desafiante a la vez.

—Bueno, Schoudler —dijo—; parece que sus aptitudes ya son indispensables en el Ministerio de la Guerra. Hemos recibido la orden secreta y confidencial de ponerlo de inmediato camino del bulevar Saint-Germain. Destino: chófer del ministro... ¿Tiene usted amistades en el Ministerio de la Guerra?

—El ministro, mi coronel... En fin, mi familia lo conoce.

—¿Y... es por una petición personal o por una gestión de su familia?

—De mi familia —contestó cobardemente Jean-Noël.

El teniente coronel esbozó una mueca de desdén.

II

El ministro de la Guerra tenía dos chóferes a su disposición. Como el contrato de uno de ellos iba a agotarse, a Simon Lachaume no le supuso un gran esfuerzo hacer nombrar a Jean-Noël para aquel puesto. Además, Simon lo consideraba una ventaja; uno de sus chóferes, al menos, le sería fiel y no iría todas las mañanas a dar el parte de las ocupaciones privadas del ministro al viceministro o al representante de Seguridad. De ahí que destinara a Jean-Noël al servicio nocturno, a los paseos dominicales y a los trayectos confidenciales. En realidad, durante varios meses Jean-Noël fue tanto el chófer de su hermana como del ministro. La primera vez que Simon quiso besar a Marie-Ange en el coche, ella se zafó y señaló la nuca de

Jean-Noël.

—Vamos, vamos —murmuró Simon—; si lo comprende perfectamente, sabe muy bien por qué está a mi servicio.

Marie-Ange se resignó, pensando que su pudor podía perjudicar a su hermano. Y Jean-Noël conducía a Marie-Ange a casa de Lachaume y a Lachaume a casa de Marie-Ange, y conducía a Marie-Ange y a Lachaume, juntos, al teatro o a un restaurante. Por el espejo retrovisor, seguía con una mirada entre divertida y perversa los juegos amorosos de su hermana y del ministro. Simon manifestaba el apremio de un hombre de Estado cuyo tiempo es limitado, y quería aprovechar los escasos instantes que podía consagrar a sus placeres.

Jean-Noël experimentaba un deleite morboso al observar los hermosos labios de Marie-Ange, su tez tersa y su cabellera sedosa contra la cabeza calva y las orejas peludas de Simon, la belleza y la juventud de su hermana aplastadas por tanta fealdad. Y en esos momentos Jean-Noël llegó a desear tanto a su hermana como habría deseado a una extraña, pero con un deseo particular, porque era su hermana.

A continuación Jean-Noël bajaba del coche para abrirle la portezuela al ministro. Había encargado un uniforme compuesto por una bonita gabardina y un traje de oficial, sin galones, que parecía una librea. Una vez terminado el servicio, Jean-Noël se vestía de civil. Vivía en el apartamento de Marie-Ange, pero las noches que iba Simon desaparecía discretamente y se iba al teatro, con las entradas que le daba el ministro. Simon quería mucho a Jean-Noël y le hacía extensivo parte del sentimiento paternal que le despertaba Marie-Ange. Llamaba al joven por su nombre y solía encargarle recados personales.

—Jean-Noël —le decía—, usted que es un muchacho con tan buen gusto, vaya a elegirme un par de tirantes.

Simon se entendía tanto con Jean-Noël que incluso le pedía su complicidad ante Marie-Ange, cuando él salía con alguna de sus antiguas amantes. Cuando el ministro iba a pasar el fin de semana a Jeumont, Jean-Noël siempre conducía. Y allí, sobre el césped, Jean-Noël, con ropa ligera, se calentaba al sol o jugaba junto a la chimenea para distraer al ministro. Formaba parte de la familia.

Con todo, Jean-Noël encontró el gran divertimento de sus jornadas en el retrovisor, en la minúscula pantalla sobre la cual se proyectada una película constante y prodigiosa, poblada por políticos de alto rango,

generales y funcionarios de peso sentados junto a Lachaume. A través del retrovisor, Jean-Noël comprendió cómo se gobiernan las naciones. Descubrió la perpetua mezcla de competencia y ligereza, de pasión y de indiferencia en medio de las cuales se toman las decisiones más graves; midió la trágica impotencia de los hombres de Estado para conocer realmente los múltiples problemas que deben atajar, y la obligación en que se hallan de confiar en su inspiración o en sus simpatías; se quedó atónito ante la insondable estupidez o el poco valor moral de hombres encaramados a los puestos de mayor responsabilidad. Observó, reflejada en el retrovisor, la increíble bajeza de los militares más gloriosos ante aquellos que detentan el poder de asignar destinos y otorgar honores. Presenció cómo se mendigaban cruces y cintas, cómo se distribuían los mandos; asistió a regateos de tanques y cañones y a frías discusiones sobre el peso de carne que se hallaba en su extremo.

En todas esas circunstancias, Simon Lachaume, a quien mucha gente consideraba un hombre ambicioso y mediocre, le pareció a Jean-Noël un individuo superior. Lachaume era, en efecto, *relativamente* superior a todos aquellos que se apretujaban en torno a él. Así pues, Jean-Noël comprendió, al margen de consideraciones perversas, que su hermana estuviera enamorada de aquel hombre.

Pero en el mismo espejito cuadrado colocado encima del volante, Jean-Noël también presenció el desfile del año 1938 y la retahíla de episodios trágicos. En la cabina del coche se sucedían los ministros, embajadores, parlamentarios, presidentes de Asambleas, jefes de Estado Mayor, constructores de fortificaciones, inventores de explosivos y especialistas en movilizaciones, que luchaban contra un destino demasiado imponente, demasiado difícil para ellos. En el rostro desesperado de Lachaume, Jean-Noël observó todos los abandonos y las derrotas de Francia, a partir de la funesta noche en que consintió, sin intervenir ni apenas protestar, que las tropas nazis invadieran Austria. Semana tras semana, oyó al ministro de la Guerra que en sus conversaciones privadas anunciaba la inminencia de la catástrofe, afanarse en declaraciones públicas por demostrar que se había hecho, se hacía y se haría todo lo posible para evitarla.

Después de Austria, cayó Checoslovaquia, y luego... Fue Jean-Noël quien condujo a Le Bourget a Simon Lachaume al día siguiente de la entrevista de Munich, cuando, con los brazos cargados de flores como si recibiera a una cantante tras un concierto de beneficencia, fue a felicitar al presidente del Consejo al bajar éste del avión. El presidente del Consejo, que se disponía a salir del aeródromo por una puerta de servicio a fin de escapar a los abucheos, recibió estupefacto aquel

ramo tricolor y el abrazo que lo acompañó. Jean-Noël llevó de vuelta a Lachaume en aquel cortejo, al paso del cual las multitudes vociferaban su gratitud indecente por haber sido liberadas del miedo, al precio de no se sabe qué abjuración o qué servidumbre futura. El hombre que acababa de concluir el pacto más humillante de la historia se erguía y, de pie en su coche, saludaba a la muchedumbre delirante, imitando al dictador al que se había sometido de forma manifiesta.

Aquellos fueron los últimos fastos oficiales en los que participó Jean-Noël. Pocos días después, al ir a buscar a Simon y a Marie-Ange a un restaurante a orillas del Sena, una noche fresca, atrapó un comienzo de pleuresía que le fue erradicado al cabo de poco, pero que permitió darle la baja por convalecencia a causa de una enfermedad contraída en acto de servicio.

III

Sin dinero, sin oficio, sin diploma de estudios superiores, sin aptitudes y sin valor, sin nada más a su favor que su elegante apariencia, su buena educación y algunas relaciones influyentes, Jean-Noël recorría París en busca de alguna ocupación, pero sólo iba a los lugares que le resultaban familiares: los salones y los bares.

Era la época en que el cine francés, una vez abandonada la apología de los rufianes, de los desertores y de los chulos, que había constituido su éxito durante diez años, se volvía, con la amenaza de la guerra, hacia los temas heroicos y la exaltación de las virtudes militares.

Jean-Noël conoció a un grupo de gente que quería producir una película de ese género pero que no conseguía la subvención del Ministerio de la Guerra, que era el principal interés de su empresa. Pronto lograron demostrarle a Jean-Noël la oportunidad que se le presentaba: el cine era una profesión joven destinada a los hombres jóvenes; no había necesidad de estudios ni de diplomas, no era necesario sepultarse diez años en una universidad para terminar ganando tres mil francos al mes, bastaba con tener don de gentes, iniciativa… y reportaba millones en cuanto se hiciera el primer negocio. La verdadera profesión del siglo XX. Jean-Noël poseía todo lo necesario para triunfar; sabía inglés, había viajado, tenía experiencia del mundo…, y además era íntimo del ministro de la Guerra. Y Jean-

Noël, creyendo que por fin trabajaba, se dejó arrastrar a ese mundo inverosímil de mercachifles, de caballeros del sablazo, de fracasados, de timadores, de proxenetas, de genios desconocidos, de ilusos, de mentirosos, de mujerzuelas que perseguían una oportunidad, de tiburones, de ingenuos, de especialistas en cheques de soborno, de piratas, de truhanes, de ansiosos, de obsesionados y de paranoicos; humus humano sobre el cual crecía esa extraña liana: la película cinematográfica. Se mezcló con todos los acróbatas del dinero que poblaban la terraza de Fouquet's y el bar del George V en París, como poblaban el vestíbulo del Claridge's o del Dorchester en Londres y el del Excelsior en Roma, que no podían vivir más que en esos hoteles suntuosos cuyas cuentas no sabían cómo pagar, cuyo estómago no toleraba sino el caviar y que al cabo de quince días revendían el imponente coche que habían comprado a crédito.

Al poco tiempo, Jean-Noël se encontró instalado en una oficina de dos habitaciones y media, en los Campos Elíseos, detrás del anuncio luminoso de una marca de corsés, como administrador delegado —y responsable— de una nueva sociedad productora. Había hipotecado Mauglaives hasta el tejado y había pasado la rasqueta por el pequeño capital que aún les quedaba a su hermana y a él, para meterlo en aquel negocio. A continuación, desdeñando el apartamento de Marie-Ange, se instaló en el hotel George V a cuenta de los gastos de producción. Todas las noches se encontraba con que había invitado a su mesa a seis personas a quienes la víspera no conocía, pero que le elogiaban con suma convicción. No tardó en tomarse en serio, se creyó un gran hombre de negocios y, pensando que el genio de sus antepasados banqueros se reencarnaba en él, se imaginó que en poco tiempo reconstruiría la fortuna familiar.

La película que iban a producir se titulaba *El caballero del Sahara*. El principal socio de Jean-Noël, Sabillon-Vernois, no se parecía en nada a «los metecos que pirateaban en la profesión». Era un burgués francés, lleno de dignidad y de confianza, que sólo había quebrado tres veces y que no podía permanecer más de una hora en una reunión sin salir para inyectarse morfina.

IV

Para complacer a Jean-Noël y darle una oportunidad, Simon Lachaume logró que se concediese una subvención a la película. Fue

una de sus últimas gestiones en el Ministerio de la Guerra. A raíz de una breve crisis gubernamental, originada por la gravedad de la situación internacional, que impedía al Parlamento proseguir sus juegos favoritos y acostumbrados, Simon se negó a formar parte del nuevo Gobierno, con el pretexto de que la dignidad de su partido no le permitía aceptar una cartera de menor importancia que la que acababa de detentar. En realidad, obedecía en parte a la prudencia pero también a la fatiga de haber sido ministro diez veces en ocho años, y los tres últimos de forma casi consecutiva. Por vez primera, experimentaba el hastío del poder.

Simon aprovechó para tomar quince días de vacaciones y llevó a Marie-Ange a la Costa Azul. Era el principio de la primavera. Pasaron dos semanas que les parecieron las más felices de su vida, haraganeando en la cama, calentándose en las playas mientras pensaban que los parisinos seguían atareados bajo los chaparrones, yendo de paseo en lancha a las islas, cenando en los restaurantes de lujo disfrazados de tabernas de pescadores y riendo a carcajadas porque apestaban a alioli. Simon intentó enseñarle a Marie-Ange juegos de hombre, como el billar o el chaquete, y le regaló varios libros que le gustaban y que ella no había leído.

Marie-Ange se maravillaba de que un hombre tan activo como Simon, acostumbrado a solucionar problemas graves y a estar rodeado por una turba de personajes eminentes, no sólo se contentara, sino que se divirtiera y se complaciera con su sola presencia, cosa que le causaba un discreto orgullo. Ella nunca se aburría con Simon; al contrario. Sólo se aburría cuando él no estaba con ella, cuando su presencia cesaba de llenar las habitaciones y los minutos, y la sumía en un vacío que ella podía conjurar únicamente pensando en él. Como muchos políticos, Simon tenía una vitalidad que se había convertido en una costumbre, y cuando no la ejercitaba en actividades públicas se prodigaba por los menores motivos. Además, disponía de un inmenso recurso: saber explicar las cosas y, sobre todo, *explicarse*. Había participado en los grandes acontecimientos de su época y, desde hacía veinte años, frecuentaba a toda la gente que habían logrado tales acontecimientos, o al menos eso creían. La menor ocasión —un periódico abierto, el nombre de una calle o en la popa de un barco— bastaba para desencadenar los mecanismos de su prodigiosa memoria. «Poco a poco, mis amistades se convierten en bulevares», decía.

A Marie-Ange no le pesaba compartir una época irremplazable de su juventud con un compañero veintiséis años mayor que ella. Sólo deseaba que su vida en común no tuviese fin y, modesta, se preguntaba cuánto tiempo podría serle fiel un hombre que había

tenido tantas mujeres. La fealdad de Simon había desaparecido a ojos de Marie-Ange. Había alcanzado ese grado perfecto de la ternura en que la fealdad y los defectos de la persona amada llegan a ser más deleitosos que cualquier perfección.

Por su parte, cuando Simon contemplaba a Marie-Ange, cuando la veía desnuda por el cuarto de baño o el dormitorio, cuando en la mesa seguía el juego de la sombra y del sol a lo largo de su perfil, cuando miraba la luz que tropezaba en sus pestañas o en su fina nariz, cuando oía su voz o su risa, cuando tomaba su fino brazo entre los dedos, cuando aspiraba el perfume de su cabello en la almohada, se sorprendía al pensar: «¿No debería organizar definitivamente mi vida con ella? Es demasiado joven para mí, pero vale la pena arriesgarse por la felicidad… Debería divorciarme y casarme con ella. Estamos en plena luna de miel. No hay que esperar demasiado para tomar esas decisiones; ella me quiere de una manera que probablemente no volveré a encontrar nunca». También podría haberse dicho: «Además, me inspira una manera de amar, una alegría, que difícilmente volveré a sentir». Por la mañana salía por el solo placer de ir a encargar flores para ella. Cantaba desafinando mientras se afeitaba y le cogía el pintalabios a Marie-Ange para pintarle en el espejo del lavabo declaraciones de amor entusiastas o tiernas. A los cincuenta años, vivía el amor que, en su juventud, obsesionado por el trabajo y la ambición, había desdeñado.

A la vuelta de aquel breve viaje, Marie-Ange se dio cuenta de que estaba encinta.

V

«En toda existencia hay una especie de contrapunto —se decía Simon, mirando los jardines de Chaillot, al pie de sus ventanas—. Lo que me sucedió hace dieciocho años con la tía me sucede hoy con la sobrina. Y si Noël Schoudler hubiera conseguido, como quería, empujar a su nuera a mis brazos, podría haberme sucedido, también, con la madre de Marie-Ange. Es como si una especie de suerte me ligara, me consagrara, a las mujeres de esta familia, y como si la vida, la fecundidad, quisiera deslizarse entre ellas y yo. La diferencia es que con Isabelle yo no quería el hijo por nada del mundo, mientras que esta vez…» Esta vez no podía dejar de considerar con una complacencia insistente y secreta la idea del hijo que podría tener. «¿Y

por qué un hijo? ¿Por qué decido que sería un hijo...? ¿Acaso Marie-Ange lo desea? Cuando el niño tenga veinte años, yo seré un anciano y Marie-Ange tendrá un amante. ¡Vamos, Simon, es absurdo!» Pero ni los razonamientos más clarividentes ni los más pesimistas le servían de nada. ¿Acaso tener un hijo no era lo único —y lo más natural que le faltaba experimentar en un destino tan colmado de triunfos?

Aquella mañana Simon esperaba a Jean-Noël, que acababa de pedirle una entrevista urgente por teléfono. Simon no dudaba de que el joven venía a hablarle del estado de su hermana. ¿Entonces Marie-Ange se lo había dicho? Quiso llamarla por teléfono, pero había salido. De repente se sintió inquieto. «Con tal de que no haga nada sin decírmelo. ¡Sería demasiado estúpido! No, dudo que...»

Cuando el joven entró, Simon se quedó asombrado de su palidez, de su expresión ansiosa. «¡Qué a pecho se toma las cosas! No creía que tuviera tanta sensibilidad ni tanto afecto por su hermana... Pobre muchacho, debe de creer que su deber es pedirme cuentas de lo sucedido y de mis intenciones. Voy a tranquilizarlo de inmediato». Él también se sentía bastante conmovido y experimentaba una gran ternura por Jean-Noël. Quiso allanarle el camino, crear un clima amistoso, fraternal.

—Bueno, mi querido Jean-Noël; ¿para qué viene a verme? —preguntó con tono afable, con los brazos abiertos, señalándole un sillón.

—Me sucede una catástrofe —dijo Jean-Noël.

—Le sucede... —dijo Lachaume, sorprendido—. ¿Algún contratiempo personal?

Jean-Noël asintió.

—Se trata de *El caballero del Sahara*... He sido víctima de tiburones y de estafadores... —dijo Jean-Noël—. ¿Se sonríe usted? Pues le aseguro que no es nada gracioso.

—No, no, no es eso. Es una asociación de ideas... Sería demasiado largo de explicar —dijo Simon.

De repente, acababa de acordarse de la visita del viejo marqués Urbain de La Monnerie dieciocho años antes, en la época en que era agregado al gabinete de Rousseau, en el Ministerio de la Guerra. Precisamente entonces Isabelle estaba encinta, y él esperaba una amonestación por parte del anciano, pero éste le rogó que interviniese para postergar el retiro de su hermano el general. «El contrapunto, el

contrapunto», pensó Simon.

—Bueno, mi querido Jean-Noël; explíqueme qué ha sucedido. Si mi memoria no me engaña, yo hice que le concedieran una subvención de un millón para esa película...

Con la mayor claridad que pudo, Jean-Noël relató la historia de sus trabacuentas. Los gastos iniciales de la película habían superado el presupuesto. El director había decidido modificar el guión y el montaje no estaba terminado, pero como se había solicitado la colaboración de las unidades del ejército en una fecha fija, en aquel momento se estaban filmando en Marruecos unos planos que no se sabía si serían de utilidad. La sociedad de Jean-Noël carecía de liquidez, no sólo porque Sabillon Vernois no había aportado los fondos prometidos, sino que había echado mano de la subvención para terminar otra película... Simon, que al principio había escuchado por simple complacencia, logró concentrarse y de repente olvidó el resto de sus preocupaciones.

—Pero ¡cómo! —exclamó—. ¿Usted entregó a otra sociedad, para otra película, una parte de la subvención? ¿Sabe cómo se llama eso? Malversación de fondos públicos. Está penado con prisión. Es una cosa muy peliaguda. Se ha metido en un buen berenjenal, amigo mío.

Pensaba sobre todo en sí mismo, en su propia posición en el asunto, en su intervención. Si la cosa terminaba mal, corría el riesgo de que sus adversarios políticos lo explotaran. Hurgarían en su vida privada, hablarían de la señorita Schoudler, «actual Egeria del ministro», y sacarían a relucir los recuerdos de la quiebra Schoudler. Sabía demasiado bien, por experiencia, cómo los periódicos pueden orquestar una campaña a partir de un acontecimiento insignificante... «Y después de haber salido airoso de la quiebra, no sólo con los honores de la guerra, sino con la posición reforzada, ahora me arriesgo a sufrir los mayores contratiempos por esta tontería, por esta subvención ridícula concedida a un chiquillo. ¡Pasa de castaño oscuro! Si fuera supersticioso creería que el viejo Noël se venga desde la tumba, a través de su nieto».

—Sí, es muy peliagudo —repitió—. Y me coloca en una situación muy desagradable.

—Ya lo sé, lo comprendo. Por eso he venido a hablar con usted —dijo hipócritamente Jean-Noël.

—Bueno, pues mejor hubiera sido que se le hubiera ocurrido esta idea

mucho antes. Así que —prosiguió Lachaume— se encuentra usted metido en un negocio en el que sus socios comanditarios no han hecho honor a sus firmas, en el que una parte de la subvención gubernamental ha sido malversada en provecho de esos comanditarios y la otra dilapidada por imprevisión, si no por estafa de sus colaboradores, siendo usted el único responsable. Además, tiene un grupo de actores y técnicos varados en Marruecos. ¿Es así? Bueno, amigo, ¿qué quiere que haga por usted? —Reflexionó un instante—. Yo no puedo hacer nada, querido amigo —prosiguió—. Es preciso que ese señor…, ¿cómo dice usted que se llama…?, Sabillon-Vernois…, le restituya su parte de la subvención, de lo contrario, el Estado, hágaselo entender, como primer acreedor, tendrá siempre el recurso de embargarle sus películas, las pasadas y las que esté realizando. En cuanto a usted, trate de encontrar los fondos necesarios para acabar la producción, y dispóngase a abandonar en parte la propiedad de la película. Es lo mejor que puede hacer, porque si se termina la película, por mala que sea, el Ministerio de la Guerra no podrá decir nada. ¡No son expertos en arte, ya lo sabe! Por otra parte siempre hay algún imbécil dispuesto a poner capital en el cine, con la esperanza de hacer fortuna…

—Precisamente necesitaría trescientos mil francos —dijo Jean-Noël.

—Pues trate de encontrarlos.

—Es que los necesitaría dentro de veinticuatro horas —continuó Jean-Noël. Vaciló, tragó saliva y agregó—: Porque hay trescientos mil francos de cheques sin fondos y me han amenazado con presentar una demanda.

—¡Además esto! —exclamó Simon—. Cada vez andamos mejor.

—¿No podría usted…?

—¿Qué…?

—Bueno… ayudarme con esos trescientos mil…

—¡Mi querido Jean-Noël, esto pasa de la raya! —replicó Simon—. Me parece que ya hice bastante por usted. Estoy dispuesto a hacer todas las gestiones necesarias para ahorrarle inconvenientes con el Estado, pero no me pida más.

Jean-Noël, con el corazón palpitante y las facciones contraídas por la angustia, levantó la cabeza y adoptó un aire de falsa seguridad.

—Pero sería contra una participación en la propiedad de la película.

—Vamos, Jean-Noël, no bromee.

Jean-Noël sintió que el sudor le corría por la columna vertebral. Se levantó, tratando de fingir seguridad, se dirigió a la ventana y miró vagamente el paisaje. Simon lo observaba con una mezcla de piedad, de desprecio y de incontenible ternura. Le resultaba imposible no querer a aquel muchacho, porque era joven, porque era débil, porque era el fin de una familia de la cual él, Simon, había conocido tres generaciones. «Con tal de que este chiquillo no vaya a hacer una tontería y se meta una bala en la cabeza, como su padre... Tiene los nervios frágiles, como él, pero carece de su honestidad y de su inteligencia...»

Entretanto, Jean-Noël intentaba magnificar su cólera y su odio contra Simon. «Es un hombre poderoso —se decía—, que vive ricamente, que dispone de toda clase de influencias, que debe su situación a mi familia, que traicionó a mi abuelo, que se acuesta con mi hermana y que se niega a ayudarme. Peor para él; no tendré piedad. Tengo derecho a utilizar toda clase de armas». Se volvió, tembloroso y agresivo a la vez, esforzándose por aparentar calma.

—Si no cuento con otros recursos —dijo—, un periódico me ofrece esos trescientos mil francos por contar mis recuerdos de la época en que fui chófer suyo.

El primer impulso de Simon fue abofetear a Jean-Noël, pero se contuvo. «Domina tu cólera», se dijo. Sabía que la amenaza de Jean-Noël era falsa, aunque sólo fuese por lo disparatado de la suma; no se acostumbraba a pagar tanto por ese tipo de documentos. No obstante, corría el riesgo de que se convirtiese en verdad, y comprendió que el joven era capaz, incluso a menor precio, de llevar a cabo su amenaza. Simon podía conseguir los trescientos mil francos, aunque sólo fuese pidiendo a algunas personas que le debían grandes favores que sacasen a flote la sociedad de Jean-Noël. Y eso era, precisamente, lo que estaba pensando un segundo antes. Pero en toda su vida Simon no había cedido jamás a una maniobra así, y no cedería hoy, y menos frente a un chiquillo. «Domina tu cólera, domina tu cólera», se repetía. Con todo, su expresión, la postura de su cabeza y de sus hombros se habían modificado involuntariamente hasta tal punto que cuando dio dos pasos en dirección a Jean-Noël, éste retrocedió. Jean-Noël sintió miedo, un miedo elemental, inmediato, que no había sentido desde la infancia, desde la época en que temblaba frente a las cóleras de gigante de su abuelo Noël Schoudler. Y la de Simon era una cólera

semejante, una cólera de hombre maduro y fuerte.

—¿Y has tramado tú solo esta pequeña maquinación? —Jean-Noël no contestó—. ¿Sabes cómo se llama lo que estás haciendo? —prosiguió Simon—. Puro chantaje y del más innoble, suponiendo que puedan existir grados en semejante ignominia, que consiste en utilizar los favores que le han hecho a uno para volverlos en contra de aquellos a quienes se deben. Señor barón Schoudler, descendiente de académicos, de mariscales y de regentes del Banco de Francia: eres un cobarde sinvergüenza que venderías a tus amigos, a tu hermana y a tu país para salir del atolladero en que te han metido tu vanidad y tu deseo de ganar dinero sin hacer nada. Ahora siéntate y escúchame bien. Si alguna vez se te ocurre llevar a cabo ese proyecto y si encuentras un director de periódico bastante estúpido como para ayudarte, tanto tú como él terminaréis entre cuatro paredes antes de que transcurran veinticuatro horas, porque todo lo que atañe al Ministerio de la Guerra puede ser considerado como secreto de Estado, y yo me encargaré, amigo, de hacer que se te cite ante la justicia militar. Si es preciso que pases por la cárcel de Santé, más vale que vayas como deudor insolvente que por divulgación de información sobre la organización superior del ejército, créeme. Por otra parte, en lo que se refiere a tu película, irás a ver a Sabillon y a sus compinches y a decirles que antes de ocho días tienen que restituir la subvención ministerial a los fines para los cuales ha sido concedida, y que si no lo hacen se abrirá una instrucción contra ti por malversación y contra ellos por encubrimiento. Y en cuanto a cubrir esos cheques sin fondos, también harás bien en hablar del asunto con ellos, porque si te detienen por estafa y se declara en quiebra tu sociedad, dados los chanchullos a que os habéis dedicado, es de esperar que a ellos no les irá mucho mejor que a ti. ¡Y eso es todo!

Jean-Noël estaba derrotado por aquella demostración y por el tono en el que había sido pronunciada. Simon, consciente de que ya había aplacado al muchacho, aprovechó para afirmar definitivamente su ventaja.

—Asimismo podría, e incluso debería, echarte de aquí de una patada en el culo —dijo—, y telefonear al ministerio para que vayan a hurgar en tus malos negocios y te pongan entre rejas de inmediato. Si no lo hago es sólo por consideración a tu hermana; no te quepa la menor duda. Pero ya no eres tú el que amenaza, ahora soy yo. Te doy ocho días de plazo, ¿me oyes?, para que vuelvas a verme y me digas que todo está arreglado, pruebas en mano. De lo contrario, atente a las consecuencias.

Entonces Jean-Noël tuvo una especie de arrebato infantil. Con una expresión cándida, sincera y humilde, dijo: —Le pido perdón con toda mi alma, Simon. Hace un momento no sabía lo que decía; había perdido la cabeza. Pero, sinceramente, no quería hacerlo. No soy tan innoble como le he hecho creer. Se lo demostraré.

Simon se encogió de hombros para dar a entender que no le creía.

Y cuando el joven salió se dejó caer en un sillón y reflexionó largo rato. «Si tengo un hijo —se decía—, tal vez salga igual a ése».

VI

Durante una semana, Jean-Noël no supo lo que era el día ni la noche. Una angustia que le causaba un estado semejante a la embriaguez le había quitado el sueño y lo empujaba a una actividad febril.

Entre sus socios, que se escondían, y sus vencimientos vertiginosos, a veces se sumía en la desesperación y, de repente, a las cinco de la madrugada, con los nervios destrozados y la nuca dolorida, se ponía a pensar: «¡Qué se le va a hacer!, no me quedará más remedio que ir a la cárcel. Y así todo se acabará de una vez; será un alivio». Y también pensaba en suicidarse, lo cual sería un descanso mayor y más definitivo. El recuerdo de su padre lo obsesionaba en esos momentos, y Jean-Noël se decía que sobre él pesaba una fatalidad hereditaria.

A la hora siguiente, una nueva intuición le daba fuerzas y, en cuanto se abrían las oficinas, echaba a andar. Revisó de principio a fin la contabilidad de su sociedad y releyó todo el papeleo para comprender a qué se había comprometido exactamente. Mientras tanto, en las estribaciones del Atlas, los escuadrones del ejército francés seguían desfilando frente a las Cámaras, y Jean-Noël recibía telegramas que le anunciaban que todo iba bien, pero que era necesario que mandase dinero.

Seguía viviendo en el hotel George V, porque no tenía con qué pagar la cuenta para poder irse. Consultó con varios abogados que le aconsejaron ora que hiciese un trato con sus socios, ora que les denunciara pues con toda seguridad ganaría el proceso…, pero en dos o tres años. De sus acreedores obtuvo treguas irrisorias.

Sabillon-Vernois y los demás socios de Jean-Noël comprendieron que

las cosas amenazaban con ponerse verdaderamente feas. Le propusieron un trato cuya única víctima sería Jean-Noël. Quedó convenido que la sociedad creada para *El caballero del Sahara* se convertía en una filial de la sociedad de Sabillon-Vernois, con el mismo presidente, las mismas oficinas y el mismo banco. Un juego de escrituras antedatadas disfrazaba la irregularidad de las operaciones hechas con los fondos públicos, y la subvención volvería a hallarse destinada a su primer propósito. Jean-Noël se retiraba por completo del negocio, abandonando su participación, y renunciando a todo derecho de propiedad sobre la futura película.

—Su administración ha sido pésima —le reprochó Sabillon-Vernois entre dos inyecciones de morfina—. Esto es todo lo que podemos hacer.

Todavía debía reunir los trescientos mil francos de cheques sin fondos, de los cuales Sabillon y sus socios ni siquiera quisieron oír hablar.

—Puesto que yo renuncio a toda mi aportación… —dijo Jean-Noël.

—Es una cosa muy distinta, no volvamos a ello, ¿quiere usted? De lo contrario, anularemos todo lo dicho…

Jean-Noël sintió que se ahogaba de nuevo. Fue a pedirle cincuenta mil francos a la tía Isabelle, que se llevó las manos a la cabeza, se los prometió, se volvió atrás, dijo que no los tenía y acabó dándole veinte…

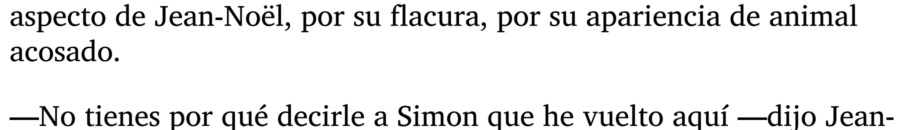
—Tendré que empeñar las joyas de tu abuela… Ya ves a lo que me obligas, hijo mío.

Fue a ver a su primo Valleroy, a quien no se atrevió a decir toda la verdad, pero que la olió. El duque le echó un sermón que terminó con estas palabras: —En fin; voy a ver qué puedo hacer por ti. Telefonéame mañana.

Y al día siguiente le contestaron que se había ido a Lorena a pasar quince días.

Jean-Noël fue a ver al editor de su abuelo Jean de La Monnerie. En un año, toda la obra del poeta había generado mil quinientos francos en derechos de autor.

Vendió la cajita de oro que le había regalado Pem y los pocos objetos de valor que poseía. Con eso pudo pagar la cuenta del hotel y refugiarse en casa de Marie-Ange. Su hermana se inquietó por el


aspecto de Jean-Noël, por su flacura, por su apariencia de animal acosado.

—No tienes por qué decirle a Simon que he vuelto aquí —dijo Jean-Noël—; no tienes por qué decírselo a nadie. Si me llaman por teléfono, di que no estoy, que hace tiempo que no me ves, que no sabes dónde encontrarme.

—Simon me contó que tenías algunos contratiempos con tu película y que te habías portado bastante mal con él —contestó Marie-Ange—, pero no quiso darme más explicaciones. Te llamé varias veces por teléfono y me contestaron que habías salido.

—Tenía mis motivos para no atender el teléfono... Marie-Ange, ¿cuánto dinero te queda en el banco?

—Apenas cuarenta mil francos —dijo Marie-Ange.

Jean-Noël le contó todo el asunto de pe a pa.

—¡Pues sí que estamos en buena racha! —dijo Marie-Ange.

Jean-Noël jamás había visto a su hermana tan inquieta y sombría, nunca le había oído aquel tono seco, casi agresivo. «Simon debe de haberla prevenido contra mí», pensó.

—Marie-Ange, necesito esos cuarenta mil francos.

—Pero comprenderás que si te los doy ya no me quedará nada, absolutamente nada, ni un céntimo —dijo ella.

—No dejarás que me metan en la cárcel; con eso puedo ganar tiempo...

—Quedaré por completo a merced de Simon.

—Bien puede ocuparse de ti durante algún tiempo contestó Jean-Noël —. Además, supongo que podrías volver a casa de Marcel Germain... Sólo unos meses, mientras yo encuentro una ocupación...

—¿Para ser maniquí, con esta barriga? —exclamó ella, adelantando los brazos—. Sí, así es; estoy embarazada, por si te interesa.

Y se desplomó, sollozando, sobre el brazo de un sillón.

—Pero ¡cómo! ¿Cómo ha sucedido? —dijo Jean-Noël.

—¡Pues como sucede siempre! —contestó ella entre lágrimas, encogiéndose de hombros.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Pero ¡si no estabas aquí!

—Si lo hubiera sabido… Si lo hubiera sabido… —dijo Jean-Noël.

Echó a andar de un lado a otro de la habitación. Si lo hubiera sabido, habría podido hablar de otra manera con Simon, y en lugar de una absurda tentativa de chantaje habría ejercido una presión sentimental mucho más hábil y mucho más eficaz. Incluso habría podido utilizar a Marie-Ange para seducir a Simon. Lo cierto era que todo le había salido mal en los últimos tiempos.

—Pues la verdad es que estamos en racha… Pero entonces —preguntó Jean-Noël—, ¿Simon se casará contigo?

—¡Y yo qué sé! No sé si quiere casarse conmigo, ni si puede divorciarse. Su mujer no está en París; volverá dentro de unos días… Ni siquiera sé si yo quiero casarme con él.

Marie-Ange acabó por acceder a lo que él le pedía; es decir, que le prestara treinta mil francos de los cuarenta mil que le quedaban. «Tal vez las desgracias de Jean-Noël me provoquen un aborto —se decía esperanzada—. Dicen que a algunas mujeres un gran disgusto… Además, si ya no tengo ni un céntimo y nada se arregla, será una razón de más para acabar con todo». Y se fue a la cocina a comer un pastelillo de chocolate, porque desde que estaba embarazada tenía antojos constantes, insaciables, de pastelillos de chocolate, y comía a todas horas.

Mientras Jean-Noël, de vuelta de amortizar la deuda más peligrosa gracias a los treinta mil francos de Marie-Ange y a los veinte mil de Isabelle, arrugaba en su bolsillo el cheque recuperado, no podía dejar de pensar: «Aún me faltan doscientos cincuenta mil, pero ¿dónde y cómo los encontraré?». En la esquina de las calles Cambon y Saint-Honoré se tropezó con Christian Leluc. Christian apenas había cambiado; conservaba el mismo flequillo oscuro sobre la frente, la misma apariencia de adolescente, la misma mirada falsa, las mismas manos demasiado ágiles, el mismo fular alrededor del pescuezo. Jean-Noël pensó de inmediato en el príncipe Galbani y en Maxime de Bayos. Si estaban en París, albergaba la esperanza…

—Pero ¡si Ben ha muerto! ¡Cómo!, ¿no lo sabías? —dijo Christian—.

Hace dos meses, de una manera muy curiosa. Mientras buscaba un libro en la biblioteca del *palazzo*, se rompió una cuña de una tabla que sostenía un busto de bronce de no sé qué emperador romano, Tiberio o Cómodo, y el busto fue a caerle en la cabeza a Ben. No se sabe bien si lo mató el busto o si se rompió las vértebras al caer de la escalera... Por otra parte —agregó Leluc—, en los últimos tiempos no era nada amable conmigo; eso le trajo mala suerte.

Y el falso adolescente, descubriendo sus dientes puntiagudos, esbozó una sonrisa malévola que inquietó a Jean-Noël: —¿Y Baba?

—Baba fue a reponerse de su pena a Hungría. La Abadía está en venta; no quiere volver a poner los pies allí.

Las esperanzas de Jean-Noël se desvanecieron apenas entrevistas.

—¿Y quién ha heredado la fortuna de Ben? —preguntó de repente.

Pensaba: «Tal vez el, tal vez Christian se ha hecho con la fortuna de Ben. Entonces, a lo mejor pueda echarme una mano...».

Christian torció el gesto.

—Su prima hermana, la Salvimonte; la vieja bruja lo heredó todo —dijo Christian—. Es una locura. Entre las tierras, los palacios y las obras de arte, debe de haber como veinte o veinticinco millones. ¿Por qué demonios los necesitaba esa vieja zorra, que ya era inmensamente rica? Ben me había jurado que me había puesto en su testamento; una tercera parte para mí, otra tercera para Maxime y el resto para su prima, pero el testamento no apareció jamás. Y yo me quedé sin nada, salvo un par de gemelos que cogí, como un criado cualquiera.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Jean-Noël.

—¿Quién?

—La duquesa de Salvimonte.

—Creo que en París. Alguien me dijo que la había visto hace unos días. ¡Ojalá que reviente!

Pasaron frente al escaparate de una tienda de guantes y Jean-Noël se separó un poco de Christian Leluc, en cuyos labios se dibujó una extraña sonrisa.

—Dentro de quince días doy un concierto, mi primer recital en París

—dijo Christian, reteniendo la mano de Jean-Noël—. Mañana colgarán los carteles. ¿Vendrás?

—Por supuesto —contestó Jean-Noël.

VII

Estaba vuelta hacia la ventana, terminando de empolvarse, cuando él entró; llevaba un vestido de seda negra, bastante corto, cuya tela brillaba a contraluz, y una minúscula cadenita de oro debajo de la media, en torno al tobillo que había sido esbelto y ya no era sino flaco.

—¡Jean-Noël, *caro*, qué alegría volver a verlo, querido! —exclamó con aquel acento ruso que intensificaba adrede en el entusiasmo mundano. Le tendió sus manos secas, quebradizas y con dos enormes diamantes —. Precisamente llegué hace cuatro días —continuó—, y me decía: «¿Veré al encanto de Jean-Noël? ¿Dónde estará? ¿Cómo encontrarlo? ¿Se acordará de mí?». Y tengo la alegría repentina de que me visite. Vamos, siéntese, cuénteme: ¿qué ha hecho usted en todo este tiempo? Dígamelo, quiero saberlo todo. Yo he tenido tantos disgustos, tantos trastornos...

Y fue ella la que habló, incansable, durante un largo cuarto de hora. Le dio su propia versión de la muerte de Ben. Para ella había sido «aquel espantoso Leluc, ya lo conoce usted», quien dio el golpe.

—Estaban solos en el *palazzo* cuando ocurrió aquel accidente inverosímil —dijo—; todos los criados estaban fuera, o lejos, en las cocinas. Bueno, ¿no le parece...? Y después, todos los quebraderos de cabeza de la sucesión. Ben dejó sus asuntos en un estado imposible; un maremágnum, querido, un verdadero maremágnum. Pero a pesar de tantas preocupaciones, me aburro, *caro*, me aburro. Viajo, voy aquí, voy allá, y jamás encuentro una chispita de felicidad.

Mientras hablaba, volvía hacia Jean-Noël su rostro remendado, aquella carne estirada a golpe de bisturí, máscara de la peor tragedia, la tristeza de envejecer, de haber dejado de ser deseable. Con todo, parecía que la representación durase demasiado, porque la frente y las aletas de la nariz ya habían recuperado parte de sus arrugas naturales, y de la máscara recompuesta no quedaba sino la cicatriz amarillenta y arrugada que la unía al pescuezo devastado, a las orejas alargadas.

Miraba a Jean-Noël con una intensidad creciente, turbadora, con sus ojos grises bajo los párpados arrugados, maquillados en vano con demasiada pintura nacarada y rímel verde. Y cuando tropezaba con su mirada no la abandonaba, parecía engullirla, aspirarla. Y los cartílagos de su viejo pecho se le alzaban.

—Es usted muy bello, querido —exclamó de repente—. Creo que no soy original, deben de decírselo a menudo. Pero ¿por qué las mujeres no tienen derecho a decirles a los hombres que son guapos, igual que los hombres se lo dicen a ellas?

Jean-Noël no sabía bien qué actitud tomar.

—Es usted encantadora —dijo cortésmente.

Ella le dio las gracias con una sonrisa que dejó al descubierto sus dientes descarnados y amarillentos por el tabaco.

—¡Ay, querido, el encanto eslavo! —contestó con una ironía afectada —. Yo siempre digo: «El encanto eslavo es una tiranía de la cual no pueden prescindir los tiranizados». Mi madre era rusa, ¿lo sabía usted? Sí, creo que ya se lo había dicho. Y mi padre era italiano. Yo pasé gran parte de mi infancia en San Petersburgo.

Jean-Noël temió que le contara toda su vida y le repitiera la doble historia de su familia desde los reinados de Vladímir el Grande y Cosme de Médicis. Sentía el fardo de angustia que le atenazaba las costillas y se preguntaba cómo lograría exponer el verdadero motivo de su visita.

—Bueno, querido, ¿y usted? —preguntó ella de nuevo—. Cuénteme, quiero saberlo todo. Sus amores...

Jean-Noël atrapó al vuelo aquella oportunidad por temor a que no se volviese a presentar.

—Mi querida Lydia... —dijo—. Me permite que la llame así, ¿verdad?

Sabía que a ella le encantaba que los hombres jóvenes la llamasen por su nombre.

—¡Claro, querido, naturalmente! —exclamó ella, mostrando todavía más los dientes amarillos y aprovechando la oportunidad para tomarle y sobarle la mano.

—Mi querida Lydia —repitió él—, he venido a pedirle que me salve la

vida.

—¿Cómo? No faltaba más, todo lo que usted quiera. ¿De qué se trata? ¿Un asunto de faldas? ¿Un asunto de pantalones? ¡Ay, queridísimo!, desconfíe de las mujeres demasiado jóvenes; son egoístas y atroces. Cuando yo era joven era un monstruo de maldad.

No le había soltado la mano.

—Lydia, ¿podría usted servirme de banquero por unos días? —dijo él.

—¡Naturalmente! —exclamó ella en el mismo arranque de entusiasmo.

Luego comprendió de qué se trataba. El fuego que brillaba en sus gastadas pupilas se extinguió bruscamente. Jean-Noël sintió que la mano seca aflojaba su apretón y se separaba de la suya. Y por enésima vez desde hacía varios días, Jean-Noël contó su historia, o mejor dicho, mintió por enésima vez de manera diferente. La vieja duquesa fingía escucharlo mientras rumiaba su decepción. «¿Qué me creía? ¿Que venía por mí, por el placer de mi presencia?», se decía. Ante aquella mirada ausente, indiferente, Jean-Noël sentía que una vez más se equivocaba de destinatario en sus mentiras. A Simon o a Valleroy era a quienes debería haberles hablado de grandes ingresos en perspectiva, de dificultades momentáneas de tesorería. Y a la duquesa de Salvimonte tendría que haberle dicho, simplemente, que había firmado cheques sin fondos, lo cual tal vez la habría divertido… Por un instante, Jean-Noël imaginó que sería más fácil matar a aquella vieja, aplastarle la cabeza contra el mármol de una consola, y huir con sus joyas, arrancarle aquellos dos diamantes que adornaban sus anulares descarnados y que brillaban mientras ella encendía un cigarrillo…

—Entonces, querido, ¿cuánto necesitaría? —preguntó ella un tanto impaciente, expulsando el humo.

—Doscientos cincuenta mil —dijo Jean-Noël.

—¡Vaya, vaya! ¿Doscientos cincuenta mil? Pero, querido, es una suma considerable… Ya sabe cuánto me gustaría hacerle un favor, pero creo que ni siquiera poseo esa cifra en este momento. Usted no se figura lo que cuesta hacer frente a los gastos de sucesión, mantener todas esas casas… Vivo en la miseria. Cuando lo digo la gente se ríe, pero es cierto, *caro*…

Se pintó tal angustia en las facciones de Jean-Noël que se sintió conmovida, no porque él sufriese, sino porque aquella angustia lo

embellecía aún más, le confería una especie de debilidad física que lo volvía más deseable.

—A menos, a menos —dijo fingiendo reflexionar— que le pida a mi banquero de Roma que me haga una transferencia aquí...

Observó cómo volvía la sangre a las mejillas del joven, cómo se le erguía el busto, cómo volvía a aparecer la luz en su mirada. Quiso contemplar de nuevo la conmovedora angustia que se había reflejado en él un instante antes.

—Pero no —dijo moviendo la cabeza—; no creo que mi banco italiano pueda... ¡Cuánto lo siento!

Jean-Noël palideció; unas gotitas le perlaron las cejas rubias y se llevó las manos a las sienes. Una agradable oleada recorrió las viejas caderas y el vientre de la Salvimonte. Le hubiera gustado conservar, prolongar aquella oleada... «En el fondo, mi dinero y yo somos la misma cosa. Puedo obtener cualquier cosa con mi dinero...» Veía a Jean-Noël a su merced; podía jugar con aquel hermoso muchacho, jugar con sus nervios y con las pulsaciones de su sangre. Y pensó en otros juegos...

—Vamos a ver, ¿es realmente tan grave...? —dijo.

—Lydia, le aseguro que si no encuentro esa suma tendré que matarme —contestó él, retorciéndose las manos.

—Vamos, vamos, querido; uno no debe suicidarse por asuntos de dinero. Sólo se piensa así a los veinte años. Escúcheme, queridísimo; voy a meterme en grandes apuros, pero no quiero dejarlo así. Vamos a ir juntos a mi banco...

Él le ofreció garantías, una hipoteca —la segunda ya— sobre Mauglaives. Ella rechazó la propuesta con un gesto desdeñoso... «¡Dios mío, cómo me aburre con sus enredos financieros!»; y dijo: —Sólo tendrá que firmar un papel; no sé cómo se redactan esas cosas... Es sólo para mí, para que no se me olvide; ¡soy tan despistada!

Jean-Noël se levantó, la agarró por los hombros en un arrebato sincero y exclamó: —¡Oh, Lydia, querida!, no se imagina cuánto se lo agradezco...

—¡Ay, querido! —contestó la vieja máscara con coquetería—, espero que me lo demuestre algún día.

Y le acarició las manos con sus diamantes. Jean-Noël miró el reloj. Eran las tres.

—¿Podemos ir al banco ahora? —suplicó.

—Sí, podemos —contestó ella sin entusiasmo.

Se levantó, se dirigió al tocador, anudó tres hileras de perlas como avellanas en torno a su cuello, que parecía un haz de serpientes muertas, y se puso un minúsculo sombrerito de paja negra lacada, cuyo elástico echaba hacia la nuca la raíz blanca de su pelo teñido de color caoba. «¿Y por qué voy al banco con él? —pensaba—. ¿Por qué no le firmo el cheque y le digo: “Ahora haga el amor conmigo"? ¿Por qué quiero que lo comprenda él solo? ¡Este pudor absurdo, que tanto me ha estorbado a lo largo de la vida! Además, no quiero parecerme a esas viejas horribles que compran a los muchachos. Por otra parte, doscientos cincuenta mil francos es demasiado caro».

—Pero sólo puedo prestárselos tres días, ¿sabe? —dijo.

—Sí, sí —contestó Jean-Noël—. Le prometo que dentro de tres días...

Una vez en el ascensor, ella dijo:

—Mañana toca en la Ópera la orquesta filarmónica de Berlín. ¿Quiere venir conmigo?

—Con muchísimo gusto —contestó Jean-Noël.

Salieron del Ritz y subieron al taxi que acababa de llamar un botones. De repente, la duquesa exclamó: —¡Oh, me había olvidado por completo! A las cuatro tengo hora con un astrólogo, un mago, ¿sabe?, que me recomendó una amiga. Parece que dice cosas extraordinarias. Venga conmigo. Así sabremos todo su porvenir y si se arreglarán sus asuntos.

—Pero ¡el banco va a cerrar! —dijo Jean-Noël.

—Sí, pero eso no tiene importancia, querido. Vuelva a verme mañana e iremos juntos al banco.

Buscó una dirección en su bolso y se la gritó al chófer.

VIII

El apartamento de la calle de Verneuil, donde Simon no había vuelto a poner los pies desde hacía quince años, no había cambiado. El papel de las paredes tenía quince años más, así como el desgaste de los sillones. La luz que entraba por las bajas ventanas del entresuelo también parecía haber envejecido.

Yvonne Lachaume, siempre sosa, siempre linfática, pero un poco más amazacotada, con el pelo encanecido y la tez amarillenta, rondaba la cincuentena. La alianza seguía estrangulándole ligeramente el dedo.

—¿Te acuerdas? —dijo—. No teníamos suficiente dinero para comprar dos alianzas, así que sólo compraste la mía. Parece que de nosotros dos, la única que quedó ligada fui yo.

Su tono de voz era de una falsa ironía indulgente que en cada palabra insinuaba un reproche. Su mirada plácida, atenta, no mostraba ni sorpresa ni cólera, ni ternura ni perdón, sino que tan sólo parecía decir: «Podría quejarme, podría reclamar, podría agobiarte. Ya ves lo bien que me porto. Sigo callada, pero no por eso dejo de pensar lo que pienso. Y ahora, ¿qué quieres de mí?». Sobre la mesa del salón-comedor había una labor de costura, la misma enagua de seda, le pareció a Simon, que estaba haciendo quince años antes, cuando él se fue.

—Sí, tengo una tienda de lencería con una amiga mía —le explicó—. Vamos saliendo adelante. Es la señora Marin; te acuerdas de ella, ¿no? La mujer de uno de tus colegas del liceo Louis-le-Grand. Era profesor de historia; se murió… ¡Ah! El otro día pasé por la calle Lhomond. ¿Te acuerdas de nuestro primer apartamento? Bueno, pues demolieron la casa para construir en su lugar el hospital Curie. Creo que allí es donde fui más feliz.

Simon había llegado hacía menos de diez minutos y ya estaba harto de su «¿te acuerdas?» o «¿lo recuerdas?», repetido a cada instante. Aquella mujer parecía no haber tenido otra función en el mundo que la de conservar los recuerdos que él había querido borrar, y la de perdurar como testimonio inmóvil de sus años lejanos de mediocridad. Durante quince años había rumiado aquellos recuerdos, y se relamía como con un mal regusto.

En quince años él había ejercido cien funciones diferentes y había subido todos los peldaños de la jerarquía social, desde la oscuridad hasta el poder; se había acostado con mujeres bellas, ricas o influyentes; había dirigido un gran periódico; se había dirigido a las

multitudes y las había representado en el Parlamento; había discutido en Consejo de Ministros, en el palacio del Elíseo, acerca de la suerte y las necesidades de un imperio de cien millones de seres humanos. No obstante, en los ojos de Yvonne, que lo observaba sin tregua de la cabeza a la punta de los zapatos, leía: «Yo te conocí pobre, yo te conocí cuando no eras nada. Te vi corregir con tinta roja los ejercicios de los estudiantes del liceo, y sudar de angustia con tu primer artículo. Los demás pueden considerarte un hombre autoritario y triunfador, pero yo te recuerdo ambicioso, flaco y mal vestido, y aprecio esa imagen más que ninguna otra cosa, porque soy la única que la posee y porque me permite, a mí sola, mirarte sin sentirme obligada a mostrarte respeto...». Se dirigió a una mesita, tomó una vieja carpeta de cuero repujado, objeto feo y gastado que databa de la calle Lhomond («tu carpeta, ¿te acuerdas?») y que estaba lleno de recortes de periódicos.

—Te he seguido; sé todo lo que has hecho —dijo—. Y las almas caritativas se encargaban de informarme de tus aventuras...

Comprendió que durante todo aquel tiempo, ella había recortado de los periódicos que leía los artículos que se referían a él, los discursos que pronunciaba, sus fotografías, pero lejos de emocionarse ante aquella solicitud, sólo sintió desprecio. Se imaginaba a Yvonne representando, durante quince años, frente a la señora Marin, frente a las dientas de su tienda de lencería, frente a los proveedores del barrio, su papel de esposa abandonada, de primer amor del gran hombre, y pavoneándose en su tristeza digna, creándose su miserable aureola a partir del nombre que él se había hecho sin ella, porque aquel papel ingrato pero fácil era el único que podía mantener. Seguro que atosigaba a las diez personas que debían de constituir su escaso círculo de amigos con frases como éstas: «Mi marido, Simon Lauchaume... Cuando mi marido era profesor... ¿A su marido le gustan las lentejas? Al mío también; yo se las preparaba varias veces por semana; como no éramos ricos...». Y los otros dejaban que los aburriera, complacidos con su ínfimo papel de confidentes de tragedia.

«¿Por qué me casé con ella? —se preguntaba—. ¿Acaso tenía los ojos bonitos? No, en absoluto. De joven era exactamente igual que hoy a los cincuenta...» Con todo, existían hombres —y Simon conocía algunos— que, a la par que coleccionaban amores pasajeros, tenían una esposa que habían podido conservar a lo largo de su ascensión, con la cual se sentían felices de contemplar el camino recorrido, con la cual podían enternecerse cuando hablaban de los comienzos compartidos. ¿Acaso aquellos hombres estaban mejor dotados que él para la dicha? ¿Quién era el culpable, él o Yvonne? Se reconocía

culpable de un error de elección, indiscutiblemente. En cuanto a lo demás… Para justificar sus rupturas, acostumbraba a decir: «Cuando un hombre deja a una mujer es porque ella no ha sido capaz de conservarlo». Miró a la suya y pensó: «Merecía un destino de trastienda; pues lo ha tenido».

—¡Mira! —dijo Yvonne con una sonrisa—; sigues haciendo el mismo gesto para limpiar las gafas con los pulgares. Uno envejece, pero en el fondo cambia poco.

—Y tú, ¿no has reorganizado tu vida… sentimental? ¿No has tenido amantes?

—¡Oh, no! —dijo ella, sin inmutarse—. Ya sabes que yo estoy hecha para pertenecer a un solo hombre.

No le cabía ninguna duda. Había llevado su venganza hasta el extremo de mantenerse irreprochable. Era manifiesto que se había complacido en su actitud de mártir, y hacía odiosa su virtud.

—No creas que siempre era agradable. Yo tenía temperamento, como cualquier otra; supongo que te acordarás —agregó volviendo la cabeza a un lado y engallándose con pudor, con un movimiento de pescuezo que se parecía al de los gansos.

Sintió ganas de abofetearla, pero no había ido allí para eso. De la manera más suave y gentil que le fue posible expuso su intención de divorciarse. No había ningún motivo para prolongar aquella situación absurda. Puesto que su separación era una situación de hecho, tanto daba que se convirtiera también en una situación de derecho. Por otra parte, para él… Intuyó en los ojos de Yvonne un destello de alegría malvada y comprendió que la cosa no iba a resultar fácil, pero no por eso dejó de hablar. El procedimiento más sencillo, el más rápido, el menos costoso, sería que ella pidiese el divorcio. Él no comparecería y sería condenado. Se trataba de un procedimiento trivial del que él se haría cargo y que a lo sumo podía terminar en dos meses.

—¿Y por qué tanta prisa, así de repente, después de quince años? —preguntó ella.

—¡Oh, amiga mía!, no veo por qué debería andarme con rodeos contigo! —dijo él.

Le contó la verdadera razón. Iba a tener un hijo, y deseaba poder educarlo, darle su nombre.

—Yo no tengo ningún motivo para pedir el divorcio —dijo ella con mucha calma—. ¿Por qué hoy y no el año pasado o hace diez años?

—Cuando digo pedirlo, no se trata, te lo repito, más que de una cuestión de procedimiento.

—No… Yo no te reprocho nada. Te comprendo perfectamente, no te guardo rencor, ¿sabes?, pero no tengo ningún motivo para cambiar.

—Pero ¡si yo cargo con todo!

—Te repito que no te reprocho nada.

Él le ofreció dinero, una suma de inmediato y una elevada pensión. Ella tuvo un breve instante de vacilación, pero luego se obstinó en su negativa. Le interesaba algo mucho más precioso que las ventajas pecuniarias. ¿Cuántas veces desde su separación había esperado, había imaginado esa escena? Quince años tragándose la humillación, quince años conteniendo un mediocre «temperamento», quince años de paciencia merecían un pago que no podía traducirse en las cifras de un cheque. «Me esperaba a la salida, como dicen los colegiales. Me esperaba a la salida de la vida… ¿Habré entrado en el periodo de los reveses?», pensó Simon con angustia.

Ya no era ministro, porque no le habían ofrecido la cartera a la cual se creía con derecho. Y el otro día había sentido un instante de miedo frente a la tentativa de chantaje de Jean-Noël, que le había dejado muy mal sabor de boca. Y ahora Yvonne, envejecida, sosa, estúpida, olvidada, muerta para su memoria, se erguía frente a él, terca, obstinada, inerte como un cadáver. ¿Acaso le había llegado la hora de rendir cuentas? Ahuyentó el pensamiento.

Recuperó la calma, insistió, se explicó, apeló a su sensibilidad. ¿Quería privarle Yvonne de tener un hijo?

—Nada te impedía haberme dado un hijo a mí en otros tiempos —dijo ella—. Además, si esa mujer te quiere tanto, puede tenerlo sin necesidad de casarse contigo. No sería la única. —Estaba enrocada en una frustración ciega—. Nadie ha pensado en mí durante quince años, ¿no es cierto? Ninguna de las hermosas damas que se han metido en tu cama se han preguntado por mi existencia. ¿Por qué debería ponerme en el lugar de otra…? Sería demasiado fácil. Tener veinte años, quedarse embarazada y convertirse en la señora de Lachaume para aprovecharse de todas las ventajas, mientras que yo tuve que soportar todos los años malos del principio y, después de eso, ¡nada!

—¿Sabes? —dijo Simon mirándola de hito en hito—, siempre he pensado que las mujeres suelen justificar, una vez que se las ha abandonado, las razones que uno ha tenido para hacerlo.

Pero Yvonne Lachaume no era sensible a esa clase de retórica.

—¡Oh, ya lo sé, te conozco! —dijo—. Cuando quieres conseguir algo no te rindes... ¡A propósito!; tengo aquí unos papeles tuyos, que te dejaste en casa. Los guardé por si alguna vez llegabas a necesitarlos.

Buscó en un cajón un legajo de cuartillas que colocó delante de Simon. Él reconoció su letra de antaño, más ancha, más lenta, menos segura. Releyó un montón de frases inútiles, de borradores llenos de tachaduras, de citas tomadas de los autores que leía en aquella época, anotaciones para poemas que nunca había escrito: «Sueño. Incluso a través de nuestros párpados cerrados, nuestras miradas siguen juntas... El amor y el sufrimiento. Así como el desdichado viene a confiar su pena, yo vine a confiarte mi amor... Aunque el rayo cayera entre nosotros, no lograría separarnos...». «Fui yo quien escribió estas tonterías —se decía Simon—. ¡Y para ella! Es preciso tener verdadera necesidad de volcar en otro los impulsos de nuestro corazón para tomar a una mujer cualquiera, a la primera que se presenta, y convertirla en destinatario de todo ello. ¿Qué espera conseguir enseñándome estos papeles? ¿Enternecerme, acaso?» Yvonne había cogido la enagua de seda rosa que estaba encima de la mesa y continuaba el dobladillo.

—Puedes tirarlo todo al fuego. O mejor lo haré yo mismo —dijo Simon, guardándose los papeles en el bolsillo, para mayor seguridad—. ¿Y si soy yo el que pide el divorcio? Siempre hay una manera, ¿sabes?; siempre se encuentra alguna razón. Y si no existe, se inventa.

Había perdido la paciencia y la prudencia.

—Hazlo, Simon; hazlo si quieres, nadie te lo impide —dijo ella—. Pero yo sé el tiempo que lleva eso, si uno de los dos no está de acuerdo. Y después se puede apelar. Tu hijo tendrá siete años...

«¡Y pensar que todos los días algún camión o algún autobús atropella a gente, y que a ella no le ha sucedido nada de eso!», pensó Simon.

—Entonces, te niegas. ¿Estás completamente segura?

Ella meneó la cabeza con una sonrisa, encantada de ver cómo lo invadía la cólera y el sufrimiento.

—¿Te has obstinado en convertirme en enemigo tuyo?

—¡Oh! Con la amistad que me has demostrado, no creo que suponga una gran diferencia —le contestó ella.

—Pero, en fin, ¿qué pretendes, si quieres seguir siendo mi mujer? ¿Qué quieres?, ¡dilo! —gritó él—. ¡Molestarme, perjudicarme, vengarte, eso es todo!

Ella se había levantado. Por un instante su ironía hostil y plácida desapareció.

—Yo me digo que algún día serás viejo, que tal vez me necesites y que entonces volverás.

Simon la miró con la misma intensidad y franqueza.

—Entonces escúchame bien, Yvonne: ni aunque estuviese ciego y amputado de los cuatro miembros querría nada de ti.

Ella bajó la cabeza.

—En esas condiciones —contestó lentamente—, reconocerás que pueda quedarme el placer de la venganza.

Mientras Simon la tuvo delante, todas sus fuerzas estuvieron consagradas por completo a odiarla. Sólo al hallarse otra vez en la calle, al pensar en Marie-Ange y en el niño, pudo medir la magnitud de su derrota y de su tristeza.

IX

El 5 de abril de 1939, a lo largo de la carretera de París a Versalles, habían sido desplegadas importantes fuerzas de policía. Los tenderos de las aglomeraciones de los arrabales, de pie en las aceras, y los campesinos agrupados en las encrucijadas miraban pasar los coches oficiales y se entretenían reconociendo las caras de los políticos. De vez en cuando estallaban en aplausos, demasiado tardíos, cuando el destinatario de sus elogios ya estaba lejos.

Hacía más de una hora que duraba el desfile y su fin estaba lejos, porque no sólo las dos Cámaras en pleno, sino los altos funcionarios,

el cuerpo diplomático y gran parte de la sociedad parisina más influyente se dirigían a la elección del Presidente de la República. La guarnición de Versalles estaba preparada para desfilar; un servicio de orden considerable dividía aquel río de automóviles y lo canalizaba hacia las explanadas reservadas; en las rejas del castillo ondeaban las banderas; los mirones se amontonaban en torno a los coches con escarapela, cuyos chóferes se envanecían; los fotógrafos de los periódicos corrían por el empedrado; los reporteros de actualidades cinematográficas se emboscaban en lo alto de las escalinatas, y los escuadrones de la Guardia Republicana, al trote, con las crines al viento, devolvían a la antigua ciudad real, de costumbre apacible como un museo, parte de los faustos olvidados.

Simon Lachaume llegó temprano al hotel Trianon. Las mesas para el almuerzo habían sido dispuestas por todas partes: en la gran galería de columnas, en los salones y hasta en el vestíbulo. Los jardines, la terraza, el vestíbulo y el vestuario ya estaban invadidos por diputados, miembros de los gabinetes ministeriales y periodistas en busca de rumores.

—La mesa de la señora Bonnefoy es de veinte cubiertos, ¿verdad, señor ministro? —dijo el director del hotel, un hombre joven, cortés y tranquilo, que saludaba a cada uno de sus clientes como si fuera el único cliente del día, y con gestos, señales y movimientos de los párpados dirigía a un personal multiplicado.

Aquel director necesitaba una gran seguridad en la mirada y mucho tacto profesional para reconocer a algunos de los clientes asiduos de su casa y fingir no reconocer a otros. No en vano, aquel día oficial veía a parejas legítimas que había visto llegar allí en otras ocasiones con otros acompañantes, en visitas más discretas.

El hotel Trianon-Palace, una inmensa construcción de arquitectura clásica, construida en hermosa piedra de talla poco antes de la guerra de 1914, y que en 1919 había alojado a las delegaciones del tratado de paz, se había convertido, desde aquella época, en una especie de institución. El Trianon constituía la primera etapa, falsamente misteriosa, de muchos viajes de bodas, y sus registros guardados bajo llave conservaban el rastro de todos los adulterios de la sociedad parisina. Muchos escritores, perseguidos por el fisco o por su editor, iban allí a proteger su labor en un pretendido retiro, y eran muchos los políticos que entre dos semanas de interpelaciones parlamentarias iban allí a relajarse. Pasos ilustres habían recorrido los grandes corredores quedos y claros; rostros que ya reproducían los diccionarios habían meditado frente a las altas ventanas que daban al parque. Y

por una tradición que como no se renovaba más que de siete en siete años siempre parecía nueva, era allí donde se realizaba, antes de la elección presidencial, «el almuerzo de los Trianones», el extraordinario banquete de más de cien mesas en el que las mujeres más influyentes de París, los directores de los grandes periódicos y algunos poderosos personajes de la fauna republicana reunían a los amigos con quienes querían ser vistos.

—Seremos veinticuatro o veinticinco —dijo Simon.

En nombre de Marthe —con la cual, por otra parte, compartía los gastos— había hecho algunas invitaciones de última hora, y no había podido negarle a Marie-Ange que invitara a Jean-Noël, que deseaba asistir con una duquesa italiana.

—Ya nos arreglaremos, quédese tranquilo, señor ministro —dijo el director—. ¡Ah! El señor Wilner, que está aquí trabajando (almuerza en su mesa el señor Wilner, ¿verdad?), me ha encargado que le rogara que suba un momento a su habitación, si tiene un instante.

—¿Hace mucho que está aquí?

—Unos quince días, pero ¡no crea usted que eso me simplifica la vida! —dijo suspirando el director—. Me causa más quebraderos de cabeza que mil personas juntas, como hoy. Pero no tiene la menor importancia; lo aprecio mucho.

Simon tomó el ascensor y subió al apartamento que ocupaba el dramaturgo. El viejo minotauro del teatro recibió a Simon con alegría. Llevaba un batín a cuadros sobre los hombros, como una capa.

—¡Gracias, amigo mío! Ha sido muy amable viniendo a verme —dijo —, porque dentro de un rato, en ese almuerzo del cual me congratulo, no vamos a poder hablar con tranquilidad. Y quería preguntarle...

Hacía varios meses que Simon no veía a Édouard Wilner. Lo encontró cambiado, sin poder precisar en qué. No había ni un asomo de abatimiento en el enorme cuerpo del viejo; su voz ronca era la misma de siempre, y la especie de fuelle de órgano, que parecía lanzar las frases fuera de su garganta, no se había debilitado. Con todo, había algo diferente. La mirada, tal vez...

—Es absurdo —siguió Wilner—; le rogué que subiera porque quería hacerle una pregunta concreta, pedirle una información técnica..., y ya no me acuerdo de qué se trataba. Pero lo voy a recordar.

Se pasó la gigantesca mano fofa por la frente.

—Entonces, ¿puedo irme, maestro? —preguntó una voz femenina y juvenil, que hizo dar un respingo a Simon.

Se volvió. Al entrar no había visto, porque la puerta se la ocultaba, a aquella muchacha tendida, desnuda de pies a cabeza sobre un sofá. No tenía ni veinte años. Tenía el pecho poco desarrollado aún, los bellos muslos largos y carnosos, y la piel tersa y ambarina. El pelo negro, largo y rizado, le caía hasta los hombros, y su mirada era singular, a la vez provocativa y falsamente sumisa. Más que la desnudez, era la mirada la que resultaba impúdica. Y la voz, con su candidez impostada, era igual de falsa. «Estoy desnuda, sí, ¿qué tiene de raro? ¿Acaso no soy bonita?», parecía decir, mirando a Simon con una tranquilidad turbadora.

—Es Lucienne, mi modelo —explicó Wilner—. Sí, hija mía, puedes irte. Porque he descubierto una cosa, mi querido amigo —prosiguió, dirigiéndose a Simon—: que nosotros, los escritores, necesitamos modelos, exactamente igual que los pintores. Eso me ayuda mucho...

Entonces ¿era cierto lo que contaban?, pensó Simon. ¿Que Wilner ya no podía escribir si no tenía tendida ante sus ojos a una muchacha desnuda, que alquilaba a tanto la hora? Y la gente hablaba de su extraordinario amor a la mujer, de su necesidad de la mujer, hasta el final, como inspiración... A los setenta y ocho años...

—¿Y sabe usted quién es? —continuó Wilner, señalando a la «modelo»—. Es la hija..., en fin, la falsa hija de Sylvaine. ¡Sí, sí, exacto! Los gemelos, los dos millones de Lulu; en fin, toda esa historia que usted conoce mejor que yo, y a causa de la cual el pobre Lulu Maublanc, que por otra parte no valía gran cosa, terminó en el asilo, mientras Noël Schoudler le robaba su fortuna. Como era de prever, Sylvaine nunca se ocupó de ella, pero de todas maneras la pequeña lleva oficialmente su nombre. Así que hace esto y muchísimas otras cosas para fastidiar a su madre postiza, ¿verdad, Lucienne? Y yo le doy la razón, además. Así nos vengamos un poco, ¿no le parece, mi querido Simon?

Simon se había puesto pálido. ¡Lucienne...! Miraba a aquella muchacha alta, más alta de pie de lo que le había parecido acostada, que erguida sobre sus finos pies planos se vestía con sumo impudor, mostrándole todos los detalles de su cuerpo. Observaba a Simon a hurtadillas, con su eterna candidez fingida y un poco socarrona, pero en el fondo de su mirada brillaba el resplandor de su extraña

venganza, la alegría de aquella degradación que ejercía sobre sí misma para castigar a unos progenitores que jamás había conocido, para castigar a seres que se habían servido de su nacimiento como de una mercancía y que luego la habían condenado a una infancia solitaria, a una adolescencia desesperada. «¡Lucienne! La pequeña Lucienne que un día llevé de la mano a casa de Isabelle, que quería adoptarla —pensaba Simon—, y a la que tuve que ir a buscar al cabo de una semana, porque Isabelle había cambiado de opinión». ¿Lo reconocía ella? Seguramente no, gracias a Dios, pero seguro que se acordaba de aquella horrorosa escena. Simon echó cuentas; Lucienne no podía tener más de diecisiete años.

Lulu, Schoudler, Sylvaine, Isabelle…, ellos y otros, todos aquellos seres, por una especie de fatalidad implacable, acababan castigándose los unos a los otros por la mezquindad de sus almas, por la ignominia de sus placeres y por el egoísmo de su vida. Aquel mundo maldito hallaba su expresión, su culminación, su símbolo, en aquella adolescente que ni siquiera era hija de dicho mundo, y que a la edad de los sueños y de la temerosa pureza ya sólo se podía mancillar y destruir a sí misma. «¿Cuál será mi castigo por haber participado en todo eso, por haberlo compartido todo? —se preguntaba Simon—. Pero ¿acaso es forzoso recibir un castigo? ¿Wilner también está sufriendo un castigo? Ha tenido sus épocas de sufrimiento, como todo el mundo, pero tiene casi ochenta años, todavía escribe, todavía tiene éxito… Es tan feliz como pueda serlo un anciano… El destino no le pide cuentas».

—¿Tengo que venir esta tarde, maestro? —preguntó Lucienne.

Wilner reflexionó.

—Sí —dijo—, ven a las cinco, pequeña. Creo que terminaré la escena de amor… Es muy importante tener una modelo —continuó, dirigiéndose a Simon—; sobre todo ésta, que tiene facultades y que adopta todas las posturas que deseo. Por ejemplo, representa lo que mi personaje espera de su compañera y lo que le sugiere en réplicas en que el decoro del lenguaje sólo disfraza el verdadero sentido para las mojigatas y los donceles.

Lucienne, ya vestida, esperaba.

—¿Qué quieres? —preguntó Wilner—. ¿Dinero? Pero ¡si ya te di ayer! ¿Quieres el dinero de la sesión de esta mañana? Bueno, como a ti te parezca.

Le dio un billete de cincuenta francos. «¿Los necesitaba —se preguntó Simon—, o aquello también era una provocación, un alarde de su caída?»

—Gracias, maestro, hasta la tarde… Hasta la vista, señor —le dijo a Simon.

Simon le tendió la mano, como si con aquel gesto quisiera dignificarla, demostrarle que no la despreciaba, pero ella le tomó la mano, indiferente, mirando a Simon a los ojos de una manera oblicua que parecía decir: «Si quiere mis señas, estoy a su disposición. Es lo menos que puedo hacer por los políticos, especialmente por los que han sido amantes de mi madre postiza».

—Además, ¿sabe usted, amigo mío? —le dijo Wilner a Simon cuando hubo salido Lucienne—, voy a hacerle una confidencia; el único medio de calmar mis imaginaciones eróticas y de conservar el espíritu libre mientras trabajo es tener ante mí una muchacha desnuda. —Se acercó a la mesa de trabajo, inclinó la nariz sobre las cuartillas desperdigadas y pareció olfatear su propia letra—. Estoy escribiendo una obra candente —continuó—, una obra tocada por el siroco de la pasión. Y ante la pasión que experimenta la mujer, el hombre trata de mantener la integridad. Escuche esta réplica que he escrito esta mañana, amigo mío: «Si me preguntas cuánto tiempo te amaré, te responderé que siete días, para no comprometer más tiempo del que Dios necesitó para crear el universo». Es bonito, ¿verdad? ¿Le gusta?

—Mucho —contestó Simon.

Pero para sus adentros, Simon se preguntaba: «¿Por qué Édouard Wilner sigue escribiendo?». Nada, ni la necesidad de dinero ni la necesidad de gloria, obligaba a Wilner a seguir trabajando, a agregar una pieza a las cincuenta y tres que componían su obra y en las cuales dejaba un testimonio de primer orden de la sociedad y de las costumbres de su época. Sus comedias más célebres se reponían regularmente, tanto en Francia como en el extranjero. Habría podido pasar sus últimos años sin escribir una línea, y ello no hubiera mermado ni sus rentas ni los honores que lo colmaban. Si Wilner seguía escribiendo, con un pensamiento debilitado, un estilo pasado de moda y un esfuerzo heroico, no era sino por necesidad interior, porque la creación literaria había sido su verdadera función en la especie humana y el cumplimiento de aquella función le resultaba tan necesario como respirar.

—Pero ¿qué quería preguntarle yo? —prosiguió Wilner—. Sé que es

acerca de algún político, de un presidente del Consejo que sale en mi obra... ¡Es absurdo! —Volvió a pasarse la mano por la frente, con el mismo gesto que tanto le había impresionado a Simon—. Creo, amigo mío —dijo Wilner—, que estoy perdiendo la memoria. Es un fastidio. Y además, ahora me canso... Me cuesta trabajo poner en marcha el pensamiento... y ya no me atrevo a tomar medicamentos energéticos. Me pregunto si la droga que da un latigazo al organismo no se venga luego acortando la duración de éste. Por una hora de euforia brillante, la vida mengua otro tanto, y a mi edad ya no se puede seguir jugando con lo que a uno le queda.

Meneó tristemente su gran cabeza de divinidad taurina.

—Vamos, vamos; todos nos olvidamos de alguna cosa a veces —dijo Simon—. Ya lo recordará; llámeme entonces por teléfono. ¿Bajamos ahora?

—Sí, vamos a almorzar.

Wilner se quitó el batín a cuadros, lo arrojó sobre el respaldo de un sillón y abrió un armario para sacar la corbata y la chaqueta. En el armario, Simon entrevió una colección increíble de batines; había de lana beis, de estampado escocés verde y amarillo, de terciopelo azul, granate o dorado, de seda ligera, florida, de inspiración persa, de telas bordadas, otros con los bolsillos descosidos, los codos gastados o las solapas quemadas por un cigarrillo, algunos ornados con elegantes cordones o flecos deslucidos, debía de haber una treintena de batines colgados en sus perchas uno junto al otro.

—¡Cómo! ¿Anda usted de un lado a otro con todo eso? —exclamó Simon.

—¡Siempre, mi querido amigo, siempre! ¡Y Dios sabe desde hace cuántos años!

—¡Qué raro!

—No, no es nada raro, es naturalísimo —dijo Wilner—; usted lo comprenderá. Uno no puede llevar consigo a todas partes las fotografías de todas sus amantes; sería comprometedor para las antiguas y molesto para las nuevas. Además, ¿qué es una fotografía? Una imagen desalmada, apagada, vestida, para todo el mundo... Mientras que cuando están desnudas, nuestras amantes se ponen nuestros batines. Se los enfundan para asomarse al balcón una hermosa mañana de domingo en un hotelito de la Bretaña, o a orillas del Loira; los usan para no ponerse, justo después del placer, la faja,

las ligas, sus pertrechos de goma y de encajes, y prolongar un poco su sueño antes de bajar a la calle, de volver al apartamento de su marido y a sus mentirijillas… Todas ellas se ponen nuestro batín, al menos una vez, para ir a hacer pipí… Le imprimen la forma de su cuerpo, el tacto de su piel y sus perfumes secretos… ¡Por eso digo que son muchísimo mejores que las fotografías! Ahí está toda mi vida amorosa… En italiano, el batín de andar por casa se llama *vestaglia*, ¡una palabra mucho más bonita! El fuego, el templo y los gestos sagrados… Mire, éste —Wilner tocaba un batín de terciopelo color burdeos— guarda para mí ocho mujeres; este otro sólo cinco. Éste —alisaba uno de seda a rayas doradas y negras— es de una inglesita que murió estúpidamente en un accidente de coche al día siguiente de haberse entregado a mí. Se había arremangado y, como ve, nunca he vuelto a bajar las mangas… En éste todavía hay pintalabios rojo de nuestra querida Marthe…

Viejo Barba Azul mundano, Wilner revolvía con delicadeza el armario y acariciaba con su enorme mano pálida y fofa los cadáveres de tela. Cerró la puerta.

—Además —prosiguió mientras se anudaba la corbata—, también me resulta muy útil para mis personajes; es otra especie de fichero. De vez en cuando saco uno y se lo hago poner a mi modelo. Le digo que camine con el batín puesto, que vaya al cuarto de baño, que vuelva, y entonces los recuerdos me invaden…

Simon pensó que Wilner debía de pedirle a Lucienne que desfilara con los batines que en otro tiempo llevaba Sylvaine. «Por lo menos hay tres amantes mías en ese armario; Sylvaine, Marthe e Inès… Dentro de un rato estarán aquí, en el almuerzo», se dijo Simon.

De repente, Wilner lanzó un bramido trágico, cerró los ojos y se llevó la mano al corazón, mientras exclamaba: —¡Es horrible!

Simon lo creyó víctima de una crisis cardíaca.

—¿Qué tiene, Édouard? —preguntó inquieto.

—Es horrible… —repitió Wilner—. ¿Sabe usted lo que acabo de recordar, por culpa de los batines? ¡Ay, amigo mío, no podía sucederme nada peor! ¿Ha visto alguna vez una obra mía titulada *La intrusa*? Pues la obra que estoy escribiendo ahora, con tanto esfuerzo…, ya la escribí hace treinta años. Es *La intrusa, es* exactamente igual; el mismo tema y casi los mismos personajes. ¡Y lo que me ha costado, en los últimos tres meses, volver a escribirla,

creyendo que era otra pieza nueva! ¡Ay, es horrible! Por culpa de ese batín, el negro... —Gigantesco y derrotado, con la espalda apoyada en la pared, sacudía la cabeza—. ¿Y ahora qué voy a hacer, qué voy a hacer? Sobre todo, no se lo cuente a nadie, amigo mío, se lo ruego —dijo agarrando las manos de Simon. Permaneció largo rato en silencio—. No, en el fondo no es la misma obra. Creo que debo continuarla —dijo, a modo de consuelo irrisorio—. Pero ¡qué cuesta arriba va a resultarme!

«Antes me equivocaba al creer que Wilner no sufría; él también tiene su castigo», pensó Lachaume. Y contempló con una gran piedad a aquel dramaturgo glorioso, cuyo talento había desmenuzado a todos los hombres y a todas las mujeres de su época, y que se veía reducido, como una vieja muela de molino condenada a girar indefinidamente, a no tener ya nada que desmenuzar más que su propio polvo.

X

EN ESTA SALA, EL 7 DE MAYO DE 1919,

EL SEÑOR GEORGES CLEMENCEAU,

PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA DE LA PAZ,

ENTREGÓ A LOS DELEGADOS DE ALEMANIA

LAS CONDICIONES

DEL TRATADO DE PAZ DE VERSALLES

Este texto, grabado en mármol, decoraba el inmenso comedor del hotel donde unas seiscientas personas acababan de sentarse a la mesa, con un ruido que se parecía al de la inauguración de una feria o de unos comicios. Del 7 de mayo de 1919 al 5 de abril de 1939 mediaban veinte años menos un mes.

—La sopa popular de los ricos —dijo Wilner al entrar en la sala. Luego, agarrando del brazo a Simon, agregó—: ¿Oye usted ese murmullo, amigo mío?

—¿Qué murmullo? —preguntó Simon, que sólo oía el alboroto.

—El gran murmullo de la multitud: «Wilner, Wilner, Wilner…». ¿No lo oye usted? Es mi nombre, querido amigo, que está en boca de toda esa gente.

No estaba del todo equivocado, pero si hubiera estado atento a otro sonido, también habría podido oír: «Lartois, Lartois», o bien: «Ahí está Lachaume, Lachaume, es Lachaume». Porque todo el mundo nombraba a todo el mundo; se señalaba con el dedo a los recién llegados, se cambiaban miradas, signos, los unos tropezaban con los otros, se volvían en sus sillas, se lanzaban palabras que se perdían en el tumulto y se respondían por medio de gestos desesperados, para dar a entender que no habían oído nada.

La mayoría de los invitados de Marthe Bonnefoy ya había llegado. Simon ya no era ministro, pero había querido que su antigua amante reuniese a sus amigos más brillantes a fin de dejar bien sentado que su prestigio y su poderío seguían intactos. Los fotógrafos ametrallaron largamente aquella mesa donde se congregaban dos embajadores, dos duquesas y varios ministros o ex ministros; con sus objetivos captaron, como ilustraciones de aquella jornada histórica, la boca abierta de la señorita Dual, de la Comedia Francesa, a punto de comer una rodaja de langosta, y al ilustre músico Auguérenc, sonándose bajo la mirada de Inès Sandoval, y al pintor Anet Brayat con un mondadientes plantado en la barba, y al académico Émile

Lartois pasándole la pimienta a Édouard Wilner.

Simon se regocijaba de que al día siguiente toda Francia pudiera verlo en la prensa, con la copa en alto, en conversación tripartita con los embajadores de Inglaterra y de Italia; un pequeño éxito de diplomacia personal que sus colegas del Parlamento deberían tener en cuenta. En otro orden de cosas, al invitar a Sylvaine Dual, Simon había borrado de un plumazo sus antiguas desavenencias de los últimos dos años. Él había hecho el primer gesto, el gesto de la mano tendida, en público. Por aquel entonces, Simon quería quedar bien con todo el mundo.

—Entonces, ¿es cierto que va a ser reelegido Lebrun? —le preguntaban sus vecinos—. ¿Y cuántas vueltas cree usted que habrá? ¿No cree que podría producirse una sorpresa en el último momento?

Simon explicó los tratos, las negociaciones que se habían llevado a cabo los últimos diez días, y cómo el presidente de la República saliente, tras haber dejado al Parlamento en la incertidumbre, había anunciado que se presentaría de nuevo, se había echado atrás al instante por miedo a no obtener la mayoría y en el último minuto había retomado su decisión, a condición de que los presidentes de las Cámaras y de los partidos de la mayoría hicieran todas las gestiones en su lugar y le asegurasen que no se le opondría ningún adversario. Entretanto, Laval empujaba a Bouisson, mientras los radicales apoyaban la candidatura de Queuille. No obstante, el Senado había hecho una ofensiva sobre la Cámara y finalmente, Simon, como tantos otros, iba a votar a un candidato que no era el suyo y que ni siquiera sabía si quería ser candidato..., porque ante la inminencia de una guerra habían obedecido a esta consigna: «Nada de aventuras. Francia necesita una figura respetada por todos, un hombre enérgico que ya haya demostrado su valía y que haya logrado salir airoso de siete años de mandato».

—¿Así que usted también cree que la guerra es inevitable? —preguntó la duquesa de Giverny—. ¿Cree que utilizarán gases?

Porque para toda aquella gente que estaba allí reunida y que constituía la clase dirigente de Francia, la guerra era casi una certidumbre, pero no por eso dejaban de devorar carnosas langostas, *foie-gras*, suculentas aves ni de beber champán, con un despliegue de vestidos, joyas, condecoraciones y frases ingeniosas, al tiempo que se preguntaban por su salud, bajo la placa conmemorativa del tratado de Versalles. Aunque eran conscientes de la inminencia de la catástrofe, escrita con todas las letras en los periódicos y en boca de todos a lo

largo del día, no parecía haberlos alcanzado de verdad, tal vez porque no la sentían en sus propias carnes. Y cuando les atenazaba el miedo, lo apaciguaban con la esperanza, siempre posible, de un nuevo Múnich, o lo utilizaban como pretexto para precipitarse, con una necesidad de placer acrecentada, hacia las fiestas de la primavera, y se embriagaban con el presentimiento de sus futuras nostalgias. «Disfrutemos de todo; tal vez no volvamos a ver nada de esto». ¿Era despreocupación real o ceguera voluntaria?

Cuando se habló del nuevo generalísimo del ejército francés —otro personaje reflexivo, nada aventurero, que había demostrado su mérito—, Wilner terció: —Yo estuve con él una vez. Me dio la impresión de ser un hombre que tal vez sepa utilizar la pólvora, pero que no la ha inventado.

Y su ocurrencia fue secundada por las risas.

Wilner estaba sentado frente a Sylvaine.

—Oye, esta mañana he visto a tu hija —le dijo—. Trabaja para mí. No carece de dotes. Si quieres verla, volverá dentro de un rato.

Pero fue castigado por esa última maldad, porque le hizo volver a pensar en su obra. «¿Debo interrumpirla? ¿O acaso debo continuar? En cualquier caso, será mi última obra...» Le invadía la angustia. Buscando una distracción, se volvió hacia su vecina de la izquierda, la rubia, alta, frágil y eternamente cándida señora Boitel, y le dijo: —¿Y qué es de usted, que lleva tantos años haciéndome sufrir? —Al mismo tiempo, debajo de la mesa, se buscaba el pulso, y al no hallarlo perdió la cabeza—: ¡Amiga mía, amiga mía, ya no me late la sangre! —dijo con una voz ronca y débil, tendiéndole la muñeca a la señora de Boitel —. ¿Siente usted algo?

La señora de Boitel apoyó sus bellos dedos ligeros y pálidos en las viejas arterias y reconfortó a Wilner. Había colocado mal el pulgar, eso era todo. La sangre le latía a ritmo normal. Mientras seguía sosteniendo la muñeca de Wilner, Marie-Thérèse Boitel miraba a Jean-Noël, que estaba al otro lado de la mesa, y se preguntaba por qué aquel muchacho rubio, de labios puros y que tanto la hubiera complacido a sus cuarenta, se obstinaba en hablar tan sólo con aquella horrible vieja de la máscara remendada. Inès Sandoval también contemplaba a Jean-Noël y se decía: «¿Por qué me abandonó de forma tan brusca, sin ninguna explicación? ¿Me habrá amado de verdad?». Auguérenc se inclinó y le susurró al oído a Inès, con su tono habitual, miel y hiel a la vez: —Bonito cuadro de familia, ¿no es cierto? Lástima

que nuestro amigo Brayat no cultive este género, pues sería un cuadro de museo conmovedor, sobre todo si llevase punteada una aclaración sobre las relaciones sexuales entre los comensales. El número es infinito como las combinaciones... Cada uno de nosotros tendría un abanico a la altura del vientre... Pero ¿qué le pasa a la pequeña Schoudler? No dice palabra. ¿Acaso Simon ya la está haciendo sufrir? O será la presencia de usted...

Marie-Ange aguardaba el postre con la esperanza de que sirvieran pastelillos de chocolate. Desde un extremo de la mesa, lugar que le había sido asignado por su edad, observaba a las antiguas amantes de Simon y sufría por su precaria situación. «Si estuviera casada con Simon, todo sería diferente; no tendría esta sensación de humillación, sobre todo ahora, en el estado en que estoy. ¿Habrá ido a ver a su mujer? Hay que tomar una decisión; es preciso que yo sepa...» Buscaba la mirada de Simon, pero le parecía que él apenas se volvía hacia ella.

Marthe Bonnefoy, siempre bella, siempre regia bajo su pelo blanco, daba consejos de táctica parlamentaria a dos diputados jóvenes.

Y Émile Lartois, con su voz sibilante, desplegaba curiosas paradojas, a partir de la hipótesis de que Versalles fuera destruido por la guerra, acerca de lo que escribirían, tres mil años después, los arqueólogos.

—En la *Guía azul* del futuro podrá leerse —decía el académico —: «El monumento central era el gran templo donde los franceses, un pueblo de mentalidad primitiva, celebraba el culto al sol, como atestiguan los numerosos emblemas hallados. Las recientes excavaciones llevadas a cabo por Schmoll y Truker han permitido sacar a la luz un trozo de tocado real. Este tocado chato lleva inscritas las letras R. F., iniciales del rey Raymond I Fallières, también llamado por algunos autores Poincaré. Bajo la dinastía de los Fallieres, que es sobre la cual poseemos más datos y que sucedió a la de los Capetos, los franceses estaban organizados en una teocracia. Se reunían cada siete años en una de las salas del templo para elegir a su gran sacerdote...».

—...Y en un festín sagrado que precedía a la ceremonia —le interrumpo Wilner, completando el discurso de Lartois—, engullían las entrañas del gran sacerdote precedente.

Era la una y veinte. En el comedor, el bullicio se agudizó.

Simon les hizo una seña a los parlamentarios que ocupaban su mesa y se levantaron para dirigirse al Congreso.

XI

Marie-Ange erraba por la gran galería del hotel Trianon. Se sentía sola, muy sola. Deseaba con todas sus fuerzas encontrar alguna presencia amiga, pero incluso los rostros que mejor conocía, aquellos cuya boca pronunciaba, dirigiéndose a ella: «Hola, mi querida amiga... ¿Cómo está usted, mi querida, mi preciosa amiguita?», le parecían extraños, inhumanos y lejanos. Y contestaba: «Muy bien, gracias», porque no podía decir otra cosa. Y se encerraba en un mutismo triste que podía pasar por timidez, por desdén o por imbecilidad. ¿A quién habría podido confiarle sus angustias? Hasta habría deseado encontrarse a alguna maniquí de Marcel Germain, a alguna de las muchachas con quienes había compartido durante unos meses el mismo techo, el trabajo, la desnudez, las historias sentimentales y el terror a los embarazos.

Simon volvió bastante pronto. Los parlamentarios votaban por orden alfabético, a partir de la letra sacada en un sorteo antes de la apertura del escrutinio. La letra que salió fue la *j*, así que Lachaume había sido de los primeros en subir la escalera de la tribuna y depositar su papeleta en la gran urna de la que surgiría el nombre del jefe del Estado. Tenía una hora libre, más o menos, hasta que acabase el escrutinio y se hiciera el recuento de votos.

—Vayamos a caminar un poco por los jardines —le dijo a Marie-Ange—, así volveremos despacio hacia la sala del Congreso.

Los árboles, llenos de savia y de follaje, estaban en pleno rebrote de la primavera. Los grandes surtidores de agua estaban en marcha, y proyectaban hacia el cielo, desde el centro de los estanques, chorros de nácar y de sol. El murmullo del agua se oía por todas partes. Los tritones, los delfines, las náyades y los caballos marinos soplaban una polvareda húmeda en la que se disolvían y volvían a formarse los prismas. El carro de Neptuno y el de Apolo desaparecían bajo los chorros. Las avenidas estaban repletas de paseantes que se deleitaban con aquel viejo espectáculo de magia, armado, construido, esculpido y cincelado hacía doscientos cincuenta años y cada vez más milagroso a medida que transcurría el tiempo.

—¿Y entonces, Simon? —preguntó Marie-Ange.

—Fui a ver a mi mujer —dijo él—. Se niega, y no tengo manera de obligarla.

Por el vértigo que se apoderó de ella, por la sensación de absoluto derrumbe que la invadió, Marie-Ange cobró conciencia de hasta qué punto su único deseo, su único sueño, su única voluntad, era casarse con Simon. Si las avenidas no hubieran estado abarrotadas de gente, se habría apoyado en un árbol y habría estallado en sollozos. Logró reunir fuerzas para seguir andando: «un guijarro..., otro guijarro..., un ángulo del césped..., el pedestal de aquella estatua...», mientras a su alrededor las esposas de los dignatarios de la República se extasiaban ante el decorado real y Simon le contaba, con un odio contenido y un furor sordo, su visita a Yvonne, después de la cual había consultado con un abogado.

—Puedo pedir el divorcio y obtenerlo, cosa que haré, por otra parte —dijo—. Pero eso llevará tiempo, tal vez varios años. Ella lo sabe y se aprovecha. Se venga. —Encendió un cigarrillo, pasó el encendedor de una mano a la otra—. Es un golpe muy duro —prosiguió—; porque si hubiera podido obtener el divorcio en dos o tres meses, tal y como esperaba, entonces, querida, si tú quisieras tener el hijo y no te asustara ligarte definitivamente a un hombre de mi edad, nos habríamos casado, y nada me habría hecho más feliz. Ya sé que es absurdo decírtelo ahora, pero todavía habría sido más absurdo hacer castillos en el aire antes de saber si era posible.

Una intensa emoción y una tristeza adolescente le quebraban la voz y le turbaban la expresión a Simon. Marie-Ange le tomó la mano.

—Yo tampoco deseaba otra cosa; lo sabes, Simon —dijo conteniendo las lágrimas.

Desde hacía tres semanas, seis veces al día, mientras comía pastelillos de chocolate, había examinado todas las posibilidades. Casarse..., no casarse..., y si no se casaban... Pero una vez que acababa de descartarse la solución feliz y de desvanecerse la esperanza, tendría que tomar la resolución más desdichada, la de la mutilación. Toda la herencia Schoudler, La Monnerie, Huisnes y Mauglaives, que no le había impedido tener amantes, clamaba de repente con sus prohibiciones de decencia. Y no se le oponía el mandamiento cristiano de «No destruirás el fruto de tus entrañas», sino la reprobación social: «Nada de hijos naturales». No obstante, ¿quién quedaba de toda su familia para reprocharle a Marie-Ange que tuviese un hijo fuera del

matrimonio? Los Mauglaives se habían extinguido hacía ochenta años; ya nadie llevaba el nombre de La Monnerie y los d'Huisnes desaparecerían definitivamente con Isabelle.

Sólo quedaba Isabelle, pues. Marie-Ange y Jean-Noël eran los únicos retoños de tantas raíces muertas. «No, jamás —se decía Marie-Ange—. Nunca me atreveré a confesárselo a la tía Isabelle, que ha tenido una vida desdichada pero irreprochable». Con todo, la tía Isabelle era sólo el pretexto, el símbolo. Para Marie-Ange, última descendiente femenina de un clan aquejado por la esterilidad, la maternidad ilegítima seguía pareciéndole un torpe accidente del amor.

«Y tener que educar a un hijo sin un franco —se decía—. No me queda más remedio que trabajar o dejar que me mantengan…» Sin embargo, su verdadero anhelo, propio de una muchacha de veinticinco años, bella y sana, era la tentación, que ella misma juzgaba absurda, de conservar al hijo que llevaba en su vientre. Aparte de algunas náuseas pasajeras, desde que estaba encinta Marie-Ange conservaba su buena salud habitual. Todas las mañanas, al mirarse al espejo, temía ver aparecer las oscuras ojeras y las manchas amarillas que forman parte de la leyenda negra de los embarazos, pero se sentía resplandeciente. Había engordado un poco, se le habían abultado los senos, pero elogiaba su belleza. «Un hijo es necesario para el equilibrio de una mujer —se decía entonces—. Hemos nacido para eso. Por lo menos, yo he nacido para eso… Un hijo…» El hijo que se mece, el hijo que se amamanta, el hijo que se besa en la mejilla suave y dulce como un fruto, el hijo en cuyos ojos abiertos de par en par se inventa el universo, el hijo que ríe en su cuna por las cosquillas, el hijo cuyo cuerpo regordete y frágil se querría lamer, como hacen las hembras de los animales, el hijo que tropieza, que camina y que crece…

—¿Por qué tantas otras mujeres pueden tener un hijo sin que suponga un drama o una maldición? —murmuró.

Un guijarro, otro guijarro…, una estatua…, una fuente…

A su alrededor se agolpaban las voces:

—Nunca había visto Versalles tan hermoso como hoy.

—¿Está usted seguro de que sólo habrá una vuelta?

¿Por qué Simon no le decía?: «Marie-Ange, ten ese hijo. Te lo suplico. Lo deseo. También es mío; no tienes derecho a disponer de él sin mí; lo educaremos juntos y nos casaremos más adelante, cuando yo

esté libre. Me trae sin cuidado lo que pueda decir la opinión pública... Yo cargo con la responsabilidad, con la de él y con la tuya» ¿Por qué no se lo decía, por qué no decidía, por qué no ordenaba? ¿Por qué la abandonaba ahora, tras haber cumplido su papel de macho? «Si me dijera eso, pasaría por alto cualquier otra consideración, y me sentiría feliz. Y tomaríamos una resolución. Pero tendría que decirlo él, cuanto antes».

Para sus adentros, Simon libraba una batalla parecida. El deseo del hijo era tal vez más fuerte en él que en Marie-Ange. «Ella podrá tener otros... Para mí, es la última oportunidad». Pero ¿acaso tenía derecho a pedírselo a Marie-Ange? Se imaginaba perfectamente el drama que se desarrollaba en ella. Para él la parte de compromiso era aparentemente pequeña, pues podía reducirse a una simple obligación pecuniaria. Por el contrario, Marie-Ange tendría que padecer todas las miserias de aquella situación, el sufrimiento moral, la falsa posición social... «¿Y si muero antes de haber podido divorciarme, antes de haber podido reconocer al niño, o si la guerra nos separa? ¿Quién sabe lo que puede suceder...? Entonces ella se quedaría con una criatura en brazos, teniendo que reconstruir una vida difícil, con un destino echado a perder... No, no tengo derecho». Por una vez en la vida, por única vez en su existencia de egoísta, en que se ponía en el lugar de su compañera, hacía exactamente lo contrario de lo que su pareja esperaba de él, y que hubiera constituido la dicha de los dos. «Es ella quien tiene que decidir. No quiero imponerle nada, ni influir en ella». Pero al mismo tiempo, un viejo instinto de campesino, o sencillamente la forma más simple de la vanidad masculina, se asombraba de que Marie-Ange no revelara ningún respeto por la vida engendrada.

Bosquecillos, mármoles y fuentes. El murmullo de los surtidores de agua envolvía su silencio. «Será que no me ama lo suficiente para querer tener un hijo mío», se dijo Simon, herido de repente por la mayor tristeza del mundo, la de no ser lo bastante amado por el ser a quien uno ama, en la ocasión en que debería demostrarse el amor. «Será que no me ama lo suficiente para pedirme que tenga un hijo de él», pensó Marie-Ange. Y ninguno de los dos pronunció la frase que esperaban del otro.

—Ya sabes que no te dejaré en el apuro —dijo Simon, tratando de ser amable, sin darse cuenta de que aquella frase no quería decir nada y que no era sino una torpeza innecesaria.

—Sí, ya lo sé —dijo ella.

Simon miró su reloj.

—Tengo que volver a la sesión. ¿Quieres esperarme? Volveremos juntos dentro de un rato.

—¡No! —dijo ella—. Preferiría volver ahora, si pueden llevarme.

—¿Estás cansada, querida?

—Sí, un poco.

En el camino de regreso, Marie-Ange hizo detener el coche en una pastelería. El destino estaba jugado; la moral de sus ancestros se había impuesto, a pesar de ella, a pesar de ellos dos. Y sola en el asiento trasero, Marie-Ange lloraba en silencio largas lágrimas sobre los últimos pastelillos de chocolate que comería en mucho tiempo.

XII

Entretanto, Jean-Noël y la duquesa de Salvimonte paseaban por los jardines del Grand Trianon. Desde hacía quince días, prácticamente no se habían separado el uno del otro. Habían ido juntos a ver al astrólogo de la calle Blomet, al que Lydia había dado una fecha de nacimiento falsa, diez años más joven, sin que por ello mostrara menos fe en la carta astral que éste le hizo. Y al día siguiente habían ido al banco, y ella le había hecho firmar a Jean-Noël un papel por el cual se comprometía a devolverle el dinero tres días después. Por la noche, él la acompañó a la Ópera. Y al día siguiente, precisamente Lydia tenía entradas para un ensayo general en la Comedia Francesa...

Al cabo de tres días, Jean-Noël, desolado, había ido a decirle que no podía devolverle el dinero. La vieja Lydia le había prorrogado el préstamo otros tres días, tras hacerle firmar otro papel. Y así sucesivamente, hasta aquel día, en que vencía el quinto plazo, pero ella ya no le hacía renovar el reconocimiento de deuda, sino que se contentaba con fijar una prórroga verbal. En el intervalo, imponía al joven distracciones a las cuales éste no podía sustraerse, siguiéndola como un galgo atraillado a través de las exposiciones, de los salones de té y de las filas de butacas de los teatros. Quienes los veían, inseparables, y sabían de las amistades de Jean-Noël en Italia, atribuían aquel apego a la afición de los sodomitas a la compañía de las viejas damas.

Al levantarse de la mesa, la duquesa le había dicho a Jean-Noël: —Querido, voy a enseñarle la parte de los jardines que a mí me gusta y que nadie va a ver nunca. El castillo, el gran parque, el estanque de los Suizos…, todo eso es grandioso y llamativo. Todo el mundo lo conoce. Venga conmigo.

A un paso que ella creía todavía de mujer joven, sobre sus tobillos secos que apenas la obedecían, condujo a Jean-Noël a través de los jardines de los Trianones, tratando de transmitir su entusiasmo por aquella arquitectura, por los estanques de agua, perfecta síntesis del arte italiano y del arte francés. Jean-Noël y Lydia se hallaban al extremo del ala izquierda del Grand Trianon, frente a la pequeña fachada en medio de la cual reía una cabeza de fauno.

—¡Qué proporciones tan divinas y sensuales al mismo tiempo! —exclamó la Salvimonte mostrando la ligera escalera en doble bajada —. ¿Acaso no se diría que un rey y una reina que acaban de hacer el amor van a descender esos peldaños y a pasearse por este jardín?

Señalaba el estanque oblongo, rodeado de mármol, y en el centro el plomo de la fuente, donde un Baco niño derribaba a un leoncillo para obligarlo a comer uvas. La multitud del congreso no se había acercado hasta aquel rincón, y eran los únicos en contemplar tanta belleza.

Jean-Noël creyó oportuno aprovechar la ocasión para recitar la misma cantinela que le repetía dos veces por semana: —Mi querida Lydia, me siento confundido —dijo—. Le juro que desde hace tres días no he cesado…

Y se escudó tras una bruma de mentiras, además de ofrecerle otra vez la hipoteca sobre Mauglaives. La Salvimonte apenas lo escuchaba. De repente se detuvo y se volvió hacia él.

—Pero ¿es que no comprende, querido, que ese dinero no me importa en absoluto? —exclamó, mirándole a los ojos. Jean-Noël levantó las cejas, complacido—. Entonces ¿no comprende nada? —siguió ella—. ¿Por qué cree que le hice firmar esos miserables papeles? ¿Y cómo me supone capaz de semejante mezquindad? Si lo hice fue para estar segura de que volvería a verlo al menos cada tres días. ¡Ay, Dios mío, qué estúpidos son los hombres! ¡Hay que explicárselo todo!

Jean-Noël no había adivinado la razón exacta de aquellos plazos cortos, pero se había dado cuenta, con orgullo e inquietud a un

tiempo, de cuánto le gustaba a la vieja duquesa. En quince días habían agotado todas las consideraciones generales sobre el amor, el arte y la sociedad que pueden intercambiar un hombre y una mujer que no tienen nada que decirse y a los que además separa medio siglo de edad. ¿Acaso Jean-Noël tendría que abordar la cuestión de la ternura de una forma más concreta? ¿Acaso la Salvimonte era de la misma especie de la princesa de Metternich, que cuando le preguntaban a qué edad una mujer deja de estar atormentada por la carne, respondía: «No lo sé, sólo tengo sesenta y cinco años»?

Cuando iban en coche, la vieja Lydia tenía una manera de colocarse contra Jean-Noël, una manera de ofrecerle el contacto de su pierna artrítica y de su liga, que no dejaba ninguna clase de dudas al muchacho y que lo aterrorizaba. Con todo, esperaba que más allá de aquellas insinuaciones existiese un pudor de la vejez como existe una timidez de la primera adolescencia.

—Pero en fin, *caro* —siguió ella—, ¿a qué espera? Hace quince días que me ve sin cesar. Al principio creía que era por ese dinero, pero ya no; me doy cuenta de que usted ya no puede vivir sin mí. Entonces, ¿qué espera, amigo mío? ¿Tendré que darle ánimos? ¡Aprovéchese de mí mientras sigo siendo una mujer atractiva! ¡Ya no me queda tanto tiempo! ¡Aquí tengo, aquí tengo —continuó, golpeándose el pecho seco— tesoros de juventud que ningún hombre supo comprender!

«He representado la comedia demasiado bien —se dijo Jean-Noël—. Creía que era lo mínimo para que se olvidase de mis doscientos cincuenta mil francos». Estaba tan preocupado por la actitud que debería adoptar que no se daba cuenta del estado de dolorosa esperanza al que había conducido a su amiga septuagenaria aquellas dos semanas.

—Mi querida Lydia, siento un inmenso afecto por usted... Pero ya sabe que a mí no me gustan las mujeres; me gustan los hombres —dijo hipócritamente, mientras bajaba la cabeza y con la punta del zapato trazaba vagos dibujos en la arena de la avenida.

—Pero ¡eso no es cierto, querido! —exclamó ella—. Usted poseyó a la Sandoval y, luego, en Venecia, a la Rocapolli, según me han dicho...

—Precisamente, fueron experiencias desdichadas...

—Porque tropezó con criaturas imposibles, *poveretto*. ¡Una coja

y una mona! Y mujeres demasiado jóvenes, que sólo piensan en ellas... Pero yo lo convertiré, se lo prometo; poseo a la vez la intuición y la experiencia del amor.

Se hallaban al borde del estanque. Sobre una hoja de nenúfar se acoplaban dos libélulas.

—¡Mírelas! —dijo la Salvimonte con un acento ronco en la voz.

«Es una maniática y una loca», pensaba Jean-Noël. Su mirada fue de las libélulas a la vieja duquesa. Era de una fealdad digna de compasión. La sangre se le agolpaba en los pómulos envejecidos, un vaho senil humedecía sus escasas pestañas embadurnadas de rímel. Y por primera vez en su vida, Jean-Noël se sintió más fuerte que el ser que tenía frente a sí, sintió que alguien estaba por entero a su merced.

En medio de una canastilla de agua, el joven Baco aplastaba uvas de plomo en el morro del león...

—Pero, vamos, tesoro, ¿usted es un muchacho normal, quiero decir, de cuerpo? —dijo la Salvimonte a media voz, pero no con menos ardor.

—Sí... —dijo Jean-Noël—. Sólo que me sucede una cosa... No puedo hacer nada, soy incapaz de pensar en el amor cuando carezco de dinero.

Y aquello era cierto.

—Pero, ángel mío, yo tengo dinero, ya lo sabe usted —dijo la Salvimonte—. Y siempre digo: «Donde hay para uno, hay para dos». Además, ¡yo nací para dar! Quisiera ahorrarle todas sus preocupaciones, si eso es lo que le impide ser viril. Vamos a ver, ¿cuánto necesita?

Jean-Noël no contestó. Calculaba: «Un millón, ¿puedo pedirle un millón? Pero entonces es preciso que me decida, porque los doscientos cincuenta mil francos no eran sino los entrantes. Y esta vez... ¿podría realmente?».

—¡Ay!, ¿sabe qué, tesoro mío? El primer día que lo vi, en aquel baile de hace dos años —dijo ella—, cuando usted vino a invitarme a bailar..., o tal vez fui yo quien se lo pedí, ya no me acuerdo... Bueno, ¡enseguida supe que entre nosotros existía un fluido. El choque, sentí el choque, ¿me comprende? Y el día que usted vino en mi góndola al entierro del pobre Pemrose, aquel recorrido sobre la laguna para ir al

cementerio es uno de los recuerdos más bellos de mi vida.

Una emoción de muchachita le conmovía los cartílagos de la quilla.

«¿Cuánto tiempo podrá vivir todavía?», se preguntó Jean-Noël.

—¡Qué momentos tan maravillosos quisiera proporcionarle, querido! —siguió ella—. Podríamos ir a vivir a mis palacios de Italia; puedo llevarlo a dar la vuelta al mundo. ¡Conmigo puede tenerlo todo!

Él inclinó la cabeza como si reflexionase profundamente. Luego se irguió en un fingido arrebato de dolorida dignidad.

—No, Lydia, no me tiente. Eso no es posible —dijo—. Compréndame, no puedo permitir que usted me mantenga, no puedo. ¿Qué parecería?

—¿Acaso importa la opinión de los demás, cuando existe amor? ¿Aún le preocupan esas cosas?

—No se trata de la opinión de los demás, sino de mi propia opinión. Me despreciaría a mí mismo… Además, debo pensar en mi porvenir. Durante unos meses llevaría una vida maravillosa, pero ¿y después, qué? Tengo que abrirme camino. Además, está mi hermana, de la que debo ocuparme… Somos dos huérfanos arruinados, mi querida Lydia.

Intentaba que ella le hiciera una donación o le prometiera su legado; trataba de sugerir algo parecido. Se le ocurrió una idea: ¿por qué Lydia no iba a adoptar a Marie-Ange, o a él mismo? Pese a todo, seguía considerándola como una abuela.

—Entonces, querido, en ese caso… —dijo la Salvimonte, súbitamente grave—. Entonces, en ese caso, le digo con toda la solemnidad: ¿por qué no se casa conmigo? Ya sabe que todas las mujeres son aficionadas al matrimonio. Y yo ya tengo experiencia, puesto que soy viuda. —Jean-Noël se quedó alelado durante diez segundos—. Sí, es la mejor solución —prosiguió ella, arrebatada de nuevo—. Así tendrá usted una posición honorable, y yo no estaré manteniéndolo como si fuera un *gigolo*. Es una especie de sociedad. El dinero del que me aburre ocuparme, y los hombres de negocios, y las propiedades, y los mayordomos; todo eso es trabajo de hombre, y le aseguro que es una ocupación como otra cualquiera. Yo nací para el amor y sólo para el amor.

Toda su fortuna y toda la fortuna de Ben que acababa de heredar… Jean-Noël estaba poniéndole cifras al milagro. Sería una insensatez si no lo aprovechaba, puesto que se le ofrecía. ¿Y el ridículo de una unión semejante? «Cuarenta millones nunca son ridículos», se dijo. Se sentía bendecido por los dioses. Y, además, podría encontrar algún pretexto piadoso o supersticioso para imponerle la castidad hasta la boda. Y después, ya se vería… Dejó que la vieja duquesa hablase todavía unos minutos más para arrancar un asentimiento que ya había conseguido.

—¿Entonces, querido? —preguntó.

—Entonces…, querida…, creo que nos acordaremos con emoción de este fauno, de este león y de este jardín —contestó Jean-Noël, interpretando ya el papel que consistía en venderle, a precio de quintales de oro, la más miserable ilusión de amor.

Con los párpados embadurnados de rímel derretido, ella se izó hasta él para tenderle la boca.

—Hoy es el segundo día más hermoso de mi vida —dijo—, y creo que ya he olvidado el otro.

Salieron del jardín. Mientras la seguía, él pensaba: «Si tengo un poco de suerte, puede que no le queden más que dos o tres años de vida». Una alegría de jovencita arrebataba a la duquesa, una alegría a la que sus piernas no obedecían. Tropezó en el bordillo de una acera. Jean-Noël la sostuvo en el momento justo en que iba a abrirse la cabeza contra la piedra. El espanto de ver que sus esperanzas se cumplían demasiado pronto dio a Jean-Noël un vigor que la Salvimonte interpretó como una muestra de pasión.

—Ya ves cuánto te necesito —dijo ella, tomándolo del brazo, zalamera.

XIII

Un poco antes de las cinco de la tarde, un ayuda de cámara del hotel Trianon bajó a toda prisa del tercer piso y habló en voz baja con el director. Éste mandó a buscar al conserje de inmediato.

—¿Hay algún médico aquí? Tenemos que llamar a un médico

cuanto antes.

Al ver que Lartois tomaba el té en la galería en compañía de varias damas, se le acercó y le dijo: —Señor profesor, le ruego que me disculpe. Si pudiera hacer el favor de venir un momento… El señor Wilner…

Tomaron el ascensor. En el pasillo que atravesaron corriendo, dos criadas y un mozo de planta cuchicheaban frente a una puerta.

Lartois y el director entraron en el apartamento. Édouard Wilner estaba sentado a su mesa de trabajo, con el cuerpo caído, la frente sobre las cuartillas y su enorme nuca de buey sagrado expuesta a toda la luz de la ventana. La mano pendía a lo largo del brazo del sillón. La estilográfica había rodado por la alfombra, que absorbía la tinta. Lartois levantó aquella cabeza ya fría, aquella gran cabeza pesada y colgante, inerte como una pieza de carnicería, pesada como el mármol de un busto. Los párpados estaban a medio cerrar sobre los globos vidriosos, y la aleta de la nariz sobre la cual había descansado todo el peso de la cabeza seguía pegada al tabique, como si la torpeza de los siglos ya le hubiera roto la nariz a la estatua. Un poco de tinta manchaba la ceja que había barrido la cuartilla.

—Todo ha terminado —dijo Lartois—; por lo menos hace media hora. Sólo queda trasladarlo a la cama.

Lartois miró la enorme caligrafía del dramaturgo, entrecortada de comas, sobre las blancas cuartillas… «Te responderé siete días, para no comprometer más tiempo del que Dios necesitó para crear todo el Universo». El manuscrito se había interrumpido ahí, pero Wilner no estaba redactando aquella página cuando lo sorprendió la muerte. La hoja sobre la cual se había desplomado era una media página cortada, por un antiguo hábito de ahorro, como para tomar una nota. Y en aquella hojita, Lartois leyó: «Lucienne va a venir a las cinco. Lucienne tiene hermosas nalgas. Todas las nalgas de las mujeres…». La espantosa e incoherente obscenidad de aquellas líneas contrajo el rostro de Lartois. Discretamente, la deslizó en su bolsillo, para que no se echase a perder la bella leyenda que registraría la historia literaria, la leyenda del dramaturgo abatido sobre su obra en el momento en que comparaba el amor a la creación del mundo.

—Vine a traerle el té, como de costumbre, y me lo encontré así —explicaba el criado.

La habitación se había llenado de personal del hotel de aquella

planta. «Qué mala suerte que se haya muerto aquí», pensaba el director. Y al mismo tiempo daba instrucciones para no alarmar al resto de la clientela.

Se necesitaron cuatro hombres para transportar el cuerpo del dramaturgo desde la mesa al lecho. Lartois aún sentía en los dedos el peso, la forma de la pesada cabeza que había levantado, aquel cráneo que había contenido, creado, construido un mundo semiimaginario, aquella gran frente cubierta de crines cortas y blancas que abrigaba la más implacable observación de los hombres de su época y de sí mismo.

Una voz femenina, ingenua y un poco monótona, preguntó:

—Bueno, ¿qué pasa aquí?

Lartois levantó los ojos y entre los rostros del personal vio a una muchacha alta, bastante bella, de abundante cabellera castaña.

—¿Se llama usted Lucienne? —preguntó—. Ahora ya no la necesita.

Hacía décadas y décadas que, en tanto que médico, veía morir gente, y seguía sin comprender nada. No comprendía aquella alianza de las actividades más elevadas y de las obsesiones más bajas, hasta el último instante. Y por otra parte, ¿qué sentido tenía ese juicio de «elevado» y «bajo»? No tenía más sentido que las etiquetas clasificatorias pegadas en los cajones de porcelana. Bastaba con la precaución empírica para el transporte a través de la vida de una materia frágil, que de todas maneras acababa por destrozarse.

Lartois estaba perplejo por el hecho de que Wilner, el mayor ansioso de su época, hubiera muerto fulminado. «Parece un símbolo, pero un símbolo inexplicable... Toda esta ignorancia es la que hace que conservemos la ilusión de ser jóvenes. Mantenemos en nosotros este engaño porque estamos tan desprovistos y tan ávidos de comprender como lo estábamos en la adolescencia. Ser viejo entraña ver caer uno tras otro, a nuestro alrededor, a los seres que amamos. Y no tener otra cosa que hacer, mientras no vamos a reunimos con ellos, que plantearnos las mismas preguntas que ellos no han resuelto, y que tampoco nosotros resolveremos...»

En el resto del hotel, la vida seguía su curso. Las señales rojas se iluminaban y se apagaban en el tablero de la telefonista, como las ideas de un cerebro; los camareros agitaban cócteles en recipientes plateados; los cocineros preparaban la cena.

Y entretanto, precedido de escuadrones de la guardia y de motociclistas de guantes blancos, el presidente reelegido saludaba a la multitud desde el fondo de su coche descubierto, mientras volvía a la capital. Y todo el cortejo de la ambición, de las intrigas, de las pasiones, de los odios y de las vanidades lo seguía, entre dos hileras de ovaciones.

El hombre que había desmontado y había reconstruido con la materia verbal, que había fijado para el futuro aquellas vanidades, aquellas intrigas, aquellas pasiones, ya no era sino un pesado cadáver tendido en una cama.

El profesor Lartois se volvió hacia la ventana para que nadie viese sus lágrimas.

5. Regreso a Mauglaives

I

Los techadores corrían por encima de los tejados de Mauglaives; los pintores, en las galerías, silbaban sobre las escaleras; frente a las fachadas se habían levantado inmensos andamiajes; se cerraban las grietas con broches de hierro que parecían puntos de sutura; los patios estaban sembrados de pizarras. Jean-Noël se paseaba durante todo el día por la obra, en pantalón de montar. Solía acompañarlo Christian Leluc, con su fular al cuello. Para hacer rabiar a Lydia, a Jean-Noël se le había ocurrido invitar al joven pianista a pasar el verano en Mauglaives. Además, Christian tenía buen gusto; él y Jean-Noël se habían formado en la escuela de las Tres Abejas. Y los dos jóvenes se distraían con un asombroso juego de construcciones, con torreones, muros y techos de verdad.

—En la galería de los mariscales quedarían bien los maderajes amarillos, de color francesilla, y las sillas de raso azul real, el azul del cordón de san Luis; un contraste chillón —decía Leluc.

De vez en cuando, estallaban repentinos malentendidos.

—¿Quién les mandó poner esos filetes malva en las molduras? —preguntaba Jean-Noël a los pintores.

—Fue el señor Leluc, señor barón.

—El señor Leluc no es quién para dar órdenes. Vamos, háganme desaparecer todo eso y pónganme los filetes cereza, como yo había decidido.

Tras escenas como ésta, Leluc se pasaba medio día de morros. Los obreros detestaban a aquel insecto negro, a aquella especie de araña que se abalanzaba sobre ellos a cada momento, bajando por no se sabía qué hilo, cuyas órdenes había que ejecutar la mitad de las veces y la otra mitad no, y que iba con el cuento a Jean-Noël, a menos que éste lo tratase con aspereza. No obstante, a los obreros tampoco les gustaba Jean-Noël, que no sabía mandar. Les exasperaba el derroche de tiempo y de material, tener que permanecer corteses y atentos mientras Jean-Noël y Christian discutían interminablemente, con las muestras en las manos. Pero entonces, ¿quién mandaba en aquella casa?

Jean-Noël acababa de recibir una carta de su primo Valleroy. «A decir verdad —escribía el duque—, estamos un tanto sorprendidos por tu boda, pero ya que la fortuna de tu esposa te permite volver a abrir Mauglaives y arreglarlo, apruebo tu decisión...»

Tu esposa... Jean-Noël no conseguía acostumbrarse a la idea de que Lydia fuese su mujer. Pero ¿quién se acostumbraba? Léontine Laverdure, con los ojos aleteantes y la voz aguda, se había atrevido a decírselo a Jean-Noël.

—Para nosotros, la señora baronesa era la madre del señor, pero que la nueva señora baronesa sea una mujer que bien podría ser la madre de la madre del señor, a eso uno no se acostumbra.

Laverdure, envejecido, encanecido y apesadumbrado por la edad, seguía ejerciendo de administrador, y se tomaba las cosas con más tranquilidad.

—Ya se sabe, mamá; uno ha visto tantas cosas extrañas en su vida... —le decía a su mujer.

Jean-Noël había olvidado por completo que le debía dos años de sueldo al antiguo montero, y Marie-Ange tuvo que recordárselo. Pero, ¿quién pensaba en los demás?

Lydia —Lydia Schoudler, la esposa de Jean-Noël...— tomaba baños de sol desnuda de pies a cabeza en una parte del césped que estaba reservada para ella y donde los setos de evónimos la protegían, en teoría, de las miradas, pero sólo en teoría... Porque si bien desde las avenidas no se la podía ver, se exponía a la vista de los techadores y de los albañiles que trabajaban en los muros de las torres. Tendida en un colchón de color naranja, los primeros días fingió ignorar a los obreros, pero ahora los miraba con sus gafas negras, mientras se embadurnaba de crema bronceadora su cuerpo de cabra vieja.

—¡Qué vergüenza, a su edad! —decían los obreros—. Al parecer es la vieja la que lo paga todo. ¡Ya podría comprarse un taparrabos! ¡Y pensar que toda esta gente va a misa los domingos!

Cuando había terminado de calentarse al sol de agosto y a la mirada de aquellos hombres, Lydia, con sus vestidos de playa para jovencita, iba a agravar el desorden.

Por su parte, la tía Isabelle, que no había elegido a tiempo ningún lugar donde pasar las vacaciones, se encargaba de dirigir a los criados, lo cual consistía en hacer y deshacer diez veces los menús, porque había llegado a tal extremo de abulia que ni siquiera sabía lo que quería para comer. No obstante, creía que una vez más se sacrificaba por la familia, puesto que aquella extraña sobrina política de setenta y dos años que le había caído en suerte era incapaz de dirigir la casa, y Marie-Ange, que debía haber ocupado aquel lugar, parecía ajena todo. «¡Pobrecilla Marie-Ange...! Con todo, debería hacer un esfuerzo. Se toma muy a pecho lo que le ha sucedido —se decía Isabelle. Suerte que estoy aquí para darle aliento, si no, ¿quién iba a ocuparse de ella?»

II

Marie-Ange daba vueltas entre los dedos a la carta que acababan de traerle. Otra carta de Simon. ¿La abriría o la rompería sin leerla, como las anteriores? No abrir la carta exigía una inmensa fuerza de voluntad. Habían transcurrido ya cuatro meses; la desesperación, la indignación habían dejado paso al abatimiento. Aquella perseverancia de Simon la conmovía un poco. Si abría la carta, se exponía a dejarse llevar por los recuerdos, a contestarla, tal vez, y luego a verle..., ya que en su vida no sucedía nada más, pero debía contenerse; aquello no

tenía sentido. Una reconciliación temporal sólo sería un remiendo, como los de la cara de Lydia, como la fachada de Mauglaives. Estaba rodeada de remiendos, pero los sentimientos se le antojaban más frágiles que las piedras viejas y que los viejos rostros curtidos...

La intervención que había librado a Marie-Ange del hijo que llevaba en las entrañas no había sido coser y cantar, como se suponía. Además de una grave hemorragia inmediata, desde entonces sufría neurastenia. Marie-Ange envidiaba a las muchachas que había visto en casa de Marcel Germain que volvían al día siguiente de un aborto, sin guardar rencor a su amante. Ella no hubiera creído jamás que su carne quisiera tanto a aquel hijo, ni que su amor por Simon se quebraría al mismo tiempo.

Como al despertar de una larga borrachera, fustigada por la jaqueca, con una sensación de asco y de vergüenza, juzgaba a Simon tal y como era, feo de rostro y de cuerpo, demasiado viejo para ella, egoísta, volcado en una existencia ya acabada, esclavo de su propio poder, sometido a sus reglas de hombre de Estado y a sus experiencias anteriores. «¿Por qué tengo yo que pagar lo que él ha hecho o lo que él ha sido antes de que yo lo conociera?» Los lazos que pueden unir de forma misteriosa e incomprensible, durante un momento de la vida, a dos seres a los que nada al parecer destinaba uno a otro, se habían disuelto, al menos para ella.

Todavía enferma, Marie-Ange tan sólo había abandonado la cama para asistir a la extraña boda de su hermano. Y aquella noche, más abatida aún, se había quedado con Isabelle y le había contado con medias palabras lo que acababa de sucederle. «¡Qué absurdo! —había pensado Marie-Ange mientras hablaba—. Antes me aterraba la idea de confesárselo y ahora que todo ha terminado se lo confieso. ¡No tiene sentido!» La tía Isabelle, encantada de agitarse en torno a aquel drama que se le ofrecía, encantada sobre todo de poder hablar de sí misma, había contestado: —Es horroroso. Y puedo imaginarme perfectamente lo que has sufrido, hijita mía, porque yo también, hace mucho tiempo, ¿sabes...? Nunca había tenido motivos para hablarte de esto; son cosas que uno guarda para sí, a menos que se presente una ocasión como ésta, entre mujeres. Lo mío no terminó como lo tuyo. Tu abuela me casó con el pobre Olivier... En vano, por otra parte, porque tuve un aborto natural. Pero de todas maneras, mi vida estaba echada a perder... Ésa fue mi novela de amor.

¿Cómo? La tía Isabelle, tan tosca, embutida en su faja, con su pelo canoso y las gafas de carey... ¡La irreprochable tía Isabelle!

—El hombre de quien yo estaba encinta —había agregado Isabelle en un tono de confidencia— era Simon Lachaume. ¿Te sorprende? Si yo hubiera sido un poco más hábil, tal vez sería hoy la mujer de un ministro, pero él estaba casado, y yo temí el escándalo…

Marie-Ange no contestó nada, pero aquella revelación fue el último golpe, una herida homicida, irreparable. «Por lo menos habría podido decírmelo —pensaba—, en lugar de fingir la emoción del hombre a quien le sucede por vez primera».

Entretanto, todo el mundo había partido a Mauglaives, cuya restauración había obtenido Jean-Noël como regalo de bodas, y se habían instalado en una casa invadida por las obras. Marie-Ange ocupaba la habitación de Diana, la feérica estancia cubierta de tapices con miríadas de pequeños personajes de oro, donde su madre había muerto asesinada. Había insistido tanto en que se le asignara aquel dormitorio impulsada por un oscuro sentimentalismo de la desgracia, y también para que Lydia no se instalase allí. La balaustrada por la cual Laverdure había precipitado el frágil cadáver había sido reconstruida con piedras nuevas.

Marie-Ange leía novelas y hojeaba los periódicos, cuyos grandes titulares anunciaban que se agravaba la situación internacional. A veces, encontraba el nombre de Lachaume. «En ocasión de un encuentro entre los alcaldes de su circunscripción, celebrado en Jeumont, el ex ministro de la Guerra, al reflexionar sobre el horizonte político, declaró…» Y entonces pensaba en la casa de Jeumont… O, como ese día, daba vueltas a una carta de Simon durante una hora, antes de desgarrarla. Sí, era duro no sucumbir a la tentación de leerla, mientras las semanas transcurrían y los días se abotagaban, como el tejido de un quiste, en torno a los sufrimientos pasados, y nada nuevo sucedía…

Era sábado y acababan de dar las doce; el ruido de los mazos, de las batideras y de las llanas sobre los tejados y a lo largo de las fachadas, en los patios y en los salones, acababa de cesar. No obstante, Marie-Ange oía gritos… La enésima disputa entre Jean-Noël y Lydia, o más bien la misma escena de siempre, echándose en cara, con sumo cinismo, cifras y edades. Jean-Noël se quejaba de haber sido «estafado» porque Lydia había exigido casarse bajo el régimen de separación de bienes, y Lydia también se consideraba «estafada», por otras razones… Marie-Ange oyó las injurias que se gritaban en pleno corredor; luego, se abrió la puerta de su habitación y entró Lydia, con los ojos llorosos y el pelo color caoba de raíces grises todo despeinado. Llevaba un ligero vestido de flores amarillas y rojas, que mostraba su

pecho y sus hombros bajo las estrechas hombreras.

—¡Ay, querida mía, querida mía! —exclamó secándose los párpados—; su hermano es demasiado cruel conmigo. ¿Sabe usted qué me niega ahora? Mi cuarto de baño de mosaico pompeyano, con la excusa de que quedará feo. Pero ¿acaso será bonito todo lo que hacen él y su horrible Leluc, cuya espantosa presencia se me impone...? ¿Acaso no tengo derecho a obtener lo que deseo? Todo esto me cuesta una fortuna, es una locura empeñarse en reparar este viejo castillo, teniendo, como tengo, cuatro palacios en Italia... ¿Y para qué? Para nada, ¿me oye usted?, para nada. Su hermano es impotente, ¿no lo sabía? Me he casado con un impotente. Y por maldad se niega a someterse a ninguna cura. Acabaré acostándome con los albañiles, para vengarme... Y ahora me ha robado el pasaporte y se niega a devolvérmelo...

Tres días antes, incapaz de abrir la puerta de su habitación, creyéndose encerrada con llave por Jean-Noël, Lydia se había escapado por la ventana y los andamios, anunciando que iba a pedirle al Papa la anulación de su matrimonio por no consumación. Hubo que rescatarla, sentada a horcajadas en una vigueta, entre cielo y tierra. Fue entonces cuando Jean-Noël le confiscó sus documentos de identidad.

—En primer lugar, quiero mi pasaporte —dijo levantándose y saliendo de la habitación tan bruscamente como había entrado. Y Marie-Ange la oyó gritar por los corredores—: ¡Jean-Noël! Esta vez exijo mi pasaporte.

Frente a aquella vieja, Marie-Ange no sabía si sentía mayor repugnancia, piedad o vergüenza. «Pero lo cierto es que todos nosotros aceptamos vivir a costa de ella; no sólo Jean-Noël, sino Isabelle y yo misma. Jean-Noël tan sólo parece haber recuperado el sentido de la familia para exprimir a esta desdichada, a la que está volviendo loca de remate. Al fin y al cabo, tal vez sea eso lo que anda buscando...: que la encierren. Los huesos de nuestros abuelos deben de sublevarse en su tumba, en la capilla, viendo adónde hemos llegado...»

La carta de Simon seguía ante ella. ¿Qué podía contener? Jamás lo sabría, porque agarró el sobre, lo rompió en ocho pedazos, y para no caer en la tentación de unir los trozos, los arrojó a la chimenea. Con todo, intuía que no lograría sostener aquel valor durante mucho tiempo. Era preciso impedir que le llegasen más cartas. Escribió unas líneas para informar a Simon de la suerte que corrían sus misivas. «Tenga la caridad de ayudarme con su silencio a acabar

de olvidarlo —escribió al final—. Tal vez usted esté acostumbrado a estas cosas, pero yo no. Tengo los nervios destrozados, y eso tarda más que los huesos en volver a soldarse».

III

El cura acababa de subir al púlpito y se aclaraba la voz frente al registro que tenía ante sí. Luego, en tono recitativo, dijo: —Como todas las semanas, rogaremos hoy por los difuntos y principalmente por los benefactores de esta iglesia, los marqueses de Mauglaives y de La Monnerie, y el barón y la baronesa Schoudler, así como por los antiguos curas de la parroquia, Angevin, Vollard y Guillaumet, y por las familias Delafosse, Grossein, Vanier, Paternos-Legendre, Passé, Leroux, Boissel... Padre Nuestro que estás en los Cielos...

Y todos los Boissel, los Leroux, los Passé, los Grossein y los Delafosse que se hallaban presentes, las viejas con una cofia, las más jóvenes con un sombrero negro, las niñas con medias de algodón, los niños de sonrosadas rodillas, los hombres de pescuezo cuarteado como el pan de otro tiempo, con la espalda apretada por la chaqueta de domingo demasiado justa, toda la aldea murmuró el paternóster. En el banco del castillo estaban Jean-Noël, Lydia, Marie-Ange e Isabelle, uno junto al otro.

—Y hoy, amados hermanos —prosiguió el cura—, os invito a hacer una plegaria especial por aquellos de entre vosotros que han sido llamados a filas estos días... Roguemos al Señor por que abrevie la ausencia de vuestros seres queridos, y pidámosle desde el fondo de nuestro corazón que ahorre a nuestra querida patria los horrores de una nueva guerra... Con esta intención haremos un acto de fe y un acto de esperanza.

Jean-Noël experimentó un espanto extraño, no tanto al pensar en la guerra, sino al darse cuenta de que había olvidado por completo las plegarias de su infancia. ¿Tanto tiempo había transcurrido? Había hecho la primera comunión en esa misma aldea, allí había vuelto a comulgar y había sido confirmado. Con Marie-Ange hacían la colecta los días de san Huberto... No es que quisiera recitar las plegarias «con todo fervor», como pedía el cura, pero no comprendía cómo había olvidado el texto. De la misma manera que rodeado de niños que resuelven un problema de aritmética uno puede sentirse embargado

por una soledad atroz, porque ni siquiera sabe hacer una regla de tres, Jean-Noël, ante aquella aldea arrodillada en hileras y cuyo murmullo ya no podía seguir, se sentía aislado, amenazado, como una cometa frágil al extremo de una cuerda que va a romperse. Para justificar ante sus propios ojos y ante los ojos de los demás una boda vergonzosa, había querido ocupar el puesto tradicional de señor de aquella aldea, y ni siquiera era capaz de compartir sus murmullos suplicantes.

¿Acaso debía sorprenderle que los ojos de los campesinos con quienes se cruzaba translucieran tanta indiferencia hacia él, e incluso una hostilidad desdeñosa? ¡Qué lejos estaba de toda aquella gente, lejos de su tierra, lejos de sus costumbres, lejos de su iglesia, de su creencia resignada —«es preciso que Dios exista, de lo contrario, ¿qué otra cosa habría?»—, lejos de su fe y de su esperanza aprendidas de memoria de una vez por todas! ¡Qué lejos estaba de la magia oral con que uno ocupaba el pensamiento, de las recetas para hacer frente a cualquier adversidad, aunque jamás hubieran servido para evitar una matanza ni siquiera para que lloviera los años de sequía, y en las que ellos, sin embargo, continuaban creyendo desde hacía cincuenta generaciones! Acción de gracias para los vencedores, acto de contrición para los vencidos. Acto de esperanza, mientras se aguarda ser una cosa u otra. «Dios nos envía estas pruebas en expiación de nuestros pecados. Ofrezcámosle nuestros sufrimientos...» «Dios se burla de ellos con perseverancia —se dijo Jean-Noël—. Y yo sólo vengo aquí para sostener la mentira... ¡Cuando pienso que ésa —siguió diciéndose, mientras miraba con odio a Lydia, que estaba a su lado— me ha obligado a que nuestro matrimonio sea religioso!» Por su parte, «ésa» recitaba en italiano el acto de esperanza con la intención de que Jean-Noël recuperase la virilidad, al tiempo que se prometía apelar al Papa si su esperanza no se cumplía aquella misma semana.

Marie-Ange miraba hacia la puerta cada vez que entraba algún rezagado. «Hasta este extremo he llegado... Me he convertido en una de esas muchachas de provincia que a todas horas esperan que aparezca un novio, un partido... ¡Es absurdo! —Entretanto, observaba a Jean-Noël—. Si no fuera mi hermano, si no lo conociera, creo que desearía que se fijara en mí. En el fondo, espero a un hombre como él, para volver a ser desdichada... ¡Qué hermoso es en la penumbra! O tal vez porque es mi hermano, me he formado esta imagen de la belleza masculina».

La tía Isabelle, que ya no tenía a nadie por quien sufrir verdaderamente, se esforzaba por concentrar sobre sí misma el sufrimiento del universo entero, se lamentaba por los queridos difuntos, por los queridos ausentes alejados por las armas, por la

querida patria amenazada…

«Y sin embargo —se decía Jean-Noël—, hay personas que creen en Dios, personas que son practicantes y que no son imbéciles». Pensó en Pem y recordó la nota al margen de santa Catalina de Génova. «Los infiernos están sobre la tierra y cada uno de nosotros se inflige su propio castigo…» «¿Por qué soy tan desgraciado?», se preguntaba Jean-Noël. En apariencia, ya no tenía razones para ser desdichado. Tenía que reconocer que si sufría no era sino por el desprecio que sentía por sí mismo; pero no podía dejar de actuar de manera despreciable.

IV

La disputa, la misma y perpetua disputa, se había reanudado, porque Lydia se negaba a firmar los cheques para los contratistas.

—No pagaré nada más hasta que me hayas devuelto el pasaporte —gritó.

—No te lo devolveré hasta que hayas firmado los papeles para el notario —contestó Jean-Noël.

—No los firmaré hasta que se consume el matrimonio. No y no.

—Pues no tendrás pasaporte.

—Iré a quejarme a mi embajador.

—Ya no tienes embajador; ahora eres francesa por matrimonio.

—Es que no hay matrimonio, puesto que tú no eres un verdadero marido.

Estaba cambiándose de ropa, quitándose la que había llevado a la misa y a punto de ponerse uno de sus vestidos de jovenzuela. Estaba desnuda delante de Jean-Noël y buscaba todos los pretextos para permanecer así el mayor tiempo posible. De frente, era de una senilidad atroz, pero de espalda, todavía parecía una mujer más joven.

—Vamos, sé buena, haz lo que te pido —dijo Jean-Noël con una calma extraña, que no se podía saber si era dulzura o amenaza.

—Lo único que deseo es ser buena, si tú también lo eres un poquito. —Se arrimó a él, lo rodeó con los brazos y retrocedió repentina y triunfalmente—. ¿Ves cómo no eres impotente? —exclamó —. Entonces, ¿lo finges para hacerme sufrir?

¿Era el efecto de una larga castidad o acaso le excitaba, como una intensa pimienta erótica, lo horrible de la situación?, se preguntaba Jean-Noël. Había comprendido que, pese a todo, tenía que acabar con aquello, para evitar que la vieja cometiera las extravagancias más temibles. Y hallaba un deleite morboso imaginándose la escena.

Estuvo un cuarto de hora desnudándose, con una lentitud perversa, interrumpiéndose para recorrer la espalda de la vieja con una mano hábil, regateando sus caricias, deteniéndolas con una sutileza taimada y malévola, dejándose acariciar para separarse de inmediato, hasta que redujo a Lydia a un estado de completa enajenación. La anciana jadeaba, hipaba, desembuchaba un repertorio amoroso incoherente y trilingüe, caía a los pies de Jean-Noël, le abrazaba las piernas y se arrastraba de rodillas. Jean-Noël saboreaba aquel espectáculo horroroso, la atroz deformación de las facciones de la vieja, la locura de la mirada, la gesticulación de los miembros viejos. Ella era a la vez la bruja y el haz retorcido por el fuego que llevaba en sí misma.

La arrastró frente al espejo.

—¡Y, ahora, mírate! —le dijo—. ¡Mírate!

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí! Sí, me veo —exclamó ella, extasiada ante su propio reflejo.

«La verdad es que a su edad podría reventar, en semejante estado», pensó Jean-Noël. La dejó para pasar a su habitación.

—Jean-Noël… *darling, amore mio*, no te vayas… ¡Oh, no! —gritó con la voz enronquecida por la angustia—. ¡Ay, no me hagas esto!

—No, no, no me voy. Vuelvo enseguida contestó él.

Se oyó el ruido de un cajón al abrirse y cerrarse.

—Amore mio…, amore mio…, amore mio —repetía la vieja, jadeando.

Seguía de rodillas en el suelo de parqué brillante y entarimado.

Jean-Noël volvió a aparecer. En la mano tenía unos papeles sellados y una estilográfica.

—¡Ay, no! Ahora no... Después —dijo Lydia, gimiendo.

—No, antes —contestó él.

Puso los papeles en el suelo, delante de ella, y le hizo coger la estilográfica a la fuerza. Se trataba de un acta de donación al cónyuge sobreviviente.

—Firma —dijo.

—Eres un sinvergüenza, eres un sinvergüenza —gemía ella.

Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero firmó.

—Y ahora éste —dijo Jean-Noël, tendiéndole un segundo documento.

Era un acta complementaria de la primera, por la cual la donación era subrogable en Marie-Ange. Lydia quiso defenderse todavía.

—Después... —repitió.

—Firma —dijo Jean-Noël, apoyándose en los hombros de la vieja arrodillada.

Entre los dedos tenía las flacas clavículas de la vieja, que podría quebrar con una leve presión. Con ella, se vengaba de una sola vez de todos los viejos que los habían arruinado a su hermana y a él, que los habían despojado de sus posesiones. Se vengaba de los Gerontes que los habían entregado, con una sangre débil y empobrecida, a un universo donde eran incapaces de defenderse. Así, volvía a ganar los cincuenta millones perdidos de su herencia familiar; así le restituían la fortuna para la cual había sido educado y sin la que no era más que un lisiado.

—Pon tu rúbrica en el margen, al lado de lo tachado...

—¡Cómo me aprietas los hombros! ¡Cuánto me gusta! —decía Lydia.

Se vengaba de los besos de los viejos en sus mejillas de bebé, se vengaba de la muerte del bisabuelo Siegfried al derrumbarse en la sala de juegos; se vengaba del terror que le inspiraba su abuelo, el gigante

Noël; se vengaba, a través de aquella anciana histérica, de los viejos amantes de Inès, que con su cháchara en el cuarto de baño habían convertido el amor en algo infame, en una ilusión marchita.

Sabía que era abyecto, pero saboreaba su abyección. Sabía que era el más fuerte, con la fuerza del niño que arranca las alas a una mosca.

—Y ahora éste; ¡vamos, firma! Es el último.

Eran unos poderes generales a su favor para el banco y para todas las operaciones mobiliarias e inmobiliarias. Al firmarlo, Lydia iba a autorizar su definitivo desposeimiento. «Quisiste tenerme a tu merced con un contrato de separación de bienes. Esto te enseñará..., esto te enseñará...», pensaba Jean-Noël.

Le acarició los riñones, acarició los millones pegados a aquella vieja epidermis.

—¡Oh, cómo me gusta! ¡Más, más! —decía ella, gimiendo.

La muchacha más hermosa, de tez tersa, no hubiera podido despertarle a Jean-Noël una excitación carnal más viva que aquella abuela de mamas vacías que se aferraba a sus pantorrillas. Ella contemplaba, jadeante y fascinada, los signos de una virilidad sin decaimiento que él exponía a sus ojos.

—Tú eres el macho..., tú eres quien manda. —Y firmó el último documento—. Ahora ven, ven —dijo. Y su súplica tenía un tono de rabia.

Jean-Noël había creído que consumaría su venganza abandonándola a su suerte una vez que hubiera logrado las firmas, pero sus nervios reclamaban saciarse. También se le nubló el espíritu. Le exigió que se volviera, para no ver cómo se le torcía de placer el rostro recompuesto. El matrimonio había sido consumado, al fin. Lydia, todavía jadeante y agitada por estremecimientos, estaba a cuatro patas.

—*Amore mio, amore mio*; levántame, ayúdame... Yo no puedo levantarme sola.

Él dio un portazo sin responder. La vieja siguió hablando sola.

—¡Cómo me gusta! No hay otra cosa en el mundo... Quisiera morir así. No creo que me diera cuenta de que me muero... Mañana

volveremos a hacerlo.

Había sentido el semen que se perdía en los pliegues de sus mucosas, parecidas al fango cuarteado de los estanques secos.

—¡Cuánto me gusta!

En vano trataba de ponerse de pie. Quiso agarrarse a un sillón, pero el sillón se le deslizó en la mano. «No puedo, no puedo; van a tener que venir a ayudarme». A cuatro gatas, atravesó la suntuosa estancia, cuyo suelo olía a cera; se arrastró hasta el cordón de tapicería, agitó una campanilla lejana y esperó a que sus criados viniesen a levantarla. Le sangraba un poco la nariz, pero sabía que no era grave, porque ya le había sucedido en otras ocasiones.

V

Jean-Noël se encontró con Christian Leluc en el corredor.

—Ve a ver a la vieja —le dijo al pasar—. Así serás testigo de que el matrimonio se ha consumado.

Y siguió su camino. En el bolsillo llevaba los documentos firmados; ya era el dueño de aquella enorme fortuna. «¿Y ahora qué?», se preguntaba, pero la repugnancia se había apoderado de él.

Entró en la habitación de Marie-Ange. Estaba acostada, cansada de nuevo, cansada de no tener nada que hacer, cansada de no tener ni amor ni esperanza.

—Toma —dijo Jean-Noël, depositando los documentos sellados en la mesilla de noche de su hermana—. Guárdalo, escóndelo bien. Somos riquísimos y no me he olvidado de ti.

Por la expresión de su hermano, Marie-Ange comprendió lo que había pasado, y no contestó. No lo juzgaba, lo compadecía. Y como él también había pensado en asegurar su existencia material, compartía su vergüenza, se sentía cómplice de una especie de crimen que no está recogido en ningún artículo del código penal.

Jean-Noël se acodó en la balaustrada. Debajo de él, las clemátides, los saúcos y las madreselvas confundían sus flores en los

fosos, y el gran parque inglés se extendía bajo el sol de fines de agosto, con el césped que pronto habría que segar por renadío, sus bosquecillos de olmos y sus hayas purpúreas.

«Así es. Así es —se decía Jean-Noël—. Soy descendiente de los mariscales de Mauglaives, soy sobrino nieto del general de La Monnerie, e hice que me emplearan de chófer de un ministro, de un ministro que además era el amante de mi hermana... Soy vástago de familias de las que han salido no sé cuántos obispos y cardenales, y yo ni siquiera sé las oraciones, y ni siquiera me queda el recurso de creer en Dios... Llevo el nombre de una dinastía de banqueros europeos y firmé cheques sin fondos, y vivo como un chulo... Soy nieto de un poeta cuyos amores fueron célebres, y yo he sido el amante número veinticinco de una poetisa madura y mi viaje de bodas por Italia lo hice en compañía de un viejo pederasta, y ahora estoy casado con una mujer de setenta y dos años... Mi padre era un hombre honrado, recto y valeroso... y se suicidó. Y mi madre era una mujer digna, piadosa y virtuosa, y la mataron... aquí. Y hay seres que cavan la tierra, la tierra de mis antepasados, *mi* tierra, y yo no los comprendo, ellos no me aman y yo no los amo...»

Y también había gente que construía diques, que trazaba planos de aviones, que investigaba con el microscopio el origen de las enfermedades mentales, que pensaba acerca del nuevo universo, que predicaba la revolución. Jean-Noël intuía que la verdad estaba en manos de aquella gente, pero se trataba de una verdad inaccesible para él. El mundo no lo había hecho para nada semejante. El mundo no lo había hecho más que para prolongar un mundo que ya no existía, o casi no existía. Sin sueños, sin ambición, sin aptitudes ni vocación, sin nada que aportar a sus semejantes, sin poder por lo tanto esperar nada de ellos, cortadas las amarras del pasado, desprovisto de remos para alcanzar el porvenir, a la deriva sobre los días... ¿Acaso él era lo que solía llamarse el fin de una estirpe?

—Jean-Noël —lo llamó Marie-Ange a media voz.

Se acercó a ella y se sentó en el borde de la cama.

—Vamos, vamos, no te desesperes; ya tendrás tiempo de ser feliz —le dijo.

Al parecer, ella se olvidaba de la guerra inminente, pero por vez primera, con dolorosa sorpresa, ya no veía a Jean-Noël como un hermano pequeño que no hace más que tonterías, sino como un hombre que arrastra una crisis de conciencia, como un hombre cuya

existencia le pesaba de repente.

Y como una mujer que trata de consolar a un hombre que sufre, Marie-Ange atrajo dulcemente la cabeza de su hermano, contra su hombro. Hacía calor. Marie-Ange estaba desnuda bajo la gastada sábana de hilo que había salido del armario de sus abuelas. Jean-Noël se sentía mejor con la frente contra aquel hombro tibio. Permaneció así varios minutos. Luego levantó la cabeza y miró a Marie-Ange. ¿La había mirado alguna vez de cerca y con tanta atención? Nunca había observado la arruga minúscula, el tracito aun apenas perfilado en el ángulo del párpado, ni aquella curva apenas esbozada bajo el maxilar. «Tendrá un poco de papada, la sombra se le cavará en torno a las aletas de la nariz...», se dijo. Estudiaba los planos de la cara donde se instalarían los abatimientos, los lugares en que los poros se relajarían, las asimetrías que se le acentuarían. Si hubiera sabido dibujar podría representarla exactamente tal como sería treinta o treinta y cinco años después. ¿Cómo comprendió ella lo que observaba, lo que pensaba?

—Miras cómo seré de vieja —dijo.

No le respondió, pero quiso consolarla, y la consoló como todos los hombres consuelan a las mujeres. Le dio un beso, y ese beso se posó con toda naturalidad sobre aquella boca cuya deformación futura acababa de percibir. Pero no un beso de hermanos, sino un beso entre un hombre y una mujer. Y las dos bocas se respondieron, porque su sino y su necesidad era responderse. Los ojos de Jean-Noël y Marie-Ange volvieron a encontrarse de frente, un poco sorprendidos. Una emoción extraña se apoderó de ellos. El piar de un pájaro, fuera, adquirió un significado inesperado en un silencio que se alargaba de manera irreal.

¿Jean-Noël era consciente de que su mano se posó muy, muy suavemente sobre el pecho de su hermana? Tras lo sucedido en otra habitación cercana una hora antes, ¿qué desquite pedía su cuerpo a la juventud? Sus dedos de hombre seguían la curva de un hermoso seno, suave y denso, interrogaban la redondeada punta... Marie-Ange había cerrado los ojos y la sombra de sus pestañas se dibujaba en sus mejillas. Los abrió de nuevo, miró a Jean-Noël con un ligero espanto, con una interrogación que no halló respuesta. Cuando la mano de Jean-Noël comenzó a descender hacia el vientre, hacia aquel vientre casto desde hacía demasiadas semanas, Marie-Ange bajó los párpados y un nácar rosa se extendió sobre su rostro condescendiente. Sólo tuvo el aplomo de murmurar, instruida por una experiencia amarga: —Ten cuidado, te lo suplico.

Y se consumó el incesto que, sin saberlo ellos, les estaba prometido desde la infancia..., el incesto como un regreso al silencio del seno materno, como un olvido del ser. Pocas son las carnes que concuerdan de verdad. Cada hombre, cada mujer, si es honrado consigo mismo, deberá reconocer que tales encuentros son muy escasos a lo largo del camino de la vida. ¿Era culpa de ellos si sus epidermis estaban hechas la una para la otra y si la desgracia quería que fuesen hermanos?

Con todo, cuando aquella tarde Jean-Noël se enteró de que acababan de colgar en los muros de la aldea la orden de movilización, acogió aquella noticia como una liberación. Tal vez la guerra les permitiera, a Marie-Ange y a él, olvidar el único amor para el cual habían nacido. No le cabía ninguna duda de que lo matarían, porque era lo que deseaba. Estaba decidido a pedir que lo destinasen a un puesto de riesgo y a jugar con el peligro, no por patriotismo, no por sentido de redención, sino tan sólo porque desdeñaba la vida. Antes de entrar en combate, ya se sentía muerto.

Epílogo

Simon Lachaume se acercó a la ventana abierta y apoyó la frente contra el montante. ¿Cuántas veces, cuántos miles de veces, desde que vivía en aquel apartamento, había hecho ese gesto mecánico? ¿Cuántas veces había recorrido con los ojos aquel paisaje de tejados, de palacios y de jardines que acababa por no ver a fuerza de haberlo mirado demasiado? Pero aquella noche, los jardines, los palacios y los tejados, y la gran torre de acero en cuya cúspide estaba apagado el faro que de costumbre brillaba en ella, todo aquello, al estar a oscuras, adquiría de repente una verdad profunda, una realidad acusadora.

Ciudad lunar, capital muerta, las calles se asemejaban a sombríos corredores por los que sólo pasaban, como gusanos relucientes, los faros bajos de los taxis o el mechero de algún paseante tardío que buscaba la cerradura de la puerta de su casa, a la luz de las farolas que ya no eran sino un pálido reflejo de la Vía Láctea... La primera noche de ceguera se cernía sobre París. La guerra había sido declarada unas horas antes, «tras comunicaciones trágicas entre los gobiernos de Londres y de París», decían los periódicos, como si alguien pudiera dudar de que el hecho de declarar la guerra no fuera trágico... «Al menos tengo la suerte de no estar en el Gobierno», se

dijo Simon.

Pero ¿acaso era una verdadera suerte aquella soledad, aquella sensación de ociosidad? ¡Por supuesto que tenía un montón de expedientes que revisar, y todas las cuestiones que la movilización y las requisiciones iban a plantear en su circunscripción! Además, al día siguiente iría a la Cámara y podría criticar las medidas tomadas, y haría preguntas sobre el armamento de las unidades de defensa y el mantenimiento en el campo de la mano de obra necesaria para los trabajos agrícolas, y votaría los créditos excepcionales necesarios para la matanza, y toda la asamblea se levantaría en un bello impulso de unanimidad nacional y tal vez cantarían *La Marsellesa* desafinando, con los ojos llenos de lágrimas... Pero ¿lo necesitaban a él para eso? ¿No podía hacerlo cualquier otro en su lugar? ¿Acaso cualquier otro, en su lugar, no podría haber hecho todo lo que él había hecho?

Desde la calle negra, un agente montado en bicicleta se detuvo y silbó.

—¡Eh! ¡Allá arriba! ¡La luz! —gritó—. ¿Quiere que le ponga una multa?

—Sí, sí, enseguida —contestó dócilmente Lachaume.

El agente de policía no debía de saber a quién se dirigía, pero aunque lo hubiera sabido, lo habría saludado y le habría dicho: «Disculpe, señor ministro, pero las órdenes son las órdenes, y los jefes son los que tienen que dar ejemplo». Y Simon habría contestado: «Por supuesto, amigo mío. Tiene usted razón, cumple con su deber y le felicito». ¡Qué comedia tan miserable! La guerra iba a dar la oportunidad a todos los que no combatirían para envanecerse en su papelito, en su papelito de agente de policía o de presidente de un grupo parlamentario. Simon apagó la lámpara de araña y a continuación encendió la lámpara del escritorio, de pantalla verde, que no podía verse desde el exterior.

La carta de Marie-Ange estaba sobre el secante. «He roto todas sus últimas cartas. Le pido que no me escriba más... Tengo los nervios destrozados, y eso tarda más que los huesos en soldarse». Simon no podía ver aquella cuartilla ni repetirse sus frases sin que los ojos se le llenaran de lágrimas. Así que Marie-Ange ni siquiera sabía lo que contenían las páginas que él le había enviado; ni siquiera había consentido en leer las confesiones, los arrebatos, las súplicas que le dirigía, ni los reproches que se infligía a sí mismo. Y la humillación de escribir a alguien que no contesta había sido en vano.

«Cuando se ama verdaderamente, no existe la humillación —se decía—. ¿Y, ahora, qué hago yo en el mundo, qué hago yo sobre la tierra?» Desde la partida de Marie-Ange no había podido sentir interés ni tocar a ninguna mujer. No le apetecía. Andaba errante a través de su amor vacío como un pobre en una casa sin muebles. ¿Qué rostro que no fuera el de Marie-Ange podría emocionarlo, puesto que había aprendido a leer todas sus expresiones, puesto que había sabido descifrar toda la pequeña sintaxis secreta de las sonrisas, de las cejas que se estremecen ligeramente, de los párpados que se cierran o se abren para interrogar? ¿Qué cuerpo podría proporcionarle nunca la misma paz, al acurrucarse contra el suyo en el sueño?

«Me quería menos de lo que yo la quería, pero es natural, el más joven es el que lleva siempre ventaja. En el amor, tiene ventaja el que quiere menos al otro. Yo siempre había tenido ventaja, hasta que la conocí a ella... ¡Y, sin embargo, parecía feliz conmigo, feliz por mí...!» Por eso sufría de aquella manera, por no tener a nadie a quien dar felicidad, por haber perdido al único ser de su vida a quien quería dársela. Al envejecer, se había vuelto más bueno, sin que ello formara parte de su naturaleza. Y su vida ya no tenía sentido; experimentaba la sensación de vivir para nada.

Se avergonzó por estar obsesionado hasta tal punto por su drama personal cuando el drama gigantesco de la guerra acababa de abatirse sobre el país entero, cuando acababan de tirar un paño nocturno sobre la capital del segundo imperio del mundo... y bajo aquel paño negro salpicado de estrellas, catafalco para toda una ciudad, se agitaba la desdicha de los padres que habían conducido a sus hijos a la estación, la desdicha de las madres que habían insistido, en pleno verano, en meter una bufanda de lana en la maleta del movilizado, la angustia de las esposas, la angustia de las amantes en sus lechos de repente demasiado grandes, la desesperación de las novias ante sus sueños postergados, el espanto de las mujeres embarazadas, el espanto de las parturientas, la miseria de todas las carnes frágiles entre los muros friables y amenazados. Pero de no ser devorado por la pena, ¿acaso él habría sido tan sensible, tan comprensivo con la desdicha colectiva, tan capaz de imaginar la aflicción de los desconocidos? «Marie-Ange está segura en el campo. En el fondo, es mejor así. Si se producen ataques aéreos, no correrá peligro. Debería estar contento de no tener a nadie querido por quien temblar —se decía. Y al instante siguiente pensaba—: Probablemente va a volver, la veré de nuevo. La guerra hace cambiar muchas cosas. Además, seguramente querrá pedirme algún favor para su hermano...»

Llamaron a la puerta principal. Sus criados se habían retirado

hacía rato. Fue a abrir él mismo, con la esperanza absurda de que pudiera ser Marie-Ange, o un telegrama de ella.

—Le traigo su máscara antigás, señor ministro. —Se trataba del portero, ascendido a jefe de defensa pasiva del edificio. Su pelo espeso y blanco era como una mancha blanca en la penumbra—. Las distribuyeron esta tarde —continuó. Yo me dije: «Voy a recoger la del señor ministro, porque él, ocupado como está, tal vez no se acuerde. Hay que proteger al señor ministro; hombres como él no hay muchos». Así que se la he traído, no vaya a ser que esos cerdos empiecen esta noche a tirarnos bombas de gas...

—Muchas gracias, señor Lecorne —dijo Simon, tomando la caja cilindrica y gris.

—La verdad es que esto no nos rejuvenece en absoluto, ¿no cree, señor ministro? —siguió el portero.

Al parecer, le apetecía charlar y necesitaba que lo tranquilizasen.

—No, no nos rejuvenece —dijo Simon—. Se lo agradezco mucho.

Cerró la puerta y volvió a su escritorio. «Tendría que haberle dicho algo a ese buen hombre. Su hijo debe de haber partido al frente...» Dejó el cilindro gris sobre la mesa. Recordó que cuando era ministro de la Guerra había firmado la orden de fabricación en serie de aquellas máscaras para la protección de la población civil. Le habían mostrado el modelo, elegido por técnicos competentes entre varios sistemas propuestos. «¿Cómo funcionará ésta?», se preguntaba. Sacó de la caja la máscara de goma con hocico de metal, y se la colocó.

«No, no nos rejuvenece», pensó. No necesitó ponerse frente al espejo para volver a verse tal y como era hacía veinte o veintidós años, con una máscara parecida sobre la cara. Volvía a ver las trincheras, volvía a ver a su capitán, volvía a ver a los camaradas muertos, volvía a ver aquel brazo con un jirón de manga colgado de un poste telegráfico; volvía a ver las casas que ya no tenían más que tres paredes, con una fotografía de boda que seguía estúpidamente colgada de la pared del primer piso; volvía a ver los caballos destripados con los intestinos esparcidos sobre el polvo; volvía a ver cómo saltaba la tienda de campaña de su jefe de destacamento («Lachaume, usted tomará el mando»); volvía a ver bosques que los

bombardeos habían reducido a colinas cubiertas de estacas ennegrecidas... Schrapnells, obuses, morteros..., todo aquello iba a empezar de nuevo con explosivos diez veces más fuertes, con tanques diez veces más pesados, con aviones diez veces más rápidos.

«Me ahogo con esto», se dijo Lachaume, arrancándose la máscara. Y, sin embargo, había soportado una máscara parecida largas horas, durante los ataques. ¿Acaso aquella nueva máscara era peor, o tal vez era él, cuyos pulmones se ahogaban, cuyas arterias se obstruían, aquejado de sedentarismo, demasiado bien alimentado y envejecido prematuramente? Desatornilló la cápsula del hocico, la revisó, verificó la elasticidad de la frente de goma, enjugó los ojos de vidrio, practicando una extraña autopsia sobre aquel rostro de monstruo que creía haber abandonado para siempre hacía veinte años. Si el teniente de reserva Lachaume, que el 14 de julio de 1919, bajo los árboles de los Campos Elíseos, recién desmovilizado, aplastado por la multitud, aplaudiéndose a sí mismo al aplaudir a los mariscales a caballo, a las tropas y a las banderas que desfilaban bajo el Arco de Triunfo, si el humilde universitario desconocido que entonces compartía la creencia de toda su generación, a saber, que se había batido por una paz definitiva «y que nunca más se volvería a ver aquello», si el teniente Lachaume hubiera podido levantarse bajo aquella máscara, habría abofeteado al ministro Lachaume.

«Porque ni siquiera tengo la excusa —se decía Simon— de haber sido un ciudadano común y oscuro; fui dueño de un periódico, tuve la prensa y la tribuna a mi disposición, he sido ministro doce veces, he tenido en mis manos lo que suele llamarse los resortes del poder. ¿Actué, hablé una sola vez como habría debido hacerlo, como me había prometido hacerlo? ¿Utilicé una sola vez ese poder para la paz, para la paz del mundo? ¿Levanté la voz una sola vez para decir que la paz no era la tranquilidad del avestruz durante una sesión legislativa, ni siquiera la prosperidad ilusoria de una nación, sino que no podía reinar la paz entre los hombres si había un solo hombre amenazado sobre la tierra, que no podía haber prosperidad sobre la tierra si había en ella un solo hombre que moría de hambre, ni existir la felicidad sobre la tierra si había en ella un solo hombre que no sabía cómo criar a sus hijos?» Pensaba en Abisinia, en Manchuria, en el hambre de la India, en España, en Austria, en Checoslovaquia; en todo lo que había aceptado, dejado hacer, ratificado, aprobado.

Y tenía que reconocer que eran los medios mismos que había empleado para adquirir el poder y los hombres de quienes lo había recibido o con quienes lo había compartido los que le habían impedido servirse del poder para el bien del mundo. «¿No nos hemos

cansado de repetir en nuestros discursos, mis amigos y yo, que si llegaba a estallar otra guerra sería la ruina de la civilización? Pues bien, aquí está, ya ha estallado. Hay luces que esta noche se han apagado y que no volverán a encenderse nunca… Y esta máscara, esta máscara… ¿Al menos es eficaz?» Presa de un tardío y absurdo escrúpulo, cruzó el apartamento con la máscara en la mano, para ir a la cocina a probar la máscara en el hornillo de gas. «Si por lo menos estuviera seguro de haber firmado una orden útil, tomado una medida que pudiera proteger vidas humanas, sentiría menos asco de mí mismo. ¿Acaso me he preguntado si había sobornos distribuidos, o si habían entrado en juego influencias para que se eligiese este modelo, para designar las fábricas…?»

Volvió a ponerse la máscara, se aseguró del ajuste de la goma contra las mejillas, abrió las llaves del hornillo de gas y se inclinó encima de él. Esperó dos, tres, cuatro minutos, pero se dio cuenta de que el experimento que se proponía llevar a cabo no tenía ningún sentido, puesto que aquel tipo de máscara había sido diseñado para proteger del gas tóxico de una guerra, pero no del gas para cocinar. Cerró la llave del gas, se quitó la máscara por segunda vez. El gas se había esparcido por la habitación. Tragó una gran bocanada de sabor dulzón y venenoso, e instintivamente corrió a abrir la ventana. «¡Cuidado con la luz!» Y la apagó. «¿Por qué he abierto la ventana? —se preguntó—. Había empezado bien; no había más que seguir. No era tan duro… ¿Qué puedo esperar de la vida? Tuve todo lo que podía tener en el camino que elegí; sólo podía terminar así».

Así… Es decir, sentado en la silla de madera, en su cocina apagada, entre las cacerolas, el hornillo esmaltado y el aparador pintado que relucían débilmente, y la ventana abierta sobre chimeneas de hierro laminado, sobre un trozo de cielo por el cual podían llegar los aviones. Así… Es decir, separado sin esperanzas de Marie-Ange, alejado del poder, con la guerra declarada y la certidumbre del derrumbe de una sociedad a la cual no tenía ningún deseo de sobrevivir. Morir frente a las cacerolas colgadas en la pared, tras haber sido el parlamentario mundano que iba a las exposiciones de pintura, a los bailes de máscaras, a los ensayos generales… Cacerolas. Volvió a ver a su madre frente a la chimenea, en los Mureaux; a su madre, a la que nunca había amado… Y un momento después se encogió de hombros. Por desesperado que estuviera, sintió que no le resultaría fácil resolverse a morir. Era demasiado viejo; había pasado la edad del suicidio.

Volvió a su escritorio; aquel errar a través del apartamento vacío era como un maleficio para sus nervios. Se acercó a la biblioteca

con una esperanza dirigida a los volúmenes cuyo lugar conocía en cada estante. Obras de economía política, memorias, historia diplomática... ¡Qué mal había utilizado todo aquello! Los poetas, los poetas que apaciguan, los poetas cuya función (ellos lo dicen) es sufrir por los demás, los poetas que habían nutrido su juventud, los grandes, los menos grandes, los pasados de moda... Verlaine, Sully Prudhomme, Jean de La Monnerie...

De La Monnerie... Marie-Ange. Simon pensó en el viejo maestro, muerto al concluir la guerra anterior. ¡Qué suerte habían tenido aquellos seres! ¡Crearse dolores líricos con los cuales podían vivir, de los que podían vivir, honrados, admirados, hasta los ochenta años! Pero no, no, Simon no había pretendido aquello. Ni siquiera había querido ser un dios; había querido llegar arriba, triunfar...

Como tres de cada cuatro adolescentes, había soñado con un destino excepcional, sin estar muy seguro de tener facultades para poder conquistarlo. Pero el hecho de haberlo conseguido no quería decir que fuese un hombre excepcional. Había vivido bastante para darse cuenta de que en la sociedad existen ciertas funciones preeminentes que deben ser mantenidas, cueste lo que cueste, y que los hombres que tienen facultades de intelecto, de trabajo, de resistencia física un poco superiores a las de la media, son dirigidos hacia ellas por un camino casi fatal. Para ellos, triunfar casi no es más que una cuestión de duración, una cuestión de salud; sólo tienen que esperar para reemplazar a los muertos. Los grandes hombres son escasos, y los mediocres acostumbran a administrar los asuntos del mundo. «Sí, he triunfado, ¿y qué...? El fin de los hombres que han triunfado es tal vez más siniestro que el de los hombres que han fracasado, porque ni siquiera les queda el recurso de creer que con ellos se ha cometido una injusticia».

Cuidadoso por costumbre, volvió a colocar el libro en su sitio. Y su mirada siguió paseando sobre el estante, pero sin esperanzas. Albert Samain, Henri de Régnier... Y Simon se acordó de la terrible frase de este último, dos verbos pegados que valían por sí solos toda una biblioteca; dos verbos lúcidos, implacables, que parecían una inscripción hallada entre las ruinas: «Vivir envilece». No se había escrito nada peor ni más cierto para explicar a los hombres del porvenir los hombres de aquella sociedad que moría.

«Vivir envilece... Vivir envilece... Entonces el hoy, el mañana, ¿qué importancia tienen, si se ha comprendido esto? Y mejor hoy que mañana... Este planeta se enfriará. Y, mucho antes, habrá desaparecido Francia, como desaparecen todos los países... Lengua

muerta…, país muerto… Hay que ser Homero o el tranquilo transeúnte». Y sin darse cuenta de que aún sostenía en la mano el hocico de hojalata y caucho, iba a la cocina, con el pensamiento embarullado por la inacción. Volvía al hornillo de gas para ir a jugar con su muerte, porque no tenía ninguna otra cosa que hacer, sabiendo de antemano que no llegaría hasta el fin.

Entonces sonó el teléfono. «Tal vez sea Marie-Ange», se dijo, estremeciéndose. Y corrió al aparato.

—¿El señor Lachaume? ¿El mismo? ¡Vaya, señor ministro! No corte, va a hablarle el presidente.

La voz del agregado al gabinete fue reemplazada por la del presidente del Consejo, que Simon conocía de sobras.

—¿Eres tú, mi querido Lachaume? Temía no encontrarte —dijo el presidente.

Y le explicó a Simon lo que pasaba. Tres ministros en edad movilizable habían pedido incorporarse al ejército… «Necesario, indispensable para el prestigio del Parlamento.

Son valientes; está bien hecho», continuaba el presidente. También era la ocasión necesaria, indispensable, de modificar el gobierno, de constituir un gabinete de unión nacional y de salud pública. El presidente, después de haber especificado la dosificación de los partidos, ofrecía a Simon la vicepresidencia del Consejo, sin cartera.

—Tu partido representa grosso modo, en el tablero electoral, la tercera parte de las clases movilizadas —dijo el presidente.

«¡Al menos lo reconoce!», pensó Simon.

—No está el momento para divergencias secundarias. Te pido, insisto en que aceptes —seguía el otro—. Sin cartera, ¿comprendes?, porque precisamente prefiero dárselas a personas menos importantes que tú. Pero me propongo poner varios ministerios bajo tu supervisión…, y sobre todo frente a la opinión pública…

—Te pido media hora para reflexionar. Te daré mi respuesta dentro de una hora —dijo Simon.

Frente a él, sobre la mesa, estaba la máscara. Su pensamiento, que un momento antes se enredaba en el algodón negro de la

desesperanza, volvía a funcionar con precisión. Si no aceptaba el puesto, ¿a quién se lo ofrecerían? A François Moreau, seguro; o a Delpas. Moreau era un idiota; en fin, no un verdadero idiota, pero no era en absoluto el hombre que se necesitaba en aquel momento. Mientras que él, Simon... ¿Tenía derecho a sustraerse? ¿Debía pedir el parecer de su partido? «¡Bah! Harán lo que yo quiera. Y va a ser preciso volver a las luchas, a las envidias, a las intrigas, a los subordinados que obedecen mal, a las responsabilidades que uno asume... Y todo esto en guerra».

Pero por el solo hecho de que lo llamasen al poder, veía la situación bajo una luz menos trágica. Era la una de la mañana. Todavía no se había producido ningún ataque aéreo; tal vez los alemanes no tuvieran tanta fuerza aérea... Se trataba de tomar medidas de orden, se trataba de actuar rápidamente, de concentrar las energías de la nación. ¿Por qué aquella guerra debía preverse interminable? Podía ser rápida y victoriosa. Hitler se había internado en lo más profundo de Polonia; estaba entorpecido por pueblos conquistados demasiado aprisa y forzosamente hostiles. Tal vez Francia iba a salvar al mundo y se necesitaban hombres que lideraran esa salvación. Simon ya tenía un hermoso discurso, bien mascado, que se le formaba en la punta de la lengua. Las medidas adoptadas para la defensa pasiva podían tranquilizar a la población civil... Y ya se veía inspeccionando las trincheras a paso rápido, como Clemenceau, como Poincaré... Porque si llegaba a caer el gobierno, la próxima presidencia...

¿Era el mismo hombre que unos minutos antes distraía su soledad con las llaves del gas? ¿Y Marie-Ange? Volver al poder sabiendo que Marie-Ange no lo esperaría por la noche... «Pero volveré a ver a Marie-Ange; la guerra la acercará a mí, por fuerza... Hace un rato tuve un momento de debilidad, un momento de desgana. A fin de cuentas, soy un hombre como cualquier otro; también tengo derecho a sufrir el desaliento. Y soy todavía más fuerte que la generación que me sigue».

Simon Lachaume miró a su alrededor —la máscara, los libros, el vago reflejo de su figura en el espejo, la ventana abierta sobre la ciudad oscura— y se llenó los pulmones con el fresco de la noche.

Descolgó el teléfono, marcó el número.

—¡Hola! —dijo—. ¿Eres tú, presidente...? ¡Acepto!

Vivir envilece, no cabe la menor duda; pero para Simon

Lachaume, como para el universo que representaba, ésa era, sin embargo, la única manera de existir.

París, 24 de agosto de 1951

«No labra uno su destino, lo aguanta».

GUSTAVE FLAUBERT

Notas a pie de página

1 Pem, no te irás, supongo. Quisiera presentarte al barón Schoudler, él es Lord Pemrose. Jean-Noël Schoudler es el nieto del célebre poeta francés... (*N. de la T.*) 2 ¡Querido! Eres incorregible. (*N. de la T.*) 3 ¿Cómo estás, querida? (*N. de la T.*) 4 Tú también eres incorregible. (*N. de la T.*) 5 He leído en los periódicos, esta mañana... (N. *de la T.*) 6 Si alguna vez se siente solo, y tiene diez minutos que perder, telefonéeme. (*N. de la T.*) 7 Christian, querido, ¿podrías servir el té? (*N. de la T.*) 8 Demasiado hermoso para decirlo en palabras. (*N. de la T.*) 9 Te estás pasando de la raya. (*N. de la T.*) 10 Sí, querido. Creo que Ben tiene toda la razón. Deberías estar avergonzado de ti mismo. (*N. de la T.*) 11 Una más que razonable feliz forma de vivir. (*N. de la T.*) 12 Y dulces sueños. (*N. de la T.*) 13 Quédatelos. (*N. de la T.*) 14 Quédatelos, queridísimo; son tuyos. (*N. de la T.*) 15 Mi señor. (*N. de la T.*) 16 Ya está, querido; el cuarto de baño está a tu disposición. (*N. de la T.*) 17 Repugnante. (*N. de la T.*) 18 Aquí están las Tres Abejas juntas otra vez. (*N. de la T.*) 19 Sí, aquí estamos otra vez. (*N. de la T.*) 20 Cariño. (*N. de la T.*) 21 No, soy fea. Nací fea y moriré fea, pero me he acostado con más hombres que ninguna mujer bella. (*N. de la T.*)